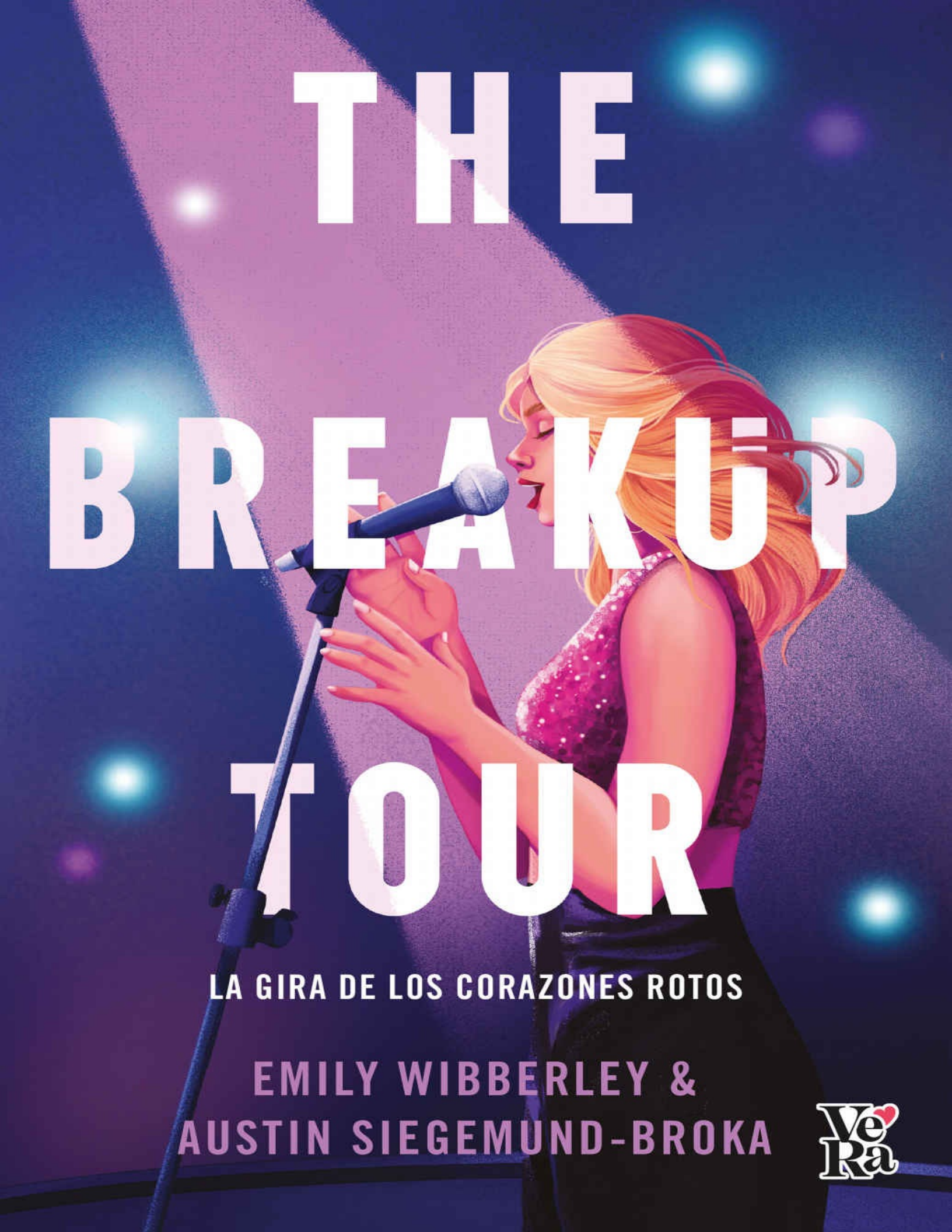




THE BREAKUP TOUR

LA GIRA DE LOS CORAZONES ROTOS

EMILY WIBBERLEY &
AUSTIN SIEGEMUND-BROKA





Riley Wynn pasó de ser una cantautora prometedora a una superestrella de la noche a la mañana gracias a su álbum de canciones de ruptura. Entonces, su exmarido empieza a lucrarse de su éxito, pero Riley no piensa permitirlo. Ella decide llamar a Max Harcourt, su novio de la universidad y la verdadera inspiración detrás de la canción del verano.

Max, que hace años que vive alejado de la música, no espera que Riley se presente en su puerta y le pida hacer público que fue su inspiración para esta canción. Al final, acepta con la condición de que se una a ella como pianista en su gira. ¿Será capaz de perseguir el sueño que idearon juntos diez años atrás? ¿O Riley volverá a romperle el corazón sin piedad?

Mientras actúan por todo el país, Max y Riley comienzan a darse cuenta de que, si bien tocaron algunas notas equivocadas en el pasado, su futuro podría estar lleno de melodías increíbles.

Emily Wibberley y **Austin Siegemund-Broka** se conocieron cuando iban al instituto y acabaron enamorándose. Austin se licenció en Harvard, Emily en Princeton. Hace años que escriben novelas juveniles a cuatro manos y, recientemente, se han adentrado en el mundo del romance contemporáneo con mucho éxito.

Emily y Austin están casados, viven en Los Ángeles y sacan inspiración diaria de su propia historia de amor.

Visita su web:

<https://www.emilyandaustinwrite.com/>

THE BREAKUP TOUR

LA GIRA DE LOS CORAZONES ROTOS

**EMILY WIBBERLEY &
AUSTIN SIEGEMUND-BROKA**





PRÓLOGO

Riley

No hay nada como el sonido de un corazón roto.

Despego los labios del micrófono, agotada, y en mi cabeza retumba una melodía inquieta. Estas últimas semanas me he sumergido en los peores recuerdos de mi vida, en las heridas más profundas, en busca de inspiración. Es donde encuentro lo que necesito. Solo debo seguir escuchando.

Si soy sincera, estoy frustrada. Después de quince horas en el estudio, la canción ya debería ser perfecta.

Sin embargo, es todo lo contrario. El estribillo es malo, sintéticamente triste. Los versos no alcanzan un punto culminante, carecen de urgencia. La instrumental está bastante bien, pero es mi voz la que no logro que suene como quiero. Parece que esté actuando. Estoy sola en esto, volviendo a grabar las voces. Cuanto más lucho con la canción, más me alejo de la música de mi corazón, que insiste en que la libere.

Ojalá pudiera. Se suponía que esta canción sería mi obra maestra. Tiene que ser mi obra maestra. Merece ser mi obra maestra.

Él merece ser mi obra maestra.

Suspiro, exasperada, e intento relajarme. En la sala insonorizada es fácil olvidar que es la una de la madrugada. Nada cambia en esta sala improductiva y sin ventanas, llena de micrófonos y pocos muebles. Suelo agradecer la soledad, la falta de distracciones, la libertad de perseguir cualquier inspiración musical.

En este momento, sin embargo, solo me recuerda la falta de progreso en la canción que no consigo acabar.

Una parte de mí quiere dar por concluida la noche. Estoy desesperada por rendirme ante la impersonal y cómoda *suite* donde me hospedo, mi hogar durante los últimos meses. El Hotel Victory de San Vicente, cerca de Sunset, uno de los vecindarios más influyentes de la industria del entretenimiento de Los Ángeles, me alojó discretamente mientras evitaba buscar una casa y, en cambio, me sumergía de lleno en mi música.

No pude evitarlo. Después de mi divorcio, ¿qué otra cosa podía hacer?

El final de mi matrimonio fue una señal. Sabía que podía escribir sobre nosotros sin contenerme. Todo lo que anhelaba, todo lo que imaginé que sería. Fui detrás de la promesa de

nuestra canción hasta que finalmente *One minute* estuvo terminada.

Mientras guardaba mis cosas en las maletas para mudarme, escuché la demo una y otra vez. Una y otra vez, el recuerdo de la música que encontré en el dolor me impedía llorar. Mi ex no estaba en casa, dejó que me mudara con tranquilidad, una actitud sorprendentemente amable de su parte. Me lo tomé con calma hasta que, de repente, llegó.

La inspiración.

Estaba orgullosa de haber plasmado toda nuestra relación en una canción. Me dio el concepto del álbum. Le propuse la idea a mi discográfica, y les encantó. Comencé a escribir, y una vez que lo hice, no pude parar. Me consumió. De la escritura pasé a la grabación, y durante muchos días hice un poco de todo.

Prácticamente he vivido aquí, en el enorme estudio de grabación de Stereosonic, llenando las horas retocando detalles, y a menudo durmiendo en el sofá. Cuando busco inspiración, recostarme es lo más fácil. Sinceramente, es probable que sea la huésped favorita del Hotel Victory.

Las canciones surgieron solas, y cada una inmortaliza una relación. Trabajé hasta que quedaron exactamente como quería. El proceso no se parecía a ningún otro que hubiera experimentado antes. Podía escuchar todo lo que quería y trabajé sin descanso hasta que ejecuté once canciones de manera impecable.

Todo era mágico. El sonido de un corazón roto. Y todo iba sorprendentemente bien.

Hasta ahora.

Al principio, ni siquiera sabía si quería escribir la canción con la que ahora lucho. Hace mucho tiempo que esta relación acabó, y lejos del ojo público, a diferencia de mis infames aventuras y mi matrimonio. Ni siquiera es un pie de página de las muchas, muchas historias con músicos y estrellas de cine que he amado y perdido.

Sin embargo, decidí que quería incluirlo por una razón innegable.

Sé, con certeza, que lo amé más que a nadie. Escuché cada armonía. Podía sentir la maravilla de cada repetición que se avecinaba. Estuve incondicionalmente enamorada de él.

Durante días, la canción que finalmente escribí para él me eludió. Una vez terminada, el álbum estaría completo. Desde que escribí la letra, la he grabado muchísimas veces, ninguna de forma satisfactoria. Cuando sentía que no le hacía mérito, procrastinaba y me concentraba en alguna de las otras canciones del álbum.

Ahora me he quedado sin canciones por terminar.

Estoy destrozada. Tengo la voz ronca y me duele la espalda de las horas que llevo sentada frente al micrófono del estudio. El Hotel Victory está a unas manzanas, en las calles desiertas de West Hollywood. Me imagino el frío suelo de mármol, las cortinas que dejan entrar un poco de luz, delineando los muebles con un suave tono blanco grisáceo. El edredón acolchado de mi

cama y la independencia que me asegura esa soledad.

En lugar de eso, me arrastro hacia el sofá del estudio. Decido que no me permitiré las comodidades «de casa». No cuando he fracasado. Pasar la noche en el estudio es mi recordatorio del trabajo que me queda por delante.

En la oscuridad de mi mente acecha una posibilidad peligrosa. *¿Y si solo tengo once canciones de desamor en mi interior?* Esta canción es muy importante. Pero ¿y si esa importancia no es suficiente? ¿Y si he agotado todos mis recursos en el divorcio y al escribir de forma incesante canciones de desamor?

Es increíblemente deprimente. Desestimo la idea. No obstante, necesito dormir. Lo que siento ahora no será de ayuda a la hora de grabar. Me siento infeliz, derrotada, frustrada y sin esperanza. Me siento como si...

Me enderezo.

¿Y si esta es la manera perfecta de grabar?

Mi cuerpo me exige que descanse, pero en lugar de eso, vuelvo a pararme frente al micrófono. Mi corazón late con fuerza. Este álbum trata sobre las luchas y las heridas más profundas de mi vida. Las heridas del amor. Está dedicado a la devoción y a la derrota.

Es entonces cuando me doy cuenta. *«Así es cómo debe sonar. Tiene que doler».*

Comienzo la grabación. He invertido suficientes horas en este lugar como para saber cómo funciona todo sin la ayuda de mi técnico musical o productor, quienes, dada la hora, ya se encuentran en sus casas. El piano invade mis oídos.

Cuando el verso llega, canto. Canto como si fuera la última oportunidad que me doy a mí misma. Canto como si me rindiera. Canto como si me estuviera despidiendo.

Lo pongo todo en la música, casi como si supiera que ese todo no es suficiente. Como si supiera que no puedo ser lo que la canción necesita.

Y me duele. Me duele mucho.

Con la emoción que le dedico a cada nota, me sorprende lo rápido que pasan los tres versos, los tres estribillos y el puente. La música termina y todo se queda en silencio. Me alejo del micrófono y, con manos temblorosas, me seco los ojos. Ni siquiera sabía que estaba llorando.

En el silencio del estudio, dudo. Me quedo sin inspiración, sin defensas, sin nada más que una frágil esperanza. No sé lo que haré si esta canción me rompe el corazón como el hombre que la inspiró.

Pongo la grabación. La canción en la que he trabajado durante días, semanas y meses llena el estudio. Escucho atentamente.

Es... perfecta. Es realmente perfecta.

«Ha valido la pena», me recuerdo mientras camino con pasos pesados hacia el sofá, sabiendo que me quedará dormida en el Uber si vuelvo al hotel. El dolor que he entregado ha valido la

pena, y estoy segura de que esta canción me lo dará todo.

Es como un cambio en mi vida. Innegable. Parece éxito. Suena a legado.

«Ha valido la pena», me repito a mí misma, como un mantra en esta habitación sin ventanas.
«Has hecho que valiera la pena».

CUATRO MESES DESPUÉS



UNO

Max

Recuerdo perfectamente qué canción sonaba cuando encendí el coche la noche que me rompieron el corazón.

Metí la llave y, casi al segundo, el interior del Toyota Camry de segunda mano que compré cuando terminé la secundaria se vio invadido por *The Same Situation* de Joni Mitchell. Aun sabiendo que se entrelazaría con los recuerdos tristes del día, quise fingir estar bien (muy estúpido de mi parte) y dejé que la canción sonara. A través de las silenciosas autopistas de Los Ángeles, conduje con una sensación extraña en el estómago, casi una premonición de que la voz de Joni me acecharía desde ese momento.

Y así, una década más tarde, mi dedo titubea sobre mi portátil sin poder presionar *play*.

En la oficina que comparto con mi hermana en Harcourt Homes, la residencia para ancianos que administramos, veo en Spotify el nuevo disco de Riley Wynn. Estoy solo, e ignoro los papeles acumulados en mi escritorio. En el Valle de San Fernando, California, enero es el mes más frío. Y ese es el clima que me rodea, que invade mis dedos con expectativa y urgencia.

«Escúchala, Max. Solo escúchala».

Sé qué va a pasar cuando empiece la primera canción. Si la empiezo. De un modo que solo ella puede hacerlo, la voz de la nueva hechicera pop favorita del país se va a insertar en mi alma.

Sé que debo hacerlo, debo escucharla. Presiono *play*. Me dejo atrapar por la magia de la música de Riley. Y en especial por *Until You*, la canción del año. Mantenerme alejado hasta ahora ha sido un trabajo duro, ya que no dejan de ponerla en la radio.

No diría que lo he logrado con éxito, los fragmentos se cuelan mientras cambio de emisora o en el supermercado. Sin contar con el acecho de la imagen de Riley en los carteles publicitarios a lo largo de Sunset. En la portada del álbum lleva un vestido de novia al que se le ha prendido fuego. Hace una semana, recibí en la bandeja de entrada de mi correo la entrevista destacada de la semana de *The Rolling Stone*.

De todos modos, he logrado resistir hasta hoy. He llegado a mi límite, es como si un agujero negro me estuviese absorbiendo. No puedo evitar pensar que no solo las estrellas tienen gravedad, sino también los agujeros negros. Como si fuesen el punto de gravedad, los ojos de Riley me observan desde la pantalla.

Sé que mi oscilación es patética, pero si soy justo, no muchas personas se encuentran ante la

disyuntiva que experimento yo ante el nuevo álbum de Riley Wynn.

Cuando una de las canciones habla de ti, ¿cómo eres capaz de escuchar *The Breakup Record*?

Pienso que las doce personas immortalizadas en estas canciones deberíamos formar un grupo de apoyo. Este es el maravilloso concepto del álbum, cada canción es una ruptura amorosa de la vida de Riley.

Los nueve meses que salimos en la universidad están incluidos junto a otras relaciones que encabezaron titulares de Hollywood, romances pasajeros y su escandaloso divorcio. Nueve meses en los que, sin saberlo, salí con una mujer que se convertiría en una de las artistas más famosas del mundo. Nueve meses en los que sentí que había encontrado el coro de mis versos en Riley Winn, cuyos labios me hacían enardecer, cuya sonrisa era como las luces de un escenario, cuya risa tocaba los acordes más secretos de mi corazón.

Una vocecita, con esperanza, me susurra: «Existe la posibilidad de que no me haya incluido». ¿Puede que nuestra relación no haya sido tan relevante como para superar el corte final?

Pero, si lo pienso bien, creo que eso sería peor.

Riley es famosa por sus canciones de desamor, y según la fuente que la juzgaba era una genialidad o una broma de mal gusto. Cuando era popular, pero aún no estaba dentro de la lista de predilectas de la industria de la música contemporánea, las canciones de desamor fueron los grandes éxitos de su primer álbum y sus EPs.

No hacía falta preguntar por qué. Cuando las escuchaba una o dos veces, ya sea por nostalgia, masoquismo o una mezcla de ambas, la obsesión de Riley con el dolor o el placer se evidenciaba en la fuerza de su voz y en la agudeza y perspicacia de sus letras y su música.

Así se creó su reputación. La prensa la llama «La reina de las rupturas».

The Breakup Record es la metamanifestación de su propia reputación, autocrítica y autorrealización en un mismo combo. El ingenio de Riley logra convertir en obras maestras las desventuras, mientras les otorga ironía y relevancia a fracasos amorosos lo suficientemente memorables como para convertirlos en canciones. Aunque admito mi reticencia a la fama, aun así, prefiero la punzante pluma de Riley Wynn a la deshonra de ser un ex olvidado.

Si nos escribió una canción, solo hay una forma de averiguarlo. Pero ¿cómo me preparo para caminar sobre el fuego del mismo modo que lo hace ella en la portada del álbum? Todas las melodías guardan recuerdos. No existe nada más efectivo para evocar sentimientos, lugares, momentos; es como la púa del tocadiscos del alma. Puedo recordar qué canción sonaba cuando me dieron mi primer beso, cuál elegí para cenar la primera noche en mi primer piso, qué sonaba en la radio cuando mi padre me dijo que si deseaba que Harcourt Homes siguiera abierto debía hacerme cargo del negocio.

Vuelvo a esos momentos cuando las escucho.

E incluso diez años después, sé que pasará lo mismo cuando reproduzca lo que sea que Riley

escribió para nosotros, estaré reviviendo una parte de mi vida que no estoy del todo seguro de haber superado.

—¿Ya la has escuchado?

Cierro el portátil de golpe ante el sonido de la voz de Jess, y me avergüenzo del acto casi al momento; no es que estuviera mirando porno o algo así.

Mi hermana sonríe con seguridad, apenas ha abierto la puerta de la oficina para asomar la cabeza. El brillo en sus ojos verdes confirma que sabe con exactitud en qué clase de infierno me encuentro ahora. Nuestra condición de hermanos nos empareja en todas las características físicas significativas, lo que nos vuelve el dúo perfecto para la sección «Acerca de nosotros» de las páginas web de residencias para ancianos.

—La he escuchado —digo de manera neutral.

—Mentiroso —responde Jess, y agrega con un tono de ligera desesperación—. Vamos. Necesito que lo escuches y me digas si alguna es sobre ti.

—No podemos dar por hecho que ha escrito sobre mí. —Mi propia falta de convicción se evidencia en mi cara.

Jess pone los ojos en blanco.

—Riley y tú estabais obsesionados el uno con el otro. Estoy más que segura de que hay una canción sobre ti... —Luego se encoge de hombros, simulando en sus palabras una especulación casual.

—Si tuviera que elegir diría que *Until You*.

Frunzo el ceño porque creo que Jess me toma el pelo. Es probable que haya una canción que hable de mí, pero no LA canción del álbum, el *single*. Es imposible, y estoy seguro de que será la penúltima canción o algo así, una de relleno que podría haberse quedado fuera perfectamente.

—Seguro que *Until You* es sobre ese pavo —digo.

Jess me mira incrédula.

—¿Wesley Jameson? ¿Su exmarido? Es un actor nominado a los premios Emmy, y el *crush* de todo internet. No es ningún pavo —responde fulminante.

—Lo que tú digas —digo mientras el calor se expande por mi cara, ya que sé con exactitud quién es el exmarido de Riley.

—La canción es sobre él. ¿No es eso lo que dice todo el mundo?

No es que invierta mi tiempo en leer la prensa rosa, sin embargo, cuando se trata de Riley, es difícil pasar los cotilleos por alto. Alcanzó la clase de estrellato que convierte su vida amorosa en un pasatiempo nacional. Y en internet, todos dicen que el mayor éxito del álbum es Wesley, el matrimonio que le duró 3 meses.

¿Me sorprendí cuando Riley se casó con una de las estrellas más atractivas del momento? Para nada. Ella lo es todo. Es preciosa, inteligente, ingeniosa e implacable. Quería alguien a su misma

altura para complementarla, alguien que pudiera seguir el ritmo de su inagotable incandescencia.

Jameson cumplía con todo eso. Atractivo a un nivel casi perfecto, muestra en cada sesión de fotos sus varoniles rasgos afilados y ojos entrecerrados de manera natural. Y tal como dijo Jess, es irresistible: él, su cabellera ondulada y oscura, y su mirada sombría. Cautiva en la gran pantalla con roles que van desde un criminal conflictivo en HBO al protagonista de todas las fantasías de los fanáticos.

Su relación captó el ojo público casi al momento. Se filtraron todo tipo de imágenes juntos, él susurrándole al oído, acudiendo de la mano a eventos benéficos y fiestas... Pero, hasta ese momento, no eran noticias con impacto mundial, el famoso en la relación era él. Y la prensa y los rumores destacaban su combinación de popularidad y prestigio para potenciales futuros roles, así como también otras mujeres en su vida.

Fueron las fotos de ellos juntos las que atraparon la atención de los fanáticos: el resplandor de Riley emparejado con el destello en los ojos de Jameson. Este príncipe oscuro había atrapado a la estrella musical, que generó cada vez más tuits y comentarios, hasta que Riley Wynn y Wesley Jameson se convirtieron en las estrellas de la escena pública.

Se casaron tan solo dos meses después. Y a los tres, ya estaban divorciados.

Era casi un perfecto reflejo de las diferencias en las elecciones de nuestras vidas. He tenido relaciones después de ella, incluso algunas serias, pero la finitud de estos pasajes de mi vida es algo inquietante, desaparecieron de tal forma que apenas las recuerdo de manera detallada. Kendra era diseñadora gráfica y trabajaba para la campaña política de un nuevo alcalde progresista; le encantaba el té y adoraba a su hermana. Elizabeth, la nieta de uno de nuestros residentes, era abogada laboral y odiaba Los Ángeles, soñaba con vivir en Francia.

Durante el año que pasé con cada una de esas mujeres, las quise profundamente, pero nunca llegó a funcionar del todo, algo no encajaba.

Tal vez el problema era yo, ya que puedo asumir la culpa por el final de cada relación. Lo mismo sucedía ante la idea de convivir, siempre me retiré antes de efectuarlo. No de inmediato, pero sí de manera inequívoca. Fue así cómo las cenas se volvieron más silenciosas y el futuro se desvaneció en la incertidumbre. Podía sentir que algo faltaba, o me llegué a convencer de que era así. Me asustaba y salía huyendo.

—No me engañes, no la has escuchado, ¿no? —pregunta Jess con un asombro casi escéptico.

Me pongo de pie, como confirmación a su pregunta.

—Llego tarde —digo, en un intento de evitar el tono molesto en mi voz. El gran problema de trabajar con tu familia es que no puedes escaparte de ellos por mucho que lo desees—. Me necesitan en la sala de estar —le recrimino a Jess (que sigue en el umbral) con la esperanza de que se olvide el tema.

Pero, por supuesto, no lo hace.

—Una de esas canciones es sobre ti, Max —dice.

Sin responder, me dirijo hacia el pasillo. La verdad es que la curiosidad de mi hermana no me sorprende. Todos los que me conocen personalmente, cuatro gatos fuera de Harcourt Homes (donde los residentes no escuchan precisamente los éxitos musicales de SiriusXM), me han preguntado con entusiasmo qué canción es sobre mí.

Me refugio en responder que no tengo ni idea, y que tampoco me interesa saberlo. Para superar a Riley Wynn diez años no han sido suficientes, tal vez veinte sí lo sean. ¿Qué cantaba Springsteen? *Estoy seguro de que en veinte años esto me resultará gracioso.*

Me dirijo hacia el vestíbulo, e intento ignorar parches de pintura descascarillada cerca de la alfombra que se enrolla desde el suelo. Detalles que nuestros residentes no notan, o al menos eso espero, pero que a mí me sacan de quicio. Muestras de culpabilidad sobre sitios de la residencia en los que no pude cumplir con las demandas necesarias.

Harcourt Homes es una herencia que llevo con orgullo, a pesar del peso abrumador de haber sido el negocio de mis padres, y ahora mi legado. En las llanuras del Valle y a solo unos minutos de la inconfundible ciudad de Los Ángeles, mantenemos las vidas de los residentes sin grandes cambios. Ese es el mayor propósito de lo que hacemos, conservar su salud, comodidad y consistencia. Es cuestión de esperar, de aguantar.

Aguantando a pesar de lo que encontré en las hojas de cálculo, las finanzas mensuales que imprimí, no tan diferentes a las del mes pasado.

Las he revisado minuciosamente en búsqueda de recortes o eficiencias ocultas para aprovechar, en pos de hacer lo correcto por este lugar. Pero no hay nada, excepto la crueldad evidente de aumentar los precios a nuestros residentes, cosa que nunca haríamos. La planificación de la jubilación es casi imposible, ya que cuando alguien no calcula correctamente cuántos años necesita ahorrar, ajustamos las tarifas con su familia según lo que puedan pagar. Y como es de esperar, esto ha dejado a Harcourt Homes al borde de la quiebra.

Quería ayudar de algún modo, por eso dejé la carrera de Música y me metí a ADE. Incluso ayudé, durante los primeros años, con el funcionamiento. Solo cuando me enfrenté a esta espiral descendente me di cuenta de que no podía encontrar las soluciones que necesitábamos, lo que nos dejó en esta posición precaria, donde a diario recorto gastos de donde se pueda.

Sé que la conversación final es inminente, aquella en la que nos enfrentamos a la realidad, donde los reúno a todos y admito que Harcourt Homes no puede continuar; pero ahora mismo no puedo pensar en eso.

No mientras el piano me espera.

En unos minutos tocaré para todos nuestros residentes y sus familiares. No quiero que mi estrés por la economía de la residencia afecte a mi actuación de esta noche, cosa que pasaría si permitiera que la dura realidad me golpeara. Pero todo lo que siento encuentra su camino de

salida por medio de mi música.

La música es el corazón de Harcourt Homes, la chispa que sostiene estas paredes. Ya sea con viejos vinilos que reproduzco desde el tocadiscos o tocando para los residentes durante la cena, la música nos ayuda a olvidar la pintura descascarillada de nuestra vida. Desde la secundaria, casi nunca he faltado a mi actuación de piano dominical.

Cuando entro desde el pasillo principal, la sala de estar está llena de caras familiares. Los cuatro octogenarios que siempre llevan gorras de la Marina ocupan una esquina. Keri come con Grant, la pareja que se volvió inseparable desde que se dieron cuenta de que sus nombres se combinaban como el nombre de una antigua estrella de Hollywood. Imelda deleita a su hija con cotilleos de los residentes, de los cuales, sin lugar a duda, hay muchos. Los saludo mientras cruzo la habitación.

Cuando me siento frente al antiguo piano vertical, siento que estoy en casa.

—Al fin, Maxwell. —Apenas sorprendido, sonrío ante la voz de Linda, quien es, por supuesto, mi residente favorita de Harcourt Homes—. Mis patatas ya están frías —comenta con una leve molestia en su mirada.

—Lo siento —digo sinceramente—. ¿Qué te parece si toco algo de Sinatra para compensarlo?

Linda, triunfante, sonrío satisfecha, y entonces comienzo a tocar.

El piano vertical de la residencia es en el que aprendí a tocar; no es el piano más bonito del mundo, ni mucho menos, pero es mi favorito. El sonido es generoso, y la sensación gastada de las teclas es perfecta. Nunca continué con la música, a pesar de haberme especializado en interpretación de piano, y eso es debido a las complicaciones logísticas de este maravilloso instrumento. No puedo llevármelo conmigo a los conciertos.

Coloco mis dedos en las cálidas teclas que me dan su bienvenida; este piano es parte de mí. Cuando mi pie encuentra el pedal, siento como si estirara mis isquiotibiales para correr. Cuando me desplazo hacia delante en el banco, es como inhalar profundamente.

Toco, y es como volver a la vida.

La canción me sale de dentro, al igual que el viento sobre las colinas de Mulholland Drive, tan solo a diez minutos de aquí. *Come Fly with Me* es una de las favoritas de los residentes: alegre, rápida, y con teclas animadamente enlazadas. Y al igual que su título, suena como el impulso de las ruedas de un avión que despegue de la pista.

La mitad del comedor se calla para escuchar y la otra mitad continúa con sus conversaciones, aunque no me importa, ya que la música no tiene que exigir la atención de todos. Está ahí para aquellos que la necesitan, es por eso por lo que no todas las canciones predicen desde el púlpito; algunas te cogen de la mano desde el asiento del pasajero.

Recorro el repertorio de las canciones favoritas de los residentes: Sinatra, Elvis, Bobby Darin y Etta James. Cuando toco, olvido los minutos a la deriva del pasado en las ligeras corrientes de

las melodías, y estoy feliz. Todo lo demás desaparece: las presiones financieras de Harcourt Homes, la idea de regresar a mi piso vacío, ver a mis amigos triunfar o renunciar a sus sueños por empleos estables y familias que encuentran igualmente satisfactorias.

Me olvido de la potencial canción famosa que pude haber inspirado. Me olvido de *The Breakup Record*. Me olvido de...

Bueno, no tanto. Nunca puedo olvidarme de Riley del todo.

El postre da la señal del final de mi actuación. Mientras el personal sirve tarta de lima (receta de mi padre y una de las formas de preservar su presencia, a pesar de que se jubilaron en Palm Springs), termino mi última canción, me levanto e inclino la cabeza ante los aplausos dispersos. No todas las mesas están ocupadas. Con cierto malestar en el pecho, noto que no estamos completos. Pero no puedo admitir a nadie nuevo, no sin dinero para contratar a más personal.

Es sorprendente lo rápido que el estrés me envuelve de nuevo y lo rápido que se desvanece en el pasado el respiro de la estimulante facilidad de esa música. Miro a los residentes disfrutar de sus comidas, la idea de a todos a los que puedo fallar me resulta abrumadora.

—¡Una más!

La petición resuena sobre los aplausos. La voz es joven, femenina y reclama de manera humorística.

Decir que me distrae sería el eufemismo del siglo, porque el corazón se me para.

Al echar un vistazo a la esquina trasera, miro dos veces para asegurarme de que no estoy alucinando. Veo el producto de mi imaginación manifestado, la imagen de los carteles que vi de camino esta mañana y la portada del álbum en Spotify que he observado durante horas.

Recuerdo el sonido de su pequeña inhalación antes de tocar el primer acorde de sus canciones en la universidad.

La figura sentada discretamente cerca de la entrada de la cocina es como un espejismo, y siento como mi corazón se acelera, junto a emociones que no puedo nombrar que aumentan en un armonioso *crescendo* prohibido.

Aunque lleva el pelo teñido del color del sol, sus raíces permanecen oscuras. Viste unos vaqueros negros, junto a un top negro en la parte superior que le cubre el pecho y revela, descuidada y temerariamente, la piel de los lados. Por supuesto, sin sujetador, no recuerdo que haya llevado nunca. Si se girara a la izquierda, podría ver la primera palabra del verso del poema que lleva tatuada bajo el pecho. Es de Mary Oliver, su favorita.

Who ever made music of a mild day?

Su preciosidad impresiona y me mira fijamente, con la cabeza inclinada hacia un lado. Su sonrisa confirma que sabe que ha salido de mis ensoñaciones.

Si soy sincero, *ensoñación* no es ni la mitad de la descripción del efecto que distorsiona mis sentidos. Ella es una sinfonía cuando esperas un solo. Ella te rompe el corazón, y es mi primera

canción favorita.

Desde una esquina de la habitación, Riley Wynn me saluda con la mano.



DOS

Riley

No ha cambiado nada en la residencia para ancianos, recuerdo la misma decoración, las baldosas del suelo y el olor. Cada detalle del viaje hasta allí es familiar, las colinas secas y sinuosas que abren paso a la reconfortante extensión del Valle de San Francisco. Incluso reconozco algunos de los residentes de la última vez que estuve aquí, hace casi una década. Harcourt Homes continúa igual.

Pero no Max Harcourt.

Durante nuestro tiempo juntos, solía prestar atención a cada faceta de su persona, y es por eso por lo que los cambios producidos por los años me resultan tan evidentes. Sus hombros se han ensanchado, y su mandíbula, afilado. La sombra de su barba se asoma en su mentón, mientras que en la universidad siempre parecía recién afeitado, y ha aprendido a domarse los rizos.

Hands lined with veins like highways on a map to my favorite places. Granite-cut smile made for offering small graces.

Para sorpresa de nadie, ya lo convierto en una canción sin siquiera haberle hablado.

Su sentido del estilo también ha cambiado, cuando lo conocí solo llevaba camisetas y vaqueros; ahora su pantalón verde oliva complementa su camisa gris. Por último, lleva unas gafas redondas con un delicado marco de metal.

No cabe duda de lo apuesto que es, y, aun así, cada cambio me recuerda que la última vez que hablamos éramos solo unos niños, estudiantes de segundo año en la universidad. La última década ha cambiado mis aspiraciones y mis miedos, y Max no ha estado a mi lado en este camino. Tengo la sensación de haber tocado sola en conciertos con entradas agotadas. Viví canciones de amor que él ni siquiera habrá escuchado.

No fingiré que estos años no han sido solitarios: una vida brillante en búsqueda de nuevos horizontes mientras perdía a las personas con las que quería compartirlo todo. Escapo del dolor o la duda al dejar que los días se me escapen de entre los dedos. Los pequeños clubes y entrevistas en la radio del principio dieron paso a la vida que llevo ahora: visitas a las oficinas de Billboard o YouTube, *paparazzi* fuera de la casa donde vivía cuando firmé mi primer contrato con una discográfica importante, y mi nombre siempre en la tipografía característica de mi logotipo.

Nunca fui detrás de las relaciones que convertí en canciones por un vano intento de huir de la soledad. No estuve con Hawk, Kai o Wesley Jameson porque echara de menos a Max o

necesitara compañía. Más bien pensé que había encontrado el amor con cada uno de ellos. Y ese es mi don y mi maldición, la feroz convicción de que cualquier sueño está al alcance de mi mano, a la espera de que lo aproveche. Fama. Música. Amor. Todo gracias a un irrevocable motivo.

Maldita sea: yo soy Riley Wynn.

Riley Wynn, quien ama con intensidad. Riley Wynn, quien sufre con intensidad.

Riley Wynn, con miedo a tener que brillar para que la vean o sufrir para que la escuchen.

Y ese es el motivo por el cual todos creen conocer mi vida amorosa, o al menos los comentarios que he escuchado sobre *The Breakup Record* se basan en la suposición de que provoqué estas rupturas para seguir escribiendo éxitos.

Me llaman «loca» por alejar a mis parejas de forma intencionada o por dejarlas con brusquedad solo para criticarlas frente al micrófono.

Es ridículo, ya que no hay planificación alguna en mi tumultuoso historial romántico, solo pasión genuina seguida de dolor genuino. Cuando las expreso en cada una de mis canciones, el dolor es real.

Hasta con Max. En especial con Max.

Ahora, veo cómo me estudia. Continúo el aplauso, y mis gritos pidiendo otra canción atraen las miradas hacia mi mesa. Por suerte, la mujer de la primera fila se une a mi petición, que cobra cada vez más fuerza.

Con esfuerzo. Max aparta la mirada y hace una señal de rendición ante la multitud, para sentarse otra vez frente al piano.

Cuando empieza a tocar, mis rodillas se debilitan en un silencioso deleite. La canción que ha elegido es *It's Been a Long, Long Time*. Aunque es posible que la canción sea la favorita de Eustace o Ethel, o simplemente una más en el impresionante repertorio de clásicos de Max. De todos modos, lo dudo. Estoy bastante segura de que es su respuesta a mi entrada en el lenguaje que solíamos usar para hablarnos.

La alegría se apodera de mí cuando lo veo tocar. No se parece a nadie que haya escuchado, y eso que he tocado con algunos de los mejores músicos del país. Cuando Max toca las teclas es como si él se volviera parte de la música. Max Harcourt se vuelve solo un recuerdo para dar paso a una forma de sonido resonante; él no toca canciones, las encarna.

Fue ese el motivo por el cual me enamoré de él la noche que nos conocimos. Era la una de la madrugada, y él llevó su teclado al salón de la residencia universitaria que compartíamos, que siempre se encontraba vacío. Me explicó que su compañero de cuarto no podía conciliar el sueño con el tranquilo clic de las teclas mientras tocaba con sus auriculares puestos. Así que, cada vez que sentía el impulso de practicar en medio de la noche, Max salía de su habitación con su teclado.

La excepción llegó una noche de septiembre, cuando encontré a mi compañera de cuarto acompañada de un chico en *mi* cama y decidí dormir en el sofá del salón. El clic de las teclas de Max me despertó y me encontré a un chico que tocaba con sus auriculares puestos, absorto por una melodía que solo él podía escuchar. Su sonrisa tímida, cuando se dio cuenta de que lo miraba, hizo que cancelara la cita que debía tener la noche siguiente.

Asumo que esa es la única cosa que no ha cambiado de Max Harcourt.

Termina la canción y recibe un nuevo y entusiasta aplauso al cual me uno. El hombre que tengo al lado no lo hace, y en lugar de eso, clava su tenedor en su tarta. Con una sonrisa, me inclino hacia él.

—¿Disfruta del postre? —pregunto.

Levanta la vista con sorpresa ante la interrupción, sin embargo, no me reconoce. Sé que llamo la atención en casi todos los lugares a los que voy, especialmente en un sitio como este, pero, aun así, podría apostar que aquí nadie me reconoce.

—Delicioso —responde mi compañero de mesa. Su impactante bigote, bajo sus grandes gafas, se mueve con expresividad en cada palabra que dice—. La tarta de lima de Hank es la razón por la que elegí esta residencia.

Imposto mi voz en un tono encantador.

—¿Puedo probar un bocado?

—No todos los días tengo la oportunidad de compartir mi tarta con una mujer hermosa. —Desliza su plato hacia mí.

Soy de las personas que creen que las canciones guardan recuerdos de manera única, pero es cierto que la tarta casera de lima es un buen adversario, ya que, con solo probar el relleno de crema del plato de mi compañero de mesa, me siento abrumada: me arrollan los recuerdos de cenas compartidas en esta misma habitación, con la dulzura de encontrarme con un lugar que fue como una segunda casa.

—No sea humilde, estoy segura de que ha compartido muchas tartas a lo largo de su vida —respondo, y me alejo de los reconfortantes brazos de la nostalgia. Me encanta tener conversaciones con desconocidos, y aunque soy famosa por mis canciones sobre rupturas, una de mis partes favoritas es descubrir la inspiración en todas partes. Componer canciones es contar historias, es intuitivo una vez que te das cuenta. Cada persona está justo en el centro de la historia de su vida, así que, de un modo u otro, todos tienen canciones para compartir.

Solo hay que saber escuchar. Endereza los hombros.

—No lo voy a negar... —dice como si fuera a darme más detalles.

Sin embargo, la voz de Max nos interrumpe.

—Riley.

El sonido bajo de mi nombre en sus labios me resulta sorprendentemente familiar. Envolvió

una breve palabra en medio de muchas capas, que guardan un saludo entre precavido e indiferente.

Los recuerdos no me han impactado tanto a mí como a él, ya que Max no tenía forma de saber que me presentaría aquí. Y aunque tendría sentido que él tuviera fácil acceso a mi voz, estoy casi segura de que hace mucho que Max no me escucha.

Nuestros ojos se encuentran cuando me giro, y no puedo leer qué ocultan sus perfectos ojos verdes.

—¿Conoces a esta jovencita, Max? —pregunta mi compañero de cena.

—Solía hacerlo —dice Max. En cambio, su respuesta no carece de emoción, es más, suena como si contuviera en todas las emociones del mundo—. ¿Qué haces aquí?

Me repliego en el asiento y, con una sonrisa, me encojo de hombros. El hombre está cautivado con la escena y, para su fortuna, mi cuerpo es incapaz de convertir todo a mi alrededor en un espectáculo.

—He venido a probar la tarta —digo con dulzura, mientras como otro bocado.

Por un momento, Max me sostiene la mirada, y luego decide aceptar mi respuesta.

—Dime si hay algo más con lo que pueda ayudarte —responde listo para marcharse.

Frunzo el ceño, no debería sorprenderme que Max no me siga el juego.

—Con permiso —le digo al señor que me acompañaba en la mesa.

Me levanto y sigo a Max fuera del comedor. Aunque su paso es rápido, rechazo la idea de que huya de mí de forma deliberada. Solo ha acabado su función y tiene otras cosas que hacer.

—Max —digo para detenerlo casi en una súplica, lo que me hace sentir algo tonta por la urgencia de mi voz—. ¿Podemos hablar en privado? —pregunto con cautela.

Su mirada se posa en mí.

—Entonces no has venido a comer tarta —contesta, sin un ápice de complicidad.

—No —confirmo—. Por supuesto que no.

Por un segundo que parece eterno, me estudia. Reconozco esa mirada de cuando sus ojos recorrían las notas, las pausas, los detalles de nuevas piezas musicales. Él quiere... leerme.

Me pregunto qué canción escucha, si una encantadora y dulce, como nuestros recuerdos más entrañables, si alguna triste, o solo la melancólica melodía que recuerda de cuando era más joven. No me atrevo a fingir ser la canción que no puede sacarse de la cabeza.

—Sígueme —dice al fin. Me asustaba su frialdad cuando me viera, pero no lo percibo así. Tampoco parece feliz, pero si alguna vez me guardó rencor, creo que ya hace tiempo que lo liberó.

Nunca le guardé resentimiento, aunque sé que podría haberlo hecho. En gran medida, sus decisiones fueron las responsables de que nuestra relación terminase. Pero no... no lo hice, ni lo hago. De los cuadernos que llené sobre Max Harcourt, con palabras condensadas en un solo

poema que parte el corazón, ninguna fue escrita con resentimiento. Él no es mi enemigo, ni tampoco cualquier ex.

Él es mi enigma.

A lo largo de la última década, la pregunta sobre cómo me dejó permaneció en la periferia de mi mente. Comprendí perfectamente su elección, pero no entendí por qué la tomó. Puedo ignorar el enigma o escribir versos sobre él en una canción, pero incluso ahora, no tengo una respuesta clara.

Mientras sigo sus pasos, puedo ver que la recepción, donde su madre, Ruth, solía dar la bienvenida a los visitantes, se encuentra vacía. La imagen me entristece, y me doy cuenta de que no todo permanece igual; solo espero que ella se encuentre bien.

Continuamos el camino por las escaleras, y aunque Harcourt Homes sigue como lo recuerdo, lo que significa para mí ha cambiado drásticamente.

Por supuesto, es la razón por la que Max me dejó. Y no es solo el lugar donde trabaja, es la persona en la que se ha convertido. Al ver nuevas grietas en la pintura desgastada, siento que entro en partes de Max, como si caminara por los pasillos de su corazón.

Mientras subimos las escaleras no hace ningún intento por entablar conversación o mirarme, lo que desata una lucha interna para no permitir que su indiferencia hiera mi ego. Por supuesto, lo he buscado a lo largo de los años, pero las redes sociales no son lo suyo. Tal vez está casado y mi presencia lo incomoda, o quizás lo que tuvimos solo fue una aventura entre su infinita lista de romances.

Tal vez no significó lo mismo para él que él para mí.

Caminamos a lo largo del pasillo principal del segundo piso, y sé a dónde nos dirigimos. Como era de esperar, cuando llegamos al final, Max abre la puerta de la pequeña oficina que solía ser la de su padre.

Su hermana Jess grita cuando me ve.

—¡Oh, por Dios! —dice.

Con su exclamación logra sacudir mi mente del sinfín de interrogantes, y no puedo evitar sonreír. Mis brazos se extienden para darle un abrazo.

—Me alegro de verte —digo con sinceridad—. Has crecido.

La última vez que vi a Jess era una adolescente insegura. Ahora, ya ha encontrado su estilo: clásico y discreto, los rizos le enmarcan el rostro como si tuvieran vida propia. Está estupenda. Pero, al igual que cuando vi a Max, no puedo evitar sentirme confundida. Me alegra que le esté yendo bien, y a la vez me entristece haberme perdido tantos años de su vida.

Su sonrisa se expande. En mis quince años de exparejas, descubrí que las hermanas son arduas y críticas o cómplices y amistosas. Jess Harcourt fue siempre parte del segundo grupo, tardó solo minutos en mostrarme vídeos de Max en sus recitales de piano cuando solo tenía cinco años.

—Ahora eres... famosa —dice Jess mientras se despegas de mis brazos.

Cada vez que me recuerdan mi imagen pública no logro evitar sentirme insegura, pero con los años he aprendido a reaccionar de manera casual.

—Es raro, ¿no? —digo en búsqueda de una confirmación.

La hermana de Max niega con la cabeza de manera exagerada.

—No, raro sería que no hubiera pasado.

Me siento conmovida por su aprobación y entusiasmo, sin embargo, Max corta el intercambio.

—Jess —dice con amabilidad—, ¿nos darías un momento?

—Sí, claro. —Jess camina hacia la puerta y añade—: Riley, antes de que te vayas, debemos hacernos una foto, y quiero un autógrafo. Dios mío —agrega como si lo escuchara por primera vez, y cuando me toca el hombro no puedo evitar sonreír—. El disco es increíble.

Mis ojos se desvían hacia Max, a quien encuentro con la mirada fija sobre mí. Su silencio es como un disco que gira sin la aguja. No repite ninguno de los elogios de su hermana, y me pregunto si ha escuchado *The Breakup Record*.

—Te prometo que te buscaré antes de irme —le digo a Jess.

Jess me lanza una mirada que interpreto como un: «más te vale»; luego sale y cierra la puerta detrás de ella. Cuando Max se apoya en la pared, al instante soy consciente de lo pequeña que es la habitación. Hace mucho, compartimos momentos de pasión aquí, al igual que muchas noches en el Valle. Las manos hábiles de Max habían encontrado mi cabello, la curva de mi cuello y mis caderas, mientras yo me apoyaba sobre este mismo escritorio. Tocó cada centímetro de mi piel como una escala musical y sus labios eran dulces como la tarta de lima.

La mirada de Max y su aspecto no sugieren nada de su destreza natural y su avasalladora pasión en... otros aspectos. Me besaba con una devoción ferviente, sus manos me exploraban como si fuera su obsesión favorita y sus dedos poseían habilidades que ni siquiera el piano conoce.

Los detalles me invaden. A pesar de que todo esto está fuera de contexto, aún más teniendo en cuenta su rigidez, no me castigo por el caluroso recuerdo. Aprendí a defenderme contra la vergüenza o el arrepentimiento, no me sirven de nada cuando vivo a través de canciones.

«Recuerda y siente sin miedo», es lo que siempre me digo a mí misma.

—Me alegro de volver a verte —dice.

No puedo evitar levantar una ceja.

—¿En serio?

—Siempre me alegro de verte, Riley. —Sus gestos se suavizan levemente—. Eso no ha cambiado.

Sus palabras sinceras me reconfortan de una manera que ninguna reseña elogiosa o perfil de Pitchfork podría hacerlo.

—Yo también —digo con humildad—. Tienes buen aspecto, y sigues teniendo habilidad con el piano.

Sentado en la silla de su escritorio, me hace señas para que ocupe el asiento que Jess ha dejado vacío. Es sorprendente cómo llena el espacio de manera natural. Puedo ver como él también ha crecido.

—El piano está algo desafinado —se excusa.

Me encojo de hombros.

—Algunas canciones suenan mejor así.

—Eso no es cierto —responde un tanto escandalizado.

—Yo creo que sí, en esta era de procesadores industriales —agrego—. Es como cuando ves a un artista en directo, quieres que se equivoque con la letra solo para confirmar que de verdad está cantando.

—Tú nunca te confundes —dice Max.

Me pregunto si sabe cuánto significa para mí esa observación imprevista. La letra es lo más relevante de mis canciones, nunca me perdonaría estropearlas. Elijo cada palabra con cuidado, como hago en este momento, como si esta conversación, este encuentro, fuera una canción que escribo para un solo oyente.

Hago un esfuerzo para parecer casual, cruzo las piernas y lo miro con curiosidad.

—¿Fuiste a alguno de mis conciertos?

—No, pero te conozco —contesta. Empalidece cuando se da cuenta de lo que acaba de decir—. Quiero decir, no es que no esté interesado en ir —agrega de manera apresurada.

—Ey, no hay problema —digo para tranquilizarlo. Una parte muy pequeña y reservada de mí se siente herida. He tocado para cientos de miles de personas a lo largo de los años, mucho más si cuento la audiencia de *Saturday Night Live* el fin de semana pasado. ¿Max nunca fue uno de ellos?—. Nunca esperé que vinieras a mis conciertos. —Max traga saliva, no sabe qué decir. Ojalá pudiera leerlo como él me lee a mí. Elijo cambiar de tema—. ¿Cómo está tu familia?

Parece aliviado.

—Bien, todos se encuentran bien —dice con entusiasmo ante este tema de conversación menos arriesgado—. Jess probablemente se mudará a Nueva York pronto por el trabajo de su novia. Mis padres se jubilaron y viven en Palm Springs, pero nos visitan todos los meses. Les alegra que Jess dé el paso, pero no pueden evitar estar tristes.

—Su novia —repito—. Guau, ¿en serio?

—Así es.

—¿Y tú? —pregunto.

—Me alegro por ella, por supuesto.

—No, me refiero a... —Tartamudeo al enunciar esas palabras de una manera que nunca lo

haría frente al micrófono. —¿Hay alguien importante en tu vida? —Siento vergüenza por la manera torpe en la que he enunciado la pregunta.

Max aparta la mirada. Es en su pausa que decido que odio el silencio. Este sentimiento no es solo la guerra que libro contra el silencio cada noche que lleno un escenario con sonido, es un profundo resentimiento hacia el silencio que me enferma el corazón y del que estoy desesperada por que Max me libere...

—No en este momento —responde.

Hago un esfuerzo increíble y me contengo de realizar más preguntas. Indagar en cada detalle de la vida amorosa de Max Harcourt no es el motivo por el que estoy aquí.

—Es raro —dice Max—. Podría preguntarte lo mismo, pero...

Mi sonrisa ahora no muestra ningún signo de alegría.

—Pero ya has visto las noticias.

—Es difícil no hacerlo —contesta. Aunque el comentario podría ser superficial, no lo es. No de la manera en que lo dice. —Lamento lo de tu divorcio. ¿Cómo estás? —Sus palabras suenan como si no supiera cómo tener esta conversación, lo cual es comprensible.

Me encojo de hombros.

—Solo estuvimos juntos cinco meses. —De manera instintiva, esa observación es mi respuesta automática cuando se trata de hablar de Wesley. No es falsa, y a la vez no revela nada, le da al oyente la libertad para inferir lo que quiera, cualquier suposición lo suficientemente satisfactoria como para que la conversación no continúe—. Tú y yo... —comienzo a decir, pero me detengo en seco.

—... duramos más que eso —acaba por mí. Aunque lo que ha dicho es simple, está lleno de interrogantes que no puedo entender del todo. Es capaz, como nadie que haya conocido, de convertir afirmaciones en preguntas, aunque desearía saber cuáles son.

Fuerzo una sonrisa.

—Es cierto. De todos modos, estoy bien.

Max empieza a sonreír hasta que algo nuevo cruza su expresión, cambiando las notas de la atmósfera a un tono menor.

—¿Qué haces aquí, Riley? —pregunta.

Por supuesto, él comprende que no he aparecido de repente solo para ponernos al día. Respiro hondo y me siento como si estuviera en el escenario, a punto de cantar las primeras notas, y si soy sincera, no estoy segura de cual situación me resulta más arriesgada: el comienzo de cada espectáculo, donde el más mínimo fallo podría dañar mi carrera, o aquí, en este viaje al pasado con el hombre que solía amar.

—Necesito pedirte un favor —digo.



TRES

Max

Me inclino en mi silla. ¿*Riley Wynn tiene que pedirme un favor?* Ahora está de pie, dando vueltas en el pequeño espacio como si quedarse quieta fuese imposible. Observo su nerviosismo con creciente confusión, discordante con la apasionada y renegada confianza innata de Riley.

No me creo que esté aquí.

Cuando se acerca a la ventana, veo que el *top* que lleva puesto no tiene tela en la espalda, solo su piel hasta la cintura de sus tejanos. La vista es impactante en maneras en que escuchar su voz o tenerla frente a mí no lo es, es el recordatorio de los lugares donde posé las manos cuando la podía sostener.

Me siento sobre los dedos para contener cualquier movimiento. Sé cómo se sentiría en cada una de sus versiones: dulcemente suave, o sudorosa si acaba de salir del escenario o después de nuestra primera ronda y con intención de desafiarme para la siguiente. La promesa de cómo me sentiría envuelto en ella es embriagadora y su aroma me besa incluso cuando sus labios no me tocan.

Riley. La magia que emana es despiadada. Lucho en contra y miro para otro lado.

La verdad es que nunca imaginé que volvería a ver a Riley, excepto desde ángulos cuidadosamente orquestados por cámaras y sesiones de fotos. En cambio, siento que estamos viviendo otra vez la canción versionada de nuestras vidas. La letra, el movimiento de la melodía, es el mismo, pero el ritmo ha cambiado, la instrumentación se ha reducido a notas solitarias, la energía que fluye debajo de ellas es algo que nunca he escuchado, y titilan en mis dedos de una manera en que solo lo hacen las canciones inolvidables.

Las que quiero escuchar una y otra vez.

—Has escuchado el disco, ¿verdad? —pregunta frente a la mitad de su reflejo en la ventana.

—Aún no he tenido la oportunidad —confieso.

Se gira y la incredulidad reemplaza por completo su nerviosismo. Es sorprendente cómo por un momento la emoción la ilumina, es casi como mirar directo al *flash* de una cámara.

—No vas a mis conciertos ni escuchas mi música. No eres mi fan. —Asiente para sí misma y asimila la información—. Necesitaba un toque de humildad, y quién mejor que tu exnovio de la universidad para dártelo. La fama muchas veces juega con tu cabeza.

—Ey —contesto a la defensiva—. Quieres que tu ex siga siendo parte de... ti.

Riley se ríe, y no puedo evitar sentir una descarga ante el sonido de alegría que emana.

—Max, he salido con, digamos, tres músicos relativamente populares.

—¿Y escuchas su música?

—Por supuesto que sí —exclama—. Uno de ellos escribió una canción sobre mí con muy mala fe, y me encanta.

Ahora me río.

—Eso es mentira —digo, pero sé que me equivoco. Riley trabaja para encontrar inspiración para sus canciones, pero vive como si quisiera inspirarlas.

—De verdad —insiste—. La escucho cuando hago ejercicio.

Mi mente despiadada me regala la imagen de Riley con ropa de deporte, la tela perfectamente estirada cubriendo el cuerpo que conozco como las teclas de mi piano. Aparto la idea al instante.

—Entonces, si la reprodujera ahora... — Me acerco a mi ordenador.

—La cantaría. Se llama *Nightmare Girl*.

Me tambaleo.

—¿Qué?, ¿en serio? —Riley no estaba equivocada. La versión apta para la radio de la canción que acaba de mencionar ya está cargada de resentimiento y malas intenciones, lo cual no sorprende dada la reputación de narcisista despiadado del autor—. ¿Saliste con Hawk Henderson?

—Lamentablemente, sí —Riley dice inmutable—. Es verdad cuando digo que tú fuiste el único buen chico con el que he salido.

Sin saber qué decir, abro el portátil y, por supuesto, en el momento en que lo hago, el rostro de Riley ocupa toda la pantalla con la portada de su disco en la página de Spotify.

Riley se gira hacia mí, con el brillo de la victoria bailando eléctricamente en sus ojos.

—Bueno, bueno, bueno —me increpa—. ¿Qué tenemos aquí?

Cuando empiezo a cerrar el ordenador, su mano en mi brazo detiene mi movimiento, sin mencionar también mi corazón. Tan solo ese contacto momentáneo es impactante, la carga de recuerdos en que su piel se encontró con la mía, sentada a mi lado en el piano o...

—Entonces sí lo has escuchado —dice.

—Estaba... pensando en hacerlo —contesto nervioso—. No lo he hecho aún. —Arrastra su silla peligrosamente cerca y se sienta. La familiaridad de su aroma es devastadora, dulce y ahumada, como flores ardiendo; y sus ojos centellean de esa manera que siempre me hacía desear acariciarla.

Cuando habla, es como escuchar al diablo en mi hombro mientras me susurra al oído.

—¿Ni siquiera has escuchado tu canción?

Tu canción.

—No sabía si me ibas a incluir —confieso—. Fue hace tanto tiempo... y éramos muy jóvenes.

Ella me sostiene la mirada.

—De hecho, eres la estrella del disco.

Se me revuelve el estómago. Mi negación fue sincera cuando Jess sugirió que yo era la inspiración para la canción del verano, la obra maestra que encabezaba las listas y aparecía en cientos de titulares, con récords de reproducciones, tendencia en TikTok y predicciones ganadoras para los Grammy.

Es... sobre mí. Sobre nosotros.

—*Until You* —digo.

Riley sonríe. El más leve indicio de timidez parpadea en la alegría imprudente que ilumina sus rasgos.

—¿Estás seguro de que no quieres escucharla? —me pregunta.

—Preferiría que no fuera sobre mí. —Mantengo la voz tranquila con gran esfuerzo, ya que en mi interior se está librando una guerra. Nada te prepara para enterarte de que tu intenso y desafortunado primer amor es el tema de la canción que millones de personas han memorizado, cantado en la ducha, reproducido de camino a casa y compartido con sus amigos.

Riley me analiza.

—No te entiendo —dice finalmente.

—No, no lo haces.

La respuesta se escapa de mi boca y la forma en que Riley se queda en silencio muestra que sabe por qué. No suelo permitirme sumergirme en el purgatorio de recordar las razones de nuestra ruptura, las suposiciones de qué pudo ser. En momentos de debilidad, me he preguntado si Riley lo hace. Supongo que podría descubrirlo si escuchara la nueva canción favorita del país.

Riley suspira con exasperación, casi como si sacudiera los recuerdos.

—Bueno, es sobre ti. Y, el problema es... —continúa— que nadie sabe que es sobre ti.

A pesar de que ha pasado una década desde nuestra última conversación, me quedo mudo cuando reconozco la sombra que oscurece sus ojos; está herida.

—En cambio —continúa con brusquedad—, mi exmarido ha empezado a decir que él es la inspiración para *Until You*. Y odio que me utilice de esta manera. Quiero decir, me pidió el divorcio por la canción que escribí para *Only Once*.

Asiento cuando recuerdo que *The Breakup Record* aún no se había anunciado cuando a Riley, gracias al reconocimiento de su segundo álbum, le pidieron que escribiera la canción de los créditos finales para la adaptación cinematográfica de una novela premiada. Aunque al final no fue nominada, recuerdo que corrieron rumores de que la nominarían a los Oscar.

No puedo ni imaginarme cómo reaccionó Jameson.

Riley niega con la cabeza para apaciguar su enfado.

—Nunca lo admitirá, pero odiaba la idea de que yo pudiera ser más famosa que él. —Una vez

más, se levanta. Pero ahora, cuando empieza a pasearse, no es como si caminara hacia el micrófono, sino como si estuviera en una jaula—. Comencé el álbum el día que me mudé, y él sabía que mi discográfica quería algo nuevo. Lo aterraba —explica Riley, su voz chispea como un cable pelado—. Sola en mi habitación de hotel vacía, escribí *Until You*, y simplemente... lo supe: era la canción. Pasé semanas regrabándola sin parar, mientras trabajaba en las otras canciones del álbum, con la certeza de que podía perfeccionarla. Cuando envié la versión final me respondieron en minutos. —Incluso en medio de su frustrada explicación, una fugaz y cariñosa sonrisa se dibuja en Riley, que desaparece cuando mueve la cabeza—. Si escucharas la letra, sabrías que es sobre ti. Al igual que él sabe que no es sobre él. —Frunce el ceño—. Aun así, pretende ante el público que sí lo es, solo para que mi éxito todavía esté bajo su sombra.

Expresar todo esto la agota de maneras que nunca había visto en ella. Se detiene, y sus hombros se hunden.

Sus palabras se clavan en mí como un cuchillo directo al corazón. Y aunque Riley y yo no nos entendemos del todo, no es difícil imaginar lo desgarrador que debe ser que te arranquen el control de la creación que más te llena de orgullo.

—Lo siento —digo sinceramente—. Es horrible.

Riley emite una risa forzada.

—Eso es Wesley para ti. —Sus ojos distantes vuelven a mí, ahora con más determinación—. Así que es por eso por lo que estoy aquí, porque quiero anunciar que la canción es sobre mi novio de la universidad, y no sobre Wesley.

Asiento.

—Yo —digo.

—Sí —Riley confirma—. Tú.

Le doy vueltas a la idea.

—No le veo nada malo, tampoco es que vayas a usar mi nombre.

La sonrisa que me dedica es compasiva.

—Los fans lo descubrirán en cuestión de segundos.

—Ah —digo—. En ese caso, no.

—No. —Riley repite la palabra como si la escuchara por primera vez.

—Sí, preferiría que no. Pero gracias por preguntarme.

Reconozco la estupefacción e incompreensión en los ojos de Riley, son emociones que ya había visto a través de las grietas que llevaron a nuestra ruptura.

—Max, ¿por qué?

—La gente no suele negarse a lo que les pides, ¿verdad? —pregunto educadamente. Las cejas de Riley se elevan.

—No muy a menudo —murmura.

—Como has dicho antes, todos necesitamos una dosis de humildad —bromeo.

—Lo que tú digas. —Riley se coloca la mano en la cadera de modo impertinente, como si hubiera practicado esa postura en sus vídeos musicales. Levanta la barbilla e intenta simular autocontrol—. Creo que no me gusta.

Río, aunque realmente empiezo a entender por qué la gente no le lleva la contraria con frecuencia. Su mera presencia es persuasiva, no sé cómo lo hace. Riley no es muy alta, ni siquiera llega al metro sesenta, pero yo, con metro ochenta, impongo menos que ella. Está en su esencia, forma parte de su ser.

—Invéntate otra cosa —le digo—. Que es sobre cualquier otro.

Me sorprendo ante el destello en los ojos de Riley.

—Eso sería una mentira, y mis canciones no son mentiras. Por favor —me ruega, su voz es como miel endurecida—. ¿Qué puedo hacer para convencerte?

Me muevo en mi asiento, y con paciencia formulo mis próximas palabras.

—Lo único peor a que tu exnovia se convierta en la cantautora de tu generación y escriba una canción exitosa sobre ti, es que tu exnovia se convierta en la cantautora de tu generación y escriba una canción exitosa que todos saben que es sobre ti.

Riley se queda en silencio.

Está asimilando lo que a mí me llevó años darme cuenta. Riley es todo lo que yo no soy, lo cual es surrealista, ya que alguna vez fuimos muy similares. Esta última década, no solo nos separamos, tomamos direcciones opuestas: ella hacia un mundo de sonidos estridentes y destellos, yo hacia la obligación, el orden, los agradables confines del hogar envuelto en necesidades constantes. Riley se casó con su famoso ex mientras yo iba de una relación destinada al fracaso a otra. Diez años son suficientes para convertirnos en personas completamente diferentes que solo se parecen a las parejas que solíamos amar.

Pasan varios segundos hasta que responde, y cuando lo hace, su calidad de estrella desaparece. Es simplemente la chica sin reservas que llegué a conocer al detalle.

—No vas a ceder —dice.

—Sabes que no.

Me sonrío con tristeza.

—Sí, lo sé.

Aunque la oficina está en silencio, es como si algo hubiera atravesado la puerta y hubiera traído el pasado. El sinfín de recuerdos de arrepentimiento, de un amor que quedó inconcluso. Riley baja la mirada; parece incómoda.

—Tengo que decir... —comienza.

Me sorprende lo rápido que reconozco el matiz en su voz, cómo recuerdo exactamente la manera en que la entonación de Riley prepara el terreno para provocar peleas. Y aunque no

peleábamos a menudo, tampoco puedo decir que no pasase nunca. Éramos el uno para el otro, lo que eleva el interés y aumenta los roces.

Es curioso cómo despierta la anticipación. No estoy atrapado en el pasado, en mi pasado con Riley (de verdad que no), pero hay una parte descarriada y culpable de mí mismo que anhela la oportunidad de revivirnos en forma de palabras.

—Es una especie de alivio verte aquí todavía —continúa Riley—. Estás haciendo exactamente aquello por lo que me dejaste. —Espero el remate, o la resolución. Cuando las notas disonantes vuelven a la armonía—. Al menos te quedaste con lo que elegiste en lugar de mí —dice.

Ahí está. He perdido la cuenta de las noches que pasé pensando si alguna vez tendríamos esta conversación. Si Riley Wynn, la nueva superestrella, alguna vez discutiría con su excepcional y ordinario ex sobre cómo nos desmoronamos.

—Tú también me dejaste —le recuerdo con dureza—. Yo siempre he estado aquí. Tú no volviste.

El verano que rompimos, me preguntaba todos los días si Riley me invitaría a regresar a su vida. Miraba el móvil como si ese aparato contuviera mi mundo entero, y en cierta manera era verdad. Sostenía la esperanza de escuchar a la chica que hacía que los escenarios se sintieran íntimos y que los días comunes parecieran estar bajo la luz de un foco.

Pasaron semanas. Meses.

Quizás solo se desvaneció en un *no*, como suele pasar.

—No tenía ningún motivo para volver —responde—. Nada. —Oigo su significado con una claridad penetrante. Es su don, al igual que en sus letras. *Aquí no había nada que quisiese*. Nada de la vida que necesitaba. Nada, excepto el hombre que la había decepcionado.

—Al menos, dime que eres feliz —dice—. Que elegiste lo correcto. Que no piensas en el camino que no tomamos juntos.

Sé que no está buscando consuelo al escucharme decir que todo salió bien al final. Ella me está provocando, y aunque no me enfado con facilidad, no soy yo quien apareció en su lugar de trabajo sin preocuparse por cómo eso trastornaría su vida.

—No me arrepiento de haberme quedado en Harcourt Homes —respondo breve—. ¿Te arrepientes de no haber vuelto?

—No.

—Bien, Riley. Me alegra escucharlo. —La cortesía forzada está haciendo que mi corazón lata con fuerza—. De verdad.

—Me alegra escuchar que eres feliz, Max. —La rápida respuesta de Riley lo dice todo, más aún el rubor de sus mejillas.

—Bueno —continúa—, supongo que no tengo ningún motivo para estar aquí, entonces. Te daría entradas para el concierto de mi gira en Los Ángeles, pero ya has dejado claro que no eres

fan.

La idea hace que mi resentimiento se endurezca. Riley interrogándome sobre mis elecciones de vida y restregándome la razón de nuestra separación es desagradable. Por último, que sienta que no me gusta su música es intolerable.

—Riley, eso no es así —digo, controlando la malicia de mi voz. Necesito que sepa que me importa su música, incluso si ya no tengo el privilegio de velar por ella. De hecho, cuánto me importa es la razón por la que no puedo escucharla. Aunque desearía que lo entendiera, no puedo decirlo en voz alta. «*Los recuerdos que has plasmado en tus canciones me destruirían*».

—Está bien. —Me sonrío desde la puerta—. Es curioso, millones de oyentes, y la única persona para la que escribí la canción no la ha escuchado. Cuídate, Max.

Se marcha como una melodía que se pierde en el viento.



CUATRO

Riley

Aparco frente al restaurante mexicano vegano donde voy a cenar con mi madre. Es de mis favoritos, elegante y en la zona cercana a Melrose. Aunque no soy vegana, sigo cualquier dieta estricta que implique consumir grandes cantidades de burritos de chorizo de soja de este lugar. En términos más prácticos, descubrí que comprenden la importancia de la discreción de los asientos.

Apago el coche, y por lo general, en este momento la música se desvanecería; sin embargo, esta noche solo me invade el silencio. He conducido desde Harcourt Homes sin música, algo que solo hago cuando estoy realmente conmocionada.

Voy a necesitar una exquisita horchata vegana para sacarme el mal sabor de boca después de mi conversación con Max. Lo que me frustra no es solo su negativa, sino la confirmación de que él ni siquiera escucha mi música. Si Max publicase música, lo seguiría en Spotify y escucharía cada uno de sus lanzamientos.

Pero Max abandonó la música en la universidad.

Pensé que seguiría mi carrera con un mínimo interés, y al descubrir que no lo hace, no sé bien cómo me siento; con el orgullo herido, y el corazón un poco roto.

No sigo enamorada de Max Harcourt. Sigue siendo importante para mí, dado que mi alma se niega a olvidarlo. Es como saber hacia dónde apunta la brújula incluso cuando la vida me lleva en la dirección opuesta. Supongo que solo quería alguna señal de que yo también era importante para él.

Sea como sea, este es el mejor año de mi carrera y estoy decidida a disfrutarlo, sin importar si Max Harcourt escucha mi música o no.

En la entrada del restaurante, los tacones de mis pesadas botas golpean los intrincados azulejos bajo las luces cónicas suspendidas en el aire. El diseño aquí se cohesiona de maneras inesperadas, es la perfecta mezcla de vieja escuela y moderna frescura californiana. Las voces llegan desde el patio por encima del tintineo de vasos.

Sigo el sonido hasta la esquina, donde encuentro a mi madre sentada en nuestra mesa. Me ha dejado la silla que mira hacia la calle.

Antes de *The Breakup Record* la gente solía reconocirme, más aún cuando salía con Wesley. Ahora, si no ando con cuidado, multitudes aplastantes con cámaras y cuestionarios me rodean en

pocos segundos. Muchas veces siento que alimento fieras insaciables. Entiendo que les emocione verme, solo que la emoción puede convertirse fácilmente en algo más voraz. Siendo sincera, la fama que *The Breakup Record* ha generado me intimida y a la vez me emociona. La «M» de millones en el recuento de seguidores junto a la marca de verificación de mi nombre en Instagram, la época dorada de mi discográfica al salir en *The Tonight Show*, cuando debuté con *The Final Word*, una de mis canciones favoritas del disco. Compartir mi música con innumerables oyentes en uno de los escenarios más grandes del país es un sueño hecho realidad.

Sin embargo, este nivel de fama es irreversible en aspectos con los que todavía lucho por comprender. Recuerdo cuando podía ir a comer *sushi* en Santa Mónica, sonreír en las *selfies* de algunos fans y luego volver a mi casa en Crescent Heights, donde no me preocupaba si los árboles eran lo suficientemente altos como para mantener alejados a los *paparazzi*.

Por suerte, Melrose tiene la ventaja de estar repleta de celebridades. Es probable que la mitad de las personas que se encuentran en este restaurante sean parte de la industria cinematográfica o musical.

Me siento. A pesar de mi mal humor, no puedo evitar sonreír al ver lo fuera de lugar que está mi madre. Dentro de este lugar de moda, Carrie Wynn, con su corto cabello rubio, se ve exactamente igual que en cualquier otra ocasión, lleva su suéter morado favorito, ya que prefiere la comodidad a la elegancia. Mi madre es una representante exponencial del Medio Oeste norteamericano. De ella heredé mi autenticidad, sin importar lo diferentes que sean nuestras apariencias.

Mira por encima del menú.

—Has llegado a tiempo —destaca—. Dijiste que llegarías tarde.

—He acabado antes de lo que pensaba —digo restándole importancia.

—¿Todo bien? —Pregunta con su mirada láser. Evitando su intuición, pretendo estar concentrada en el menú.

—Todo bien —miento—. ¿Pedimos los nachos?

La maniobra evasiva funciona tal como esperaba, y la sola mención de los nachos distrae la atención de mi madre.

—Puedo hacerlos en casa —dice con desaprobación.

Frunzo los labios para contener la risa, ya que mi madre mantiene desde hace mucho tiempo la filosofía de no pedir en un restaurante algo para lo que ya tiene una receta. Lo cual, en mi caso, incluye todo el menú. En cambio, mi madre, ama de casa y chef personal de mi padre durante toda su vida, ha desarrollado un formidable repertorio culinario. Aunque no estoy segura de que pueda recrear estos nachos (que maceran en fruta de dragón y mole cubriendo las chips con queso de castañas, lo que los vuelve crujientes), omito el comentario.

—Bueno, elige tú —contesto.

—¿Por qué no pedimos las gorditas? —dice de modo tal que, aunque parece una pregunta, no la está haciendo.

Hago señas para llamar a nuestro camarero, que, cuando se acerca a nuestra mesa, percibo que me reconoce; pero luego recupera la compostura.

—¿Qué les gustaría pedir? —Su voz es familiar y casual, y la verdad es que también es bastante apuesto.

Emulo su tono cálido y casual, siguiendo las normativas de mi publicista. «Si eres demasiado amigable, la gente pensará que estás obsesionada con que te reconozcan. Ahora, si te muestras desinteresada, pensarán que eres una zorra».

—Las gorditas para comenzar, gracias —digo sonriendo—. Ah, y una horchata para cada una.

En cuanto se marcha el camarero, mi madre no pierde el tiempo.

—Bueno, los muebles ya están todos en su sitio, al igual que los elementos del baño y la cocina. Eres una mujer de treinta años y puedes deshacer las maletas tú sola. Además, tienes tantas que no sabría ni por dónde empezar. Ya es hora de que vuelva a casa.

Mi sonrisa se desdibuja.

—No tienes que marcharte tan rápido.

—Sí, ya es hora. —Con esa inmediatez en la respuesta de mi madre, estoy bastante segura de escuchar algo más que impaciencia—. No me necesitas y no quieres vivir con tu madre. Tengo que hacerme cargo de mi casa.

Me quedo en silencio, deseando tener mi horchata solo para hacer algo con las manos. No solo tenemos los mismos ojos marrones; ahora mi madre y yo compartimos divorcios, con meses de diferencia. La diferencia es que mis padres pusieron fin a treinta y cinco años de matrimonio; en cambio el mío solo duró tres meses. Cuando le pedí que volara a Los Ángeles para ayudarme a mudarme de la casa de Malibú que acababa de comprar con Wesley, supe que agradecería la distracción. Ambas la agradeceríamos.

—La casa puede esperar, mamá —digo. Bajo el zumbido de las estufas del patio, me pregunto si es visible cómo mis mejillas se enrojecen ante mi falta de locuacidad. Es curioso cómo a veces las palabras correctas se escapan de mi boca cuando centro toda mi carrera en evocar emociones con las letras perfectas. La interrogo con una nueva propuesta—. ¿Qué dices de venir a la gira conmigo?

Una risa desconcertada sale de la boca de mi madre.

—De gira... Eso es cosa de tu padre —me explica cuando se da cuenta de que no estoy bromeando—. Sabes que estoy muy orgullosa de ti, pero solo me interpondría en tu camino. Necesito vivir mi propia vida, cariño.

Sabía que diría eso, así que asiento con paciencia. Es verdad que mi padre me enseñó a tocar la guitarra. En mi primera gira, vino a la mitad de los conciertos. ¿Le encantaría venir a mi

próxima gira? Por supuesto que sí, de hecho, estoy segura de que lo haría.

—Ya hablé con papá respecto a esto —digo con delicadeza e inmediatamente el rostro iluminado de mi madre se nubla—. Fue idea suya —agrego.

Hice un largo viaje en coche hace unos días, entre los ensayos de la gira, para ponerme al día con él. Su voz ronca llenaba el silencioso interior de mi coche mientras yo conducía por la autopista de la Costa del Pacífico sin rumbo. La conversación fue agradable, aunque un poco dolorosa, porque, aunque el divorcio fue de mutuo acuerdo, ninguno está contento con el desarrollo de los eventos.

Sin embargo, mi padre tiene su carrera de estudios topográficos en St. Louis; mi madre, en cambio, renunció a la suya cuando me tuvo. No solo eso, soy hija única y ella tampoco tiene hermanos. El dolor de imaginar a mi madre sola en su casa (antaño, nuestra casa) es un sentimiento que ni la canción más triste puede capturar. Mi padre siente lo mismo.

Mi madre se remueve con incomodidad en su asiento.

—Pensaba que uno de los beneficios del divorcio era no tener que escuchar más lo que mi exmarido piensa que debería hacer.

—Se preocupa por ti —digo suavemente—. Y no es el único.

Conocer cada línea del rostro de mi madre significa que puedo distinguir exactamente el momento en que su resistencia se suaviza, a pesar de que su expresión apenas cambia. Sin hablar, mira hacia la guirnalda de lucecitas que iluminan el patio ajardinado y brillan sobre los comensales.

—Estoy bien —dice de manera burlona y poco convincente.

Muevo la cabeza para encontrar sus ojos con la mirada penetrante que aprendí de ella.

Funciona.

—De acuerdo, no estoy bien —se autocorrigió—. Pero estoy trabajando en ello. Estoy bien sola, cariño —dice, y su voz adopta una convicción abnegada que sé que pasó décadas aprendiendo—. No tienes que llevarte de gira a tu triste madre divorciada. No necesito una niñera.

—¿Qué problema hay en ello? —digo de improviso. Mi capacidad para improvisar me enorgullece, hacer magia a partir de la nada. No importa cuán preparado esté todo lo que hago a diario, nadie llega a donde yo he llegado sin saber improvisar—. La gira va a ser enorme —continúo—. Todo mi equipo actúa como si estuviésemos en el mismo barco, pero en realidad solo buscan su propio beneficio. Me haría bien saber que alguien está ahí solo por mí. Por mi persona, no por... ya sabes, Riley Wynn. Te necesito —concluyo.

Sé que he ganado. Es como escuchar salir un *riff* perfecto desde la punta de mis dedos. Jugar con el instinto de mi madre para hacer que piense que es lo que necesito es cómo la convenceré de que haga lo que en verdad ella necesita.

—Eres un fastidio —dice, cayendo ante mi juego retórico.

Me río y me doy cuenta de que no muestra resistencia. Y como cuando siento que el público está conmigo, aprovecho el impulso.

—¡Será divertido! —se lo prometo—. ¡Una gira solo de chicas! ¡Oye, puedes quedarte en el autobús conmigo! ¡Veremos películas malas y comeremos comida basura!

Aunque mi madre frunce el ceño, su desaprobación no llega a sus ojos, así que la idea la entusiasma.

Me estoy preparando para exaltar las virtudes de las Noches de Películas del Autobús de Gira cuando mi móvil vibra. El nombre de mi publicista me hace abrir la conversación de mala gana. La cara de mi exmarido me saluda en una conversación de iMessage. Su sonrisa inmutable se asoma desde la imagen de TikTok que me ha enviado mi publicista. Con el estómago cerrado, decido hacer clic en el enlace.

Agradezco mantener siempre el volumen bajo. No necesito escuchar el ritmo del piano del primer verso de *Until You* en medio de una cena en Melrose para reconocerla.

En el vídeo, Wesley se cepilla los dientes sin camisa, obviamente orgulloso de los relucientes pectorales que desarrolló para el drama medieval que empezará a grabar en breves. Si bien no es el típico hombre guapo, es lo suficientemente consciente de su rostro serio y geométrico, acompañado por su pelo negro, como para comprender que el estatus de símbolo sexual atípico es una herramienta más para explotar en su propio beneficio.

Baila con la letra de la canción más popular del país en este momento frente al espejo del baño que llamé *nuestro* durante unas seis semanas. Mi canción. Cerca del final del verso inicial, canta: *Woke up with my heart under your fingers*.

Al decir esto último, guiña a la cámara.

Reviso los detalles del vídeo con el corazón palpitando de indignación. Millones de visitas desde que se publicó esta mañana, y como no podía ser de otra manera, todo son halagos. Sabe lo que está haciendo: alimenta el *hashtag* #WesleyTok con respuestas de sus fans, con guiños a rumores, solo para impulsar su amada personalidad en internet.

Este vídeo no es el primero en el que usa mis canciones. Cuando estábamos casados, titulaba con humor vídeos cortos de él con el ceño fruncido ante cosas por las que «me había enfadado con él», acompañadas de mis canciones más vengativas.

Sus espectadores disfrutaron de las payasadas autocríticas, y a ciertos fanáticos masculinos les encantó lo identificable que lo hacían las quejas sobre su desagradable esposa. «Ignora los comentarios», diría Wesley.

Pero, por supuesto, a mi discográfica le encanta. Aunque me controlo de pedirle a mi publicista que tome algún tipo de medida por el contenido que acaba de publicar, no estoy segura de que puedan hacer algo al respecto. Quieren que promocione más mi música en redes sociales,

pero no lo haré, ya que los críticos de mi discográfica no tienen ni idea de lo que se siente al leer la mierda a la que me expongo cada vez que hago una publicación.

El hecho de que Wesley se encargue de esta parte, incluso si eso lo beneficia a él (que no es parte de la empresa), lo convierte en su héroe. ¿Una de las estrellas en ascenso más llamativas del mundo promocionando mi música? A quién le importa cuánto me duela eso.

Mis mejillas se llenan de furia; que se expande y me quema la cara de manera desagradable bajo las estufas del patio del restaurante.

Aunque no es nada comparado con cómo me siento cuando veo el título.

«Vida de divorciado: no es tan mala si inspiraste el mayor éxito de Riley».

Siento que mis dedos aprietan la funda personalizada para iPhone que le encargué a uno de mis diseñadores favoritos. Esta vez, lo que me molesta no es que Wesley se esté aprovechando de mi trabajo, sino la elección de palabras.

Me encantan las canciones que se consideran un éxito, incluidas algunas de las mías, pero *Until You* no es una de ellas. Si bien Wesley no sabe nada sobre la composición de toda la canción, es el anhelo desgarrador que impongo en cada nota. Esto no cambia el valor de la canción, sino su propósito y su significado, tanto para los oyentes como para mí.

Y lo sabe. Estudió Arte dramático en Yale y ha interpretado obras de Shakespeare más de una vez. Sabe lo que significan las palabras, cómo hacen sentir. Y también me conoce lo suficiente para saber cómo me sentiría respecto a él al tergiversar el trabajo del que más orgullosa estoy.

—¿Qué pasa? —la pregunta de mi madre es en parte su instinto de protección instantánea, y en parte su alivio de no ser más el objeto de observación.

—Lo mismo de siempre. El maldito de Wesley —digo con sinceridad—. No me creo que me casase con ese idiota.

Dejo mi teléfono boca abajo sobre la mesa con frustración. Mi madre no necesita más explicaciones: ya me abrazó y consoló lo suficiente cuando nos pasamos noches enteras desempaquetando mi desafortunado matrimonio.

Ella guarda silencio mientras pienso en qué responder a mi publicista. Si bien no quiero que sientan que respaldo o avalo el humor malintencionado de Wesley, si me resisto con demasiado ímpetu, me presionarán para que reaccione en redes sociales.

—Tal vez puedo ir como parte de la gira —dice mi madre.

Levanto la mirada con esperanzas renovadas. Por supuesto que el instante en que no le he insinuado que se uniera a mi gira ha sido lo que la ha convencido. Nada atraviesa a las personas como las emociones, es igual que al escribir canciones.

—Cielos, sí —contesto de manera instantánea—. Te prometo que nos vamos a divertir mucho. Pone los ojos en blanco, parece complacida.

—Te doy tres ciudades antes de que te hartes de mí —comenta mientras el camarero regresa

con nuestras gorditas—. Te lo garantizo.

Cuando la horchata está sobre la mesa, me abalanzo sobre la mía. Es el consuelo perfecto, dulce y cremoso.

—Ya veremos —digo en broma, sin creerlo. Puede que mi plan haya sido facilitar la transición de mi madre hacia el divorcio, pero puedo sentir, incluso ahora, que la necesito más de lo que ella necesita esta gira.



CINCO

Max

«Pero ¿por qué demonios la dejaste ir, Maxwell?»

Mientras lavo los platos, la satisfactoria reprimenda de Linda se repite como un disco en mi cabeza. A lo largo del día, desde la inesperada visita de Riley, los residentes curiosos se han dedicado sin parar a preguntarme por mi «novia». He perdido la cuenta de las veces que he explicado que la mujer superfamosa, llamativa (e increíblemente *sexy*) que apareció ayer en nuestras vidas no es mi novia.

Por supuesto, Linda realizó un agotador seguimiento del caso. Durante la cena me hizo sentir como un cómplice de Watergate por la forma en que me interrogó. *¿Estás seguro de que es solo una amiga? ¿Nunca tuvisteis algo? Bueno, no me sorprende. ¿Cuándo? ¿Cuánto tiempo? ¿Nueve meses? ¿Solo nueve?*

Pero ¿por qué demonios la dejaste ir, Maxwell?

Ninguna de mis explicaciones la satisfizo.

Dejo que Stevie Wonder me transporte mientras me encargo de la última sartén de la noche. El extraordinario teclista es mi música para limpiar predilecta: relajante, vivaz y alegre. Y, además, su repertorio es interminable, bastante similar a lavar los platos.

Me siento mejor mientras suena *Love's in Need of Love Today*. Claro, la visita de Riley revolvió las cosas, pero, aun así, nada cambia la sensación de satisfacción diaria al finalizar el día. Como si este día hubiese significado algo.

Esta mañana, cuando mis padres vinieron en una de sus visitas habituales, me sorprendí lo orgulloso que estaba al enseñarles lo que sí estaba funcionando. Es cierto, hay paredes con la pintura descascarada, pero lo que no cambia es la sensación de hogar, no solo para nuestros residentes, también para mí y mi familia.

—Max, ¿podemos hablar?

De manera automática, mi optimismo desaparece junto con el último residuo de la sartén que se arremolina por el desagüe; la rígida tristeza en la voz de mi madre es imposible de ocultar.

Apago rápidamente a Stevie, queriendo evitar el efecto Joni Mitchell de lo que sea que se grave en mi mente con esa canción de fondo. La expresión estirada de mi madre a la que me enfrento no se parece en nada a lo optimista que parecía hoy.

—Por supuesto —digo cerrando el grifo—. ¿Sobre qué?

—Es... sobre el negocio. Creo que deberíamos sentarnos. Los cuatro...

Me invade un extraño presentimiento, mientras veo la familiaridad de cada detalle de la cocina/restaurante de Harcourt Homes: la ubicación de cada sartén, la disposición de los ingredientes en la pequeña nevera, los patrones en los paños para las manos.

Sigo a mi madre fuera de la habitación, con un nudo en el pecho. En el comedor ahora vacío, solo iluminado de modo tenue, se sienta junto a papá y Jess. Noto que nadie me mira a los ojos.

Tomo el asiento libre de la mesa y, en lugar de esperar, empiezo a hablar, ya que quiero que todos entiendan los hechos, sin tomar decisiones apresuradas.

—Sé que los ingresos no van bien —digo—. Y vamos a necesitar hacer recortes, tal vez despidos, nuevos proveedores. Contacté con...

—Max —dice mi madre.

La nota de angustia en su voz me detiene en seco. Ahora estoy escuchando a Carole King, no a Joni Mitchell. Miro hacia arriba y no puedo evitar sentir que el suelo se tambalea bajo mis pies.

—Sabemos cómo va el negocio, lo hemos sabido todo este tiempo —continúa mi madre—. No es que... Nosotros...

—Nos gustaría venderlo —dice mi padre.

El golpe de realidad borra cualquier argumento que pudiera salir de mis labios. De todas las conversaciones difíciles que imaginé sobre las finanzas, esta no era una de ellas.

Cuando mis padres me dejaron el negocio, nos hicieron copropietarios a Jess y a mí, pero conservaron una parte. La idea era comprarla con el tiempo, complementando sus ahorros para su retiro (un reconocimiento más que justo de este negocio que construyeron para que luego nosotros continuáramos con el legado), o heredarla. Lo que nunca se consideró, ni siquiera en las peores crisis, fue poner en venta a la familia.

—¿Qué...? —titubeo—. ¿Cómo van los ahorros?

Mi padre se encoge de hombros.

—Estamos bien. Dado lo caro que está todo, especialmente en California, podríamos estar mejor, pero estamos bien, y esta decisión no se debe a que necesitemos dinero en efectivo...

—Entonces, ¿a qué se debe?

Mi padre no me puede mirar a los ojos.

—Max, este lugar se cae a pedazos. La oferta que recibimos es de promotores que no solo quieren el terreno, sino que van a mantener el negocio. —Noto que algo se refleja en su expresión, una esperanza perdida, cuando continúa diciendo—: Puede que sea la última oferta de este tipo que recibamos antes de que este sitio se termine de hundir. Tal vez las cosas serían diferentes si el negocio tuviera la posibilidad de recuperarse, pero sabemos que ya no es posible, no de la forma en que hemos estado haciendo las cosas. Llevamos años en esta situación, y las cosas no mejorarán. Lo que significa que... bueno, es ahora o nunca. —Hace una pausa—. Pero,

por supuesto, ellos están interesados en comprar la propiedad en su totalidad, y es por eso por lo que nos gustaría que vendieras con nosotros —concluye—. Debes dejar ir este lugar.

Un silencio devastador cae sobre el espacio que dejan sus palabras. Mi padre, que apenas ha podido enunciarlas, ahora mira hacia abajo, acentuando cada línea de su rostro ensombrecido. En muchos aspectos me parezco a él: su mechón de pelo se vuelve gris donde el mío no, lleva unas gafas con marco cuadrado en lugar de redondo. Verlo desolado de esta manera no es doloroso: es desgarrador.

No sé qué significa esto para él, para ellos. Mis padres construyeron este negocio desde cero hace treinta años, y, aun así, sus palabras se quedan en mi garganta como lágrimas que no puedo tragar.

—¿Vender? —intento negociar—. Los nuevos dueños subirán las tarifas, y la mitad de nuestros residentes no podrá pagar.

—Por eso vamos a vender —responde mi madre con la voz quebrada e intentando que lo entienda.

Sé que en el fondo lo hago, solo que no quiero que esto suceda.

—No es justo para nuestros residentes —protesto.

—No es justo para tu personal si Harcourt Homes... —dice con severidad mi padre, que luego pierde el impulso cuando llega al nombre de la casa— o como lo llamen, está en bancarota— continúa.

—Ellos también tienen familias. Mirad, estamos profundamente agradecidos por lo que los dos habéis hecho aquí. Especialmente tú, Max. La forma en que te has ocupado: nos diste a nosotros, a los residentes, al personal, a todos... algo que este lugar nunca habría tenido con nosotros a cargo. Ninguno de nosotros quiere esto. —Suspira profundamente, y luego se encoge de hombros, desanimado—. Pero tal vez no sea la peor resolución.

Lo miro fijamente como si acabara de decir que prefiere *Magical Mystery Tour* antes que *Sgt. Pepper's*.

—¿No es la peor resolución? —repito.

Como si me estuviera convenciendo de algo que él mismo no cree, y un poco confrontativo, mi padre levanta la vista.

—Bueno, Jess se muda a Nueva York, y tu madre y yo nos hemos jubilado. Solo venimos aquí por los recuerdos. No necesitas mantener este lugar en pie tú solo, Max.

Me obligo a responder con paciencia.

—No lo sé. Jess... —enfrento a mi hermana, que parece incómoda, como rara vez la he visto — te va a encantar Nueva York. Mamá, papá, merecéis poder visitar este increíble lugar que fundasteis. Puedo hacer esto —insisto—. Yo... lo resolveré, porque si los compradores creen que pueden administrar este negocio mejor en lugar de derribarlo, yo también puedo hacerlo. —Mi

explicación no es bien recibida, y aunque veo la mirada que intercambian mis padres, no sé cómo decodificarla. Al ser socios y llevar tantos años juntos, prácticamente tienen su propio lenguaje silencioso.

—¿Qué? —pregunto.

Ninguno de ellos se atreve a hablar.

—¿Qué quieres hacer? —la pregunta sale de Jess de manera delicada—. Me refiero a tu vida. ¿Con qué sueñas?

De golpe siento la necesidad de defenderme, la miro y respondo:

—Con lo que hago ahora —contesto.

—Es solo que... —mi madre retoma la oración justo donde la ha dejado mi hermana— deberías verlo como una oportunidad, Max. Ha sido maravilloso que os hicieseis cargo del negocio, pero nunca quisimos que nuestro sueño se convirtiera en una carga.

—No lo es —insisto, mientras siento que la frustración brota de otros frentes. Estaba listo para evaluar los pesimistas resúmenes de nuestras finanzas, no para esta indagación existencial. Además, si soy sincero, no estoy seguro de dónde viene: esta sospecha me molesta en secreto por mi propósito aquí. Me encanta el trabajo diario, lavando platos contento junto a Stevie Wonder. Desde que tengo uso de razón, me he pasado la vida aquí por voluntad propia, nunca nadie me obligó a ser parte de esto. Cuando me gradué en la universidad, ni siquiera busqué otro trabajo; ya sabía lo que quería.

—Te necesitábamos —remarca mi padre, mientras se quita las gafas para limpiarlas con la manga, al igual que hago yo cuando necesito leer música—. Al cambiar de especialidad, nos diste diez años más de vida. —Vuelve a colocarse las gafas en la nariz, casi como si observara el mundo entero bajo ese foco—. Pero no puedo evitar preocuparme por todo lo que te has visto obligado a renunciar.

Abro la boca para protestar.

—Mira a Riley —dice mi hermana.

Su giro retórico llama mi atención, y de manera lenta me acerco a ella, mientras me doy cuenta de que toda esta conversación, centrada en mí, está empezando a parecer... organizada. Como una intervención incómoda...

Cuando respondo, apenas logro igualar su serenidad.

—¿Qué tiene que ver Riley con todo esto?

Jess se encoge de hombros. Reconozco que este tipo de examen de conciencia no es exactamente el *modus operandi* de mi despreocupada hermana, lo que significa que lo que sea que esté buscando le importa de verdad.

—Cuando Riley y tú estabais juntos... escribiendo música y tocando —explica Jess—. Estabas tan bien, y ahora... mírala. Ella es... —Cuando Jess hace una pausa, tengo la sensación

de que es por reticencia y no por inseguridad—. Ella está viviendo tu sueño —concluye mi hermana.

Mantengo mi enfado a raya, sin querer estallar cuando sé que el tema del futuro de Harcourt Homes no es fácil para ninguno de los presentes, pero, aun así, la forma en que mi familia le está dando vueltas al asunto solo aumenta mi indignación. ¿De verdad creen que nunca le he dado vueltas a la idea? ¿Creen que esta pregunta es completamente nueva?

Sí, mi exnovia, con quien una vez compuse música, es ahora una de las cantantes más famosas del mundo. ¿No comprenden que este hecho me habría aniquilado si no estuviera contento con cómo he vivido mi vida?

—Me alegro por Riley —digo casi en un gruñido. Aunque estoy furioso con Jess por tomar este camino, quiero que escuchen convicción en mi voz y no frustración—. La realidad es que ella tiene su sueño y yo dejé la música por el mío.

¿Alguna vez tuve el mismo sueño que ella? ¿Llegar con mi música a gente de todo el mundo? Por supuesto que sí. ¿Fue en parte el sueño por el cual Riley y yo nos enamoramos tan rápido? Compartir la misma esperanza para nuestro futuro, como armonías en la misma melodía.

Por supuesto que lo fue.

Nuestra relación solo se desmoronó cuando hice algo que mi familia no puede comprender: cambié de opinión. Mi relación con Riley no terminó cuando dejé de quererla, sino cuando me desenamoré del sueño, mientras intentaba avivar la llama compartida que Riley seguía encendiendo.

—Cariño —la voz de mi madre baja la tonalidad con suavidad—. Siempre quisiste ser músico. Sé que te gusta estar aquí, es solo que ni siquiera tuviste la oportunidad de intentarlo. Sé que todavía llevas la música dentro, solo hace falta ver cómo tocas el piano. Mereces tocar para más personas que... —señala el piano en la oscuridad— las de este viejo comedor.

Con un impulso, me levanto, y noto la expresión de sorpresa de mi madre: del mismo modo que Jess no está familiarizada con los interrogatorios, es raro en mí que salte de esta forma. Sin embargo, ahora no puedo contenerme, he llegado a mi límite. Una cosa es que mi familia cierre nuestro negocio, pero ¿venderlo como si me estuvieran haciendo un favor? No puedo soportarlo.

—Creéis... —empujo mi silla— que solo soy el hijo noble y obediente que sufre en silencio, siempre atado al viejo negocio familiar. No sé qué hacer para que entendáis que no lo soy y que esto es lo que quiero. —Sacudo la cabeza y empiezo a salir.

—Max. —La agudeza en la voz de mi hermana me retiene, hago una pausa, la miro y no encuentro ningún aguijón en sus ojos. Estas no son sus últimas palabras, quiere una oportunidad más para convencerme—. Mírame y dime que eres feliz —implora Jess. Escucho el estribillo de Riley en sus palabras. *Dime que eres feliz*—. Tú vida consiste en trabajar en tu pequeña oficina, tocar las mismas canciones todas las semanas y luego volver a tu apartamento vacío, es que ni

siquiera tienes cortinas.

No entiendo la relevancia que mi hermana le está dando a mis ventanales. Si bien me encanta trabajar aquí, no estoy ganando dinero, y gastar cincuenta dólares un trozo de tela verde en HomeGoods no es mi máxima prioridad.

No tengo ninguna explicación que ofrecer y me pregunto si Jess entiende lo doloroso que es el golpe que acaba de dar; si bien me alegro de que haya encontrado un futuro junto a April, no puedo ignorar el contraste con el estado de mi propia realidad. Sí, a veces me sorprende darme cuenta de que reemplacé al chico que escuchaba música con auriculares rotos por uno que participaba en la clase de cálculo como un administrador diligente a cargo de la propiedad, los empleados, los salarios y el futuro de su empresa familiar. Sin embargo, mientras mi hermana se muda con el amor de su vida, yo ni siquiera soy capaz de tomar el control sobre mi apartamento vacío y mis relaciones fallidas.

Jess se suaviza ante mi silencio.

—Nunca vas detrás de lo que quieres, dices que este sitio es tu pasión, pero hace meses que evitas esta conversación. Simplemente... estás a la espera de que alguien te obligue a tenerla. Vives en un limbo —dice—. Sé que no puedes verlo, pero necesitas más que esto.

Me ensombrezco y solo resisto la ira que me invade porque quiero a Jess y sé que sus intenciones son buenas. Pero, aun así, tengo treinta años; hasta ahora me ha ido bien sin que mi hermana pequeña me indique cómo vivir mi vida y me diga lo que necesito, como si fuera una planta de interior a la que tienen que proteger del sol.

Aun así, no quiero empeorar esta conversación, no cuando sé que está siendo duro para todos.

Entonces, con la imagen de Riley en la cabeza, hago lo que hacía cuando escribía canciones: sostengo mi verdad.

—Estáis muy equivocados —digo—. Todos vosotros.

Ya no dudo. Salgo del comedor, ignorando el suspiro derrotado de mi padre, las entonaciones lastimeras por parte de mi madre.

—¿Ves? Lo estás haciendo ahora mismo —oigo gritar a Jess—. Huyes en lugar de enfrentarte a la verdad.

Aprieto los dientes desde el vestíbulo, porque ella quiere tener la última palabra. Negándome a ceder, continúo mi camino por la puerta principal sin frenar el paso.

Las noches en el Valle parecen farolas; es la única constante, adonde quiera que vayas, más allá de árboles, ves líneas eléctricas, lavanderías o marquesinas de restaurantes: las luces dispuestas en ordenadas filas amarillas, enredando cada avenida como luciérnagas en línea. Debajo de un solitario espacio pálido encuentro mi coche. Por suerte, no son Joni Mitchell ni Stevie Wonder los que comienzan a sonar cuando arranco el vehículo. Durante los últimos años, he saciado mi curiosidad musical cambiando de emisora de radio, sumergiéndome en antiguos

éxitos.

Luchando por olvidar la conversación con mi familia, conduzco dejando que canciones que conozco de memoria se intercalen con otras que desconozco. Y mientras busco las emisoras, salgo de las colinas, donde el chaparral se transforma en cemento, donde las calles de la ciudad dan la bienvenida a los conductores que salen de Laurel Canyon. Sigo mi ruta habitual por Sunset en dirección a West Hollywood.

Sunset Boulevard es el hogar de los pecadores, lleno de estrellas que representan los documentales de *rock* callejero, donde Janis Joplin iba de fiesta, donde Petty viajaba con Springsteen, y donde los Doors surgieron del Whisky a Go Go. Hoy en día, si bien lugares emblemáticos como el Whisky permanecen, han quedado atrapados entre restaurantes genéricos bajo los rascacielos de los medios. El lugar donde los empresarios llevan zapatillas con trajes y acuden en masa a Soho House, mientras que las tiendas de muebles exhiben piezas minimalistas y monótonas. El antiguo Tower Records acuna experiencias emergentes *instagramables*.

En este paisaje se eleva la enorme pancarta de Riley.

Por supuesto, está frente a uno de los semáforos más largos de la calle, donde me toca esperar. En lugar de fingir que el cartel no está ahí como otras tantas veces, la miro fijamente, radiante, colérica y preciosa.

Cuando suena una de sus canciones en la radio, la costumbre me lleva a cambiar de emisora, pero luego me detengo.

No es *Until You*, reconozco el título en la pantalla de la radio de la página de Spotify. *Homemade Rollercoaster* es rápida pero tranquila, con un trasfondo de *country*, teñida de altibajos en la voz de Riley. Cuando empieza el coro me encuentro con sus ojos en el cartel de forma involuntaria, casi parece que me estuviese cantando a mí directamente; la sirena de Sunset Strip.

Sabiendo que no habla de mí, me permito disfrutar de la canción, lo cual no es difícil. Riley siempre tuvo una habilidad casi antinatural para escribir canciones. Su oído para las melodías es incomparable, y en Chapman no estudió música, sino que eligió idiomas para concentrarse en clases de poesía. En la década transcurrida desde ese momento hasta ahora, su poesía se ha agudizado y su voz es más fuerte.

Estoy... enganchado. Cautivado. Con mi coche invadido por su voz.

Maldita seas, Riley.

Cuando llego al siguiente semáforo en rojo, paso de la radio a mi teléfono. *Homemade Rollercoaster* es la primera canción del disco, y sin perder la calma abro Spotify, donde comienzo a reproducir la segunda. *The Breakup Record* me revela el pasado amoroso de Riley a través del pop. Uno es para Wesley (no me dejo especular cuál). Cada canción está llena de Riley, su corazón palpitante e inquieto se filtra y florece en cada acorde y verso.

Who ever made music of a mild day?

Recuerdo la primera vez que las palabras tatuadas en su piel captaron mi atención, fue en nuestro primer encuentro sexual. No fuimos los primeros el uno del otro; sin embargo, de alguna manera, nos sentimos como el primer algo en la vida del otro. Cuando Riley se quitó la camiseta, dejando al descubierto la tinta, me detuve intrigado en medio de lo que estábamos haciendo. Con su humor tan característico, me preguntó con indiferencia si en lugar de continuar prefería leer algo de poesía.

«Cada centímetro de ti es poesía», contesté.

Durante todo el camino a casa, Riley me mantiene bajo su hechizo, y decido cambiar de Spotify a mis auriculares inalámbricos. Estoy entrando a mi vacío, aburrido y desnudo apartamento cuando comienza *Until You*.

Reconozco el cuasi murmullo del ritmo inicial del piano, el cual es a menudo mi señal para cambiar de canción. Sin embargo, ahora me meto en el álbum y dejo que la interpretación de Riley me atrape. Es una más de sus asombrosas habilidades, su poder para empezar canciones con un imperativo instantáneo de nunca dejarte ir.

De pie, en medio de mi oscura sala de estar (aunque he cerrado la puerta principal, y ni siquiera he encendido las luces), la escucho.

Al inicio, mi mente de músico hace una evaluación instantánea. *Until You* no es solo un éxito, no es solo icónica, no es solo la canción del verano; es una obra maestra. Riley la estructuró de manera inteligente, con el primer verso en tiempo pasado, el segundo en presente y el tercero en futuro. Es el tipo de virtud poética en la que se envuelve simplemente por un impulso de inspiración. Termina de consolidar el concepto con cambios verbales en el coro.

I didn't know what love is

I don't know what love is

I won't know what love is

Until you

Pero una vez que mi cabeza ha escuchado la canción, mi corazón se acelera. Lo que me deja descolocado es la idea de que Riley sintió esto por mí alguna vez. Aunque estuve enamorado de ella, o ella encontró una historia convincente en nuestro largo romance o bien me quiso tanto como yo a ella.

Ojalá pudiera deleitarme con el sentimiento o disfrutar de la canción; alegrarme de que la carrera musical de mi exnovia esté floreciendo. Desearía que mi corazón descansara con la tranquilidad suficiente ante el fin de nuestro amor para que esta canción resonara en mis oídos como nada más que una pieza de música encantadora.

En lugar de eso... la odio.

No se debe a la maestría musical de Riley o su éxito, odio la forma en que redujo el

desgarrador enigma de mi vida a una breve canción. Estuve destrozado durante años: no son solo tres minutos de verso-estribillo-verso-estribillo seguidos del botón de repetición.

En muchos sentidos, Riley es un punto de inflexión inolvidable en mi vida. He pasado innumerables noches estudiando las heridas que me dejó nuestra relación mientras se cerraban poco a poco, ya que se suponía que serían el legado de nuestro amor. En cambio, Riley expuso los secretos de mi corazón y luego los mostró a quince metros de altura en el maldito Sunset Boulevard, fingiendo que eran reales.

Cuando termina la canción, no dejo que empiece la siguiente y le doy a repetir. Un placer masoquista que agudiza mi resentimiento. «¿Es esto lo que querías, Riley? ¿Es esto lo que éramos?». Me digo a mí mismo en la oscuridad. «Nos has escrito en acordes y colores que nunca imaginé, solo para fingir que así era nuestro amor. Tú ganas».

«Conviértete en tu canción, Riley».

Ahora, me fijo en los detalles de la primera estrofa.

Late nights, new homes

Your hands on the piano

Woke up with my heart under your fingers

Played me slow so that the notes would linger

Me doy cuenta de que Riley está describiendo la noche que nos conocimos. Una vez me explicó sin ningún atisbo de timidez por qué se enamoró de mí, el chico que sin querer la despertó tocando el piano a medianoche.

Me hundo en mi sofá y decido que este es el momento ideal para darme cuenta de lo fea que es la tela gris, y cómo la descripción de Jess de mi aburrida vida actual está presente en todo el apartamento. Recuerdo todo lo que me ha dicho mi familia hoy. Escribir canciones exitosas era el sueño de Riley, uno que estaba dispuesta a perseguir sin importar el precio. Lo logró en *The Breakup Record* al convertir a personas de su pasado en los protagonistas de sus canciones.

Gente que me incluye a mí.

Until You es una canción. Es lo que Riley elige para atraer a sus oyentes, como me atrajo a mí. Pero no es como lo siento ahora: solo es uno de los muchos personajes que Riley interpreta para su público. No tiene nada que ver con las intrincadas y devastadoras formas con las que luché al final de nuestra relación.

Aun así...

Si soy sincero, en mis días como compositor la idea no vino de mí, sino de Riley. Fue su punto de partida y la inspiración que me transmitió a mí.

Dudo que se haya desvanecido, lo que significa que en algún lugar de ella está... la chica que quiere decir lo que canta en *Until You*.

Escucho la canción más de cinco veces, y me encuentro amando lo mucho que la odio, aunque eso solo signifique que me encanta. Es como si el dolor del desamor no negara el amor: lo refleja.

Con cada repetición, me entrego a cuestionar si mi familia tenía razón. ¿Me rindo con facilidad? ¿Tengo miedo de ir detrás de lo que quiero? Las palabras de mi familia tienen más poder con la voz de Riley en mis oídos.

Después de todo, no son los primeros en decirlas, Riley hizo lo mismo cuando me dejó.

Se suponía que íbamos a pasar el verano en Nashville, la ciudad donde las superestrellas surgen de los pequeños escenarios de salas abarrotadas. Riley lo planeó todo. Siempre decía que era nuestra gira. Lugares con micrófonos abiertos, algún que otro concierto ya reservado, hoteles baratos donde pasar la noche. Todo lo que necesitábamos para aguantar semanas tocando nuestra música juntos y lejos de casa.

Hasta que decidí que no iría. El día que teníamos previsto partir, le dije que Harcourt Homes me necesitaba. Vi el horizonte de Nashville desmoronarse ante los ojos de Riley cuando le expliqué por qué no podía ir con ella.

Until You se reproduce como un castigo en mis auriculares.

The day of, I want you

High roads, see us through

You look like you're hoping I'll be fine

I know I'm helpless even when I try

We know it isn't true

when you say you'll see me soon

Cut me cleanly with your gemstone eyes

which is when I realize...

Conduje a casa, sabiendo que ella iba a hacer la gira sin mí. Aunque me rompió el corazón, sabía que yo le había roto el suyo primero, de forma diferente. Entonces, cuando se fue, la dejé.

¿Debería haber luchado más?

Por Riley, por la música y por los sueños que compartimos.

En la oscuridad, la nada que invade mi hogar emerge. Tengo una foto en el pasillo de la cocina de cuando fuimos al Gran Cañón toda la familia. Mis muebles son baratos, funcionales, y si bien no necesito concentrar mi alegría en cortinas, el hecho es que no hay nada en lo que haya invertido orgullo, permanencia o amor. Cuando mis ex pasaban las noches o los fines de semana, dejaban atrás chaquetas, cepillos para el pelo u otros artículos casuales abandonados. Todo eso ya ha quedado en el olvido.

Si tengo en cuenta la percepción que mi familia tiene de mi vida, podría decir que se equivocaron en un solo aspecto. Adoro Harcourt Homes, lo que solo hace empeorar las cosas.

Vamos a perder...

Me enderezo y dejo de escuchar la canción de Riley.

¿Qué pasaría si pudiera darles una última oportunidad a mis viejos sueños mientras salvo Harcourt Homes?

La única diferencia entre el posible comprador de Harcourt Homes y yo es la cantidad de dinero disponible para invertir. ¿Qué pasaría si pudiera obtener suficiente dinero para realizar las mejoras que necesito?

Con los dedos repletos de inspiración, le envío un mensaje de texto a Jess.

¿Tienes el número de Riley?

Jess responde de inmediato sin mencionar nuestra pelea ni nuestra hostilidad actual. Algo típico de nuestra familia, estamos demasiado unidos para permitir que las peleas abran brechas.

Nunca se lo ha cambiado

Exhalo porque ya nada se interpone en mi camino, ninguna logística me impide dar el salto más grande de mi vida. Si hay algo más aterrador que correr riesgos, podría ser ir detrás de segundas oportunidades.

Al desplazarme por la agenda de contactos, encuentro el que nunca pude obligarme a eliminar: uno al que no he llamado en una década.



SEIS

Riley

Me sobresalto tanto cuando suena el timbre que me derramo el detergente por encima. Creo que la mitad de la botella, por la apariencia de la mancha que se extiende sobre mis tejanos.

La frustración me hace llorar, no hace falta decir que no es solo por el detergente, a pesar de la cantidad de líquido que empapa mi pantalón. Es por todo. Por cómo se siente el vacío de los pasillos resonantes de esta casa. Porque mi madre se fue anoche y se dirigió a su casa para hacer las maletas para la gira. Por cuánto anhelo que no se hubiera ido.

Nunca he vivido sola. En la universidad compartía habitación, y después de esto, pasé a compartir piso. No tenía dinero: digamos que tocar en eventos esporádicos mientras iba a Los Feliz a comer helado no pagaba las facturas.

Ni cuando mi carrera mejoró me mudé. No tenía tiempo libre para visitar casas mientras estaba la mitad del tiempo en el estudio, en reuniones con discográficas y presentaciones, tampoco es que deseara tener un espacio propio.

Solo casarme con Wesley me obligó a comprar una casa. Nuestro hogar en Malibú, donde las ventanas parecían enormes escaparates. No me opuse a que se quedara con la casa, y a veces en sus TikToks puedo ver las vistas de los ventanales como fragmentos de sueños ya olvidados.

Deseo que mi nueva casa se sienta como un hogar. Llevo semanas recorriendo los pasillos esperando algún cambio. Se burla de mí con lo perfecto que es cada detalle, y me recuerda que no tengo excusa para no adorar los cuatro dormitorios renovados.

Situada en Hollywood Hills, la casa es tan preciosa que exaspera, con vigas a la vista, suelos de madera (perfectos para las alfombras que he colocado) y vistas del cañón desde la espaciosa cocina. Pensé que aquí sería feliz, hasta que la puerta se cerró y me dejó sola dentro.

No estoy segura de estar hecha para vivir sola. Anoche me desperté cinco veces convencida de haber oído alguna presencia fantasmal en mi pintoresca cocina, que hacía sonar las preciosas ollas de cobre que no tengo ni idea de cómo usar. Adoptaría un perro, pero mis horarios y giras me imposibilitan tener una mascota, no sería justo para ella. Buscaría compañeros, excepto que creo que ahora soy demasiado famosa para eso. Le pediría a mi madre que se mudara de forma permanente, pero eso arruinaría mi imagen de estrella despreocupada.

Es por eso por lo que estamos solo yo y mis fantasmas.

Maldición, ¡no puedo esperar a que la gira comience! No me importa si es agotadora, me

rodeará de gente.

Vuelve a sonar el timbre y el sonido entra de modo alegre en el cuarto de lavandería.

Me quito los tejanos y, cuando los meto en la lavadora, presiono el botón de inicio y entro rápidamente al desconocido pasillo de mi casa. En el salón, la luz del sol se inclina sobre el suelo creando formas geométricas lúdicas. Abro la puerta principal de golpe.

Max está en mi puerta. Su polo color crema con botones parece un atuendo de vacaciones de los años cincuenta. Se ha peinado y lleva el pelo medio seco después de la ducha.

Abre la boca para hablar, luego su mirada viaja hacia mis piernas desnudas y la ropa interior debajo de mi camiseta demasiado corta. Se traga el saludo.

—Lo siento —digo nerviosa al verme—. Puedo ponerme pantalones si quieres.

Sus ojos, los ojos que immortalicé en el segundo verso de *Until You*, regresan a los míos. Es extraordinario lo difíciles que son de leer, y esa es una de las razones por las que no puedo apartar la mirada. La otra razón es que le pertenecen.

—¿Si... quiero? —pregunta.

—Vale, no son opcionales —respondo por él. Abriendo más la puerta, lo dejo entrar a mi sala de estar todavía poco decorada—. Me he acostumbrado a estar medio desnuda delante de desconocidos —digo a modo de explicación—. No es que seas un desconocido. —Eso lo empeora todo, es como si tuviera la intención de estar desnuda con él y mi desnudez actual hubiese sido premeditada.

—Está bien, Riley. —Aunque su expresión no dice nada, su voz esconde una sonrisa.

Alcanzo una de las cajas de cartón con la etiqueta «guardarropa» que están en las escaleras. Rezo para que haya algo que pueda usar en lugar de zapatos o, Dios no lo permita, más ropa interior, no podría soportar la ironía. Por suerte, justo debajo de las solapas hay un par de pantalones cortos que no he usado desde la universidad. Me los pongo.

Cuando me giro hacia Max, él está parado en medio de la sala de estar, sus ojos recorren el espacio y se detienen en cada detalle.

Cut me cleanly with your gemstone eyes.

Fuera de su vista, sacudo la cabeza. Es habitual, la incesante autoedición de todo lo que alguna vez he escrito, ya sea letra o melodía. Ahora, *Gemstone eyes* no me convence. Es la canción más popular del país, pero a esa oración le falla algo. Los ojos de Max no brillan, no cortan, te arrastran hacia su interior.

Dark magnets.

Lástima que ya sea imposible cambiarlo.

Si bien pensé que sería extraño volver a conectar con el hombre que inspiró la letra que escribí con amor, lo que siento ahora es diferente; aunque debería haber supuesto que me sentiría así. El Max de *Until You* es el Max de mis recuerdos fusionado con el Max de mi imaginación. El Max

que tengo delante es otra persona, algo más, pero sigue siendo el chico que plasmé en mis letras. Parado en medio de mi casa, es la revisión viviente de todas mis composiciones.

La polvorienta sala del frente, llena de cajas de cartón, hace que una súbita timidez me invada. Cuando lo invité en respuesta a su mensaje de texto, debería haber limpiado.

—Me gusta tu casa —dice—. ¿Te acabas de mudar? —Me mira y su mirada se fija en mis pantalones cortos; sé que los recuerda. También recuerda las noches que pasamos acurrucados en su cama individual, cuando entrábamos juntos en las duchas de la universidad, y comiendo comida china en el suelo mientras escribíamos música.

—Sí, si esto cuenta como una mudanza exitosa... Mi madre acaba de irse, con la idea de que podría acabar de deshacer las cajas yo sola —respondo—. Salta a la vista que no es el caso.

—¿Carrie? —Recuerda el nombre de mi madre con facilidad—. ¿Cómo está?

—Muy bien —digo, luego me doy cuenta del impulso de tomarle el pelo—. En realidad... también se divorció hace poco, así que somos... un par de chicas divorciadas.

Sus hombros se desarmen con ligereza, y yo capto los detalles y me doy cuenta de lo hambrienta que estoy de comenzar a acumular mis observaciones del nuevo Max.

—Lo siento, no sabía que tus padres se habían separado —dice sinceramente. Él siempre es genuino, y esa fragilidad es lo que lo hace cautivador. La mayoría de los músicos tienen que practicar para poner emoción en sus interpretaciones. No es el caso de Max, él siente con mucha facilidad.

—Gracias. Es... Da igual —digo, sin gustarme mi propia evasión—. Soy una mujer de treinta años.

Max se mete las manos en los bolsillos, el cambio en su postura hace que justo un rayo de sol le dé en los labios.

—No creo que deje de preocuparte que tus padres no estén juntos.

Me suavizo, o tal vez, me hundo de alivio. Con todos mis sueños volviéndose realidad, mi tristeza por la separación de mis padres me pareció infantil, hasta egoísta. Oculté el nudo de sentimientos, fingiendo que la Riley Wynn que brilla bajo las luces del escenario no es la Riley que lamenta la idea de no poder visitar a sus padres bajo el mismo techo. Aprecio que Max valide mis sentimientos.

Me siento y doblo una pierna debajo de mí. El mobiliario de esta habitación es el decorado que decidieron los promotores para ponerla a la venta. Una ligereza moderna y fresca de California, que pretende no ser cara. Me recuerda a habitaciones donde posé para fotografías de revistas, espacios idealizados e imaginados para alguien como yo.

Alguien como tú. Es para quien un productor dijo que debería escribir. Aunque son mis letras, mi vida, no las escribo solo para mí. He conocido a otros músicos que ven en esta idea una despersonalización, casi una profanación. No es mi caso, encuentro el desafío estimulante y los

resultados inspiradores. No estoy editando partes de mí misma para los demás, las estoy compartiendo y me atrevo a estirar los límites en los que *yo* me convierto en *nosotros*.

—Así que querías que nos viéramos para hablar de la canción. ¿Eso significa que la has escuchado? —pregunto.

Max se sienta en el suave sofá de cuero color marrón.

—Lo he hecho —dice, y siento como mi cuerpo se inclina hacia él—. Es buena.

Me río, ya que siento el ardor de su aguijón. *Es buena*. Este comentario escueto lo dice todo. Recuerdo cómo elogiaba mi trabajo cuando estábamos juntos, sus ojos se iluminaban como si pudiera ver nuevos colores y me explicaba lo que significaba para él cada una de las progresiones de mis acordes. Sé con exactitud cómo sonaría su voz si le hubiese gustado *Until You*, si le conmoviera de la manera en que yo pretendía (incluso me permití imaginarlo algunas veces), en pequeñas fantasías.

Ahora veo que no he alcanzado mi propósito.

—De verdad. Es... —empieza a elaborar—. Eres... una narradora increíble. Es fácil dejarse llevar por la narrativa.

Frunzo el ceño.

—No era solo una historia —digo—. Es mi vida, y la escribí de corazón. —¿Será por eso por lo que es despectivo? ¿Supone que estoy exagerando mis sentimientos y mis experiencias en nombre de la lástima y la autocompasión? Esperaba una reseña parecida por parte de los críticos musicales, de los falsos comentaristas intelectuales que consideran que mis canciones son clichés exagerados de una chica algo dramática; pero nunca lo esperé de Max.

Aparta la mirada.

—Si fuera del todo cierto —responde—, el resto del álbum no existiría. —Como si no tuviera adónde ir, su mirada encuentra refugio en un rincón de mi alfombra, y algo en su expresión muestra que sabe que yo no elegí los muebles—. Aunque no he venido a hablar de eso. Me preguntaste si podías revelar que la canción habla de mí —dice, y sus ojos se encuentran con los míos una vez más.

—Y dijiste que no —le recuerdo.

—Tengo algo que ofrecerte.

Los recuerdos me golpean como un rayo: mi guitarra en mi regazo, yo rasgando las cuerdas mientras Max toca el teclado en su habitación. «¿Una vez más antes de que vuelva tu compañero de cuarto? O...». Max me arranca la guitarra de las manos mientras se inclina para besarme lentamente.

—A cambio, tengo algo que ofrecerte. —Me concentro en el Max que tengo delante, mientras intento ocultar que el Max de mis recuerdos me ha dejado sin aliento. No ha escuchado el eco de sus palabras, y parece tranquilo.

—Déjame tocar *Until You* en la gira contigo —dice—. Puedes revelar de quién trata la canción, pero yo también sacaré algo de ella. —Ahora me quedo sin aliento por un motivo diferente. La sugerencia me sorprende tanto que no puedo responder, y el primer pensamiento coherente que me viene a la mente sale de mí con un chillido.

—Pero ¿por qué? Dejaste la música.

Él asiente como si esperara que destacara ese punto.

—No dejé la música, me viste tocar hace nada. Simplemente dejé de tocar por dinero —explica y junta las manos en el regazo—. No estoy aquí para molestarte con todos mis problemas, pero Harcourt Homes está al borde de la bancarrota... y quiero darle a la música una última oportunidad. Por si acaso tomé la decisión equivocada hace diez años.

Sus palabras parecen tener doble filo, lo que dice revierte el enigma sobre el cual he reflexionado todos estos años... el compañero constante que no fue. Éramos perfectos el uno para el otro en todos los sentidos, excepto que él dejó la música, mientras que yo haría cualquier cosa para ir detrás de ella.

Sin esta divergencia ineludible, ya no sé quiénes somos. No es solo mi revisión de la composición, acaba de romper toda la hoja musical.

—Quieres que te pague para que vengas de gira —aclaro. Lo mejor que puedo hacer ahora es concentrarme en la logística.

—Lo que le pagarías a cualquier otro miembro de la banda que te acompaña de gira.

Me levanto, necesito caminar mientras lo considero. El hábito me centra en parte porque me recuerda a moverme en el escenario con el peso imaginario de la correa de mi guitarra sobre mis hombros.

Al instante desconfío de la idea de Max. La única razón por la que quiero revelar su identidad es porque mi ex trata de atribuirse el mérito de mi éxito y ser el centro de atención. Y el hecho de que Max se una a mí en la gira no parece diferente a lo que hace Wesley.

Empiezo a preguntarme si pienso de esta manera solo por Wesley. Él me hizo dudar de mí misma de una manera a la que no estoy acostumbrada. Ya sea en la forma en que se paró a mi lado en la alfombra roja para presentar su película independiente, o cómo no tan casualmente mencionaba mi nombre en las entrevistas; me usó de modo constante y sutil, como si supiera cómo usarme para catapultar su fama.

Max, sin embargo, no es Wesley. Cuando estuve con él, nunca asumí que tenía motivos ocultos.

Aun así... *The Breakup Tour* es mi gira. Es mi carrera.

Hago una pausa en mi recorrido y Max me mira a los ojos, el sol lo ilumina con una claridad fotográfica.

—Si hacemos esto... —empiezo—, si vienes de gira, será bajo mis términos. Este es mi

álbum, y mi historia por contar.

—Por supuesto —responde.

Camino hacia el centro de la habitación y empiezo a sentirme menos nerviosa, como que empiezo a tener el control. Rápida, mi mente repasa todas las maneras de hacer que esto funcione. La prensa, las cambiantes conversaciones de internet que me rodean... Pienso en todo.

—Vienes de gira —digo—. Sales a tocar *Until You* y yo digo que eres un viejo amigo de la universidad, con eso la historia se escribe sola. La especulación será más fuerte que Wesley, incluso más fuerte que anunciar que eres el protagonista de la canción, su inspiración. Que hablen y analicen cada una de nuestras miradas.

No me sorprende cuando se pone tenso, nunca estuvo dispuesto a ver la fama por lo que es: una batalla que hay que ganar cada minuto de cada día. Me estudia desde mi sofá preseleccionado y no me acobardo, no tengo miedo a su juicio. Me he tomado fotografías en decorados diseñados para hacerme sentir como en mi casa, ahora estoy sentada en mi casa que parece un decorado, el hogar de alguien como yo, con Max Harcourt. Ahora, sus ojos parecen piedras preciosas.

—Lo pillo —dice.

Se pone de pie y me tiende la mano. Me río.

—Max, aún tienes que pasar la prueba —le explico—. No puedo contratarte para la gira musical más importante del año sin escucharte tocar la canción.

Se endereza y la confianza brilla en sus ojos.

—Me encantaría tocar para ti.

Nuestras miradas se encuentran y escucho la armonía que resuena en mis oídos.

—¿Tienes un piano aquí o...? —empieza.

—Sígueme. —Lo llevo más allá de la cocina, hacia la sala de estar que he convertido en mi sala de música. Es el único espacio de la casa que muestra señales convincentes de vida. Una de mis guitarras descansa sobre el sofá de terciopelo, mi bajo en el suelo junto a una bebida sin terminar y púas esparcidas en la mesita de café.

Debajo de la ventana que da al naranjo de fuera está mi piano.

Los ojos de Max se fijan primero en el instrumento, y a partir de ahí deambulan, observan cada detalle, cada pequeña parte de mi proceso creativo.

Me pregunto si me veía así al entrar a su oficina. Con la habitación bajo su mirada errante, me siento más desnuda que cuando abrí la puerta en ropa interior. En esta habitación (posiblemente solo en esta habitación) soy mi yo más vulnerable.

Camina hacia el banco del piano.

—¿Puedo? —Señala el asiento.

—Por favor —respondo, mientras me agacho para recoger de la alfombra una hoja con la letra

dispersa y agitada. ¿Dónde he dejado mi bolígrafo?—. Déjame buscar algo para escribirte los acordes... —empiezo.

Max se sienta.

—No es necesario —dice.

Pone las manos sobre las teclas. En la habitación resuenan las notas iniciales de *Until You* tocadas de manera perfecta y de memoria.

Me sorprende el silencio. En los últimos días, no solo ha escuchado la canción, sino que se ha sumergido en ella lo suficiente como para memorizar cada nota. La forma en que toca me paraliza, excepto por los insistentes latidos de mi corazón. La forma en que acaricia la melodía parece que le dé la bienvenida, como si la canción regresara a él.

Lo cual, en cierto sentido, supongo que es lo que está pasando. La está tocando de manera exacta, no, mejor que eso. El piano no es mi instrumento más fuerte, solo lo elegí para *Until You* porque es el instrumento de Max. Por supuesto, nunca esperé que la interpretara. Yo simplemente... Max es el piano para mí, y si escribía sobre él, quería que fuera con su instrumento.

No tengo la habilidad para completar cada acorde como lo hace él. Incluso sus agregados, las nuevas líneas armónicas que entreteje me superan y, sin embargo, son lo que la canción necesitaba. La toca como la escuché en mi cabeza mientras la escribía.

Al mirarlo, me doy cuenta de que estaba equivocada. Esta canción ya no es solo mi historia; no cuando Max la interprete conmigo.

Tenerlo en el escenario conmigo le dará nuevos sentidos, en maneras que ya puedo ver, al igual que la melodía bajo sus dedos.

La idea no me pone nerviosa ni a la defensiva: es estimulante. Los cambios, la inspiración conjunta, es a lo que estaba destinada *Until You*. Por eso adoro la música en vivo, convierte las grabaciones en canciones, espíritus incandescentes que renacen cada noche bajo las luces.

La misma magia nos rodea, Max toca y me retiene bajo el perfecto dominio de las notas. Con el sonido que parece vibrar en los rincones vacíos de la habitación, me sorprende una repentina sensación: por una vez, mi casa se siente como tal.

Termina la canción sin ninguna ceremonia y el piano se queda en silencio.

Cuando se pone de pie, me mira con cierta sutileza encantadora y arrogante.

—¿Y? —pregunta—. ¿He pasado la prueba?

Con una sonrisa, extendiendo la mano.

—Estás contratado, Max Harcourt —le contesto.



SIETE

Max

No estoy seguro de si estoy hecho para la ciudad de Nueva York.

Al bajar del metro hacia el clamor del andén impaciente, soy consciente de cómo incluso el paso del tiempo parece diferente aquí, como si un conductor invisible estuviera acelerando el ritmo de la ciudad de forma constante.

Me he pasado la mañana visitando apartamentos con Jess y April. Por supuesto, a mi hermana le han encantado todos y cada uno de los que hemos visto, y April, que comenzó a trabajar aquí la semana pasada, ama a Jess, así que sospecho que el proceso de toma de decisiones no será rápido. No pude evitar sonreír al ver lo cómoda que estaba mi hermana al imaginar posibles futuros. Sin embargo, yo no he parado de darle vueltas a lo diferentes que eran todas las habitaciones a las de mi propia casa.

Me alegro por Jess, pero no tanto por mí. Solo llevamos un día de esta gira de cuatro meses y ya echo de menos mi hogar.

«Para eso estoy aquí», me recuerdo a mí mismo mientras subo los escalones cubiertos de residuos, paso junto a los carteles metálicos que rodean la entrada del metro y subo a la calle donde la nieve de febrero se solidifica hasta convertirse en hielo. Necesito esto, y no solo el dinero, sino la oportunidad de descubrir si cometí un error hace una década. Y así sabré también lo difícil que es luchar por el futuro de Harcourt Homes.

El vecindario al que he llegado no se parece mucho a Williamsburg, donde he pasado el día con Jess, excepto por el aspecto neoyorquino que tiene todo. En lugar de una colección ecléctica de tiendas, rascacielos llenos de carteles luminosos se alzan sobre calles abarrotadas de peatones.

Siguiendo el mapa de mi teléfono, llego a la entrada del personal, donde vallas metálicas impiden que los espectadores se acerquen demasiado. Me acerco a uno de los chicos de seguridad y le muestro mi identificación.

Estas últimas semanas, me aboqué a las obligaciones de Harcourt Homes para distraer las contradictorias emociones de este día. Por supuesto, practiqué *Until You* hasta asegurarme de que cada acorde quedase grabado en mi memoria. No fue difícil, la composición de Riley me resulta natural de una manera enloquecedora y maravillosa.

Sin embargo, esto no es un ensayo más. Este es el primer ensayo en el estadio del *The Breakup Tour*.

A la luz del día se eleva el colosal cilindro del lugar: Madison Square Garden. Max Harcourt solo está iniciando su primera gira musical en el estadio más intimidante de todos.

Cuando paso las vallas, me dirijo a los autobuses de la gira. Son tres, todos más grandes que los apartamentos que he visitado con Jess, y esperan con un aspecto formidable, como impresionantes centinelas del estadio. Varias personas entran y sacan equipaje e instrumentos musicales. Siendo testigo de toda la logística, algo similar al miedo escénico se apodera de mí.

Lo que me distrae es la inesperada oleada de orgullo que siento al ver el nombre de Riley en letras enormes en cada autobús, y, aunque no sé si merezco estar orgulloso de Riley Wynn, no sé cómo evitarlo.

La veo al segundo (es difícil no hacerlo), está inclinada sobre la valla, posando para *selfies* con fans que la han reconocido.

Su sonrisa es incandescente, su cabello es perfecto, dorado y brillando bajo el sol de febrero. Su abrigo de lana se vuelve icónico al instante, listo para volverse tendencia. Los fans parecen entusiasmados.

Me impacta el efecto que tienen los autobuses de gira: Riley es realmente famosa. Sabía que lo era, por supuesto, la he visto en la televisión, en fotos de alfombras rojas y demás; pero verla en vivo tiene un efecto diferente, es una nueva manera de verla, una combinación de su fama y la mujer que solía conocer. Ella es imponente, y está fuera de mi alcance.

Es tan enérgica y deslumbrante que la idea de tocarla es como extender la mano para agarrar un rayo, lo cual estoy casi seguro que ningún cuerpo soportaría, y de hacerlo, sin duda electrizaría cada centímetro de tu vida.

De todos modos, no me imagino tocando a Riley Wynn, hace mucho que eliminé esa idea de mis fantasías con tanta fuerza que no creo que pueda hacerla regresar.

Solo es una suposición, creo que nunca podré vencer por completo mi deseo por Riley.

—¿Llaves?

Me doy la vuelta, sin reconocer la voz y me encuentro a una mujer expectante.

—Tú eres el pianista, ¿verdad? —confirma.

—Sí, lo siento —digo intentando recomponerme—. Estaba...

Ella sonríe.

—Deslumbrado, por lo que parece.

No me opongo, ya que tiene razón, lo que no sabe es que Riley me deslumbró mucho antes de que lanzara su primera canción.

—Eres nuevo —comenta—. ¿Sueles hacer giras por la Costa Oeste? Soy Vanessa. —Extiende una mano.

—Max —digo, mientras sacudimos nuestras manos—. Y no, de hecho, esta es mi primera gira.

Si abre más los ojos, el cambio es imperceptible.

—Qué interesante. Bueno, yo toco la batería —dice.

Rápido, capto su personalidad: proyecta control y estabilidad, nada sorprendente para un músico que proporciona el ritmo de nuestras canciones.

—Hamid... —continúa, señalando a un hombre larguirucho con una camiseta de los Eagles— toca la guitarra. Kev es el bajista y Savannah hace los coros —dice, señalando a un pelirrojo y una mujer de pelo corto que habla por teléfono. En medio de todo, una mujer de mediana edad observa, atenta y con un estrés totalmente controlado escondido en su expresión—. Esa es Eileen Yeh, la mánager de Riley —dice Vanessa, mientras sigue mi mirada—. También hay un asistente por algún lado, pero aún no lo conozco.

Asiento, agradecido, ya que la desorientación disminuye, no tanto así el pánico escénico.

—Gracias. ¿Ya os conocéis todos? —pregunto.

Vanessa sonríe.

—Con Kev nos conocemos de hace tiempo, hicimos gira un par de veces. En general, todos nos hemos visto una o dos veces. A veces, un miembro de la banda está enfermo y no puede tocar una noche, por lo que siempre es importante estar en contacto con personas con las que te gusta trabajar. ¿Quién te invitó a esta gira?

—Yo mismo —digo. Esta vez es imposible pasar por alto la sorpresa cuando sus cejas se levantan. Bajo la mirada consciente de lo que he expresado, y si bien sé que necesito dar una explicación, no estoy seguro de cuánto puedo decir—. Riley me hizo una audición —me limito a decir. El recuerdo de ese momento todavía está fresco como fragmentos de sueños que puedes recordar cuando te despiertas; tocando *Until You* en la sala de música de Riley, la única en la que vivió en su nuevo hogar.

Es exactamente la casa que alguien imaginaría para Riley si no la conociera. No importa cuán hogareño o bien decorado esté, no encaja con la mujer que terminó nuestra relación al inicio de nuestra gira en Nashville, una que yo sabía que lo significaba todo para ella. Sin dinamismo ni multitudes, esa casa jamás podría ser el hogar de Riley Wynn. Recuerdo cómo estaba parada en medio de las habitaciones, como si estuviera posando, no viviendo.

Nada que ver a cómo se ve ahora.

—No me jodas —dice Vanessa y grita por encima de su hombro. —Oye Kev, ven aquí. Nuestro pianista conoce a Riley.

—No diría que la conozco —empiezo a decir mientras el pelirrojo se acerca, y me mira de manera evaluativa como hizo Vanessa.

—¿Qué le gusta? —pregunta Kev—. ¿Qué tipo de gira nos espera?

Wynn aún no tiene reputación en la industria.

Me doy cuenta de que realmente no sé cómo responder, lo cual me entristece de manera

inesperada. El hecho es que, si estuviéramos en la universidad, sin la etapa de nuestra vida que separa el ahora de entonces, sé perfectamente qué diría, incluyendo cada ritual previo a su actuación. Para nosotros esos eran los detalles más íntimos, como saber en qué lado de la cama duermes o a qué hueles sin perfume. Ahora... no tengo ni idea de qué le gusta a la superestrella Riley Wynn.

Me encojo de hombros y trato de no parecer tenso o inseguro.

—En verdad, no la conozco lo suficiente como para especular sobre eso.

Ambos parecen decepcionados por mi respuesta. Más allá de Kev, por el rabillo del ojo, veo a Riley sacarse las últimas fotos con los fans. Cuando sus ojos se mueven hacia nosotros, veo el momento en que se da cuenta de que estoy aquí. Aunque no puede escucharnos, está lo bastante cerca como para aproximarse a nosotros. Lo cual hace rápido, para luego darme un abrazo.

Su familiaridad me sorprende tanto que apenas devuelvo el abrazo a tiempo. Por mi cabeza pasa solo una idea: sostengo un rayo. No sé si me llama más la atención el hecho de estar abrazado a una de las mujeres más famosas del país o que me siento igual que la última vez que la abracé.

—Has venido —dice entusiasmada.

Soy consciente de cómo la multitud de fans que acaban de sacarse fotos con Riley ahora nos apuntan a nosotros. Pero solo un poco, porque estoy perdido en el lugar donde nuestros torsos se unen.

—He venido —confirmo. Por supuesto que iba a hacerme eco de sus palabras en la primera frase que le digo en Nueva York. El resto de la banda ya ha ensayado esta última semana. Dado que solo participaré en un solo con Riley para tocar *Until You*, no me necesitaban hasta ahora.

Cuando Riley me suelta, levanta la vista y me mira a los ojos, sonriendo. Aunque me encanta la sensación que me provoca, no puedo evitar sentir que prolonga cada momento a propósito.

—Deshaz las maletas —dice—. Tengo que irme, pero hablamos pronto.

No tengo tiempo de responder antes de que se vaya y se suba a uno de los autobuses, fuera de la vista de los espectadores.

—Parece que la conoces —dice Vanessa con sequedad.

Observo cómo se cierran las puertas del autobús y noto el extraño vacío que ha dejado detrás.

—Somos viejos amigos de la universidad, pero llevábamos años sin hablar —digo, mi voz se enfría mientras insto a mi piel a olvidar cómo Riley se sintió contra mí.

Con estricta racionalidad, analizo lo que acaba de suceder: Riley no me abrazó. No lo hizo ni en Harcourt Homes ni cuando visité su casa en las colinas, ya que no había nadie alrededor para vernos.

Riley es una mujer del mundo del espectáculo, y no necesita un escenario para representar cualquier narrativa que sepa que atraerá o cautivará. No me permitiré olvidar esta parte.

Me enfrento a los otros músicos, quienes me observan con escepticismo; claramente llegan a las conclusiones que Riley orquestó (y de las que no quiero hablar), así que intento redirigir la conversación.

—¿Sabes en qué autobús debo poner mis cosas? —pregunto.

Me siento agradecido cuando, a pesar del destello de comprensión en sus ojos, Vanessa no me hostiga por mi evasión.

—Encontrarás las listas junto a las puertas —responde.

—Gracias —digo—. Ha sido un placer.

Me dirijo al autobús al que Savannah acaba de entrar y encuentro la lista en la puerta: no incluye mi nombre. Con determinación, sigo hasta el segundo autobús, y en sus puertas encuentro el nombre de Vanessa debajo del de Kevin, pero el mío no. Solo queda un autobús.

Inspiro con profundidad a sabiendas de lo que encontraré mientras camino hasta el último par de puertas.

Soy consciente de que todos me miran. Max Harcourt, a quien nadie conoce, pero muy pronto conocerán. Max Harcourt, quien dejó atrás su ordinaria vida por la canción de amor que está en boca de todos. Bocas que intercambian susurros mientras las curiosas cámaras de sus teléfonos móviles me siguen.

Max Harcourt. Por supuesto, mi nombre está en las puertas de este autobús, justo debajo del primer nombre de la lista.

Riley Wynn.



OCHO

Riley

Sostengo la funda del vestido que ha traído mi madre, y siento la electricidad en mis movimientos, como cada vez que se acercan los conciertos. No es solo emoción, es más bien una sensación que se asemeja a volver a mi hogar, como si la verdadera versión de Riley Wynn es solo la que sale bajo las luces del escenario; puedo sentirla cerca.

Las puertas del autobús se abren mientras intento llegar a la cremallera.

Desde los escalones de entrada veo a Max, y no puedo evitar ver que no parece feliz. Ahora, sus ojos me recuerdan a cielos oscuros, y no a piedras preciosas.

Es... interesante. Levanto una ceja, para que vea que estoy esperando que hable.

Por supuesto que no necesito que lo haga, mentiría si dijera que abrazarlo delante de todos ha sido un acto inocente; sabía que él se daría cuenta. La intención era provocar rumores, y conozco a mis fans lo bastante bien como para estar segura de haber logrado mi cometido. Quería ver cómo respondería Max.

Por lo que se ve, no muy bien.

Con la mirada fija en mí, sube los primeros escalones.

—No acepté fingir que estábamos juntos —empieza a decir, pero se detiene en seco cuando ve que hay otra persona en el autobús. Mi madre lo observa por encima de mi hombro con una curiosidad muy poco disimulada. La actitud de Max cambia de modo instantáneo y su ira se diluye—. Carrie —dice igual de sorprendido que ella—. Me alegro de verte. ¿Cómo estás?

Saliendo de la conmoción, mi madre pasa a mi lado y se acerca para abrazar con intensidad a Max.

—Estoy bien —dice, luego le coloca las manos en los hombros—. Mírate. ¡Eres un adulto!

Max sonrío.

—¿Lo soy? A veces no estoy muy seguro —responde con calidez.

La escena es muy entrañable, y me golpea directo en el corazón, aunque la contradicción interna continúa dando batalla.

Cada momento que paso con él, que pasa por mi mente desde mi visita a Harcourt Homes, me ha dejado una lucha constante sobre la dualidad que reside en él. Sé, siendo realista, que es el Max que vivió la última década sin mí, cuya mandíbula es más fuerte, y su estructura corporal más robusta.

Sin embargo, a veces, cuando lo veo bajo la luz adecuada o cuando escucho cómo le habla a mi madre, veo un espejismo del Max que solía conocer... el Max que lo era todo para mí.

Me viene el recuerdo de cuando lo llevé a casa esa única Navidad que compartimos. Conoció a toda mi familia. Lo hicimos en mi coche cuando me excusé para ir a buscar algunas cosas que faltaban, mientras luchábamos contra el frío del interior del sedán en la calle vacía que encontramos. Recuerdo alisar su camisa arrugada de camino a la cena, sonreír de un modo que solo nosotros podíamos leer, las luces colgadas nos bañaban con su cálido resplandor, que se parecía a cómo me sentía a su lado. En ese entonces, no sabía si alguna vez podría capturar en mis letras todo el amor que residía en mi corazón.

Sin embargo, si no podía escribir nuestra canción de amor, sabía lo que sí podía escribir. Decidí en ese momento que le daría a Max mi corazón y, si lo rompía, escribiría ese momento en nuestra canción de ruptura. Saber que no me iría con las manos vacías me dio el coraje necesario para quererlo sin reservas.

Little lights. Close hearts.

I felt the end in the start.

No me quedé con las manos vacías.

—¿Has venido a saludar a Riley? —le pregunta Max a mi madre. Su comportamiento agradable y perfecto me recuerda que soy la única que se pierde en el ensueño de la memoria. Me invade la timidez hasta que sacudo la emoción, debo ser valiente. Mi principio de composición más querido, grabado en mi corazón con años de práctica.

Dejo la bolsa con el vestido sobre la silla más cercana.

—Viene de gira con nosotros —digo—. Solo le estaba mostrando esto...

—Me han dicho que todos vamos a ser compañeros de cuarto —interviene mi madre con entusiasmo. Sé que ella no es ajena a la tensión que hay en la habitación, y que tampoco se esconde de ello. Le sonrío, como si dijera: «No asustas a Carrie Wynn».

—No supone un problema, ¿verdad? —Miro fijamente a Max con mi más alegre sonrisa, realizando mi propia imitación de la infatigable indiferencia típica del Medio Oeste estadounidense de mi madre.

—No hay suficiente espacio en los demás autobuses. Podría pedirle a alguien que te cambiara el sitio, pero podrían preguntar por qué. —Dejo que mi mirada permanezca fija en él mientras procesa mis palabras, y entonces se da cuenta de que eso solo alimentará los cotilleos.

Max hace una pausa, y su mirada permanece en la mía, el momento se alarga. Debo reconocer que se le dan bien estas pausas: como los descansos en la música, él habla con silencios.

Al fin, deja la bolsa de lona en el suelo.

—Tú mandas, como dice el nombre grabado en el autobús —dice—. Iré a donde me digas.

Algo voraz grita en mi interior: «Quería que fueras adonde yo iba. Quería que quisieras ir

adonde yo iba». ¿No se da cuenta de lo diferentes que serían nuestras vidas y lo que podríamos haber vivido si hubiera ido a donde yo quería que él, que nosotros, fuéramos cuando éramos más jóvenes?

Supongo que es la prueba definitiva de cuál es el Max que está aquí en este estrecho pasillo, y no es el Max que todavía siento que podría haber sido mi todo, el Max de mis recuerdos. Este es el Max que no me seguiría, da igual lo desesperada que estuviera por que lo hiciera.

Porque, como me acaba de recordar, no importa lo que fuéramos el uno para el otro, ahora solo está conmigo por mi maldito nombre.

Por supuesto, no dejo que nada de esto se refleje en mi cara, en cambio, sonrío, ocultando mi pequeño exabrupto interno.

—Perfecto. Bueno, ahora que estamos todos, puedo enseñaros todo esto. —Una distracción, me tranquilizo—. Esta es la cocina y la sala de estar, alguien llenará la despensa con lo que pidáis.

Señalo los armarios sobre el mostrador, la madera lacada refleja las luces del techo. A mi lado hay una cabina empotrada de cuero blanco. Todo está por encima del estándar para buses de gira, es agradable, pero sin demasiada personalidad.

Aun así, me siento aliviada de sentir que mi inquietante dolor se transforma en otra cosa. No puedo luchar contra la emoción que me genera este hotel sobre ruedas, sin importar lo reducido que sea el espacio. Para mí, es como estar en casa.

Los dirijo hacia la parte de atrás y me detengo junto a una puerta a un lado del pasillo.

—El baño está aquí. —Pasamos las estrechas filas de literas para llegar al dormitorio—. Mamá, aquí es donde dormirás.

Cuando abro la puerta, mi madre pasa a mi lado y entra en la habitación, evalúa su inesperada amplitud. Los ventanales dejan entrar la luz del sol invernal por tres lados diferentes. La cama está decorada con un edredón lujoso, que deja suficiente espacio para un pequeño tocador en la esquina.

—Riley, se supone que esta es tu habitación —dice escéptica, como si tuviera miedo de quitarme mi sitio—. ¿Dónde está tu cama?

Doy un paso atrás y palmeo la litera más cercana.

—Aquí mismo.

Mi madre frunce el ceño con indignación, es su reacción habitual ante los actos de generosidad.

—No, esta es tu gira. Vas a trabajar muy duro y necesitas descansar. Yo solo estoy... aquí.

—Yo te invité —aclaro y hago uso de su sentido de etiqueta—. Solo acepta el trato VIP. —«Por una vez, deja que alguien te cuide», quiero decirle, pero no lo hago.

Mi madre abre la boca, lista para replicar.

—Y de todos modos, quiero dormir en la litera —digo apresurada—. Es parte de la magia de la gira.

Si bien parece poco convencida, no tiene la oportunidad de objetar. Oigo que se abren las puertas del autobús y entra un hombre mayor con una impresionante barba gris y negra, y una brillante cabeza calva.

—¡Frank! —exclamo encantada de verlo. Él fue el conductor en mi primera gira, y lo pedí de manera específica para esta. Lleva cuarenta años trabajando en la industria y nunca me ha hablado con desprecio, ni siquiera cuando no era nadie. Durante nuestras noches de gira, comencé a verlo como un padre. Cuando me quedaba electrizada después de una actuación, él intercambiaba conmigo sus piezas musicales favoritas, y cuando no lo estaba, conducía con la suficiente suavidad como para que pudiera dormir.

Su sonrisa coincide con la mía y sus ojos se arrugan exactamente como lo recuerdo.

—Hola, Ri —dice—. Felicidades por el disco. Estoy bastante seguro de que reconocí un par de esas letras de tus noches de escritura de la última gira. ¡Bien hecho!

Se me acelera el corazón al escuchar que lo recuerda, y, de hecho, no se equivoca. Escribí partes de lo que se convertirían en temas de *The Breakup Record* en nuestro autobús hace años. Sé que a algunos compositores no les gusta escribir mientras están de gira, a pesar de que la inmediatez de la industria a veces requiere que lo hagan. Yo soy todo lo contrario, me encanta cuando las canciones me llegan estando en algún lugar inconveniente, casi como si me recordaran que son mis verdaderos amos.

—Este es Max —digo cuando se acerca a mí—. Nuestro pianista. Y ella es Carrie, mi madre.

Frank alarga la mano con entusiasmo. Su alegría es genuina, completamente libre de poses o timidez; es mi cualidad favorita de todas las que tiene. No necesita contar historias de aventuras musicales o ser un gran conductor, es su franqueza. Cada uno de sus gestos es como las arrugas junto a sus ojos: muestran lo que siente con transparencia.

—Ya veo de donde lo heredó Riley —le dice a mi madre.

Cuando se ríe, visiblemente perpleja, Frank la mira dos veces.

—Por supuesto que no —objeta—. Yo no puedo cantar ni una melodía, ni hablar de hacerlo delante de una multitud.

—Me refiero a sus ojos —dice.

Tengo que fruncir los labios para contener mi sorpresa. Las mejillas de mi madre tienen el tono más rosado que jamás haya visto.

—Ah —se las arregla para decir y se recupera en cuestión de segundos—. Sí, de esos me atribuyo el mérito.

—Podrías cobrar derechos de autor —responde Frank con facilidad, luego me mira para asegurarse de no ofenderme—. Quiero remarcar el *podrías*. Tu talento habla por sí solo, Riley

Wynn. —Contenta, asiento con sus palabras.

—¿Cuántos años llevas haciendo de conductor? —pregunta mi madre.

Ya con conocimiento de dónde inicia la historia (con todas las bandas de *grunge* de las que he oído hablar con las que Frank cruzó el país en innumerables ocasiones), lo dejo entretener a mi madre mientras miro hacia atrás. Max se ha retirado al pasillo de literas y guarda su ropa en el reducido espacio del armario. Me acerco para unirme a él.

—Entonces —empiezo. Lo mío es hacer preguntas directas, y ninguna delicada elocuencia podría facilitar la conversación que se avecina—, ¿te molesta más compartir autobús conmigo o que te abrazara delante de la banda? —No se da la vuelta, ni tampoco deja de deshacer la maleta. Observo su chaqueta unirse a sus camisas en el armario. Lo presiono un poco más, el silencio no es para acobardarme, es relleno de suspense—. ¿Recuerdas que te dije que esta era mi gira y que iba a contar una historia a tu alrededor? —Ahora me mira directamente a los ojos—. ¿No hice exactamente lo que te advertí que haría? —pregunto.

La tormenta en sus ojos se agita, la sobrellevo, y encuentro su mirada, con una felicidad un tanto perversa. Max se alejó de mí una vez, lo perdí en su momento, ahora no tengo derecho a nada. Es por eso por lo que tengo la profunda y desesperada esperanza de que no se retracte de lo que quiere decirme en este momento.

Por un breve segundo me fallan las piernas cuando al fin deja escapar un suspiro.

—Supongo que no esperaba que insinuaras que estamos juntos —explica su voz mesurada y sus mediadas sílabas—. No quiero ser parte de un espectáculo fingido fuera del escenario.

—De acuerdo —digo y me enderezo. Me alegro de que no esté encubriendo esta conversación con miradas inescrutables o largas pausas—. No lo volveré a hacer frente a la banda. Mira, te juro que lo del autobús fue porque alguien tiene que compartir el espacio con mi madre y conmigo, me parecías la mejor opción. Además... —pongo mi sonrisa de cuando toco un bis— mi madre está aquí. Cuando la banda la conozca, se darán cuenta de que no hay nada sexual.

Max se ríe, el sonido es bajo y sorprendentemente sincero. Es mi *flashback* favorito. Siento una tensión (a la que sin darme cuenta me aferraba) deslizándose con suavidad entre mis dedos.

—Cuando estemos solo nosotros, quiero que seamos sinceros. No quiero sentir que estoy actuando aquí dentro. Solo hay espacio para la verdad.

Lo miro fijamente, la realidad y las letras de las canciones se sobrescriben frente a mí. *La verdad*.

Lo que escribí es la verdad. Escribí *Until You* abriéndome en canal, revolviendo en los rincones oscuros de mi alma. Los sentimientos que pongo en la canción nunca se desvanecieron, no del todo. El amor nunca se desvanece, así como el hombre que recuerdo a medias y que una vez amé nunca deja de filtrarse sobre el que ahora tengo delante. No estoy segura de si las canciones conservan las cosas o si yo las conservo para las canciones, pero la verdad es que

nunca desaparecen.

—Siempre estoy en el punto de mira, Max —digo, con suavidad, y su sonrisa se desvanece.

—Supongo que sí —dice.

No necesito un oído experimentado para detectar la decepción en su voz, y tampoco es solo el aguijón de su juicio lo que siento.

Él no me entiende ni a mí ni a esta parte de mí. Supone que la actuación es mentira, como todo el mundo, como los que critican que siempre escribo sobre corazones rotos. Ha llegado a la conclusión de que la versión que sube al escenario o posa frente a las cámaras de los *paparazzi* no es real.

Me recuerdo a mí misma que no lo he obligado a venir a esta gira, ni siquiera se lo propuse, fue idea suya. No es mi problema que viva la mentira que él decidió que era verdad: fingir que no soy la misma mujer, la que está en el centro de atención y la que vive la misma canción interminable, incluso fuera del escenario.

Aun así, la idea de que se pueda ir tensa las cuerdas de mi corazón. He escuchado nuestro dúo resonando en mi cabeza, en mis sueños, y sé que se llevaría una gran parte de mí si no logro vivirlo nunca en voz alta.

Él no se va.

Con solemne resolución, regresa a su litera.

—Puedo mover mis cosas si esta es la cama que querías —dice.

—Oh. —Mi alivio es instantáneo. Al recordar la forma indirecta de hablar de Max, reconozco su comentario logístico por lo que es: su ofrenda de paz.

—No —respondo—. Estoy bien, me quedo con esta. —Golpeo la litera a menos de un metro de la suya.

Sin respuesta, continúa con su ropa. Si bien agradezco que todavía esté aquí, es evidente que nuestra conversación no ha concluido y no sé cómo continuará.

Me quedo en el pasillo, y no puedo evitar sentir que Max, de alguna manera, hace que nuestro silencio mutuo suene como si fuera un dúo. Tal vez lo racionalizo porque ambos nos estamos dando cuenta de lo mismo: dormiremos uno al lado del otro, lo suficientemente cerca como para cogernos la mano.

De manera hueca, escucho repetirse mi propio estribillo en mi cabeza.



NUEVE

Max

Entro en pánico durante los coros de *One minute*.

La banda es increíble, se mueven de forma sincronizada y leen los movimientos de cada uno con una intuición asombrosa. Está claro que no solo llevan semanas ensayando juntos: son profesionales que llevan años actuando encima de escenarios, incluso décadas. Riley se integra en el grupo con naturalidad.

Salta a la vista que soy el que está fuera de lugar. Soy Max Harcourt, quien la semana pasada estuvo tocando Sinatra para treinta octogenarios bajo halógenos defectuosos. Nada me ha preparado para esto: ¿en qué estaba pensando cuando le sugerí a Riley unirme a la gira? No puedo hacer esto, no pude hacerlo cuando tenía veinte años y es evidente que no puedo hacerlo ahora.

Estoy de pie, sudando en la sección delantera de la valla metálica, y el interior climatizado del Madison Square Garden no es amable con mis nervios. Tampoco lo es el hecho de que tengo que esperar antes de que me necesiten en el escenario. Ahora, con *One minute*, la banda abre el espectáculo.

A mi espalda, el estadio está vacío, excepto por el equipo de seguridad y el resto del personal. En el centro se encuentra la plataforma en la que actuará Riley. Los andamios de iluminación extienden sus estructuras enrejadas por encima, mientras que más allá del escenario se encuentra el pequeño campamento de tiendas construido para la logística detrás de escena.

De pie en medio de este espacio, siento que, fila tras fila, los asientos contienen la respiración. Incluso en su estado a medio construir, previo a la actuación, es imposible pasar por alto la sorprendente presencia del lugar; no muy diferente del tiempo que he pasado con Riley últimamente.

En el escenario, ella avanza y unifica a la banda como si fuera quien ordena el sonido. Lo es todo: una estrella de *rock*, una deidad y la chica de la puerta de al lado.

Mientras la observo, empiezo a entender lo que quiso decir en el autobús: es Riley al completo, mientras que la que no tiene un micrófono en la mano es solo una parte de ella.

Cuando terminan la tercera canción, hacen un descanso para que Riley pueda hacer una prueba de vestuario. Abrumado, me dirijo a uno de los pasillos desde donde los jugadores salen al campo de juego cuando el Garden se convierte en un estadio deportivo. Sé que no tiene sentido

retroceder como si mi pánico escénico fuera un monstruo del que puedo escapar escondiéndome en las sombras. Solo necesito algo de espacio.

En las tiendas puedo ver a los otros músicos charlando, practicando *riffs* y probando micrófonos, parecen cómodos, incluso emocionados.

La escena hace que quiera perderme todavía más en el pasillo. Estoy desesperado por escapar de la sensación de no pertenecer a este lugar; porque no lo hago. No soy un músico experimentado, y cuando sugerí esto, solo tenía una vaga idea de todo lo que implicaba. Ahora, ante las hileras interminables de asientos, me preocupa sentarme en el piano y olvidar cómo tocar. Arruinaré el momento de Riley.

Saco el móvil.

Me voy a ir, no puedo hacer esto.

Jess me responde al segundo.

Sí, puedes. Los residentes de Harcourt Homes son más despiadados que los admiradores de Riley. Además, ni siquiera tendrás que dar la noticia de que se nos acabó el pudín de chocolate.

Me río a pesar de los nervios y dejo que Jess me haga sonreír mientras sopeso la decisión de decepcionar a la mujer que quería o terminar en YouTube por haber olvidado cómo tocar la canción más popular del país.

Aunque el recordatorio del fiasco del pudín de chocolate me dispersa, tampoco alivia mis dudas. Comienzo a escribir el siguiente mensaje cuando Jess envía otro. Es un vídeo, me desplazo hacia arriba para abrirlo, intrigado.

En el vídeo grabado de forma casera, enmarcado en las dimensiones rectangulares de un iPhone, me siento frente al piano de Harcourt Homes. Riley está sentada a mi lado, con la cabeza apoyada en mi hombro mientras toco la elegante apertura de *Bridge Over Troubled Water*. Es del inicio de nuestra relación, esas versiones más jóvenes me remueven algo por dentro, un acorde que había olvidado cómo tocar.

Cuando ella se endereza para cantar, el yo del vídeo sonríe con cariño hacia las teclas. Nuestros ojos se cruzan y es como si solo estuviéramos actuando para nosotros solos.

Que en cierto modo lo estamos, ya que nadie en el comedor nos escucha.

Recuerdo cómo me hizo sentir, no en el momento exacto del vídeo. Solo... tocar junto a Riley. Quería que todos escucharan el sonido que encontrábamos juntos, la combinación de nuestros estilos y la unión perfecta de su música con la mía. Sin embargo, con cada nota que cantaba me

golpeaba directamente en el corazón, y estaba cada vez más convencido de que nadie podría escuchar lo que oíamos o experimentábamos, cómo sonaba cuando las canciones de corazones separados se entrelazaban en una sola. Esa contradicción permaneció conmigo en cada actuación, y no ha dejado de desgarrarme el alma por la mitad desde entonces.

Ahora puedo escuchar los mismos sentimientos, veo el vídeo y reencuentro partes de mí mismo que he mantenido años en silencio. Están todavía ahí, solo que más débiles y escondidas bajo el estridente nerviosismo. No sabía que este vídeo existía, y es comprensible que Jess no me lo mandase después de que Riley y yo rompiéramos. Ni siquiera recuerdo esta actuación en específico; en aquellos días no me importaba mucho qué canción tocábamos, no cuando cada canción se sentía como nuestra de manera instantánea. Entiendo por qué Jess me lo ha enviado ahora.

No es solo lo seguro que me veo junto a Riley, es como si estuviéramos destinados a tocar juntos.

Un mensaje más de Jess aparece en mi pantalla.

Tú puedes, lo tienes bajo control.

No me creo que lo hayas conservado todo este tiempo.

Bueno, en caso de que te hundas en el escenario, creo que podría venderlo y ganar lo suficiente para mantener a HH durante un par de meses.

Me río para mis adentros hasta que escucho la apertura de *Novembers*, el cuarto tema de *The Breakup Record*. Me he familiarizado con el trabajo de Riley estas últimas semanas, mientras me preparaba para la gira. Me encanta esta canción, ojalá pudiera disfrutarla, pero, en cambio, solo me recuerda que el siguiente es mi número.

Con un poco más de seguridad, miro el vídeo que me envió Jess para darle un marco nuevo a la actuación: somos solo Riley y yo.

Me dirijo a la tienda en una de las alas del escenario y repaso la canción en mi mente. Incluso preocupado, me impresiona la complejidad del laberinto altamente funcional de operaciones que rodea el escenario. Los miembros del equipo corren en todas direcciones con eficiencia rítmica. Uno que me entrega un auricular me explica que me harán una cuenta regresiva y que pueden proporcionarme un metrónomo si así lo quiero. Lo rechazo, estoy bastante seguro de que solo me distraerá.

Cuando termina *Novembers*, camino con discreción hacia el escenario, con la mirada baja para no ver el estadio vacío, ya que no necesito más recordatorios de cuantas personas estarán aquí

mañana por la noche. Al frente del escenario, escucho a Riley, el sol del sistema solar en el que yo solo soy una pequeña luna. Está hablando con alguien sobre la iluminación. Decido concentrarme en familiarizarme con el piano.

Es un piano de media cola, llevo años sin tocar uno. Me obsesiono con las teclas, y me recuerdo que son las mismas ochenta y ocho tiras de ébano y marfil, sin importar dónde las toque, ya sea en Madison Square Garden o Harcourt Homes; intento concentrarme en esa idea.

Hasta que Riley se acerca a mí y veo qué lleva puesto: es un vestido de novia.

No, es el vestido de novia perfecto para Riley, en todos los sentidos. La sencillez del satén abraza su cuerpo, aferrándose a cada curva y hundiéndose peligrosamente por su espalda. El dobladillo roza las botas negras de piel de serpiente que lleva puestas.

Mi mente me abandona. No es el hecho de que Riley parezca salida de la portada del disco lo que me llama la atención; es que toda esta gira está diseñada para desintegrar la separación de Riley: de la persona al icono de la música.

Así es como ella salió de mis propios sueños, ya olvidados.

Hubo un par de meses, mientras estábamos saliendo, que comencé a tener los placeres secretos más preciados. Sabía que me estaba precipitando con una anticipación prematura, pero no pude evitar pensar que algún día podría casarme con Riley.

Lo quería, con profundidad y fundamentos, como la forma en que leo música con solo una mirada. Así como escuché melodías al instante de un intrincado conjunto de notas, escuché campanas de boda en las fantasías que comencé a ver cuando estaba con Riley. Sesiones de composición, conciertos locales por quince dólares, buen sexo. *Late nights, new homes*. Escuché todo nuestro futuro en los acordes que nos tocamos el uno al otro.

Vestida de satén blanco, es literal la Riley de mis sueños; y ahora esos sueños estarán sobre el escenario.

Se me hace un nudo en el estómago, y desearía que mi actuación fuera lo único que me estresara. En cambio, me doy cuenta de que voy a ver los deseos secretos de mi corazón en las pantallas de gigantes del Madison Square Garden.

—Oye, empezaremos en un segundo —dice Riley, de un modo tan casual que es absurdo—. Ha habido una confusión con las luces que quería solucionar.

Apenas puedo procesar sus palabras.

—¿Qué llevas puesto? —pregunto medio desesperado.

Riley mira hacia abajo como si lo hubiera olvidado y frunce el ceño.

—No es el vestido correcto, este es para *One minute*, pero debería cambiarme mucho antes que *Until You*. Nada está listo todavía, así que la noche del estreno va a ser... divertida.

—Vaya elección —destaco, sé que sin darme cuenta muestro demasiado interés por este detalle que no puedo ignorar.

Ella ríe.

—No es solo un vestuario, pensé que, dado que el matrimonio no funcionó, no era necesario desperdiciar el dinero que gasté en este vestido —explica con aires de victoria danzando en sus ojos.

Como no acabo de comprenderlo del todo, no añado nada. En mi auricular, una voz de mujer dice que la banda ya está lista. Riley sonríe con un magnético deleite y avanza hacia el frente del escenario, donde comienza su presentación.

Si bien sé que debería concentrarme en las teclas y prepararme para nuestra canción, no puedo... Estoy perdido. Atrapado en la realidad distorsionada que Riley está creando en el escenario con una escenografía, donde los espejos de la casa de la risa hacen que el suelo parezca inclinarse debajo de mí. Ella usa su propio vestido de novia como accesorio.

Al igual que me está usando a mí.

Riley tiene derecho a convertir partes de su pasado en trucos para el consumo del público, pero yo no estoy seguro de querer ser parte de ellos. ¿Es esto lo que soy para ella? Meses de felicidad y de amor que ahora mismo debe asegurar que no fueron en vano.

Cuando escucho mi señal, mis manos tocan la melodía inicial de *Until You*. Mi corazón no sigue el mismo ritmo y me obligo en vano a perderme en la canción, pero cuando Riley empieza a cantar, no puedo mirarla. Su voz es desgarradora, y todo encaja de manera perfecta. Pero no puedo mirarla a los ojos como lo hice en el vídeo; como cuando todo era real entre nosotros.

Esto es todo lo contrario, ahora somos más desconocidos que nunca, y es curioso que sea mientras lleva el vestido de mis fantasías.



DIEZ

Riley

Mañana es el día más importante de mi vida. Es el primer *show* de *The Breakup Tour* y, por supuesto, la ansiedad me consume. Le doy vueltas a todo, desde las pistas hasta los cambios de vestuario, la iluminación y las letras, es como aferrarse a la música en sí misma. Al borde de lo imposible.

Estoy sentada en el suelo de la *suite* de mi hotel para intentar mantenerme firme, conectada con la tierra. Mi mente lírica y distraída despliega las opciones metafóricas de la palabra sobre el instinto. ¿Planes? No. Conducción. Quiero estar enraizada porque me siento como un rayo.

Eileen se sienta en el sofá mientras yo repaso la lista de tareas pendientes de mi iPhone.

—El micrófono... —empiezo.

Eileen me interrumpe.

—Lo están arreglando ahora mismo, no le van a faltar diamantes. Estará terminado antes de la prueba de sonido.

Asiento.

—Y están moviendo el soporte de la guitarra hacia la marca que hice en el escenario, ¿verdad?

Eileen sonríe con paciencia.

—Riley, todo va sobre ruedas, deja que me encargue yo. —Se levanta del sofá bostezando. Tengo un nudo en el estómago del miedo—. Lo único de lo que debes preocuparte es de descansar un poco, estás a punto de pasar muchas noches en vela.

No respondo, lucho con el deseo egoísta de que se quede, aunque no la obligaré, por supuesto. Pero estoy estancada, con esperanzas implacables manteniéndome como rehén. Todo está listo para que salga todo bien, quizás nunca vuelva a tener un momento como este... Si soy sincera, es probable que no pase. Existe una presión inigualable al lograr tus sueños, para exprimir hasta la última gota de alegría que puedas. Y aprecia cada segundo.

Nada está tan preparado como esperaba, especialmente *Until You*, y no es culpa de Max porque la toca de una manera maravillosa. Tan solo no logramos esa unión que espero. No he querido ensayar de más, y de todos modos el problema no se soluciona con la práctica.

Nuestra conexión debe ser honesta y natural, si no, tendré que usar las lecciones de arte dramático que nunca pedí pero que recibí cuando repasaba guiones con mi exmarido.

Cuando Eileen camina hacia la puerta, me las ingenio para mirar hacia arriba.

—Buenas noches —digo mientras siento que me encierro en mi propia prisión de dudas—. Asegúrate tú también de descansar.

—Lo haré si tú lo haces —dice, mientras me mira con complicidad antes de irse.

Me levanto del suelo y miro la enorme cama de la habitación. Todos tenemos habitaciones de hotel hasta después del espectáculo, cuando subimos a los autobuses, donde están la mayoría de nuestras cosas. Preferiría estar en el autobús, esta habitación de lujo imponente es sofocantemente silenciosa. Desearía no sentir sus molestas ironías, la incomodidad que me produce la suave iluminación sobre el mármol blanco; lo confinada que estoy en sus espaciosas dimensiones. Aquí me falta la inspiración y me asfixio entre sus paredes de vidrio.

Estoy bastante segura de que me costará dormir, ya he superado el agotamiento y estoy en constante movimiento, por eso, en combinación con la bien intencionada incomodidad de mi hotel, no preveo poder dormir en un futuro cercano. Necesito salir de aquí, hacer algo, hasta mis músculos lo sienten.

Cruzo la habitación para ponerme los zapatos, y sigo la primera idea que me viene a la mente. En el pasillo de elegancia estéril, que complementa la idea de lujo sin ninguna emoción, me detengo frente a la puerta de mi madre. Hablaba en serio cuando le propuse pasarnos las noches viendo películas en mi primer intento para que viniera de gira conmigo, y ahora parece la oportunidad perfecta.

Llamo a la puerta con suavidad, no quiero despertarla si ya se ha ido a dormir.

Lo cual... ha hecho, deduzco decepcionada cuando no recibo respuesta. Podría golpear más fuerte y despertarla.

De repente, esa idea me parece infantil, no necesito que mi madre me entretenga. Es curioso, aunque no me encanta ser el cliché de la estrella del pop que no sabe cómo estar sola, al mismo tiempo siento que tengo derecho a serlo.

¿No saber estar sola es un problema? Algunas personas no lo toleran. ¿Y qué si soy así?

Estas últimas semanas le he dado más vueltas de lo normal a la idea, obligándome a recordarme quien soy: el ser humano que necesita, que quiere, que se aburre, que se pone nerviosa. De verdad, me encanta convertirme en la RILEY WYNN de las pancartas publicitarias. Solo debo adaptarme a que haya una persona normal y corriente dentro. Algo sorprendente en momentos como este, donde siento que soy demasiado joven para llegar a la fama gracias a mis rupturas, pero demasiado mayor como para acudir a mi madre en busca de consuelo.

Me obligo a concentrarme, reflexionar sobre imponderables es para escribir canciones, no para lidiar con mi noche de insomnio. Necesito hacer algo. Esta gira ha requerido que tomara cientos, incluso miles, de decisiones: lista de canciones, vestuario, iluminación, todo. ¿Qué falta?

Con decisión, me dirijo hacia los ascensores. No debería salir sola, lo sé, pero la terraza del hotel es bastante cerrada, sin mucho tráfico de gente, ya que necesitas una llave para usar el

ascensor. Además, sin maquillaje y con un sencillo vestido negro de algodón, no desprendo el glamur de una celebridad.

Subo en el ascensor en segundos de silencio olvidables, y cuando la puerta de acero inoxidable se abre, la terraza iluminada me da la bienvenida.

Aquí la temperatura es agradable, el hotel está equipado para el frío lacerante del invierno de Nueva York. El resplandor de las estufas calienta el patio, donde los suaves vientos nocturnos agitan las servilletas de cóctel más allá del vidrio que rodea todo el espacio.

Al acercarme a la barra, evito establecer contacto visual con nadie, aunque siento muchas miradas fijas en mí. Aprendí que, si no me involucro, la gente suele sentirse demasiado incómoda como para acercarse a mí. Me entregaré a mis fans durante los próximos meses. Esta noche es la última que tengo solo para mí.

Llego a los taburetes y mis ojos se dirigen al hombre sentado solo al final de la larga barra; cuando levanta la vista, su mirada pasa rápido por la mía. *Perfecto*.

Tiene más o menos mi edad, lleva el cuello de la camisa desabrochado y las mangas arremangadas.

A primera vista, diría que está aquí por un viaje de trabajo, con un montón de tiempo que matar, como yo. Tiene buen aspecto, y más importante todavía, me parece interesante. Pasar la noche con él sería divertido, y dejarlo por la mañana sería material para canciones aún no escritas.

Me siento a su lado.

Cuando me mira, le dedico una sonrisa amistosa, y estiro unos músculos que llevaba sin usar desde que Wesley y yo decidimos cerrar la relación. No estaba ni cerca de ser tan famosa, lo que me hace sentir insegura sobre cómo hacer esto ahora. Desde que mi cara aparece en las pancartas publicitarias en Times Square, no he coqueteado con nadie.

Pero tampoco he dejado que la incertidumbre me impida ir detrás de lo que quiero.

De hecho, *querer* no es la palabra. Estoy soltera, acabo de divorciarme y estoy a punto de pasar meses en un pequeño autobús con mi ex. *Necesito* esto.

—¿Te puedo invitar a una copa? —le pregunto.

Él levanta las cejas.

—Creo que esa es mi línea —dice mi desconocido. Su voz es firme, segura, y le queda bien, tiene el pelo liso y castaño, y va bien afeitado. Tiene una discreta confianza en ser lo que se espera; me va a gustar desconcertarlo.

—Pero no te he oído decirla —respondo.

Su risa avergonzada sacude su fachada. Sonríe, intrigada. *Rooftop laughter, no happy-ever-after*. Sí. Me aferro al hilo de la inspiración, lo convertiré en una canción.

Se mete la mano en el bolsillo, supongo que sacará dinero en efectivo o su tarjeta. La escena

se escribe sola en mi cabeza: me pagará la copa, intercambiaremos frases sin importancia, vagos resúmenes de lo que hacemos en la ciudad, mientras perdemos tiempo en esta moderna danza de apareamiento.

Uno de los dos dirá que se hace tarde, el otro responderá con: «mi habitación está en la decimoquinta planta». Es la historia más antigua de todos los tiempos; solo que la puedo cantar con una nueva melodía.

La titularé *It's Getting Late*.

En cambio, saca una cajita negra.

Pongo unos ojos como platos.

—Te gusta correr —destaco.

—Mañana le propondré matrimonio al amor de mi vida —dice.

No estoy avergonzada, ni decepcionada. Aunque haya destrozado mi primer borrador lírico, ahora ha atrapado mi curiosidad. Me inclino hacia delante, emocionada con este giro inesperado.

—Felicidades —digo—. Déjame invitarte a una copa de todos modos, solo como amigos. Háblame de ella.

Me mira, el desconcierto juega de manera delicada en sus rasgos.

—No hace falta —concluye.

—Insisto —respondo—. Me encantan las historias de amor.

Cuando se mueve en su asiento, las luces del bar se reflejan en sus ojos.

—Pues esta te va a encantar, es buena.

—¿Cómo se llama?

—Nina —dice, mientras acaricia cada sílaba. Pido dos copas de vino al camarero y deslizo una hacia mi no amante nocturno—. ¿De verdad quieres conocer nuestra historia? Es algo larga —me advierte.

—Claro que sí —digo—. No te ofendas, pero esto es mucho mejor que lo que tenía en mente. —La aventura de una noche que había planeado para nosotros, por muy apasionada que fuera, no era original. Sin embargo, no estoy liderando esta historia, la estoy siguiendo.

Él ríe con la misma risa dulce y avergonzada de antes. Me imagino qué sentimientos debe causar esto en Nina, el rubor de sus mejillas.

—Salió con mi compañero de cuarto de la universidad durante cuatro años. Cómo odiaba a ese chaval. Solo compartimos habitación en primero, pero empezaron a salir al principio de todo, así que ella casi vivía con nosotros. Fue... una tortura.

Pongo una mueca, disfrutando de su sufrimiento.

—¿Te gustó de inmediato? —le pregunto.

Él sonríe.

—Me traía *cupcakes* cada vez que se quedaba a pasar la noche. Escuché sus conversaciones

sobre qué películas le gustaban, qué investigaciones hacía y cómo le había ido el día. Saltaba a la vista lo inteligente y apasionada que era, y por supuesto que me enamoré de ella de inmediato. —Le da un trago al contenido de su vaso con fantasmas familiares del pasado en sus ojos. ¿Acaso no es *Until You* mi caso de cómo un anhelo nunca se desvanece?—. Pero solo éramos amigos, incluso cuando su novio y yo dejamos de vivir juntos.

Cuando hace una pausa, porque es evidente que se pierde en los recuerdos, abro los ojos de manera juguetona.

—¿Y lograste que se separaran? —exijo la respuesta.

Él frunce el ceño, y en ese mismo momento el viento frío sopla sobre el tejado, agitando las luces. Todo es perfecto, como si hubiera escrito las imágenes en lugar de que sucedieran.

—Ojalá —dice—. Pensé que estaba fuera de mi alcance, así que no intenté nada. Hasta que ella rompió con él, y al día siguiente me presenté en su puerta con *cupcakes*.

Chocamos las copas, me siento impresionada.

—Qué bonito. —Él asiente, y valida una mínima presunción—. Déjame adivinar. ¿La espera valió la pena?

—Dios, no —dice con determinación, luego reformula—. Quiero decir, si hubiera tenido que esperar, lo habría hecho... Pero no era necesario. —Cuando sus ojos se fijan en los míos con repentina intensidad, me doy cuenta de que la tecla que he tocado es importante—. Los años que esperé no fueron un puente hacia el futuro, solo momentos que perdí sin estar con ella.

No digo nada y dejo que sus palabras resuenen en mí. Me preguntaba si llegaríamos hasta aquí, a este nivel de verdad. Si escuchas con atención, todo el mundo es compositor.

Me acerco y golpeo la caja del anillo con un dedo.

—Y aquí se encuentra el fin de la espera.

Cuando sonrío, su sonrisa es de una humanidad maravillosa, y sus facciones se abren con una alegría victoriosa.

—Exactamente.

Me bebo el resto de mi bebida y me levanto.

—No es que la necesites, pero mucha suerte mañana.

—Gracias. De verdad, después de hablar contigo estoy menos nervioso. —Me tiende una mano—. Por cierto, soy Jason.

Sacudimos nuestras manos.

—Riley.

Hace una pausa, la piel de su palma presiona la mía, y me quedo contemplando cómo se da cuenta de lo que acabo de decir.

—No —dice.

—No, ¿qué? —respondo con rapidez.

—No eres Riley Wynn, ¿verdad? —Suenas como si perdiera una batalla contra su propio escepticismo.

Me muerdo el labio, sé que es confesión suficiente. Debería haberlo sabido, me regaño. Debería haber sabido que llegaríamos a esta interacción. Y aunque Jason parece razonable, muchas personas simulan serlo y luego te llevas una sorpresa. Me preparo para la reacción empalagosa e instantánea que me he habituado a ver estos últimos meses.

En cambio, me suelta la mano y se lleva la suya a la frente.

—Me siento fatal —gime—. Nina es una gran admiradora. Pensé que te reconocería, pero, ya sabes, los nervios me han distraído. Si se entera de que te he conocido y no la he llamado para que viniera a sacarse una foto, me matará, pero si la llamo, arruinaré la sorpresa; verás, ella cree que estoy en un viaje de trabajo ahora mismo.

Sonríe al recordar que eso es exactamente lo que pensé en un principio; ha captado muy bien el espíritu de su excusa.

El alivio comienza a disminuir mi ritmo cardíaco, y cojo un bolígrafo que hay detrás de la barra.

—Envía un correo electrónico a esta mujer —digo, mientras anoto la dirección de Eileen en una servilleta—. Mañana daré un concierto. La invitaremos a conocerme y a saludarme, si lo desea.

Se le iluminan los ojos.

—¿De verdad? Ahora seguro que dice que sí. —Me río, me alegro por él. Voy a pasar los próximos meses de mi vida profesional conmemorando mis fracasos románticos, así que puedo alegrarme con una historia de amor de vez en cuando.

—Nos vemos mañana —le digo con entusiasmo.

Jason sonríe lleno de alegría, es muy entrañable.

Sin embargo, al salir del bar, me siento triste. La esperanza se me escapa y recuerdo con dolor cuando estaba en la posición de Nina. El día que Wesley me propuso matrimonio, me llevó en avión al lugar donde había estado filmando en Croacia. Me había enviado fotografías del impresionante castillo con promesas de que lo visitaríamos, y luego me sorprendió con el vuelo. Recuerdo haber gritado que sí con el pelo revuelto por el viento. Recuerdo lo feliz que estaba. Recuerdo sentir que era algo muy propio de nosotros.

Ahora me doy cuenta de que solo era algo muy propio de él.

Entro al ascensor, y las paredes de espejos reflejan mi imagen, y por decimotercera vez vuelvo a estar sola. No soy parte de ninguna historia de amor, excepto de aquellas que veo como espectadora o de aquellas que tienen finales desconsolados. Aunque me duele, me siento culpable por sentir esta presión en el pecho. La angustia es lo que me ha llevado a este momento, a que mis sueños se hicieran realidad: debería estar agradecida.

Salgo del ascensor y, en el largo pasillo que conduce a mi habitación, me reenfoco y reviso el resultado final de mis heridas abiertas.

Waiting was the worst thing I ever knew

Until I felt having and then losing you...

Cuando regreso a mi habitación, ya no parece tan silenciosa.



ONCE

Max

La mañana del día del espectáculo, me despierto de buen humor. Todo está en su sitio, como quintas en el piano. Me sé *Until You* de memoria y lo he clavado en los ensayos. No tengo que mirar a Riley cuando toco, y mientras no arruine la canción, todo irá sobre ruedas, lo tendré todo bajo control.

Yo, Max Harcourt, podía tocar para miles de personas en el Madison Square Garden. Aunque estaba atacado de los nervios, me sentía bien, hasta que el nombre de mi madre iluminó la pantalla de mi móvil.

Reconocí de manera vaga el enlace que me había mandado, una de esas cuentas de Instagram donde la gente publica fotos de famosos. Desconocía por qué ella sabía de su existencia, aunque no era importante: la foto era inconfundible.

Riley está impresionante, es impresionante cómo siempre sale bien en las fotografías, como si irradiara luz propia y las leyes de la física cedieran ante su imparable presencia. Por supuesto, este no es el único motivo por el que me ha hecho llegar la cuenta. Reconozco la ubicación: el elegante bar en la azotea de nuestro hotel. El rostro del hombre junto al que está sentada Riley no es visible, pero el de Riley sí, junto a su sonrisa incandescente mientras le ofrece una copa.

El mensaje de mi madre no es inocente, y su pregunta es directa. *¿Por qué no has invitado a salir a Riley después de su divorcio?*

Me quedo de pie, con el pelo revuelto por el sueño, en mi estéril habitación de hotel durante un total de cuatro minutos, dándole vueltas a qué responder. El bar de la azotea se cernía sobre mí como nubes de una tormenta, y la luz del sol que entraba por la rendija de las cortinas, que me había parecido alentadora por su promesa de un día fresco al despertarme, de repente me recuerda a las duras luces del escenario.

Al final me decidí por ignorar a mi madre con total indiferencia, dado que tampoco estaba mintiendo. No estoy aquí por razones románticas, estoy aquí para tocar música.

Y no volveré con Riley Wynn.

Pero no puedo sacarme esas fotos de la cabeza.

La sonrisa de Riley se me quedó grabada en el corazón mientras me duchaba en la moderna ducha blanca de mi baño, permaneció conmigo mientras desayunaba en la concurrida tienda de *bagels* de la esquina, y me siguió durante todo el viaje hasta el estadio. Resultó que la manera de

distraerme de la idea de tocar para veinte mil personas fueron cuatro fotos borrosas de Riley sentada con un extraño.

Me siento culpable por mi atención exhaustiva, ya que Riley ha dicho en múltiples entrevistas que desearía que su vida amorosa no estuviera en el punto de mira, que encuentra agotadora la presión, la sensación de que sus decisiones nunca son privadas, y cuando quiere que se la tenga en cuenta por su arte, le molesta que la gente solo la valore por los cotilleos sobre sus relaciones. Esto, como explicó, es parte de la razón por la que escribió *The Breakup Record*: la obsesión que tienen los oyentes con su vida privada y su derecho a que siga siéndolo.

Sé que esas fotografías invaden su privacidad y no quiero proporcionarles las visualizaciones que buscan. Quiero resistir el impulso de verlas a todas, de saber dónde estaba, con quién se fue, cómo sonrió.

Es lo que quiero. Pero... no puedo. Soy incapaz.

Frustrado, considero que yo mismo debería buscar una distracción parecida, se me daba bien coquetear. Y por el momento, soy un músico profesional en los escenarios de la gira musical más importante del año. Podría perderme en los brazos de otra persona, entre sus sábanas, y olvidar cómo me hace sentir Riley.

«Pero sabes que no pasaría», puntualiza mi mente desalentadora, porque no importa con quien me vaya a casa, en el fondo sabría que solo estaría huyendo.

Ahora, sentado en la sala de espera, las fotos se quedan conmigo como invitados no deseados. Con la cuenta regresiva para el inicio del espectáculo (que veo en el televisor de pared), descubro que no estoy nervioso: estoy frustrado.

Y esa frustración es porque estoy celoso. No se puede negar este sentimiento, por infantil e injustificado que sea. Si la confianza y el consuelo que he sentido hasta ahora han sido como acordes sencillos, esto es como las notas que uno pasa por alto al leer algo por primera vez, el guiño rápido de un conflicto involuntario.

Y sé que ver a Riley no me ayudará. Ella se pasa gran parte del día ocupada con la publicidad y otras obligaciones de la gira. La espera, potencial malestar de mi estado de ánimo.

La sala de espera no es lo que imaginaba, es, en una parte, el salón de baile del hotel y, en la otra, una sala de estar para la familia improvisada de la gira. Las chaquetas de los miembros del equipo descansan sobre los sofás, hay botellas de agua acumuladas en las mesas, y una alfombra ocupa el espacio de pared a pared. Por último, hay fotografías enmarcadas que conmemoran actuaciones icónicas, junto a una amplia ventana que da a Manhattan.

Cuando al fin entra Riley, todo comienza. La voz le vibra cuando habla con su padre por teléfono y felicita a la banda y al equipo. Sus movimientos son rápidos, con exuberante impaciencia, mientras actualiza las redes sociales con fotos previas al *show*.

Quiero mirar hacia otro lado y concentrarme solo en la música y la presentación.

Pero, por supuesto, no puedo.

Con una bata corta de seda sobre el *body* blanco de lentejuelas que usa debajo de su traje, la abertura muestra la longitud interminable de su pierna, que brilla bajo las luces de la habitación. No puedo dejar de mirarla, cada detalle está tallado con la precisión de un diamante en mi corazón indefenso.

Ella es impactante, y, sin embargo, su apariencia no es lo que más me impacta.

Es la forma en que brilla con orgullo, con la emoción de los sueños cumplidos. Si ella ya es preciosa por sí misma, la alegría la vuelve radiante.

«Aunque no deberías estar fijándote en esto», me recuerdo con amargura. «Del mismo modo que no tienes derecho a estar celoso». El veneno que me llena el corazón es irrazonable, ya que Riley ha tenido otras parejas estos diez años sin que eso me abocara a esta espiral emocional. Yo he tenido parejas sin importarme con quién estaba ella; ahora no es diferente.

Excepto... que sí lo es, más o menos, porque voy a compartir un autobús de gira con ella. ¿Esa litera traerá nuevos coqueteos? ¿Qué sería mejor, que pase o que no? Las noches que no venga, sabré que es porque podría estar con otra persona. Puede que Riley sea la compositora, pero cada vez que pase le arrancará notas lastimeras a mi mezquino corazón.

Es el empujón que necesitaba para que mi estado de ánimo pasara a ser miserable. Cojo una bebida de la nevera de la sala de espera y me dirijo a la esquina de la habitación para abrazar un poco la soledad.

Necesito mantener la calma el tiempo suficiente para tocar la más perfecta y devastadora canción de ruptura que mi ex escribió sobre mí frente a sus innumerables y apasionados fans. Muy sencillo.

—Max, ¿puedo sentarme contigo?

Me sorprendo al reconocer la voz, y salgo de mis cavilaciones al levantar la vista. Carrie, la madre de Riley, se une a mí en el sofá; la simpatía suaviza sus rasgos sensatos. Asiento, por supuesto, sin estar seguro de cuál es la finalidad. Cuando salí con Riley, me presentó a sus padres en una breve visita, así que no llegué a conocerlos demasiado. Recuerdo escabullirme cada vez que teníamos la oportunidad para tener algo de privacidad.

Ahora me doy cuenta de que Carrie sabía lo que hacíamos. De cualquier modo, mantuve muy pocas conversaciones con la madre de Riley.

—Realmente no sé qué hacer aquí —confiesa. No parece triste, solo sincera, lo que, se me ocurre, podría ser la razón por la que las canciones de Riley comparten la misma cualidad—. Riley no me necesita, y cada vez que me ofrezco a ayudar, tengo la sensación de que estoy interfiriendo con una máquina bien engrasada.

Cuando logro apartar la mirada de Riley, miro a su madre.

—¿Acaso Riley nos necesita a alguno? Podría subir al escenario completamente sola y todos

quedarían rendidos a sus pies. Pero, aun así, creo que le alegra que estés aquí.

Recuerdo a Riley en su preciosa y solitaria casa, no creo que se sienta cómoda con la soledad. Ya en nuestra primera semana de relación, comenzó a poner excusas de por qué necesitaba quedarse a dormir. Tardé cinco días en decirle que no necesitaba ninguna excusa. La inquieta estar sola, y se esfuerza por llenar el vacío con sonido, luz, y presencia, pero ese esfuerzo la desgasta. Riley considera que estar sola es como tocar en un estadio vacío.

—No sabía que todavía estabas en contacto mi hija —comenta Carrie con curiosidad.

Me remuevo en mi asiento, sin poder evitar sonrojarme de vergüenza.

—Oh —me esfuerzo por decir—, en verdad no lo estamos. Simplemente, ya sabes, cuando sí la conocía... —Carrie tiene razón, es presuntuoso de mi parte pretender conocer los sentimientos de Riley, al igual que es presuntuoso estar celoso.

—Solo estoy bromeando —responde Carrie, y cuando su sonrisa capta el brillo de haberme hecho caer en la trampa, me invade el alivio—. Riley me contó que te visitó en tu trabajo y que hablar contigo sigue saliendo de forma natural. Creo que es muy maduro que podáis hacer esto como amigos. Has crecido mucho desde que te escapaste de nuestra casa para estar a solas en el coche de Riley —dice, con ligero sarcasmo.

Sucumbiría a la vergüenza si no fuera por el hecho de que me gana la curiosidad. ¿Riley mencionó su visita a Harcourt Homes? ¿Dijo que hablar conmigo le sale de forma natural? ¿Qué más dijo? ¿Cuáles fueron sus palabras exactas? ¿Se podría transcribir esa conversación para que la revise?

No tengo la oportunidad de preguntar más porque escucho a Vanessa decir el nombre de Riley de un modo que llama mi atención.

—Oye, Riley, ¿vendrá al *show* el bombón de anoche? —Por el rabillo del ojo, veo a Vanessa con el móvil en la mano, y sé con exactitud qué aparece en pantalla: la primera de una serie de historias de Instagram.

Riley la hace callar.

—¿Quieres decirlo más alto? —dice—. Creo que mi madre no te ha escuchado. —Se ríen juntas, y me impresionaría lo rápido que Riley hace de su banda sus amigos e iguales, aunque sigo absorto en el tema de su conversación—. Viene —dice Riley, en voz más baja—, pero no para verme, si entiendes a lo que me refiero.

—Mmm... —Vanessa murmura como si no estuviera del todo convencida.

—De verdad —insiste Riley—, no es lo que piensas. Traerá a su prometida al espectáculo. Eileen les ha guardado entradas.

El alivio que siento es abrumador, ya que, si bien sé que la reacción debería hacerme sentir culpable, ya no estoy seguro de que me importe. Riley me tiene celebrando victorias en guerras conmigo mismo que no debería librar, y me encuentro con una sonrisa que apunta hacia mis

zapatos hasta que siento la mirada de Carrie sobre mí. Ella no dice nada, aun así, sé que me ha visto escuchar a escondidas y, peor todavía, ha visto mi reacción al enterarme de que Riley no ha tenido una cita.

Lucho con el silencio, y no sé si debería decir algo o si sería más incriminatorio restarle importancia a la escena.

Al final, no soy yo quien pone fin al silencio. En cambio, un momento después Riley se acerca, y Carrie me sonríe con complicidad antes de mirar a su hija.

—Mamá, creo que ya es hora de que vayas a tu sitio —dice Riley con un entusiasmo indisimulable.

Carrie se pone de pie, abraza a Riley y luego nos mira.

—¡Buena suerte! —dice—. No puedo esperar a veros juntos. —No puedo evitar escuchar el doble significado en su penetrante mirada.

Mientras ella sigue a un miembro del equipo, me quedo con Riley en la sala de espera abarrotada. Solo, separado, pero rodeado.

—Gracias por pasar el rato con mi madre —dice Riley.

—Oh, no tienes que dárme las —respondo con sinceridad—. Ha sido... esclarecedor.

—Oh. —La voz de Riley es juguetona, su expresión imperturbable—. ¿Qué ha dicho sobre mí?

—¿De ti? No tanto —digo mientras prolongo el momento, y me atrevo a igualar su estilo bromista—. Sin embargo, tengo una duda, ¿cuánto le has hablado sobre mí?

La sonrisa de Riley se hace más amplia, esto es algo que no esperaba, pero me doy cuenta de que debería haberlo hecho.

—Oh, muchísimo —dice con alegría—. Max, eso no es ninguna sorpresa, fuiste mi primer amor y escribí una canción entera sobre ti. Por supuesto que se lo he contado a mi madre.

—Es verdad —digo—. Pero ¿hace poco? —Ella hace una pausa, o flaquea, y es sorprendente la combinación de su increíble aplomo chocando con su quietud sorprendida y la guardia baja. Lleva el pelo recién teñido y un maquillaje exagerado para el escenario, pero, aun así, noto que se ruboriza—. ¿Acaso Riley Wynn está sonrojada? —pregunto.

Riley se ríe como si le divirtiera su propia emoción. El sol se hunde en el horizonte, haciendo que rayos anaranjados entren por la ventana, y el efecto es impresionante, como si el mismo horizonte se riera con ella.

—Vaya, lo estoy —dice.

Encuentro sus ojos.

—Ahora —pregunto—, ¿qué le has podido decir para sonrojarte así? ¿Algo como que hablar conmigo te sale de forma natural?

—Suena a algo que podría decir —responde.

Reacciona levantando un solo hombro, lo cual incita mi entusiasmo. Estoy disfrutando de esta conversación, de este intercambio improvisado con la chica para la que recuerdo haber tocado el piano en mi dormitorio. Por primera vez en esta gira, siento que estoy en el lugar correcto. Riley podría estar hecha para los escenarios; y yo para las salas de espera.

—¿Y qué, te alegraste de volver a verme? —pregunto alargando la pregunta.

Riley levanta ligeramente la barbilla en una sutil invitación a la conversación cara a cara.

—Es probable —dice.

Me inclino un poco más cerca, es mi forma tranquila de mostrarle que esta conversación es solo para nosotros, a pesar del agitado ambiente que rodea la habitación. Persigo esa voccecita que me exige que siga así: demostrarme a mí mismo, a ella y a todos los que me conozcan, que todavía puedo coquetear con ella, aunque sea solo por diversión. Todavía puedo tocar las fibras más sensibles.

—¿Y mencionaste que estoy más guapo que hace diez años?

—Estoy bastante segura de que se mencionó, sí. —Riley me mira a los ojos.

Incluso con la confirmación de la tensión en aumento de esta conversación, me siento un poco sorprendido. Me doy cuenta de que me he olvidado por completo de que estamos a punto de subir al escenario.

—¿Lo piensas en serio? —pregunto.

Riley pone los ojos en blanco, y el tímido destello de su expresión es encantador de una manera que me desespera.

—Los años han sido amables contigo, Max —me informa—. Tienes buen aspecto, y no me avergüenza decirlo. Admitirlo no es una declaración de amor.

Las luces parpadean, dando indicio de que el espectáculo va a comenzar. Mi bravuconería se desvanece, nuestro coqueteo se sofoca ante la promesa de las luces del escenario.

—Sé que no lo es —digo al escuchar cómo suena mi voz, al igual que siempre—. Pero, aun así, gracias. Tú también tienes buen aspecto.

Me castigo por mi insípida elección de palabras. Incluso si me hago eco de Riley, el eufemismo parece criminal. Podría haber dicho que parece una armonía en forma humana. En cambio, me conformé con los límites que ella impuso.

A nuestro alrededor, la sala se ve invadida por una urgencia repentina. Mientras Riley mira a todo el mundo con ansiedad, como si una fuerza primaria la atrajera a unirse a la multitud. Hace una pausa, me mira.

—Max... —dice. Espero, la ansiedad consumiéndome... pero el momento ya ha pasado, y el recordatorio del público expectante nos separa—. Diviértete ahí arriba —concluye con rigidez. Es evidente que eso no es lo que quería decir.

Asiento, decepcionado. Ella camina hacia el centro de la sala para dirigirse a la banda.

Aparto la mirada mientras todavía puedo, atrapado en la sensación de que nuestros duetos solo suenan como una armonía cuando nadie más está escuchando.



DOCE

Riley

Termino *Novembers* con el sudor brillando en mis brazos, sintiendo que he corrido una maratón por los caminos de la memoria. Estoy inmersa en la canción, emergiendo de la persona que era en la letra, la chica que se despide del cantautor con el que salió durante un año exacto.

Tenía veintisiete años y estaba sentada en su coche bajo las luces de Crescent Heights, tomando notas en su iPhone para que la letra no la abandonara. La habían abandonado justo un año después de su primera relación con el chico que había conocido antes de su *show* en Palladium. Al reflexionar sobre la peculiaridad del calendario, empezó a sentir que cada comienzo era solo el inicio de algo que terminaría. *What's November in love over November in pain? What's November mean when every one's the same?*

En medio del rugido de la multitud, hago una pausa y vuelvo a la Riley que está en este escenario, ni más ni menos que mi yo de la canción. Vivo para el escenario y el caleidoscopio en el que me dejaron convertirme, mientras recorro fragmentos de mi pasado y recuerdos evocados por las cuerdas de mi guitarra. Las partes de mi alma que uso durante tres minutos, que me pongo al igual que los atuendos que me esperan en mi armario.

Con cada canción que he tocado esta noche he descubierto versiones pasadas de mí misma. Rileys del pasado que se enamoraron y les rompieron el corazón. No importa cuántas personas se paren frente a mí gritando mis letras, porque mientras tengo las manos en la guitarra y los labios pegados al micrófono, cada canción es una cápsula del tiempo que contiene pedazos de mi corazón.

Cuando los ecos reverberantes de la canción se desvanecen, siento una conexión profunda. No solo con la gente que me rodea, sino también con la brillante y oscura extensión de móviles que el público sostiene bien altos. Me siento conectada conmigo misma.

La iluminación cambia y dejo mi guitarra en el soporte ubicado de manera exacta donde lo pedí. Con un sorbo de agua, me recupero. Dejo ir a la chica que escribió *Novembers*, cierro los ojos y me sumerjo en los sonidos del estadio, lista para convertirme en la próxima Riley.

Cada escenario es su propio campo de juego, con su propia vibración y en su propia relación con el espacio circundante. El mío es curvo y está hecho de paneles grises con labios metálicos. Me acerco al soporte del micrófono y lo fijo en su lugar.

El público espera, mientras yo sonrío.

—¿Alguna vez os ha cambiado la vida en un solo segundo? —pregunto. Ellos aplauden, y el rugido es estimulante. Esto es lo que debe generar la música y el arte popular: unidad—. Esta siguiente canción cambió mi vida para siempre, gracias a vosotros. —Aplauden más fuerte, mientras miro las interminables luces.

«Valió la pena, cada herida, cada ruptura. Cualquier cosa que me haya llevado a estar hoy aquí».

—La persona a quien le escribí esta canción es probable que no sepa que cambió mi vida dos veces —sigo—. Una vez, cuando me besó por primera vez en el banco de un piano, y otra, cuando pensé en ese beso años después y saqué mi guitarra en medio de la noche para escribir una canción.

Siento cómo me palpita el corazón, pero no son los nervios, es la nueva Riley.

Ella se está abriendo y desnudando su alma.

Sé que Max me escucha y no me avergüenzo. Cuando escribes una canción de ruptura sobre un chico que te partió el corazón hace diez años, es bastante difícil avergonzarse de algo. La vulnerabilidad en mi voz no es una personalidad escénica, ni una introducción ensayada; es real.

El temblor del Madison Square Garden me hace saber que mi introducción está funcionando y la multitud está ferviente. Escucho vítores, gritos e incluso llantos. La anticipación recorre el escenario en forma de ondas eléctricas calientes.

A las que invito y les doy la bienvenida.

Luego, vuelvo a hablar.

—Esta canción se llama *Until You* —digo, y en medio del estallido, continúo—: y me gustaría invitar a un viejo amigo a tocarla conmigo.

Expectante, miro hacia atrás por encima del hombro.

Max trastabilla en el escenario, está tan fuera de lugar. No solo porque no va vestido como una estrella de *rock*, sino porque es una parte de mi pasado, entrando a mi presente. Es un secreto a la vista de todos. Y ese nombre que solía susurrar solo para mis labios ahora está en la boca de todos.

—Max Harcourt y yo tocamos juntos cuando teníamos veinte años —explico, y siento que camino por un precipicio. Los fans conocen una parte de nuestra historia sin saber aún que están por escucharla toda—. Sigue siendo el mejor pianista con el que he trabajado y, dado que esta canción debe tocarse a piano, sabía que Max tenía que acompañarme.

Max mira hacia las luces mientras el público le da la bienvenida. El potente resplandor del foco se refleja en los cristales de sus gafas. Es como si prefiriera reflejar la luz en lugar de permanecer en ella. El piano está al costado del escenario, con un acabado oscuro brillante y las teclas blancas pulidas en un marcado contraste hipersaturado. Cuando Max da un paso adelante, el público guarda silencio. De repente, siento el primer amago de nervios de la noche. ¿Y si esto

no funciona?

¿Qué pasa si nuestra actuación es tan rígida que todos ignoran a Max por completo?

Entonces Max se sienta ante las teclas y sus ojos encuentran los míos, cuando asiento, comienza la introducción.

En unas pocas notas se transforma y es una persona diferente, o es la persona de la que me enamoré hace años. Los sentimientos me abruman, soy incapaz de reconocer cuáles son del pasado cuando lo tengo aquí delante. No estoy enamorada, necesito recordármelo, solo acabo de abrir la cápsula del tiempo.

Toca con gracia metódica, moviendo los hombros mientras sus manos cubren las teclas. Su pelo apenas permanece en su lugar, como si se lo hubieran peinado rápido. Su expresión es intensa y sus ojos están fijos en el instrumento. Visibles bajo sus puños arremangados, observo unos familiares antebrazos ondearse con un movimiento elegante.

No puedo evitar recordar esos mismos movimientos sobre mí, y se me ocurre que tocar el piano es una de las cosas más *sexys* que pueden hacer los hombres.

—*Late nights, new homes.* —Canto, y mi melodía se une de modo perfecto a la suya. Lo siento en su forma de tocar, y sé que él me siente a mí, el lenguaje con el que solíamos hablar regresa rápido. Estoy llegando al primer coro cuando finalmente levanta la vista hacia mí.

Sus ojos se iluminan con una luminiscencia que estoy bastante segura que no proviene del foco, y al instante es como si no pudiera apartar la mirada. Al cantar el coro, me llama la atención que me mire del mismo modo que lo hacía cuando actuábamos mientras éramos novios, la que tiene en vídeos antiguos de nuestras primeras presentaciones. Siento que estoy en posesión de algo robado, una circunstancia que reconozco, pero que está destinada a negarme. Como si se supusiera que no debería saber lo familiar que me resulta cada movimiento de sus manos sobre las teclas. Como si no estuviera destinada a sentir mi corazón hincharse de manera desesperada cuando su mirada dice que la mía es la voz que escucha en sus sueños.

Me hace apartar mis ojos de los suyos.

En las notas finales del coro, me alcanza una furia deslumbrante. Se supone que no debo recordar la expresión del rostro de Max o la forma en que sus manos acarician las teclas. También se supone que llevo toda una década viviendo con ese recuerdo. Las circunstancias no negaron esas caricias, él sí.

En la estela del escenario, algo sucede... La Riley en la que me transformo no había aparecido en ninguna representación anterior, aunque su recuerdo, su fantasma, caminó conmigo por los tristes caminos de *Until You* en estudios y escenarios.

Ahora la siento en plenitud, como si alguna diferencia en la actuación de esta noche la hubiera atraído.

Max.

Tengo veinte años, meto las maletas en el coche y mi corazón se acelera de felicidad. Nuestros amplificadores, el mío y el de Max, mi guitarra, mi equipaje, ropa suficiente para quince días en Nashville. El sol de junio calentaba con fuerza el camino de entrada de mi casa, de donde planeábamos salir porque estaba más cerca de la autopista. Ni siquiera me importaba lo mucho que estaba sudando, sentía que nada podía sacudir mi emoción. Nada.

La única pieza que faltaba era Max, él venía con su equipaje y, por supuesto, su teclado. Recuerdo cómo, con cada coche que escuchaba en la ordinaria calle de mi casa, sentía la misma marea de esperanza.

En ese momento, la música solo significaba alegría. Solo era armonía. Solo compañía. Amor.

Excepto que al fin el coche de Max llegó... Nunca había visto esa expresión en su rostro.

Él no dijo nada, y a la vez dijo todo.

Con frenética incredulidad, miré hacia su coche. Era inconfundible, por las ventanas del Camry no se veía ni su equipaje ni su teclado. Se me formó un nudo en la garganta.

—¿Qué está pasando? —reuní coraje para preguntar.

—Lo siento mucho —respondió Max.

Me llamó la atención la falta de los apodos cariñosos que Max había empezado a utilizar de manera tímida en los últimos meses. Eran muy propios de él, nada demasiado exagerado, y a su vez incluían todo lo que quería decir.

—No puedo ir contigo —sentenció.

—¿Por qué? —tragué saliva.

De pie ante las luces del Madison Square Garden, todavía me siento avergonzada por lo rápido que busqué otras explicaciones. «Espero que no le haya pasado nada a su familia». O... «Tal vez se le ha roto el teclado, destruido en pedazos de plástico». O...

Me quedé sin otras opciones muy rápido, y no fue ninguno de esos motivos, me recuerda la voz más cruel de mi mente. Fuiste tú, Riley: no eras lo que él quería.

—Necesito quedarme aquí. Necesito hacerme cargo de Harcourt Homes —me explicó.

La pesadez de su voz transmitía lo que sus breves explicaciones no hacían. No estaba diciendo que el techo se caería, que el dinero se acabaría o que los residentes se amotinarían si él, Max Harcourt, no se encargase del bingo. No quiso decir que la residencia lo necesitaba, quería decir que él necesitaba la residencia.

—No debería... —luchó al explicarse—. No estoy... hecho para hacer música contigo. No es... quien soy —dijo.

Sabía que era su elección y su derecho a vivir la vida que quería. No era su forma de ser malicioso, ni elegía lo que elegía por despecho, y por eso me ha sido imposible odiarlo.

Sin embargo, reconozco que, de manera un tanto egoísta, me sentí herida. No solo sentí que en ese momento nos dimos cuenta de que éramos incompatibles; me sentí rechazada. Me sorprendió

saber que el hombre del que estaba enamorada había llegado de repente a la conclusión de que el núcleo de mis esperanzas y sueños no valía tanto para él.

Hice algo que no hacía mucho desde entonces, comencé a llorar.

—Por favor, Max —gemí—. Hemos estado meses planeándolo.

Sacudí la cabeza.

—No puedo —dijo.

No dijo *no quiero*. Podría haber encontrado esperanza en un *no quiero*. *No quiero* puede cambiar a un *tal vez*, y de manera eventual a un *sí*.

No puedo es imposible.

Excepto que no lo fue, supongo. Aquí está, extrayendo el asombro de las teclas como sabía que lo haría. *No puedo*. Durante meses, Max Harcourt llenó mi corazón con dos pequeñas palabras. Y con otras dos lo destrozó de una manera que no estoy segura de haber superado alguna vez. Estamos cumpliendo el sueño que compartimos hace diez años. Después de tanto tiempo, aquí estamos.

Ni siquiera es porque quiera resucitar nuestro sueño, sé que él solo quiere vivir mi vida antes de regresar a su casa.

Fui a nuestra gira por Nashville y me quedé en la habitación de hotel de mierda que había soñado compartir con Max, en lugar de usar el vigor agotador del cronograma de actuaciones para distraerme de la soledad desgarradora.

En mi inesperado tiempo libre, me encontré creando nuevas canciones: mis primeras letras de ruptura. Podría escribir una canción completa durante el día, estrenar la canción para mi pequeño grupo de oyentes y luego repetir el proceso con algo nuevo al día siguiente.

Cada noche comencé a notar el extraño efecto de esa miserable rutina. Esas canciones de ruptura fueron las que más gustaron. Mientras asentían pasivamente con la cabeza ante mis rápidos himnos de libertad juvenil, pude ver cómo sus rostros cambiaban cuando mis acordes heridos se apoderaban de ellos.

Escribí más letras nuevas, usando a Max como inspiración, y viví mis sentimientos en voz alta, abarcando cada canción triste de mi repertorio. Funcionó cada una de las noches.

Y no ha dejado de hacerlo desde entonces.

Lo que descubrí era innegable: la angustia es una magia horrible y poderosa.

Era el oscuro don de Max; al desgarrarme el corazón, reinventó toda mi relación con la música, enseñándome algo que ya sospechaba: lo que no te mata te convierte en un gran compositor.

Es mi primer instinto cuando algo me hiere: cómo alcanzo de manera impulsiva las cuerdas de mi guitarra para que canten el dolor que siento en el pecho. Es el amante al que acudo tanto con mi tristeza como con mi pasión.

Duros instintos ganados gracias a él a partir de la música que nunca llegamos a hacer.
¡Qué legado!

Este huracán emocional me arrastra en los breves momentos que separan el coro del verso. El Madison Square Garden resuena con la interpretación de Max y las notas llenan la oscuridad. Si me enfado más, la ira interferirá con la actuación. Le doy la espalda. No terminaré la canción con el recuerdo de nuestras miradas perdidas mirándome directo a la cara.

—*Little lights, close hearts...*— Le canto a la multitud, sin poder evitar sentir decepción conmigo misma. El objetivo de llevar a Max de gira es realzar el mito de la canción, quiero que vean la música cobrar vida frente a ellos y que sientan las letras como una realidad. Si no puedo hacer contacto visual con él mientras canto, ya podría realizar esta actuación sola en el escenario.

Al tocar el segundo estribillo, indago dentro de mí: «soy Riley Wynn y estoy en el Madison Square Garden. No he llegado aquí porque me asuste con facilidad, y cuando Max devastó mi corazón, no colapsé, sino que me reconvertí encima del escenario».

No arruinaré esta noche, ni el inicio de mi gira, porque no puedo controlar mi resentimiento; necesito encontrar mi camino. Cuando regresé de Nashville, estaba soltera. Recuerdo la conmoción al darme cuenta de que mi orgullo estaba empezando a cobrar más relevancia que mi dolor. Si ya no tenía a Max, me tenía a mí misma, tenía mi música, tenía mi voz, tenía historias, ahora tristes, que aprendía a utilizar con un efecto fascinante.

Había empezado a vivir las canciones con las que quería hacerme un nombre y no tenía intenciones de parar.

Mientras canto, me recuerdo a mí misma que Max Harcourt no es el amor de mi vida, solo es una gran canción.



TRECE

Max

De camino a Ohio, me escondó en mi litera.

Ya hace horas del concierto, pero todos los miembros de la banda siguen celebrándolo aquí, en el autobús de Riley. Los escucho fuera de mis endeble cortinas, mientras intercambian historias de giras y se toman unas copas. Incluso Carrie se ha unido a la celebración. La voz de Riley, como siempre, destaca por encima de todo; y aunque tengo los oídos embotados, su risa es exuberante.

Durante nuestra actuación, ella estaba incandescente, y es por eso por lo que estoy aquí en lugar de allí afuera. No podía apartar los ojos de ella, sus labios daban forma a cada letra y su vestido brillaba bajo las luces como si le dieran vida.

No podía dejar de mirarla. Cantó nuestra canción a los fans, quienes hicieron eco de la letra. Ya era bastante extraño saber que todo el mundo estaba escuchando nuestra historia, pero verlo en directo fue algo diferente: nuestra canción se convirtió en suya.

Miro por la ventana de mi litera, afuera está oscuro, la carretera corre con suavidad debajo de nosotros y el peso del vehículo sofoca las vibraciones que ofrecería el terreno. Mi vista se ve interrumpida en parte por la calcomanía con el nombre de Riley, la línea diagonal de la W me queda justo al lado de la cabeza.

Me muevo encima de mis mantas, sin estar seguro de qué hacer conmigo mismo.

No quiero unirme a la celebración.

En cambio, solo pienso. No es solo la experiencia colectiva de *Until You* lo que tengo en mente, sino cómo he tenido que ver a Riley cantar todas las demás canciones del álbum, todo lo que sintió por otros hombres. Escuché las emociones escondidas en cada canción, vi el dolor vívido en sus facciones, y ahí me di cuenta de que nuestra historia no es especial. Solo soy la inspiración detrás del éxito.

Oigo que la puerta del baño se abre, unos pasos se acercan y la cortina se descorre. Es Vanessa, quien me sonrío, sigue maquillada y tiene el pelo suelto y revuelto.

—Es difícil esconderse de una fiesta en un autobús —señala—. Estoy impresionada.

Sonrío con gracia, sin querer confesar que no soporto estar cerca de Riley en este momento.

—Estoy agotado —digo en cambio—. No sé cómo seguís en pie, solo he tocado una canción.

—Oh, estoy exhausta —responde—. Pero toda la euforia me mantiene despierta.

Ella toca la litera a modo de despedida y deja mi cortina abierta cuando regresa a la fiesta. Me quedo con la fiesta a la vista, cada uno de mis compañeros lo celebran sin parar.

Miro hacia otro lado. La oscuridad fuera de mi ventana es reconfortante, libre de invitaciones o expectativas. No estoy emocionado, me siento... no estoy seguro. Sin embargo, sé lo que necesitaré para resolverlo: tiempo y espacio con Riley.

Riley, que ha cantado esta noche como si todavía no hubiera superado las doce rupturas amorosas, haciendo que el público la adulara. En la mitología, las sirenas atraían a los marineros a costas rocosas con solo la voz, y empiezo a creer que he escuchado a una cantar en el Madison Square Garden con su viejo vestido de novia. Es imposible ver actuar a Riley Wynn y no sentir atracción, imposible no hacer todo lo posible para permanecer cerca.

¿Me ha gustado actuar esta noche? ¿O me ha gustado actuar con ella?

No lo sé.

Es frustrante, y más allá de las finanzas de Harcourt Homes, quería utilizar esta gira para demostrarme a mí mismo que no me arrepentía de haber dejado la música de manera profesional. Esperaba que las luces del escenario proyectaran esas sombras en las esquinas de este acertijo.

En cambio, me preocupa comprobar lo fácil que puedo caer bajo su hechizo, incluso diez años después.

Siento como el autobús disminuye la velocidad de forma gradual hasta detenerse. Afuera, el letrero luminoso de la gasolinera donde nos hemos parado me ciega. La fiesta se disuelve y todos entran en la tienda. Cuando salen, llevan bolsas de patatas, golosinas y té helado. Es como si no fueran estrellas de *rock*, sino adolescentes en un viaje por carretera.

Regresan a sus autobuses, quizás con la intención de dormir un poco. Ya son más de las tres.

Cuando empezamos a movernos, todo está en silencio. Solo quedamos Carrie, Riley y yo. El espacio parece más pequeño sin el resto de músicos, no diría íntimo, sino claustrofóbico. Los estrechos confines se imponen, los gabinetes reflejan el brillo vidrioso de las luces del techo.

Soy consciente de cada movimiento de Riley. Empieza a recoger la basura de la fiesta con su madre y a tirar vasos en bolsas de basura.

Salgo de mi litera para ayudarlas; me impresiona, aunque no me sorprende, que la superestrella Riley Wynn todavía recoja su propia basura. Levanta la vista, sorprendida, con sus ojos luminosos y el pelo todavía húmedo y resbaladizo por el sudor del escenario. Parece agotada y, a su vez, como si pudiera quedarse despierta durante días.

—Creía que estabas dormido —dice—. No tienes que limpiar, no has ensuciado nada. —Su voz áspera muestra que el cansancio se está apoderando de ella. De manera involuntaria, recuerdo lo *sexy* que me parecía cuando ella sonaba así al regresar a casa después de nuestras primeras actuaciones.

—No es ningún problema —digo con sinceridad mientras limpio restos de comida y las meto

en la bolsa de basura más cercana.

Trabajamos en silencio, que solo se ve interrumpido por el zumbido de la carretera, lo cual me recuerda nuestro movimiento constante, hasta que Carrie bosteza.

—No me había quedado despierta hasta tan tarde desde que rompiste tu toque de queda cuando tenías dieciséis años —le comenta a su hija.

La culpa aparece en los rasgos de Riley, y supongo que no es por la violación del toque de queda.

—Mamá, vete a dormir —dice como si acabara de recordar que su madre no está acostumbrada a noches como esta.

—Todavía queda mucho por hacer —protesta Carrie, mientras señala el licor derramado sobre la mesa.

Riley se endereza y levanta las cejas con severidad.

—No tengo cinco años, puedo limpiar mis propios desastres —Carrie duda, y Riley le quita la bolsa de basura de las manos—. Te estoy enviando a la cama. —Riley señala la parte trasera del autobús.

Carrie se ríe.

—No puedes mandar a tu propia madre a la cama.

—Mi nombre está en el autobús, ¿no es así? —Riley continúa—. Lo que me recuerda que necesitamos un sistema, para los tres.

Mientras agarra servilletas de papel, hago una pausa, sin esperar que me incluyan en la conversación.

—¿Sistema para qué? —pregunto.

—Por si alguna vez queremos traer a alguien al autobús —explica.

El calor me sube a las mejillas, y su indiferencia me golpea de la misma manera que lo hicieron el resto de sus canciones. Indagando en lugares frágiles que preferiría no examinar, de repente encuentro fascinante toda la basura que decora la mesa.

Carrie mira a su hija con genuina curiosidad.

—¿Por qué traeríamos a alguien?

—¡Por diversión! —dice Riley. Su elección de eufemismo es la más pequeña de las gracias—. ¡Es una gira musical!

Mientras limpio, contemplo que ninguna de mis expectativas para esta gira incluía hablar sobre sistemas de potenciales encuentros sexuales con mi exnovia famosa y su madre. Me pregunto si Frank podría detenerse para dejarme bajar. Caminaría hasta Ohio, no está lejos.

En los recovecos exhaustos de mi mente, se me ocurre que he empezado el día pensando en fotos de Riley con un extraño que conoció anoche, para ahora, a kilómetros de distancia y el amanecer acercándose, sentirme más o menos igual. ¿Estos sentimientos nunca me

abandonarán?

—Riley Eleanora Wynn. —Carrie contesta medio seria—. No traeré a nadie al autobús por diversión. Me voy a la cama.

—Cinta adhesiva en la puerta —declara Riley, mientras ignora la reprimenda de su madre—. Esa será la señal. La dejaré junto a las escaleras.

—¡Buenas noches, Max! —Carrie grita.

No puedo evitar reírme mientras Carrie cierra la puerta.

Y entonces me quedo en la tranquilidad de la sala de estar casi limpia con mi ex, quien planea dejar una cinta adhesiva en la puerta. Está contenta y continúa recogiendo de manera metódica los restos de la habitación mientras el fantasma de su sonrisa levanta sus mejillas.

No decimos nada hasta que de repente habla.

—¿Has disfrutado del espectáculo?

El contexto de la pregunta me hace reflexionar, seguro que también se lo ha preguntado a innumerables fanáticos, amigos e incluso a otros ex, con un tono diferente para cada uno de ellos. Es lo mismo que me habría preguntado si hubiera asistido a uno de sus espectáculos. La idea del diálogo fuera de lugar me recuerda que esto parece una realidad paralela, que el mes pasado ni siquiera formábamos parte de la vida del otro.

—Me refiero a nuestra canción —aclara Riley, como si pudiera leerme la mente, lo cual no sería la primera vez—. ¿Te ha gustado actuar? —Vuelvo a abrir el acertijo con el que luchaba en mi litera.

—No lo sé, pero hubo un momento en el que todos cantaban la letra que sentí que formaba parte de algo.

Riley me regala una sonrisa de oreja a oreja.

—Es increíble, ¿verdad? —Su sonrisa podría eclipsar a la luna, apenas visible fuera de la ventana llena de calcomanías.

Asiento, y el movimiento hace que el sentimiento sea real. «Ha sido increíble», oigo decir una voz profunda y urgente en mi interior. Tal vez se deba a lo tarde que es, a la adrenalina y el cansancio que me han llevado más allá del límite de la razón, o tal vez solo sea los sentimientos que Riley ha despertado siempre en mí. Sea lo que sea, me obliga a romper nuestro silencio una vez más.

—El vestido —digo, y aventurarme en el tema es como subir al escenario—. ¿No te duele usarlo?

Me pregunto si percibe el peso oculto de la pregunta, si sabe que no solo le pregunto por su vestido de novia. Es... por cada canción. Por cada relación rota esculpida en letras dignas de un estadio. Por mí. ¿Cómo saca a relucir su angustia todas las noches? ¿Cómo lleva cada herida como una corona?

Riley se frota la muñeca, como he notado que hace con frecuencia. El poco peso de cansancio en su expresión no es fácil de discernir.

—Por supuesto que sí —responde.

La confirmación es casi un alivio, prueba de que no es solo pompa y accesorios. Me siento algo culpable y me doy cuenta de que me alegra saber que Riley sufre. Porque si el dolor es real, el amor fue real. Quiero saber que fue real para ella. Si ella siente la pérdida que yo sentí, entonces sintió el amor que yo sentí.

—No quería que esto fuera el legado de mi vestido de novia —prosigue—. Pensé que tal vez él y yo lo lograríamos. —Por impulso, miro hacia otro lado, y desearía que el desastre que nos rodea me preocupara. Ya hemos limpiado la gran mayoría, parece que nunca hubiera estado allí—. Pero sabía que no éramos perfectos el uno para el otro, Wesley y yo. Quería que funcionara; sin embargo, sabía que, si no lo lográbamos, sería una gran canción.

Sus palabras hacen que levante la cabeza de manera brusca. Apenas me doy cuenta de la urgencia con la que se me escapa la respuesta.

—Entonces, ¿qué? ¿Esa es razón suficiente para casarse con alguien? ¿Hacer... cualquier cosa? ¿Por una canción?

Riley no se inmuta.

—Sí. —Su mano se mueve hacia su costado, donde descansan las palabras de Mary Oliver. Alguna vez seguí esas letras de cerca dentro de mis sábanas. *Who ever made music of a mild day?*—. Tengo que vivir, vivir de verdad, para escribir —insiste. Su voz contiene la tranquila intensidad de las decisiones tomadas después de medianoche cuando te invade el insomnio, de las palabras que se repite a sí misma como consuelo.

—Eres más que tu música, Riley —respondo un tanto gentil y un tanto exasperado—. Todos somos más que música.

—Lo sé —dice. No parece ofendida ni a la defensiva. Ella es paciente, como si hubiera tenido este debate consigo misma—. Sin embargo, no solo es por la música, sin la búsqueda de inspiración, no sé si viviría. La búsqueda de inspiración para grandes canciones me permite llevar una vida estupenda.

No sé qué decir, o, mejor dicho, no quiero decir lo que sé que diría. Aunque estoy acostumbrado al silencio, e incluso a veces me reconforta su inesperada constancia, desconfío de la clase de vacío tenso y expectante que ahora llena el autobús.

No quiero decirle a Riley cómo vivir o cuál debe ser su relación con su música, tampoco es que sea experto en la materia. De hecho, solo estoy aquí con la esperanza de disipar dudas que ya no puedo ignorar, de poner sobre mis hombros sueños desechados para descubrir si aún encajan.

Tampoco tengo la última palabra sobre la composición de canciones. Cuando yo seguí mi camino hacia el sofocante estatismo del Valle, Riley siguió el suyo dispuesta a entrelazar su vida

con la música.

Sin embargo, espero que no se pierda a merced de su música. Que utilice su vida como inspiración es una cosa; otra es que su vida se convierta en sus canciones.

—¿Alguna vez te has preguntado dónde estaríamos si hubieras venido conmigo ese verano? —pregunta. En el escenario su voz es volátil y volcánica por todas partes. Ahora mismo, es exactamente lo contrario, reducido a una sinceridad sin ornamentos.

Ella me observa de cerca, como si quisiera que el aguijón retórico de su pregunta me silenciara, y sé que la decepcionaré.

—Sí —respondo—. Todo el tiempo.

«¿Y si hubiera ido a la gira que habíamos planeado juntos? ¿Si hubiera pasado los últimos diez años orbitando a su alrededor? ¿Qué clase de vida tendría ahora?». Incluso contemplar la posibilidad es como observar las curvas de una carretera. Puedo empezar a ver hacia dónde va el camino, hasta que, en cierto punto, pierdo de vista el recorrido. Si hubiera pasado el viaje como pasajero de Riley, no sé si me importaría dónde terminara nuestro camino.

Su expresión me muestra que entiende lo que estoy diciendo.

La fragilidad se cuela en el ligero movimiento de sus labios y en la inclinación defensiva de sus hombros. Con los armarios de la cocina del bus a su espalda, es fácil olvidar que esta es la chica que se encuentra en una pancarta de quince metros de altura en Sunset Boulevard.

Mis palabras no la hacen feliz, por supuesto que no. Tan solo reabren el desamor como ni siquiera una canción de ruptura puede hacerlo, y no podemos revertir el tiempo ni reescribir nuestras vidas. Esta gira no reemplaza la que habríamos realizado hace una década.

Recuerdo darle mis explicaciones en la puerta de entrada de su casa la mañana en que se suponía que íbamos a partir hacia Nashville. La culpa me consumió, sabía cuánto le dolería a Riley y, sin embargo, sabía que también era lo correcto. No le tenía miedo al compromiso ni al escenario, tan solo no podía ignorar cómo lanzarme a una vida que Riley quería y me había hecho sentir cada vez más desintonizado conmigo mismo.

Ella me había suplicado y llorado para que fuera. La fuerza de Riley nunca proviene de reprimir sus sentimientos; más bien todo lo contrario, encontró su camino a través del dolor y la lucha.

Vi cómo pasaba, bajo un sol tan alegre que era inadecuado. Riley se curó a sí misma y juntó sus mil pedazos destrozados en una nueva y aguda resolución.

—Bueno —dijo al fin—, entonces supongo que me voy a Nashville sin ti.

Aunque me preguntaba seriamente si lo haría, su decisión no me sorprendió. El feroz impulso de Riley es siempre tan poderoso como para resistir la decepción.

—Podemos hablar cuando regreses —le contesté con cierto tono de debilidad.

Riley solo asintió, y no necesité de sus clases de poesía para entender el subtexto del gesto

silencioso. Para ser sincero, eso tampoco me sorprendió. En una danza poco elegante de mi incertidumbre existencial, aplasté con mis talones el verano que ella había soñado; no podía decir que no esperaba que no quisiera tener nada que ver conmigo cuando regresara a casa.

Aun así, la esperaba.

Esperé durante quince días, que era la duración de la gira que habíamos planeado. Luego, seguí esperando mientras revisaba sus redes sociales con masoquismo. Hasta que un día vi que publicó fotos de un espectáculo en el Palladium, a solo quince minutos en coche de Harcourt Homes. Había vuelto a casa, pero se había ido de mi vida.

No la llamé, no tenía ningún derecho. Sabía que era yo quien le había hecho daño, incluso si ella era la que seguía dejando claro su desinterés por mi perdón. Por la forma en que había terminado nuestra conversación final en la puerta de entrada, lo que ella quería era inconfundible: luces resplandecientes como focos de estadio y los altavoces a máxima potencia.

Sabía sin lugar a duda que había elegido, no teníamos esperanzas el uno para el otro, como si nos hubiéramos separado rápido, con solo variables desconcertantes como la falta de comunicación y la reflexión excesiva que nos separaban. Cuando Riley regresó a casa y no me avisó, supe que no se arrepentía de su decisión.

En cierto modo, fue un alivio, ya que estaba seguro de que mi dolor era inevitable, y esto solo lo hacía más fácil de llevar.

O de eso me convencí a mí mismo.

Ahora estoy aquí, y me pregunto si lo que me silenció durante la última década no fue solo el respeto por las decisiones de Riley. ¿Fue complacencia? ¿Miedo?

La vuelta de Riley a mi vida ha abierto la puerta de la duda, lo cual es horrible, porque no importa lo que encontraría si abriera la puerta de par en par, no puedo cambiar el pasado. Ninguno de nosotros puede cambiar lo que pasó: la perdí. Riley se convirtió en Riley Wynn. Derramamos lágrimas y vivimos, pero al final, no nos queda nada más que el arrepentimiento y una canción inmortal.

Me levanto con lentitud, a sabiendas de que hemos decidido en silencio que esta conversación ha terminado. Cuando paso junto a ella, su olor me impacta. Huele a escenario, a celebración, a ella. Tengo que obligarme a subir a mi litera y correr la cortina.

Un rato después, escucho a Riley subirse a la suya. Estamos tan cerca que podríamos estar durmiendo juntos.

Pero no lo estamos.



CATORCE

Riley

Me encanta el autobús. Me encanta la sensación de estar en constante movimiento, como si ninguna ciudad pudiera contenerme. También la forma en que el paisaje cambia, como melodías interpretadas sobre *crescendos* de montañas que ceden a los descansos de líneas planas. Me encanta el contacto con lugares llenos de gente nueva, fuentes de inspiración en vidas en medio de ser vividas.

Sin embargo, lo que no me gusta es dormir en el autobús.

Cuando salgo por la mañana, somnolienta tras solo un par de horas de sueño interrumpido, y rígida por la dureza del colchón, me encuentro con Max en la sala de estar. Está sentado a la mesa, con una taza de café humeando frente a él, y parece que no ha dormido nada.

La verdad, aunque sé que no soy la viva imagen del descanso, él tiene peor aspecto que yo. Lleva el pelo revuelto y sus ojeras podrían soportar el peso de años de conversaciones que nunca tuvimos. Su expresión es distante y a la vez severa, y no sé qué decirle después de anoche. Nuestra charla persiste en la habitación de la misma manera que cada canción sigue sonando en mis oídos cuando termino el estribillo final. *Se pregunta qué hubiera sido de nuestra vida*. No he podido dejar de darle vueltas a esta idea.

Nos fuimos de gira juntos. ¿Encontramos de la mano la fama que encontré sola? ¿Acaso nos importó?

¿Éramos felices?

Todo lo que dije en Harcourt Homes fue de corazón, y no me arrepiento de nada. No es solo mi faceta de Riley Wynn, reina de las rupturas. No me arrepiento de haber amado con intensidad a Max, ni de haber continuado la gira sin él. Tampoco de haber descubierto cómo podía convertir la tristeza en canciones, casi como una alquimia prohibida.

Algún día ese será el título de mis memorias: *Riley Wynn: no me arrepiento de nada*.

Ni siquiera me arrepiento de no haberme puesto en contacto con él, a pesar de sus buenas intenciones y su absurdo «podemos hablar cuando regreses», o lo que sea que dijera.

Mi silencio no surgió del resentimiento, ni siquiera del impulso egoísta de soportar la angustia inspiradora; lo juro.

Solo sabía, en el fondo de mi alma, que no había ninguna razón para que me pusiera en contacto con él. No elegí la vida que me perseguía: el estrellato musical, las canciones

legendarias, las luces del escenario. Era yo. Soy yo. No importaba que Max quisiera recuperar el contacto cuando regresara de Nashville; en nuestra conversación final dejó claro que la vida que yo quería nunca sería compatible con la suya. La mañana de nuestra primera gira escapó, no puedo llegarme a imaginar una prueba más clara de nuestra falta de sincronía.

Aun así, yo también me lo pregunto.

Es por eso por lo que todas las conversaciones que hemos tenido estas últimas semanas han sido como caminar por la cuerda floja, llenas de incertidumbre. ¿Está teniendo dudas que lo llevan a considerar cambiar el acuerdo mutuo sobre el cual fundamenté una década de triste silencio? ¿O solo se prepara para dejarme a mí y a mis sueños una vez más?

Tengo tanto miedo de preguntárselo que prefiero no hacerlo, y eso hace que me enfade conmigo misma. No es propio de mí. Preferir el silencio del modo avión es todo lo opuesto a lo que soy. *Siente sin miedo a nada*. No escribo cada canción solo con ese imperativo en mente; vivo todos los días bajo ese lema.

Excepto ahora, con Max. Él es mi debilidad.

No hablamos en ningún momento de la mañana, solo nos bebemos el café en silencio.

La gira continúa durante las siguientes semanas. Damos conciertos en Columbus, Foxborough, Filadelfia, D.C. Todo va bien (para mi sorpresa), desde la impresionante cobertura de *Rolling Stone* a las interminables extensiones de fans con mi nombre en sus camisetas, del júbilo de las luces coreografiadas en la enorme oscuridad de los estadios hasta la conexión inimaginable de innumerables corazones unidos bajo una sola canción.

Todo es perfecto, es *The Breakup Tour*.

Todo, por supuesto, excepto un detalle que no puedo quitarme de la cabeza.

Cuando no estoy en los ensayos, reviso de manera obsesiva las redes sociales. Algunos fans han empezado a comentar que el pianista de *Until You* es guapísimo, pero sin especulaciones reales de nada. Mientras tanto, la prensa rosa sigue haciéndose eco de cómo se aprovecha Wesley de mi canción.

Los publicistas de mi discográfica incluso me felicitan por la fascinación mediática que está despertando. En el camino desde Filadelfia a la capital del país me peleo por correo electrónico con Larissa, mi publicista principal, quien se aferra a la idea de aprovecharnos de mi exmarido.

Propone que nos encontremos alguna vez y colgarlo para que se haga viral. Quiere que de alguna manera responda a sus TikToks con más visualizaciones. Quiere que Wesley y yo seamos copresentadores de una entrega de premios y otros eventos. Su última idea es tan desagradable que es casi cómica: por supuesto que acudiré a los Globos de Oro con el hombre que, en solo unos meses, destruyó de manera implacable todas mis esperanzas de amarlo.

Me puse firme y rechacé cualquier idea que involucrara a Wesley. Me duele de formas que no soy capaz de expresar, más allá de mi resentimiento por la persistencia de Larissa. Mientras

decido qué personaje interpretar, no puedo evitar pensar que solo soy una muñeca de trapo que usarán a su antojo.

Y lo que me inquieta más aún: en parte me siento culpable por mi falta de cooperación. ¿No tengo derecho a decidir cómo se superponen mi vida pública y privada sin sentirme culpable por mis elecciones?

Lo que me deja aún más frustrada ante el fracaso de *Until You*. Sé por qué no está funcionando, por qué nadie se aferra a la historia que les estoy contando con Max en el escenario. Es porque no sé cantarle. En cada espectáculo, me digo a mí misma que bloquearé cualquier interacción de las últimas semanas, que me centraré en los recuerdos y le cantaré al hombre que solía amar.

Y cada semana fracaso en el intento.

Pero no todo es culpa mía, algo está mal en la forma de tocar de Max. No en la técnica, por supuesto; desde un punto de vista musical, él ha mejorado en cada ocasión, cada vez actúa con más delicadeza en las pausas y los énfasis, para llenar estadios con su piano.

No, es otra cosa, porque recuerdo cómo suena Max cuando toca en cuerpo y alma; nunca lo he llegado a olvidar.

Ahora no escucho la singularidad de su magia: está ocultando algo. Sus interpretaciones de *Until You* salen de sus manos y de su cabeza, pero no de su corazón.

Y cada actuación permite que el miedo entre de manera implacable en mi corazón. Todos los días mis inseguridades me insisten: «debe significar algo». La interpretación que predomina en mi cabeza es la desconexión con Max. Había basado el plan de remodelar la historia pública de *Until You* con esta actuación, jugando incluso con el fantasma de la emoción de los duetos que alguna vez compartimos. En cambio, estamos ahí arriba en cada actuación, desconectados, incluso temerosos el uno del otro.

Sé que ahora somos personas diferentes y nos reconocemos musicalmente después de años de silencio, pero la conclusión a la que le temo es más profunda: creo que nuestro amor no sobrevivió lo suficiente.

El dilema pesa sobre mis hombros en cada momento libre que mi mente encuentra de manera inquietante. El viaje desde D.C. a Nashville es el tramo más largo de nuestro recorrido hasta el momento. Dejamos las calles que muestran las primeras flores de cerezo de la temporada para recorrer horas de carreteras que serpentean sobre las famosas colinas del estado. El clima es tan agradable que hasta me resulta deprimente, y los cielos abiertos son incompatibles con mi estrés.

Cerca de la frontera estatal, paramos en un lugar llamado Gray para que Frank y los demás conductores puedan tomarse un descanso. En el momento en que aparcamos, todos salen volando por las puertas del autobús, ansiosos por estirar las piernas en dirección al restaurante que se encuentra en la calle principal.

No los sigo, me he pasado las últimas horas a metros de Max, acumulando conversaciones inconclusas, miradas robadas y silencios incómodos. Necesito encontrar la manera de arreglar nuestras actuaciones en el escenario, y la perfeccionista que habita en mí no me dejará disfrutar de la tarde hasta que lo logre.

Me siento a la mesa con mi portátil, lista para ver cada vídeo que la gente ha publicado de *Until You*. Observarse a una misma una y otra vez es un trabajo agotador. Encontrar las palabras dichas, los nervios ocultos en el escenario, los gestos incómodos que no se ven como imaginabas. Estudio todo detalle, incluso cada vez que Max elude mi mirada, cada momento de desconexión y fracaso.

Hasta que cierro el portátil.

Tengo a Frank de pie al lado, con un gesto serio en la boca.

—Hola, Frank —digo insegura—, estaba en medio de algo.

Coge mi ordenador y lo deja fuera de mi alcance mientras niega con la cabeza.

—Debes salir del autobús.

Me río, ofendida.

—Es mi...

—Tu nombre está en el autobús, pero mientras yo sea el conductor, es mi autobús —me corrige con los ojos entrecerrados y con toques de humor—. Necesitas que te dé el aire fresco.

—De verdad que aprecio que intentes ayudarme, pero no necesito tomar el aire.

—No estoy tratando de ayudarte, estoy echándote del autobús. Y, de manera oficial, estoy trabajando durante mi descanso. —A pesar de sus palabras, se sienta frente a mí. Sus rasgos toscos se relajan para dejar paso a la simpatía—. ¿Cuál es el problema?

Casi comienzo a llorar ante su amabilidad. Y, bueno, por la falta de sueño y los niveles máximos de estrés con los que vivo a diario.

—*Until You*... no está bien —admito, culpable por hablarle de esto en su tiempo libre.

Aunque no parece que tenga prisa por levantarse, se encoge de hombros.

—Nadie empieza una gira sin un par de problemas, solo tienes que darle tiempo.

—La gente se ha gastado el dinero en estas entradas y están apoyando mi carrera. No puedo simplemente darle tiempo; todo debe ser perfecto.

Frank asiente, como si esperara que dijera eso.

—Riley, diste un gran espectáculo. Lamento que todavía no sea lo que tú quieres que sea, y lo entiendo, de verdad. Pero ¿la solución está en este autobús?

—¡Tal vez! —digo con tanta vanidad que hasta yo me río de lo infantil que sueno.

—¿Te puedo dar un consejo?

—¿Desde cuándo pides permiso?

—Coge un poco de aire y encuentra inspiración en el mundo real. La música no es un

problema que puedas resolver mirando los errores, hay que mirar más allá de ellos —dice con suavidad—. Sigue avanzando y, al final, llegarás.

Dejo escapar un suspiro, ya que sé que tiene razón. Siempre la tiene cuando se trata de música, y es por eso por lo que decido levantarme.

—Lamento haberte quitado tiempo de tu descanso —digo con sinceridad.

Él se despide con la mano y quiero abrazarlo, excepto que siento que el exceso de sentimentalismo arruinaría la gentil subestimación de su cuidado. En lugar de eso, simplemente sonrío, y dado que conozco a Frank, sé que leerá la profundidad de la gratitud en mi expresión.

Dejo el portátil y me dirijo hacia la puerta con las piernas temblorosas. Afuera refresca, en un perfecto intermedio entre la luz del sol de primavera y el frío invernal. Decido que saldré a caminar para aclararme las ideas.

Sé que no soy yo misma cuando estar sola me empieza a parecer un buen plan. Aun así, sé que tengo que hacer algo y me adentro hacia Gray, con la cabeza en alto. A pesar del nombre, la pequeña ciudad destaca por su color verde. El césped remendado solo deja espacio, a regañadientes, a las carreteras. Los árboles tupidos se inclinan sobre los tejados. Paso por iglesias, talleres de coches, casas con camionetas viejas aparcadas en la parte delantera.

Si bien las noches en el escenario hacen que siempre me duelan los pies, ignoro el dolor, me encanta explorar, y es una de mis partes favoritas de las giras, de los viajes. El mundo ofrece detalles que no podría inventar por mi cuenta; los archivo en la memoria para futuras letras, llenando mi tesoro mental de gemas en bruto.

El estrés del viaje empieza a abandonarme poco a poco. Si soy sincera, la cercanía con Nashville me pone de mal humor. Los recuerdos me persiguen, inquebrantables, y me recuerdan cómo se suponía que Max y yo pasaríamos el verano aquí hace diez años. He visitado la ciudad más de una vez desde entonces como para sentirme cómoda en circunstancias normales: eventos de sellos discográficos, giras promocionales para la televisión y conciertos.

Sin embargo, hoy no vamos hacia allí en circunstancias normales.

En cambio, al acercarnos a Nashville, Max y yo nos sumergimos en la repetición de nuestros sueños perdidos de hace una década. Ahora los recuerdos me encuentran, en contraposición a la nostalgia. Lugares, planes, posibilidades que imaginaba cuando era más joven, excepto que todo parece diferente con un contexto diferente, como volver a visitar tu ciudad natal una vez que creciste.

No es un cierre, ni algo tranquilizador, solo llegamos... tarde.

Bajo mis pies, las grietas del asfalto parecen el río Misisipi y, sin duda, mi pequeño paseo parece surrealista: la superestrella Riley Wynn deambulando por las calles vacías de Gray mientras reflexiona sobre lo que podría haber sido su vida. *¡Las estrellas se castigan a sí mismas ante viejos sueños al igual que nosotros!*

Me pregunto si Max está inmerso de esta misma manera, en lucha contra la sensación de finalmente vivir esperanzas que alguna vez postergamos. No creo que sea el caso. No es un sueño perdido, para él es solo un recuerdo, como el número del teléfono fijo de su casa.

Cuando regreso a la gasolinera, escucho la música resonando desde las puertas de uno de los autobuses de la banda. Intrigada, sigo el sonido por las cortas escaleras hacia el interior. Se escucha un ruido maravilloso en la pequeña cocina donde todos están instalados. Me sorprende encontrar a Max con el teclado portátil de alguien frente a él, sobre la mesa. Hamid está sentado en el sofá, con la guitarra en las manos, mientras Savannah canta. Están en medio de *Killing Floor* de Howlin' Wolf, con una interpretación lánguida y emotiva. Suenan muy bien.

Me uno a Kev y Vanessa para verlos. Cuando Max me ve entrar, levanta la vista un segundo, pero no deja de tocar. Aplaudo junto a todos los demás cuando la canción termina.

Hamid mira a Max.

—¿En serio solo tocas en la residencia?

Estas últimas semanas he estado observando a nuestro guitarrista disciplinado, perfeccionista y a veces sarcástico. No es ni demasiado entusiasta o alentador, pero la excitación en su voz por la interpretación de Max es genuina.

—Solo en la residencia de ancianos —confirma Max algo tímido. Hace una pausa, en donde decide si quiere decir algo más—. Aunque Riley y yo tocamos juntos —se arriesga—, hace mucho, mucho tiempo.

Sorprendida, enderezo los hombros, y todas las cabezas se giran en mi dirección.

No es propio de Max invocar nuestro pasado, ha evitado el tema en otras conversaciones como esta, preguntas amistosas que escuché sobre por qué se unió a la gira o cuántos años lleva tocando. Empiezo a sonreír, y me pregunto si dirá algo más.

En cambio, me mira a los ojos. Me hace recordar (admito que un poco sorprendida) a cuando solíamos tocar juntos, el momento justo antes de que yo comenzara a cantar y él me mirara para alinear nuestro ritmo.

Escucho lo que su silencio dice: «cuéntalo tú por mí».

Asiento, sin necesitar otro incentivo.

—La primera vez que actué ante completos desconocidos fue junto a Max —digo, mientras disfruto de cómo la revelación hace que los ojos de todos se abran—. Solíamos tocar en cualquier lugar que nos dejaran, pero casi siempre tocábamos en Harcourt Homes. La residencia —aclaro, eligiendo las mismas palabras que ha usado Hamid—. El comedor de Harcourt Homes nos pareció el lugar ideal para practicar nuestras presentaciones ante otras personas. Si bien no había mucho en juego, la audiencia era fácil de perder. Aprendimos el oficio del espectáculo y la cuidadosa disciplina de la curaduría en las listas de canciones. A menudo nos pagaban con tartas de lima; era perfecto.

Los ojos penetrantes de Hamid pasan de mí a Max.

—¿Por qué dejasteis de tocar juntos?

Max no dice nada, y sus manos regresan de manera distraída a las teclas, como si le confiara al piano decir lo que no puede expresar en palabras. Los acordes que toca no provienen de ninguna canción discernible. Son solo patrones, adornos o meditaciones en tonos menores.

Intento esbozar alguna frase cliché o algo similar, como «tuvimos diferencias creativas y tomamos caminos diferentes», cuando de manera repentina Max decide hablar.

—Íbamos a hacer una gira juntos —dice—. Pero a último momento cambié de idea.

Aunque la confesión me deja con la boca abierta, el sentimiento no se compara con lo que me hiere cuando Max vuelve a colocar las manos sobre las teclas.

Los acordes cambian a unos que reconozco al instante. Me perforan el corazón y los recuerdos son como clavos que me mantienen inmovilizada.

Toca *Unchained Melody*, una canción que solía tocar conmigo a menudo. Y aunque me encantaba cantar canciones tristes en Harcourt Homes, o cualquier lugar pequeño que pudiéramos encontrar, me gustaba más cuando éramos solo nosotros: yo cantaba para Max y él tocaba para mí. Fueron momentos de conexión que he experimentado pocas veces en mi vida.

Los demás músicos reconocen los acordes al instante. Suspiros y sonrisas surgen del grupo. Vanessa cierra los ojos y Hamid asiente con la cabeza, aprobando la elección.

Max toca como si nadie más estuviera allí. Toca como si con cada nota hiciera una confesión, o como si las implorara, con el deseo de que el piano llene lugares que no sabe cómo llenar por sí mismo. Toca con la singular devoción que falta en la interpretación de *Until You*.

Me uno a él, y canto sobre sus teclas con todo lo que tengo en el corazón.

Max no parece sorprendido, y toca como si supiera que yo intervendría, como si la canción no se hubiera podido tocar sin mí. Redobla la intensidad de la línea del piano, la música se eleva y nos une. Cuando respondo a las preguntas del coro que hablan sobre la permanencia de un antiguo amor, él levanta la vista y me mira.

Le sostengo la mirada.

Max sonríe con alegría. Llevaba cinco semanas sin ver esa expresión, no, mejor dicho, una década.

Todo cambia en la duración del acorde que toca, y su sonrisa es juvenil, la del Max que conocí en nuestros momentos más cercanos. Es la sonrisa que ponía cada vez que tocaba una melodía de forma correcta por primera vez, cuando nos compartíamos un nuevo hallazgo musical, cuando le cantaba una nueva letra; es la sonrisa que me acelera el corazón.

El resto de la habitación desaparece y ya no estoy perdida en la niebla de los recuerdos, estoy flotando sobre ellos. Es fácil, como si la música fuera el aire que respiramos juntos.

Cuando suelta las teclas del acorde final, la habitación queda en silencio.

Solo cuando Vanessa aplaude con lentitud me doy cuenta de nuestra pequeña e informal audiencia. El resto del grupo se une al aplauso. Hamid grita, Kev silba, y rápido, los vítores se vuelven fuertes y llenan el espacio.

Con las mejillas enrojecidas, la mirada de Max se aparta de la mía. La mancha de timidez en sus finos rasgos dice que ha recordado partes de sí mismo que cuatro minutos de melodía le habían permitido olvidar.

Me deja sin aliento lo rápido que se rompe nuestra sincronía. No se sintió frágil ni forzada mientras duró, al contrario, fue segura, en auge, sencilla.

Siento que mi expresión titubea, no es que esté llorando, solo... la sorpresa del dolor hace que mis mejillas se movilen de manera inesperada, porque la reacción de Max es obvia e innegable de una manera mordaz; sin la música ya nada nos conecta.

Sin embargo, mientras me preparo para sugerirle que toque *Songbird* de Fleetwood Mac, los conductores regresan y frustran mis esperanzas. La bofetada de la decepción me sacude. ¿No debería sentirme como la estrella de esta gira? En cambio, soy esa persona apoyada contra la pared mientras observa al resto bailar.

La sesión improvisada termina sin más, todos guardan sus instrumentos. Con su habitual y reservada amabilidad, Max le agradece a Kev que le dejase el teclado. Cuando pasa a mi lado para salir por la puerta, su hombro apenas roza el mío; su mirada sigue siendo esquiva.

Me quedo, aunque sé que tenemos que ponernos en marcha. Savannah se levanta de un salto para unirse a Vanessa y llenar el espacio de música a través de los altavoces. Hamid regresa al sofá y le da un sorbo al café que ha sacado de la nevera. Todo el mundo parece... cómodo.

Lo que me espera en mi autobús es todo lo contrario. Son más horas con Max mientras esta presión aumenta, tirando el uno del otro, como hilos listos para romperse.

Una voz amable me susurra al oído: «debería hacer un esfuerzo». Es mi gira, son mis canciones, y al final del día, él es mi músico. Debería esforzarme por encontrar la conexión o rehacerla, lo que sea.

Pero... no puedo. Canto mis angustias todas las noches en el escenario. Y hay un límite en las cosas que puedo afrontar en mis horas libres.

En cambio, me quedo aquí. Me siento en el sofá junto a Hamid, que parece un tanto sorprendido.

—Si quieres, hay cerveza fría en la nevera —me ofrece.

—Gracias —digo—. Con la cantidad de sueño que tengo estos días, no sé si sería la mejor idea.

Él se ríe. Aunque pilló que no me refiero solo al placer de acurrucarnos en nuestras literas todas las noches, no pregunta más.

Comenzamos a movernos y salimos de Gray. Vuelvo de la nevera con el café frío para

sentarme en el sofá, donde miro por la ventana con los auriculares puestos. Si bien una parte de mí quiere socializar con todos y conocer mejor a los músicos, me encuentro exhausta y atrapada en mi mente. El enigma de Max me consume.

Unchained Melody se repite en mi cabeza, es como una lista de reproducción de una sola canción que no puedo apagar. Sé que si lo que acabamos de hacer hubiera pasado en el escenario, habríamos cautivado al público. Y todo el mundo sabría sin duda alguna que una de mis canciones trata sobre él.

Lo que significa que el problema no somos nosotros ni la forma en que tocamos juntos, ni siquiera es la reticencia de Max a encontrar nuestra antigua conexión, o la mía. En una de nuestras canciones favoritas, cada uno de nosotros alcanzó una pasión compartida que no habíamos sentido desde que nos enamoramos por primera vez.

El problema es otro. Mi tenso proceso de eliminación revela una única posibilidad.

El problema es *Until You*.



QUINCE

Max

Esperaba que poner distancia con Riley me ayudara.

Ayuda que necesitaba de manera urgente tal como salió todo en Nashville. Tocar *Unchained Melody* con Riley me sacudió de una manera que no podía reconocer, no si iba a presentar *Until You* horas después. La sola idea de estar en Nashville con ella ya era bastante difícil, y luego tuve que enfrentarme a la ciudad con el nuevo, doloroso y maravilloso recordatorio de cómo tocar con Riley podía ser jodidamente mágico.

¿Qué habría sentido si hubiera visitado este lugar con ella cuando lo planeamos por primera vez?

Mientras los otros músicos disfrutaban de nuestro nuevo destino, yo no usé ninguna de esas horas previas al ensayo para explorar las calles, y menos para atreverme a imaginar lo que habría sentido cantando *Unchained Melody* en el escenario de algún local folk con la mujer a la que quería. Si me aventuraba en Nashville, sabía que a cada paso me atormentarían otras preguntas sobre supuestos hipotéticos.

No lo soportaría.

En cambio, dormí. Me acurruqué en la litera y me oculté de la luz del día. Pasé el par de horas hasta el ensayo en una lucha constante por olvidar dónde estaba, cuándo y con quién.

El ensayo me llevó al espectáculo, donde interpreté obedientemente *Until You* mientras preguntas, ahora rutinarias, se repetían en mi cabeza. ¿Me gustó la sensación de las luces que iluminaban mi teclado con un resplandor blanco? ¿Qué sentí cuando escuché a la multitud vitorear y sus teléfonos inuminándolo todo como estrellas en el cielo nocturno?

En esta ciudad, en el escenario, con la guardia baja, encomendado al poder elegíaco de la voz de Riley, las preguntas de las que había huido al fin me confrontaron. ¿Cómo me sentiría si regresara a Nashville con Riley en lugar de estar aquí con ella ahora mismo? Si realmente me arrepentía de haber huido de esto, ¿cómo podría vivir con los años perdidos de este sueño?

Los años de Riley que me he perdido.

Ignoré las preguntas con vehemencia. Si escuchaba más de cerca, su conmoción me abrumaría, como si tocara todas las canciones que había escuchado alguna vez en la vida.

El resultado fue una decepción autoinfligida, Nashville me dejó sin nada. La imagen borrosa del medio día de *The Breakup Tour* en la capital de la música del país fue el peor tipo de

frustración: una frustración conmigo mismo que expresé con cada nota sobre el escenario. Podría haber buscado validación en las salas de música de la ciudad o claridad en los lugares en los que decidí no tocar.

En cambio, me escondí de todo ello.

Cuando el espectáculo terminó, volvimos al autobús, donde intercambiamos la conversación superficial a la que se ha reducido nuestra interacción en los últimos días. Lo odio. Ya era bastante complicado sentirse parte del pasado del otro; ahora nos sentimos como ex.

Seguimos el camino hasta Nueva Orleans, donde estamos alojados ahora. Ninguna dinámica difícil con Riley podría desafiar el profundo alivio que siento al registrarnos en el hotel donde dormiremos las próximas dos noches, ya que daremos dos *shows* en el Superdomo. Después tendremos un día libre mientras Riley hace ruedas de prensa.

El hotel está en el Barrio Francés de la ciudad, que es mitad barrio histórico y mitad centro urbano. Las coloridas fachadas con el diseño icónico de la ciudad se encuentran mezcladas con algún que otro rascacielos. Nuestro hotel tiene un estilo lujoso, con exteriores de piedra que rodean las elegantes habitaciones con un toque de estética antigua.

Cuando llegamos hace media hora, todos se separaron para tener un poco de espacio, y yo no fui la excepción. Fui a mi habitación, y disfruté de la amplitud, del silencio que tienen los hoteles, de la frescura de la alfombra. Ansioso por quitarme la sensación del autobús, me dirigí de inmediato a la ducha.

De pie bajo el vapor, le doy la bienvenida a la soledad.

Al fin me he separado de Riley. Esto debería ayudar, razono, aunque sueño desesperado. Hace días que siento que, si pongo distancia, quizá podría reflexionar sobre cómo me he sentido en mis actuaciones casi todas las noches. Tal vez podría convertir algunas de mis insistentes preguntas en respuestas.

Pero la ducha no cumple con su cometido: mis músculos no se relajan, el vapor se asimila más a la humedad, y el agua tibia parece que está hirviendo.

Es todo tan triste, que hasta me resulta gracioso.

Apenas me separan unos pisos de Riley y ya siento ansiedad.

Como si tuviera abstinencia.

Me lavo y salgo de la ducha desmoralizado, incluso frustrado. Después de estas semanas de constante movimiento, no me apetece explorar Nueva Orleans, así que decido hablar por FaceTime con mis padres, que han vuelto a administrar Harcourt Homes mientras yo estoy de gira. No me sorprende que, al verlos en el comedor, me invada una oleada de nostalgia. Aun así, mientras hablamos, con mi piano favorito de fondo, siento que me parten por la mitad.

Sí, sería feliz en casa. La nostalgia, sin embargo, no es lo que me desgarran en este momento. Si estuviera en casa, sentiría la misma inquietud que siento ahora mismo, multiplicada por un

millón, porque estaría más lejos de Riley. Quiero decir, me siento así sentado en medio de mi habitación de hotel en el mismo hotel donde ella se hospeda, después de haber pasado las últimas semanas en contacto casi constante.

Con más cosas que nos separan (estados del país y trayectorias profesionales), ¿cómo podría evitar sentir que me han arrancado una pieza fundamental?

Es la primera ocasión en la que me pregunto cómo saldré de su vida por segunda vez; tardé años en recomponerme de la primera.

La Riley de ahora no es la chica de la que me enamoré, que conocí cuando tenía veinte años. Esta Riley lo es... todo. No es más por su estrellato, su presencia, su nombre en luces de neón; más bien lo es por su autenticidad. En medio de los escenarios enormes en los que actúa ahora, parece ser la Riley que ha soñado ser toda su vida: eso la vuelve radiante.

Intento abandonar este pensamiento. Si me separo de ella, de la vida que lleva ahora, en la que me ha brindado esta extraña y segunda oportunidad, darle vueltas a todo esto solo hará queirme sea más difícil.

El problema es que, cuando estoy con ella, tampoco soy del todo feliz. Estoy confundido y a la vez cautivado, como si estuviera al borde de un precipicio, lleno de adrenalina.

De repente, me dan ganas de colgar la llamada con mis padres. Tener algo de espacio en mi habitación de hotel era la solución que anhelaba. En cambio, lo único que he conseguido es intensificar las preguntas. La necesidad de claridad y de certeza es abrumadora, me deja con el deseo de quedarme en la oscuridad y, durante una hora, sentir que sé lo que quiero. Con una despedida apresurada, finalizo la llamada de FaceTime.

Desde mi amplia ventana veo que el Barrio Francés existe ajeno a mis luchas. Me desplomo en mi cama y cierro los ojos. Mi cansancio no es solo cansancio emocional, provocado por todo el embrollo con Riley; es agotamiento físico. No he dormido bien desde que comenzó la gira y tengo la sensación de que no tiene nada que ver con la dificultad de dormir en un vehículo en movimiento y todo con dormir a pocos metros de Riley.

Todas las noches la misma tortura. Escucho el subir y bajar de su respiración, los movimientos inconscientes que hace; sé cómo suena la cantante favorita del país cuando sueña.

Sin embargo, cuando cierro los ojos en la habitación del hotel, alguien llama a mi puerta.

Considero ignorarlo, pero la posibilidad de que sea Riley hace que me levante a pesar de mi cansancio, deseando que sea ella, y a la vez que no lo sea.

No lo es. Cuando abro la puerta, me encuentro con Eileen en el pasillo. Me avergüenza lo decepcionado que estoy.

—¿Estás ocupado? Riley quiere hablar contigo —dice Eileen.

Mi corazón salta de emoción, y al instante me culpo por su repentino movimiento. No puedo vivir cada momento como una montaña rusa, sin estar seguro de si Riley me hará subir o bajar.

—Estoy disponible —digo.

—Perfecto. —La expresión de Eileen es rápida, su entonación no revela nada. Me recuerda a cuando las enfermeras te ponen inyecciones mientras estás distraído.

La sigo por el pasillo hasta los ascensores, subimos en silencio, lo que me da la oportunidad de escuchar mi pulso latiendo en mis oídos, que se acelera con cada paso que me acerca a Riley. En el piso superior, continuamos hasta una de las pocas puertas que salen del vestíbulo del ascensor. Eileen la abre y revela la habitación de hotel más bonita que he visto en mi vida.

La *suite* de Riley es un palacio: suelos de mármol, un amplio salón decorado con muebles que parecen una escultura moderna, ventanales que van desde el suelo hasta el techo con vistas a la ciudad bajo el sol de mediados de marzo.

Y en el centro del espacio, un piano de media cola blanco.

Riley está sentada en el banco, de espaldas a las teclas y con un ordenador en el regazo. Es una explosión de color en la elegante habitación blanca, su mono verde destaca ferozmente. Cuando entramos, levanta la vista y sus ojos se distraen por un segundo, hasta que se concentra en nosotros.

—Gracias por venir —dice.

—Por supuesto —respondo, en un intento de igualar su cortesía. La interacción es forzada, nada que ver a cuando improvisamos en el autobús, cuando recurrimos a las canciones que solíamos tocar juntos. Miro a Eileen, que permanece parada junto a la puerta.

—¿Por qué tengo la sensación de que me vais a despedir? —me arriesgo a bromear.

Eileen no se ríe y a mí se me retuerce el estómago. *¿Me están despidiendo?*

Riley gesticula una débil sonrisa. Un impulso frenético se apodera de mí: «no puedo volver a casa, todavía no». El ritmo acelerado de mi corazón cambia a un zumbido en mis oídos.

—Nuestras actuaciones no han salido como esperaba —dice Riley con dulzura. Presiona una tecla y gira el ordenador para que pueda ver la pantalla.

Somos nosotros, es el *show* de Nashville, donde toco como si fuera una práctica de conservatorio mientras Riley canta *Until You* como si fuera una canción de otra persona.

La desesperación se apodera de mí, no quiero que me envíen a casa y no quiero apartarme de Riley.

Ante las garras de ese sentimiento, doy un paso adelante y, con impulsividad, detengo el vídeo con un golpe. La imagen enmarca el rostro de Riley, que mira con una intensidad escrutadora.

—Lo estoy intentando —digo. Es mitad una defensa y mitad una súplica. Aun así, no me resistiré a cualquier decisión que tome. Sé que quiere que esto funcione; de hecho, es uno de los rasgos que definen a Riley. *Ella desea. Ella cree.* Pero sé que esta gira es importante para ella y no me permitirá arruinarla.

Pienso que tendría mucho sentido. Quizás después de nuestra conversación en el autobús,

cuando le confesé que tenía arrepentimientos que no podía verbalizar, decidió que ya no quería discutirlo y mucho menos cantar conmigo.

Riley deja el ordenador a un lado.

—No todo depende de ti —dice despacio, como si admitiera a regañadientes la complejidad del problema—. Somos los dos. Quiero ensayar más, a puerta cerrada, y descubrir dónde está el problema.

El alivio es como un cubo de agua helada. ¿Agradable? No exactamente. ¿Emocionante? Sí, porque todavía formo parte de la gira.

No digo nada porque no necesito descubrir cuál es el problema.

En lugar de eso, solo asiento. Me acerco al piano y me fijo en la vista del horizonte de la ciudad más allá del instrumento, cómo complementa la experiencia. Es como estar caminando por el borde de algún lugar muy alto, mientras observo por encima de uno de los carteles publicitarios de Riley.

Riley se levanta, y yo me siento.

—Te oí tocar en el autobús el otro día —dice Eileen—. Estuviste perfecto, eso es exactamente lo que imaginamos cuando formamos este dúo. Necesitamos trasladar eso a *Until You*.

—Lo entiendo y quiero que funcione —respondo y miro a Riley.

Si bien sus ojos no muestran que esté convencida, tampoco evitan los míos. Me sostiene la mirada, su expresión es como la que tiene en la pantalla de reproducción de nuestra actuación. Busca algo.

—Vamos a divertirnos —sugiere para concluir esta conversación.

Sonrío, mientras lucho en privado con el peso imposible que ella me ha entregado. No puedo divertirme con esto, no con esta canción. Aun así, empiezo y me esfuerzo por relajar los hombros. El piano llena la habitación y el mármol dispersa el sonido por todas partes. Cuando Riley canta, finjo que esta canción no habla de nosotros, sino que es una más, como todas las otras que hemos tocado juntos.

Con una pose actuada, miro a Riley y le sonrío, ella me devuelve la sonrisa.

Es una armonía simple y precisa. Quizás lo estemos logrando, tal vez si no pienso...

—Está bien —interrumpe Eileen—. Creo que es mejor que no sonrías, es una canción triste, ¿verdad?

Riley se sonroja. Eso me causa sorpresa: en su rostro, la vergüenza es como un intruso, y la frustración asfixia casi de manera instantánea su timidez, camina por el suelo de mármol y regresa al borde del piano.

—Max. ¿Te gusta la canción? —me pregunta.

Tengo que armarme de valor para no esquivar su mirada.

—Ya te lo he dicho: es una canción increíble.

La exasperación se esconde bajo la expresión paciente de Riley.

—Sí —responde ella—. Pero ¿te gusta? ¿Qué te hace sentir?

Aprieto la mandíbula algo asustado, ya que mi verdadera respuesta saldrá volando de mí. «Siento que la decisión más difícil que he tomado en mi vida se ha convertido en el entretenimiento favorito de todos». La tensión del momento es abrumadora.

Riley mira a Eileen.

—Danos un par de minutos.

Eileen sale, sin ocultar su escepticismo. Entiendo de dónde viene, no pueden tener a alguien de gira que odie la canción principal. Cuando la puerta se cierra detrás de Eileen con el chirrido de las cerraduras del hotel, reina el silencio.

Hasta que Riley me mira con esos ojos a los que no se les puede ocultar ninguna verdad.

—Tócala con emoción, Max.

La frustración se apodera de mi voz.

—Es lo que hago —insisto.

—No —dice—. Tócala como te haga sentir la canción, no de la manera en que sabes que debería hacerte sentir.

Miro hacia abajo y las teclas se extienden ante mí como mandíbulas sonrientes. O tal vez sean barrotes de prisión, o peldaños de escaleras que conducen a vistas desgarradoras donde incluso lo que tenemos delante parece pequeño. Cualquier posibilidad es peligrosa.

—No creo que sea buena idea —digo al fin.

—Hazme el favor —me presiona. El tono de su voz indica que conoce el infierno que estoy atravesando y, de algún modo, me dice que está interesada en unirse a mí.

En una lucha conmigo mismo, la observo. No quiero tocar lo que ella quiere escuchar, porque no quiero que mis sentimientos salgan a la luz; no mientras Riley sea como el viento que roza mis heridas abiertas. A su vez, tampoco quiero volver a casa.

Con un suspiro resignado, empiezo a tocar otra vez. Toco tal como yo lo escucho: inquietante. Como una caja de música en mi memoria que hace eco de una melodía por los pasillos de un lugar donde solía vivir. Dejo salir mi inquietud a través de mis dedos, y aumento las notas con movimientos de percusión que explotan en el compás en el que entra Riley. Ella se une a mí sin problemas, pero, por primera vez, soy yo quien dirige la canción. Mientras ella canta, dejo que la ira, el dolor, el resentimiento y el arrepentimiento salgan de mí. Me consumo y soy una maldita sinfonía despechada.

Riley tiene los ojos muy abiertos, pero no deja de cantar. En cambio, mantiene el contacto visual conmigo y se alimenta de mis emociones, mientras las traduce en la canción.

Nos acercamos al primer coro como si estuviéramos a punto de sufrir una colisión frontal. Riley usa mi interpretación, iluminando la triste letra con furia incriminatoria.

—*I felt the end in the start* —canta—. *Words I didn't know you didn't mean. I and love and you would make me see.*

En lugar de enfatizar «yo», «te» y «amo» como lo hace en las presentaciones, redobra la poética resbaladiza del verso, y dice: «me harían darme cuenta», como una advertencia.

La igualo en cada nota y juego a alejarla de mí, como hice hace una década. Me preparo para que Riley termine la canción, para que me diga: «No funciona. Lo estás haciendo todo mal. No puedes hacer esto delante de los fans». Ella me despedirá; es más, me exiliará.

Sin embargo, se acerca.

Ella une su voz con mi forma de tocar, fusionando nuestros sonidos en una nota unida de pura emoción. Sus ojos nunca me abandonan, incluso cuando los míos se desvían hacia mis teclas. No porque necesite recordatorios de dónde colocar las manos a continuación; podría tocar *Until You* con los ojos cerrados. Es la concentración de fuerza pura de Riley lo que me distrae.

El sentimiento es indescriptible y en gran medida íntimo. He conocido la cercanía con Riley en todos los sentidos: su cabello extendido sobre la almohada, su piel ininterrumpida esperándome. Pero nada se parece a esto.

Llegamos juntos al coro.

I didn't know what love is

I don't know what love is

I won't know what love is

Until you

opened the door.

Con el final del coro, Riley se sienta a mi lado. Estamos uno al lado del otro mientras continúa el recorrido de la canción, uno de nosotros es el pasajero y el otro el conductor. Ninguno de los dos sabe qué rol lleva a cabo.

Su voz no se parece en nada a la que escucho en los conciertos. No es melancólica, ni anhelante... parece vengativa, en un intento por igualar la venganza de mi forma de tocar. Cada uno de nosotros presiona de manera deliberada viejas heridas, solo para fascinarnos ante el perverso placer del dolor.

En el segundo verso, el tiempo verbal cambia a presente. Sean cuales sean mis sentimientos sobre la canción, su estructura es fascinante, la prueba de que Riley es toda una poeta. Es el verso que menos me gusta; casi como una crónica criminal, relata el último día de nuestra relación. La redacción es lo suficientemente vaga como para identificarnos, sin mencionar la discreción, pero recuerdo bien los momentos a los que se refiere.

—*The day of, I want you* —canta—. *High roads, see us through.* — Ella no habla de manera literal; se refiere al recorrido que pretendíamos hacer. El siguiente paso en nuestra relación, el que ella esperaba que nos ayudara a vernos a través de nosotros mismos.

Insto a que la melodía avance, y es como encontrarnos en medio de una discusión. Como si aprovechara la oportunidad para decir a través de los acordes todo lo que no pude cuando salimos de la vida del otro.

¿Era Nashville o nada? ¿Si no tocaba contigo ya no sería el hombre al que amabas?

No me sorprende que me escribieras una canción cuando podrías haberme llamado, aunque fuese una vez, durante la última década.

Pero, por supuesto que no lo hiciste.

El dolor solo vale la pena si es un éxito, ¿verdad?

Tengo la extraña sensación de que Riley me escucha. Sentada a mi lado, continúa y abre su corazón a mitad del segundo verso. Siento cada movimiento, su ligero balanceo con cada palabra que canta, el ascenso y descenso de su pecho con cada inhalación. La imposible cercanía de la piel de su brazo junto al mío, que es invitación y condena.

Su preciosa boca, dando forma a cada palabra que no sé cómo no odiar.

—You look like you’re hoping I’ll be fine —canta—. I know I’m helpless even when I try.

Sé qué viene a continuación y mi corazón late con fuerza. La oscilación de mis dedos encuentra su camino vibrante hacia la melodía. Cuando vuelva a las notas iniciales del verso, Riley entonará las líneas que más me cuesta escuchar.

We know it isn’t true when you say you’ll see me soon.

Ella hace esta nota alargada por el dolor en «you’ll see me soon», que casi no soporto escuchar en el escenario y no estoy seguro de poder hacerlo ahora. Con mis manos todavía sobre el piano, mis ojos se fijan en los de ella.

Ella respira. Yo la beso.

Todo se detiene. El sonido del piano se interrumpe de manera brusca. La letra que sabía que vendría se pierde bajo mis labios cuando se encuentran con los suyos. Cada sentido avanza dentro de mí con una intensidad vertiginosa.

Su boca debajo de la mía todavía forma las sílabas robadas de su canción. Su aroma, dulce como el de las noches de verano, invade el espacio.

Ella me devuelve el beso y nuestra música cambia de melodías a los latidos de nuestros corazones, es la sangre que susurra en nuestras venas. Ella se inclina hacia delante, nos aprieta más. Una vez más, nos instamos mutuamente a seguir adelante, guiándonos en una armonía sin voz.

Si me hubiera permitido imaginar este momento, habría esperado sentir la repetición de algo familiar. Ahora, besar a Riley es como escribir algo nuevo.

La acerco más a mí, hambriento por tocar cada centímetro, y el movimiento la sorprende. Lo escucho en la suave inhalación mientras se sienta en mi regazo, y me agarra el cuello de la camisa. Presiona las caderas de manera tentadora contra mí, y sostengo su rostro, su espalda, y

me aferro a ella como si estuviera tratando de capturar la luz del sol en mis manos. Imposible, pero tal vez, solo tal vez, abra la palma de la mano y descubra que no está vacía.

Solo nos separamos cuando alguien llama a la puerta. Riley se baja de mi regazo y entra Eileen, sin duda atraída por el abrupto cese de la música. La realidad me golpea. La abrasadora luminosidad blanca del suelo y el deslumbrante día en el exterior. La rápida imposibilidad de la situación, ya hicimos esto una vez y terminó con dos corazones rotos. Nada ha cambiado y nada lo hará. La luz del sol no se puede retener. Tengo las manos vacías.

Riley me mira fijamente, con los dedos presionados contra los labios y la sorpresa en los ojos. Permanece callada.

Me levanto de modo brusco y salgo, sintiendo todas las emociones a la vez: arrepentimiento, deseo, miedo, anhelo.

Ya no escucho ninguna melodía en mi cabeza: solo ruido.



DIECISÉIS

Riley

Abandono el escenario después de nuestro primer *show* en Nueva Orleans al borde de las lágrimas. La multitud del Superdomo que acabo de dejar vitoreando no tiene ni idea de cómo me siento, y eso me alegra. En la galaxia en miniatura del estadio, la cúpula oscura continúa llena de una emoción colectiva. Le he dado todo lo que he podido, y parece que ha sido suficiente.

Aun así, el pase de *Until You* ha sido el peor hasta la fecha. La creatividad siempre va de la mano de cambios volátiles, de altibajos. En los momentos bajos, como los de esta noche, me ahogo frente la frustración.

Cuando paso junto a Eileen, levanto la mano para detenerla, porque ya sé lo que va a decir. El ensayo en la habitación del hotel nos ha hecho retroceder. ¿Cómo no? Max me besó y luego se arrepintió.

Para que conste, yo no me retracto de lo que sucedió. Sí, es probable que haya sido una mala idea a largo plazo, pero no creo en el concepto de arrepentimiento, e incluso si lo hiciera, nunca podría arrepentirme de haber besado a Max Harcourt. Besar a Max fue como escuchar una canción favorita que había olvidado.

Pero salta a la vista que en su caso es diferente. No puedo quitarme el recuerdo de cuando se levantó del piano como un huracán, con resentimiento en los ojos. Al escribir canciones basadas en mis propias emociones, comencé a sospechar que la gente olvida que lo he sentido de verdad. Cuando encuentran su camino en mi voz, es solo porque primero he caminado a través de ellas, las he cargado en mis hombros.

Es lo que hago ahora con el persistente dolor que ha dejado nuestro beso. El sentimiento me sigue como un velo oscuro hasta la sala de descanso. Bajo las uniformes luces del interior del estadio, sonrío a cada felicitación superficial que recibo por el camino, y anhelo poder responder con más entusiasmo, así como desearía haber clavado *Until You*. Cuando todos, cada miembro del equipo, cada fan, están ahí para ver mi actuación, es abrumadora la culpa que te invade después de un día difícil o momento de distracción.

Así es cómo me sentí luchando a lo largo de *Until You* en el escenario, y esta situación con Max me hace sentir que estoy decepcionando a todo el mundo.

En mi camerino, me tomo mi tiempo para quitarme el vestuario y lamentarme en soledad. Sé que tendré que enfrentarme a Max y hablar de esto. Averiguar qué pasó, qué podemos hacer,

cómo rescatamos la canción. Sin embargo, lo pospongo porque sospecho que, cuando hablemos, Max optará por irse en lugar de encontrar una manera de seguir adelante. Hemos recorrido este camino una vez y, aunque la ruptura inspiró el mayor éxito de mi carrera, no tengo muchas ganas de volver a recorrerlo.

Me miro a los ojos en el espejo. No me parezco en nada a la estrella que iluminaba las pantallas en el estadio. Me veo miserable. Pequeña. Alterada.

No quiero volver a mi habitación, el escenario de nuestro beso, donde el piano de media cola parece una lápida en el centro de todo el espacio. Tampoco quiero reunirme con Eileen para evaluar los detalles de lo que ya sé que necesito arreglar. En cambio, enderezo los hombros y, frente al espejo, me deshago de gran parte de mi decepción. «Hasta aquí ha llegado la autocompasión». Salgo del camerino para buscar a mi madre.

Mientras comemos los clásicos *beginets* de la ciudad, caminamos por el Barrio Francés. Ya es tarde, pero Nueva Orleans no duerme, y su alegría es encantadora. La música se escapa desde las ventanas del segundo piso sobre el clamor festivo de la vida nocturna.

Me siento más feliz, más estable, más como yo misma. Es sorprendente el maravilloso efecto que puede tener la comida y pasar un rato con mi madre.

La gente con la que nos cruzamos me pide fotos o autógrafos, a lo que accedo hasta que empiezan a congregarse más, atraídos por la multitud. Mantengo la compostura ante el público, recordándome lo genuinamente agradecida que estoy por el apoyo de los fans, a pesar del nerviosismo ineludible de momentos como este.

Todo va bien hasta que escucho una voz gritar: «¡Dale a Wesley otra oportunidad!».

De hecho, estos últimos meses me he dado cuenta de que emergen corrientes más oscuras en el discurso público de *The Breakup Record*. Muchos fans de Wesley me han atribuido con entusiasmo el divorcio solo a mí, a partir de una recolección de citas malinterpretadas combinadas con extravagantes conspiraciones de infidelidades.

Sus fans no me hacen temer por mi seguridad, a pesar de que siempre es un disgusto escuchar el nombre de Wesley. Sin embargo, no es lo único que me preocupa. Peores fueron los defensores de Jacob Prince, a quien recordé en una de las canciones menos halagadoras de *The Breakup Record*. Jacob se convirtió en estrella al protagonizar algunas películas de superhéroes. Las machistas, no las divertidas.

En algunas noches de insomnio navegando por internet, descubrí que soy la clase exacta de mujer que sus fans odian. En los meses transcurridos desde entonces, he aprendido qué foros no revisar y qué tipo de imágenes de perfil pasar por alto. Aun así, las cosas que algunos desean que me pasen o quieren hacerme son realmente perturbadoras.

Si bien en este momento todos parecen hospitalarios, la mención de uno de mis famosos ex me pone nerviosa. Sé que la gente tiene opiniones dispares sobre mi vida amorosa, y que incluso las

incentivo. Aun así, no necesito escucharlas en persona, y menos todavía quiero hacerlo (sobre todo la parte de los insultos y las quejas) cuando estoy casi sola en plena noche.

Decido que necesito escapar.

—Hola a todos —grito mientras proyecto mi voz con los músculos exhaustos—. Lamento no poder quedarme, estoy con mi madre, pero muchas gracias por vuestro apoyo. ¡Siempre es un placer conocer a mis fans!

Empiezo a abrirme paso entre la multitud. Justo cuando me pregunto si debería haber traído seguridad, mi madre me agarra y, sin miedo, me aleja al grito de «no os metáis con la madre de la estrella del pop».

Al fin nos liberamos, doblando la esquina, pero esta calle no está vacía, una fiesta interminable tiene lugar en los clubes nocturnos. Sin embargo, nadie me reconoce... todavía.

—Toma. —Mi madre saca unas gafas de sol del bolso.

Me las pongo con gracia, a pesar de la hora, luego me quito la trenza postiza que llevo en todos los conciertos.

—Gracias —digo—. Lo siento. Sé que lidiar con multitudes... no es algo normal entre madre e hija.

Ella se ríe.

—Cariño, ninguna parte de esta gira es normal para mí. Quiero decir, es jueves por la noche y estoy caminando por Nueva Orleans después de un concierto de *rock*. Hace un año, no me hubiera imaginado nada de esto.

En el momento en que la frase sale de su boca, su sonrisa se desvanece. Sé lo que piensa, lo que se da cuenta que acaba de decir. Por supuesto, no se lo habría imaginado hace un año porque todavía estaba casada con mi padre, segura de que pasaría el resto de su vida con su alma gemela.

No creo en los arrepentimientos, pero me pregunto cuál es su postura.

—Sé que no estás teniendo el año que esperabas —digo despacio—, pero me alegro de que estés aquí.

Cuando sonrío, parece como si luchara contra algo.

—Yo también.

Deambulamos por las calles sin destino alguno. La vivacidad de la ciudad brilla desde cada fachada y rincón. Debajo de las majestuosas rejas, las interminables filas de carteles gritan sus nombres con una luz vibrante. Discotecas, espectáculos en vivo, restaurantes. La música aquí parte de la anatomía del lugar y su arquitectura.

Si bien he pasado muchas noches en Nueva Orleans, las palabras de mi madre parecen renovar el paisaje. De hecho, ninguna de nosotras podría haber imaginado visitar la ciudad de esta manera.

Si soy sincera, no estoy muy segura de cuáles son mis sentimientos acerca del divorcio de mis padres. Aún no he descubierto cómo me hace sentir. Por supuesto que lloré cuando colgué el teléfono después de que mi padre me diera la noticia, y sentí que me aferraba a algo ya muerto.

Me preguntaba si su separación había sido culpa mía. Si mi fama, la forma en que los focos de atención llegaron incluso a mi familia, que alguna vez fue normal, de alguna manera habían contribuido a la tensión o el escrutinio que al final no fueron capaces de soportar. Terminó siendo una preocupación más, una pregunta abierta en las raras noches en las que la fama me asusta, un elemento en la lista de lugares que nunca más podré visitar de manera discreta y antiguos amigos que solo me quieren por interés.

Aun así, respeto la individualidad de mis padres, su madurez, su libertad. Sé que no habrían tomado la decisión a menos que fuera lo que necesitasen. Tengo mi propia vida, mi propia casa, mis propias relaciones. Ellos tienen la suya.

Todo el paradigma de estrella del pop hace que reconocer los sentimientos sea todavía más difícil. Una idea errónea sobre mí es que no crecí como todos los demás. Viví toda mi vida en la misma casa suburbana del Medio Oeste donde mis padres viven ahora, o vivían, las matemáticas se me daban fatal y me encantaba el fútbol.

En cambio, la gente de manera inconsciente finge que mi vida comenzó con mi primer sencillo en las listas de éxitos o mi portada de *Billboard*. Los periodistas y documentalistas se apoderan de los fragmentos musicales de mi infancia, los recitales de piano, las actuaciones en el instituto (el comienzo de la historia de Riley Wynn) y se olvidan del resto.

A veces yo también me olvido, lo que me asusta y entristece. No me gusta la sensación de caer en esta ilusión, de seguir a fans y críticos mientras finjo que nunca existí fuera del escenario. Me hace querer aferrarme al dolor de los restos heridos de mi familia.

No importa lo mucho que me apegue, todavía no he querido entrar en detalle con ninguno de mis padres, y tampoco sé cómo. Cuando mi madre me ayudó a mudarme, solo tocamos de manera superficial sus sentimientos al respecto, porque, para ser justos, se centró en mi propio divorcio.

Otra idea errónea sobre mí es lo narcisista que la gente piensa que soy: asumen que mi interés musical por mis propios sentimientos y mis relaciones significa que no me interesan los de los demás. No hace falta ser una socióloga de renombre mundial para entender por qué la gente asume eso de mí: soy joven, rica y famosa.

Sin embargo, se equivocan. Sabía que mi madre estaba teniendo verdaderas dificultades con el divorcio. Adentrarme en mis propios sentimientos, más complicados, me ha parecido... no lo sé. Injusto. Desconsiderado.

Sé que es cuestión de tiempo. Llegaré ahí.

Pero ya tengo suficientes dolores de cabeza por ahora.

—¿Te he contado alguna vez que me mudé muchas veces cuando era pequeña? —dice mi madre durante mi silencio—. Lo odiaba, no paraban de trasladar a mi padre por trabajo. Decidí que, cuando creciera, iba a echar raíces sólidas en una ciudad por el resto de mi vida.

Eso me sorprende, mi abuelo estaba en la Marina, y aunque nunca lo conocí, he escuchado historias de todos los lugares donde vivió mi madre, rincones remotos del país capturados en sus antiguas fotografías familiares. No sabía que eso fue su inspiración para sentar cabeza de manera tan decisiva a los veintiséis años, cuando se casó con mi padre.

Muerde su buñuelo y las luces de Nueva Orleans se reflejan en sus ojos.

—Pero luego mi única hija se convirtió en estrella del pop y me divorcié —continúa—. Es gracioso; no un *ja, ja* cómico, solo... Supongo que ahora puedo ver lo fácil que es echar raíces de nuevo.

Asiento con solemnidad. Mi imaginación no puede captar lo que ella describe. Vivir en un solo lugar con la familia que ella crio lo era todo para mi madre: era su sueño.

Lo que hago ahora, esta gira, es lo que he querido toda mi vida. Si lo perdiera de la noche a la mañana... no sé si podría superarlo.

—Puedes echar nuevas raíces, mamá. Y no necesitas a papá para eso —digo. El mero hecho de mencionarlo es surrealista, demasiado simple y un poco superficial, y la idea de impartir sabiduría a mi madre (a cualquiera de mis padres) parece descabellada. Aun así, quiero ayudarla.

—Lo sé —responde ella—. Pero no estoy segura. Tal vez estoy lista para ir detrás de algo nuevo.

Algo nuevo. No puedo evitar pensar en Max, la música nunca fue su sueño, pero le ha dado una segunda oportunidad por varias razones, con una nueva perspectiva, con más vida en el espejo retrovisor. Quizás lo que quieres en la vida puede cambiar. Quizás ahora Max al fin se enamora de la música.

De todo.

Como si me leyera la mente, mi madre me mira con curiosidad.

—¿Por qué Max y tú estabais tan tensos esta noche? —me pregunta.

Se me tensan los hombros y el clamor de Nueva Orleans parece una presión caótica en lugar de alegre.

—Dime que no ha estado tan mal —le suplico.

—Estoy segura de que solo tu madre se dio cuenta —me tranquiliza.

—Me besó. —Como todas mis letras favoritas, esta simple declaración no es realmente una oración. Son un verso tras otro verso ocultos, preguntas que no puedo afrontar, sentimientos incipientes que chocan entre sí en lo más profundo de mí.

Sin embargo, no parece sorprender a mi madre.

—Mmm... —murmura y fija su mirada en la esquina de la calle a la que nos acercamos,

donde la pintura descascarada no le quita esplendor a la fachada.

—¿Nada que decir? —la presiono. Dudo que el humor en mi voz oculte lo desesperada que estoy para que me dé su opinión. Necesito ayuda con el dilema de Max.

—Oh, no lo sé —responde.

Frunzo los labios con impaciencia.

—Mamá, di lo que tengas en mente. ¿Crees que fue un error? Max y yo ya hicimos esto una vez. ¿Crees que debería centrarme en mí después de mi divorcio? ¿Que Max ya no está seguro de lo que quiere como para empezar algo real? ¿Qué?

La mirada que me dirige es mordaz.

—No —dice con tranquilidad—. Eso es lo que tú estás pensando. Yo estoy pensando... —Espero, hambrienta de claridad. Las preguntas en mi cabeza chirrían como acordes disonantes a la espera de una resolución—. Escribiste un álbum entero sobre el desamor.

—Sí, ¿y...?

—Bueno —hace una pausa—, me gustaría escucharte escribir una canción de amor en algún momento.



DIECISIETE

Max

El primer sonido que escucho cuando el empujón del autobús me despierta es un suave rasgueo. He dormido a intervalos durante el largo viaje hasta Miami, después de despertarme por cada desaceleración en la autopista.

La suave progresión que Riley toca con la guitarra pasa de manera discreta más allá de mi cortina cerrada. Considero quedarme aquí, permitiendo que el sonido me arrulle para dormir.

Lo que me detiene es la convicción de que no volveré a dormir. Deseo poder maldecir a las carreteras por mi inquietud; en cambio, si soy sincero, no he dormido bien desde mi beso con Riley. Los sueños febriles de su boca sobre la mía, que crearon canciones de amor sin letra, me han despertado innumerables veces en las últimas dos noches.

Tengo los mismos sueños en mis horas de vigilia. Cada vez que tocamos *Until You* en el ensayo o en el escenario, recuerdo cómo mis labios contra los de ella silenciaron nuestra canción. Me ha dejado disperso de una manera irremediable. La primera noche en Nueva Orleans casi me pierdo el pie de entrada a mi introducción. En el segundo espectáculo, casi me salto el puente de la canción. Cada vez que canta *you say you'll see me soon*, mi corazón late con fuerza como un miserable metrónomo que desearía poder ignorar. Cualquier noche de estas, lo estropearé todo.

Pero Riley no lo hará. No puedo ignorar el hecho de que esto no la ha desestabilizado para nada. Si bien no canta *Until You* con la misma emoción que le da al resto de sus canciones, estoy bastante seguro de que no es por el beso, sino más bien parece que no puede encontrar el sentimiento que quería retransmitir.

Me acomodo en mi litera y espero con tristeza que el vacío en la ventana me ayude a convencerme de que estoy en otra parte.

Hasta que escucho la voz de Riley unirse a la de su guitarra, suave y áspera. Suena curiosa, como si ella misma estuviera descubriendo la canción.

Dejo de dar vueltas y vueltas. Solo escucho.

Su voz llega a través de la oscuridad, y me envuelve como mis sábanas.

—*I walk heartbreak road, feel your hand in mine on heartbreak road. Traveling for ten years.*

Cada palabra es dolorosa y busca esperanzas inasibles. Nunca había escuchado esta letra, sin lugar a duda está componiendo.

En el silencio de la noche, impregnado solo por la música de Riley, mi cuerpo ya no es mío.

Salgo contra mi voluntad, la música me obliga, la canción me deja sin dormir; el susurro de la sirena me arrastra hacia la sala de estar como un marinero arrastrado a las profundidades del mar.

Riley está sentada en la oscuridad, con la guitarra sobre las rodillas. Está inclinada sobre el instrumento, mientras toma notas en una libreta. *Heartbreak Road* aparece subrayado sobre lo que reconozco al instante como su caligrafía. Me viene a la mente cómo siempre escribía en servilletas de papel cuando estábamos en la universidad. No deja de sorprenderme descubrir que Riley sigue escribiendo tal como lo recuerdo. No importa la inmensidad de los escenarios, la música comienza siempre aquí.

Antes de empezar a rasguear otra vez, se coloca el lápiz detrás de la oreja. Su voz es frágil cuando canta; incluso cautelosa.

—*I walk heartbreak road, feel your hand in mine on heartbreak road. Traveling for ten years on heartbreak road. Kissing you is fine on heartbreak road, leading us to nowhere.*

Me parte por la mitad, la letra se me mete en la cabeza. Me doy cuenta de que estoy bajo la punta de su lápiz. Me incomoda descubrir que me está utilizando para escribir canciones... otra vez.

Sin embargo, es tanto su historia como la mía. Elegí besarla, y no puedo pedirle que no convierta en letras su propia vida, sobre todo cuando sabía perfectamente que lo haría. Si he acabado siendo su musa de infelicidad, es mi culpa.

—¿Otra canción de ruptura? —pregunto.

Riley mira hacia arriba y me percibe por primera vez. La inspiración en sus ojos se transforma en un destello desafiante.

—¿Debería ser otra cosa? —responde. La pregunta es frágil; no sé cómo responder, así que decido no hacerlo. Riley me mira en la oscuridad, a la espera. Cuando se da cuenta de que no voy a responder, suspira y su mirada se pierde en la nada—. Si soy sincera, no creo que sepa hacer otra cosa.

—Eso no es cierto —suelto sin dudar. De hecho, las palabras no siempre me llegan con rapidez, y la necesidad de que Riley lo entienda es feroz. Me adentro en la habitación, y la luz de la luna nos divide con su destello.

Riley baja la mirada. Empieza a rasguear de nuevo, como si fuera la única respuesta que puede dar. Mientras avanzamos con tranquilidad por la autopista, yo me quedo estancado, en suspense, en una lucha por encontrar qué decir. Quiero disculparme por besarla, por hierirla hasta el punto de escribir otra canción de ruptura sobre mí. También es cierto que no desharía nuestro beso, ni aunque pudiera hacerlo. Ni los sueños febriles, ni las actuaciones tensas. Nada de todo eso.

Menos aún cuando empiezo a darme cuenta de que también significó algo para ella. Ella me devolvió el beso y ahora escribe cada esperanza, cada miedo, cada pregunta que le dejó ese acto en una canción. A pesar de lo distendida que pretendió estar durante los últimos días, desde sus

actuaciones insatisfechas hasta su amabilidad casual en los ensayos... No soy el único que se levanta pasada la medianoche recordando el beso.

Significó algo, tanto para ella como para mí.

Pero todavía no sé qué podría ser, y mientras las posibilidades se escapan de mi alcance, no puedo evitar formar acordes con mis dedos sobre la encimera al ritmo del rasgueo de Riley.

Ella lo nota.

—¿Alguna sugerencia? Respecto a las notas, serán así. Aunque agradecería cualquier otra idea que quieras compartir —dice, mientras continúa con su suave finalización en cada acorde.

Dejo caer las manos a los costados mientras pienso y, con entusiasmo, me aferro a la primera parte de su pregunta. Mientras que besar a Riley podría ser el misterio que define mi vida, la teoría musical es algo que entiendo bien.

—Prueba a invertir el re menor —sugiero—. Hará que *kissing you is fine* suene incierto.

Si Riley encuentra un significado secreto en mi recomendación, no reacciona. Ella asiente, inmersa en el proceso creativo.

—*Kissing you is fine on heartbreak road* —repite con la nueva progresión de acordes. El brillo en sus ojos me demuestra que le gusta el cambio, lo cual es emocionante en el silencio que nos rodea.

En lo que parece una invitación, cambia la progresión y su melodía vocal se adapta a lo que debe ser el verso.

—*Holding out hope or knowing what you know* —canta con suavidad—. *Retracing our steps or never letting go...*

Para y, con la rapidez de la inspiración, coge el lápiz, con una mano ágil todavía en el mástil de su guitarra. Borra con eficacia y luego escribe nuevas letras.

—*Retracing our steps until we're letting go* —continúa.

La miro y me siento relevante. La poesía de Riley es mi parte favorita de su composición, su arma no tan secreta. Aguda, emocional, inteligente. Escuchar el borrador de *Heartbreak Road* es como ver colisiones en el universo formando una estrella. Si bien le falta una parte, la gran mayoría ya está allí. Riley toca hasta que rasguea el acorde final.

Con lentitud, levanta la vista y sus ojos encuentran los míos. Quiere mi opinión.

En cambio, lo que sale de mí es la pregunta que nunca dejo de tener en mente cuando la escucho.

—¿Cómo lo haces? —le pregunto—. ¿Cómo plasmas tus sentimientos más profundos y personales en una canción?

Ante la poca luz, el rostro de Riley es difícil de leer, pero supongo que sería igual a pleno sol.

—Tengo que... ¿Dónde más los pondría? Escribir es como cortarme el corazón, pero a veces cortarme el corazón es la única manera de detener el dolor —dice con calma, como si estuviera

compartiendo un secreto.

Sin esperar mi respuesta, reinicia la canción. Esta vez, su voz es más firme y su expresión más tranquila. Sus acordes se unen como amigos y no como extraños que se encuentran por primera vez.

Al mirarla, me doy cuenta de que me estoy imaginando a Riley en otra parte. En esta visión, está en las habitaciones vacías de su casa y lucha con un dolor que no sabe cómo exorcizar. Recuerdos de... mí. Ella coge su libreta y, en mi imaginación, se acerca al piano en búsqueda de consuelo.

Escucho la pregunta en mi cabeza. «¿Y sí se veía de esta misma manera cuando escribió *Until You*? ¿Y si yo no fuera solamente sentimientos olvidados convertidos con facilidad en un éxito? ¿Y si escribió nuestra canción para superarnos?».

La idea me duele. Una parte profunda y triste de Riley, que mira la impenetrable oscuridad del pasado, se pregunta qué salió mal, con la necesidad de poner los sentimientos en una canción incluso después de tantos años.

Quizás el dolor que siento no sea solo empatía. No, porque no me estoy imaginando por lo que está pasando Riley.

Sé con exactitud cómo se siente, cada día, e incluso ahora.

Ver *Heartbreak Road* emerger con honestidad ha desbloqueado una parte de mí mismo a la que había olvidado que me estaba aferrando. Es una parte de mí, algunos días pequeña, otros tan pesada como para arrastrarme hacia abajo como cemento; he echado de menos a Riley desde el día en que terminó nuestra relación.

Ahora, escucho ese grito dentro de mí, exigiendo que lo escuchen.

La miro tocar, las manos moviéndose sobre la guitarra. La serenidad de su rostro parece ensayada, su cabello enmarca sus mejillas del color del mercurio a la luz de la luna. La futilidad es parte del dolor que siento en el pecho. Sé que no puedo volver a besarla, sin importar cuánto desee hacerlo.

No cuando la tengo delante, escribiendo una canción sobre recorrer el mismo camino hacia el desamor.

—*Kissing you is fine on heartbreak road, leading us to nowhere* —continúa.

Hace una pausa y llega a la parte inacabada de la canción. La mirada perdida me indica que está buscando en los recovecos de su imaginación, hasta que una idea se aproxima. Toca el siguiente acorde y termina la línea como si sacara algo de sí misma.

—*Lights go green and even with you* —canta—, *same old road leading nowhere new*.

—¿Y si...?

La cabeza de Riley se levanta al escuchar mi voz, y aparte de la sorpresa, veo hambre en sus ojos, y sé que no es solo por el aporte creativo.

—*Lights go green, and maybe with you* —digo en voz baja, revisando con ligereza el final del verso—, *same old road can lead somewhere new*.

Las manos de Riley no se mueven, su guitarra está en su regazo, silenciada, y la pausa está cargada de tensión. Hablar con el corazón en la mano a través de letras no se parece a nada que haya experimentado antes. Es como volar con alas de esperanza.

No hay forma de que Riley pueda malinterpretar el significado de mi sugerencia. Si bien mi carta de dieciséis sílabas para ella no es una declaración de amor, es un *tal vez*. Ni siquiera estoy seguro de si ese tal vez que estoy proponiendo es posible. Solo sé que quiero que así sea.

Ella no coge su lápiz, y algo indescifrable revolotea sobre sus gestos.

—Max, tengo que escribir la verdad —dice.

—Los sentimientos son la verdad —respondo, los latidos de mi corazón dan fuerza a mis palabras. Ahora mismo, un par de versos de una canción se ha convertido en el centro de mi mundo. Continúo, reuniendo coraje—. En fin, es... lo que siento —digo.

Ella me examina durante un buen rato.

Cuando vuelve a tocar el acorde inicial de la canción, sonrío con timidez y comienza a cantar.

Ella sigue sus caminos ahora familiares, mientras me deja a la espera, ya sin sentir que estoy volando. Estoy suspendido en el aire, y me pregunto si caeré en caída libre o me elevaré. En los confines oscuros de la habitación, Riley toca el coro, para luego comenzar el siguiente verso. Entonces, por fin:

—*Lights go green, and maybe with you* —canta—, *same old road can lead somewhere new*.



DIECIOCHO

Riley

En Miami, por fin lo logramos.

Algo ha cambiado entre Max y yo. Todo comenzó con nuestra sesión de escritura de medianoche, y he sido incapaz de sacarme *Heartbreak Road* de la cabeza desde entonces. Si bien solo hablamos de nuestro beso en una canción, sentí que el muro que construimos durante diez años comienza a desmoronarse.

Lo noto en las pequeñas cosas. Momentos en los que nuestras miradas se cruzan en el escenario, el destello real y furtivo de una sonrisa que me da ante el primer coro de *Until You* con la humedad del sur a nuestro alrededor. En los dos últimos *shows*, comenzamos a tocar para el otro en lugar de hacerlo con el otro, y la multitud siempre se lo pierde.

Hasta que al fin sucede, después de nuestro *show* en Miami, un vídeo me llama la atención. No es del concierto, o al menos no de este.

Somos Max y yo en la universidad, en una de nuestras primeras noches de micrófono abierto. Estamos tocando *Can't Help Falling in Love* mientras los clientes de la cafetería miran con cortesía, y yo parezco sentirme la chica más afortunada del mundo. Porque lo era.

La especulación se dispara: reconocen a Max y luego se descubre nuestra historia universitaria. No pasa mucho tiempo hasta que todo internet sabe que tuvimos una relación. Consumimos la esfera de las redes sociales: aparecemos en múltiples noticias y TikToks. *Riley Wynn se reencuentra en el escenario con su novio de la universidad.*

El vínculo con *Until You* es sencillo, y en apenas unas horas, todos se dan cuenta de que la canción trata sobre Max. A la mañana siguiente, Max, con el pelo revuelto, levanta su teléfono y me muestra titulares con su nombre mientras dice que los periodistas han empezado a llamar a Harcourt Homes para preguntar si volvemos a estar juntos.

Desarrollamos lo que será nuestra estrategia ante los medios mientras desayunamos en la cocina. Larissa y los publicistas lo están planificando todo: lo que diremos y lo que no. *Riley Wynn y Max Harcourt fueron pareja en el pasado y están encantados de reunirse para The Breakup Tour.*

La prensa no es del todo positiva, las búsquedas de mi nombre en internet arrojan nuevas clasificaciones de mis ex, que no puedo evitar encontrar desagradables a pesar de que las listas coinciden exactamente con el concepto del álbum. No hago clic en esos enlaces.

Y espero que Max tampoco lo haga. Las redes sociales me permiten saber que mucha gente todavía adora a Wesley (por supuesto, él se encarga de que así sea) y considera a Max un obstáculo. Para mí no es así, sino todo lo contrario. Espero con desesperación que Max comprenda que mi corazón ya no late por el hombre que lo envenenó deliberadamente.

Estos últimos meses he descubierto que solo puedo involucrarme hasta cierto punto con la publicidad. Mi historia gira en torno a la de los demás, en interacción con sus propias historias, sus propios sentimientos, transformándolo todo en algo que se escapa de mi control, porque ya no es solo mío. No podría controlarlo, aunque quisiera.

Si bien no guardo ningún resentimiento para la mayoría de mi público, cuyas especulaciones sobre mi vida personal giran alrededor de los fragmentos que les he enseñado, cada día me irrita más lo poco cooperativa que es mi discográfica con Max y *Until You*. Las menciones y sugerencias de promociones con Wesley no cesan.

Lo descubrí en una larga cadena de correos electrónicos: por supuesto, quieren desviar la atención de mi no famoso ex hacia la estrella provocativa y adorada por todo internet, dueña de titulares y de millones de seguidores.

Decido que no recibirán ayuda de mi parte. Lo único que puedo hacer es seguir cantando mi historia. Viviendo la historia que yo quiero. Si a mi discográfica no le gusta, tendrán que cancelar mi gira.

Sé que todo el proceso es difícil para Max: su incomodidad ante la fama instantánea y su vacilación a la hora de hablar de su historia romántica con los ejecutivos de la discográfica por teléfono es fácil de leer. Sus ojos parecen los de una presa en un desierto desconocido. Se arremanga las mangas cada cinco segundos. Pero a pesar de su inquietud, también mencionó que, en cierto punto, el revuelo mediático está atrayendo publicidad a Harcourt Homes.

Aun así, con un par de viajes largos por delante, sé que el clamor constante de notificaciones lo abrumará tanto como me abruma a mí.

Yo no soy como Max, él es reservado, le gusta realizar largas llamadas telefónicas en lugar de publicar en redes sociales, pasa noches con sus discos favoritos en lugar de fines de semana en festivales de música. Quiero mostrarle que las redes sociales y la fama no eclipsarán el resto de su vida. Él decide su historia, y no al revés.

Una lección que he aprendido este año es lo mucho que el ojo público no percibe. Peleas privadas, miedos, momentos de diversión vertiginosa, de sorpresas, de alegrías; todas escondidas del público. Me han ayudado a recordar que no soy solo la Riley Wynn de los titulares.

Max necesita sentir que sigue siendo dueño de sus propias alegrías ocultas.

Ahora que se acerca el viaje de Atlanta a Houston, tengo una idea de cómo lo ayudaré durante todos estos kilómetros. Y, en el fondo, sé que tal vez no sea solo para él, yo también necesito un recordatorio de que no soy solo una marioneta. No soy solo la Riley que sirve para contar la

historia que quiera el público.

Reúno a todo el equipo en nuestro autobús: toda la banda, mi madre y Eileen. Nos apretujamos, de una ventana hasta la otra. El bus está lleno, y la gente se sienta en el suelo. Parece el pequeño estudio donde grabé mi primera demo, excepto que aquí hay incluso menos espacio.

Mientras pasamos las señales de la autopista, llevo a Max al pasillo de las literas.

—Hoy quiero jugar a un juego —digo con indiferencia—. Pero necesito tu ayuda.

Me mira con recelo, me he dado cuenta de que estos últimos días parece menos privado de sueño.

—¿Qué tengo que hacer? —Tiene voz juguetona.

—¿Qué te parece un desfile de moda? —pregunto.

La confusión invade sus rasgos, como si se estuviera divirtiendo.

—Riley, estoy seguro de que puedes caminar por una pasarela real en lugar del pasillo de un autobús en movimiento.

Sacudo la cabeza, disfrutando del momento.

—Yo no —digo—. Tú.

Levanta las cejas y se inclina hacia delante, reduciendo el espacio que nos separa a milímetros.

—Estás bromeando —dice casi a modo de pregunta—. ¿Quieres que desfile con mis camisas de siete botones? Estoy bastante seguro de que la banda ya las ha visto.

—Tengo otra cosa en mente... Será divertido, te lo prometo —respondo. Lo miro a los ojos y sonrío con esperanza. No es la sonrisa que les doy a los ejecutivos cuando quiero que me reserven un estudio más tiempo del estipulado, o la que le doy a Eileen cuando pido hacer un ensayo más. Es dulce, tímida, una que apenas saco a relucir, pero que se asemeja a mi auténtico yo.

El escepticismo se desvanece en la expresión de Max, al igual que el viento arrastra la niebla de las calles nubladas.

—Vale —dice casi de manera natural, como si no pudiera resistirse o no quisiera. Como si ambos quisiéramos dejar de lado nuestra angustia solo por un rato.

—Genial. —Le cojo la mano para guiarlo hacia el espacio habitable, y en el instante en que su piel se encuentra con la mía, recuerdo que él no quiere que la banda piense que estamos juntos—. Lo siento —digo mientras lo suelto—, no ha sido aposta...

—No pasa nada —interviene, algo melódico en medio de toda su tranquilidad—. No me importa.

No me importa. Sé que mi corazón está hambriento cuando escucha canciones de amor con palabras simples como las de Max.

—Vale —respondo.

Nos quedamos en el pasillo, incómodos, hasta que Vanessa grita.

—¡Me prometisteis entretenimiento! —nos recuerda la batería.

Max extiende el brazo y me hace un gesto para que lo guíe. Lo hago, y luego casi tropiezo cuando el autobús cambia de carril. Recupero el paso al recordar que soy una estrella de *rock* que recorre los escenarios con tacones todas las noches. Las rodillas no pueden fallarme ahora.

Cuando llegamos al espacio central, cada par de ojos nos encuentra. Hace calor, resultado de la densidad de población y gracias al sol del sur que entra por las ventanas.

—Gracias por venir al Bus A —le digo al grupo—. ¡Tenemos una tarea muy importante por delante! Max Harcourt se ha vuelto famoso de la noche a la mañana. —Hago una pausa mientras la gente silba y aplaude. Max parece tímido, pero no del todo incómodo—. En nuestro viaje a Houston —continúo con pausas dramáticas—, nos encargaremos de actualizar su vestuario. Y es por eso por lo que debemos encontrar su propia apariencia de dios del *rock*.

Max ríe con sorpresa.

—No te ofendas, pero es más probable que ganes cincuenta premios Grammy antes de que logres hacer esto.

—*Ganaré* cincuenta premios Grammy —le informo. Con un ademán, lo hago pasar al dormitorio de atrás—. Entra —le ordeno mientras el autobús aplaude.

Mientras lo sigo, lo encuentro todo exactamente como lo planeé. Las bolsas están encima de la cama. Di instrucciones detalladas de todo lo que debíamos adquirir. Incapaz de evitarlo, estudio con atención su reacción. Él no parece intimidado, solo intrigado.

—Guau. Realmente lo has planeado todo. Bien —dice—, ¿por dónde empiezo? —Se quita las gafas, listo para empezar.

Antes de que pueda darle la espalda, ya se está quitando la camisa por la cabeza.

Me detengo, aturdida, y me quedo mirando. No me arrepiento de la forma en que mis ojos se detienen en él. Aunque he pasado noches con estrellas que dedican horas y horas a perfeccionar su físico, el pecho de Max es... lírico. Es discreto, pero imposible de ignorar. Los músculos de su estómago parecen trastes de guitarra y el contorno de sus costillas, teclas de piano; y solo pienso en que quiero poner mis dedos encima para saber qué melodía surge.

Me encuentra perdida mientras lo observo. Su silencioso orgullo se transforma rápidamente en preocupación.

—Ir con el pecho al descubierto no es una de las opciones, ¿verdad? —pregunta sosteniendo su camisa en una mano de manera protectora.

Me pongo roja.

—No seas ridículo —digo mientras lucho por formular la oración. Ante la necesidad de alejarme de la avalancha de sentimientos en los que estoy atrapada, le tiro la bolsa con la etiqueta *Emo*, y luego salgo de la habitación.

En el pasillo, se me llena la nuca de sudor, lo cual no tiene nada que ver con las cálidas llanuras de Georgia que estamos atravesando.

Me dirijo a la sala de estar para unirme a la banda, mientras ignoro la mirada de complicidad que me lanza mi madre. En cambio, me concentro en pasar desapercibida entre el reducido público. Me las arreglo para encontrar un espacio en el suelo frente a la cafetera, junto a Kev, que reorganiza sus listas de reproducción de Spotify en el móvil. Veo corazones en el título de una.

Se pasa de manera contemplativa los dedos callosos por la barbilla, levanta la vista y mi presencia lo distrae un segundo.

—Canción de amor favorita —dice de la nada. Habla despacio, tranquilo, en su voz baja.

—¿Qué?

—Tu canción de amor favorita —aclara—. Tengo una lista de reproducción con mi esposa. Escuchar lo que ha elegido el otro nos ayuda a sentirnos, ya sabes, conectados. —Asiento—. Necesito tu canción de amor favorita —continúa—. Vamos.

Digo lo que me viene de inmediato a la mente, sin saber si solo estoy recordando el vídeo que los fans encontraron de Max y yo en la universidad, o si sería mi elección si ese material no existiera.

—*Can't Help Falling in Love* —digo con suavidad.

En silenciosa aprobación, Kev añade la canción mientras yo me retiro a los recuerdos de mi corazón. *Max y mis viejas canciones en sus labios. Nuestro beso en Orleans. Unchained Melody. Sesiones de escritura nocturnas. Yo sonrojada cuando lo veo sin camisa... ¡Maldita sea!*

Si no tengo cuidado, me encontraré a medio camino de *Heartbreak Road*, pero sin dirección a casa.

Salgo de mi introspección cuando todos se giran porque Max baja por la pasarela vestido con el *look* que yo misma he ideado. Es todo negro, por supuesto. Su camiseta, sus pantalones cortos recortados, sus Vans de caña alta, su cinturón con tachuelas de metal. Una mezcla de My Chemical Romance con Nine Inch Nails: perfecto.

Pero no es Max. Aun así, se divierte y nos mira con ojos hastiados mientras se aparta el pelo de la frente de forma exagerada. Me río, encantada. Es gratificante verlo jugar. Toda esta experiencia está destinada a ayudarlo a intentar algo diferente, así que ¿por qué no cambiarle también el *look*?

Salto de donde estoy sentada.

—Está bien —grito por encima del ruido de la multitud—. ¿Quién vota que sí?

Todos votan que no y Max parece aliviado. Cuando se retira al dormitorio para cambiarse, lucho contra mis deseos de seguirlo.

Vuelve con un estilo *indie-pop*, corderoy en colores pasteles combinado con una camisa con

botones estampada. El atuendo de los hípsters de la universidad que trabajan en la radio del campus para instruir a todos los estudiantes con sintetizadores elegantes. El conjunto obtiene algunas aprobaciones. Luego, pasamos al resurgimiento del *grunge*: vaqueros rotos con la chaqueta de cuero más gruesa que pude encontrar; y luego a la combinación de la estrella del *rock* clásico: chaleco y pantalones de cuero.

La votación se divide equitativamente, todos quieren ver qué hará Max a continuación.

Al fin, aparece con el estilo *Rat Pack* de los años cincuenta. Es exagerado, formal y algo caprichoso, pero lo complementa de inmediato. Es como cuando encuentras una canción que parece escrita para ti, para tu voz. Si bien el atuendo de Max no es la elección obvia, funciona porque lo representa. Harcourt Homes en el escenario.

Siento que el rubor se extiende. No solo parece él mismo, sino que está muy guapo. Las solapas, los colores ébano sobre marfil, la forma en que el corte del traje hace que parezca sonreír sin mover los labios. Hasta duele mirarlo.

Sin embargo, no es exactamente lo que busco. Mientras el grupo se ríe y él saluda con grandiosidad a mi madre con su sombrero, yo me levanto de nuevo. Al acercarme, escucho el coro de mi pulso en mis oídos, negándose a ceder.

Tengo a Max justo delante, y lo cojo del nudo de la corbata.

—¿Puedo? —Asiente, un poco sin aliento.

Le cojo el sombrero y, cuando le quito la chaqueta, nos acercamos aún más. Su pecho sube y baja a su propio ritmo, en sincronía con el mío. Con dedos temblorosos, le aflojo el nudo de la corbata, y la dejo suelta alrededor de su cuello, luego le desabrocho el botón del cuello.

Bajo mis órdenes, Max guarda silencio.

—Una cosa más —digo por encima de mi propia respiración entrecortada.

Paso junto a él, por el pasillo hacia el dormitorio, donde cojo sus gafas. Vuelvo a la sala de estar y se las coloco justo en los ángulos de su cara que conozco tan bien, incluso diría que de manera devastadora. Su expresión parece serena, como si se negara a apartarse de la cuidadosa presencia de mis manos.

Cuando termino, apenas puedo mirarlo a los ojos.

Lo hago girar rápido para que quede cara a cara con el grupo. ¿Cómo es posible que estar con Max me ponga más nerviosa que salir por la tele? Con otra mirada intensa de su parte, se me aflojarían las rodillas. Me armo de orgullo con la esperanza de ocultar todo lo que mi corazón experimenta.

Hamid es el primero en reaccionar.

—Maldición —exclama.

Todos se unen con entusiasmo al aplauso lento que comienza Savannah. Eileen parece impresionada. Vanessa silba.

—¡Oh, guau! —exclama mi madre.

—¡Que alguien me consiga una plaza en Harcourt Homes! —grita Vanessa. La tímida sonrisa que aparece en el rostro de Max mueve hilos que no sabía ni que tenía dentro. Lo rodeo y de manera discreta encuentro mi asiento de nuevo al lado de Kev.

Nuestra audiencia tiene razón, Max es... *sexy*. Como Sinatra, a la mañana siguiente. El estilo actualizado de la vieja escuela exuda de su nueva apariencia, y el pianista tímido se convierte en un músico desenfadado.

Es encantadora la facilidad con la que abraza al personaje. Por supuesto, todos votan que sí a su nuevo *look*. Pronto, posará para fotografías con la banda y examinará su reflejo en las ventanas.

Me centro todo lo que puedo en pasar desapercibida.

No quiero encontrarme con el ópalo verde de la mirada de Max. No quiero sentir lo que me provoca estar cerca de él. No quiero escuchar las complicadas melodías de las preguntas que su presencia me murmura.

Por primera vez, además de cantar una canción sobre el amor que solíamos compartir, descubro que tengo que apartarme de la mirada de Max, no puedo arriesgarme a hacer lo contrario. Si en algún momento me llama la atención o sonrío, no sé qué podría pasarle a mi corazón.



DIECINUEVE

Max

Cuando llegamos a Houston, ya había una multitud de fans esperando a Riley. En el momento en que sale del autobús, adopta el papel de famosa, firmando autógrafos con sonrisas genuinas a pesar del largo viaje y del hecho de que pronto nos dirigiremos a la prueba de sonido. No ha tenido tiempo para sí misma, pero, en este momento, parece que no lo necesita.

Me detengo cerca del autobús, con ganas de estirar las piernas. La noche es cálida y agradable, no tan pegajosa como en Florida. Al contemplar el espacioso paisaje de rascacielos que se elevan desde el suelo, empiezo a sentir miedo de entrar al estadio. Supongo que sus pasillos laberínticos resultarán igual de claustrofóbicos como los demás.

Me distraigo cuando escucho a alguien decir mi nombre entre la multitud.

Casi de manera instintiva, quiero evitar la mención, y solo pienso que es un fan que espera obtener información, el rumoreado interés amoroso. La idea me agota del mismo modo que lo hace la perspectiva de los lados oscuros del escenario.

Entonces, escucho mi nombre de nuevo: *Maxwell*, no *Max*.

Me enfrento a la fila de fans y me encuentro con los ojos de una mujer. Tiene más o menos mi edad, tal vez un poco más joven, y aunque nunca nos hemos visto, la reconozco. Es la cara que he visto en fotografías sobre una cómoda repleta de cosas.

—¿Delia? —digo.

Pone una sonrisa de oreja a oreja. A pesar de mi cansancio, no puedo evitar devolverle la sonrisa. La nieta de Linda se parece a ella, hasta en el espacio entre los incisivos. Cuando me acerco, se inclina sobre la barandilla de metal, la emoción ilumina sus rasgos afilados.

—Me alegro mucho de haberte encontrado —dice—. Mi abuela me compró entradas para mi cumpleaños e insistió en que me hiciera una foto contigo.

Quiero hacer lo que hace Riley. Traer a flote alguna reserva oculta de perfección para tomar una *selfie* a la altura. En cambio, no me muevo, y mi corazón se estruja con fuerza en mi pecho.

Es sorprendente lo rápido que me golpea la nostalgia, ni siquiera conozco a Delia fuera de las historias de Linda. Ella es el fragmento más pequeño y endeble de su hogar. Aun así, con la mera mención de mi residente favorita de Harcourt Homes, la emoción me traspasa.

—Claro, hagámonos una foto —digo con seriedad. Si bien tengo que forzar la sonrisa, me alegro de hacerlo—. ¿Cómo está Linda? —le pregunto a Delia cuando ya ha sacado la foto.

—Está bien, pero me dijo que no te hablara de ella porque tienes cosas mucho más interesantes que hacer —responde Delia. Noto más características de Linda en la irónica picardía de la sonrisa de su nieta—. También me pidió que consiguiera información personal, lo cual no voy a hacer porque no te conozco.

Me río y mis hombros se aflojan un poco.

—Gracias por eso. Salúdala de mi parte, si no te trae problemas.

—Lo haré, aunque los traiga —dice—. Oye, si no es mucho pedir... —Sus ojos vagan de mí a Riley, quien se está enfrentando a la multitud de cámaras como si fueran viejos conocidos.

Sonrío, asintiendo.

—Iré a buscar a Riley. Espera.

Camino a lo largo de la barricada de metal hacia ella, sin acostumbrarme a la forma en que los ojos de los espectadores me siguen. Cuando la alcanzo, levanta la vista, con un rotulador en la mano y la punta colocada sobre un cartel del concierto que está firmando.

La promesa de la noche previa al espectáculo brilla en su piel. Parece que la he pescado haciendo lo que más le gusta del mundo.

—¡Ey! —dice—. ¿Estás listo para revelar tu nuevo estilo esta noche?

—¿Estás tú lista? —le pregunto—. Tal vez suba de posición en el *ranking* oficial de tus ex.

Mientras Riley pone los ojos en blanco ante la broma, noto la incomodidad en su ceño, lo cual no era mi intención. No disfruto de las listas poco halagadoras, que, de todos modos, sé que no son culpa suya.

—No leas esas cosas —me aconseja con seriedad—. Y vamos —añade—, ya sabes que eres el número uno. Sin dudas.

Mi corazón se acelera de una manera que solo ella puede provocar.

—Si no te importa —respondo, y sin ocultar que estoy flotando—, una de las nietas de mis residentes está ahí, es la del vestido amarillo, y quiere conocerte.

Riley busca en la fila hasta que sus ojos encuentran a Delia, y ella saluda.

—Vamos —me dice mientras recolecta más CD y vinilos de gente que los quiere firmados.

Doy un paso hacia atrás, sin querer privarlos de los preciosos segundos que tienen para decirle cuánto significa su música para ellos. El sudor empieza a pegarme el pelo a la frente. Me alejo de la multitud, y me dirijo al lateral del autobús, donde encuentro a Frank en las escaleras, acabando de comer un sándwich.

En un intento de tener un momento para mí, me concentro en Houston. Las autopistas bajas pasan por calles interminables y el sol poniente se refleja de manera impecable en los rascacielos. Me sorprende la abrumadora escala del paisaje neutral; no llegaré a conocer este lugar y será solo un instante más en esta vida de impostor.

En el fondo me agota. Las ciudades que visitamos son como los fanáticos: personalidades

enteras que nunca conoceremos a fondo, con una vida que nunca entenderemos de verdad cuando pasen por delante de nosotros a raíz de los rigores del tiempo de la gira. Houston no es diferente. Es solo otra noche, en otra ciudad desconocida.

En silencio, empiezo a disfrutar de los recuerdos y me sumerjo con sentimiento de culpa en otro lugar. La mera mención de Linda me hace evocar el comedor de Harcourt Homes, el olor familiar de la cocina. La charla con los residentes que quiero como si fueran familia, la alfombra bajo mis pies, y la forma en que las teclas de mi piano favorito se mueven bajo mis dedos.

No necesito los dones líricos de Riley para describir este sentimiento. Echo de menos mi hogar y estoy estancado en medio de la gira. Llevo ocho semanas lejos de sus comodidades y no volveré hasta dentro de otras ocho más.

No me iré antes, sin embargo. Y la residencia estará ahí, de una forma u otra. Mientras que Riley irá por nueva música, nueva gente, nuevas ciudades. En términos de composición, a veces siento que soy una nota tocada en bucle. En cambio, Riley tiene listas completas de principio a fin en constante evolución.

—Es única.

La voz ronca de Frank me sobresalta. Miro hacia abajo y encuentro que me observa, y estoy seguro de que me estaba examinando mientras miraba a Riley.

—Por supuesto que lo es —respondo. De manera extraña, es lo más fácil de decir del mundo—. Por algo es Riley Wynn.

Frank arruga el envoltorio de su sándwich y sacude la cabeza.

—No, no me refiero a eso, aunque sí lo es. Quiero decir que es única porque es una de las pocas famosas que he conocido que no siente nostalgia. —Frunzo el ceño y la perspicacia de Frank me sorprende. Sonríe y me deja la impresión de que no soy el primer músico con el que inicia esta conversación—. Puedo leer la nostalgia en alguien como puedo escuchar si están usando Zildjian o Sabian en los platillos. —Sus palabras no contienen juicio o duda. Yo solo asiento, ya que es la única respuesta que puedo encontrar—. Algunas de las mayores estrellas del *rock* del mundo sienten nostalgia —comenta—. Mientras viven su sueño, les preocupa lo que les falta en casa. Luego, se sienten frustrados porque se preocupan en lugar de vivir su sueño, en especial porque saben lo rápido que estos sueños pueden agotarse.

Se gira viento mientras sopeso sus palabras, que me han aliviado. Es reconfortante saber que la nostalgia no significa que no esté hecho para esta vida. Porque quiero quererla; quiero quererla para Riley.

Aprendí una lección de nuestro pasado: ella nunca podría querer a alguien que no pudiera corresponderle con su sueño, que sea incapaz de perseguir la electricidad que anhela. Cuando no la acompañé en la gira que planeamos juntos, ella eliminó cualquier posibilidad de continuar juntos. Sin discusión alguna, se terminó.

Estoy seguro de que Riley solo me querrá si me uno a ella en este viaje sin fin, en este camino donde el único destino son sus esperanzas más alocadas. Y, si lo que dice Frank es cierto, todavía puedo hacerlo, porque si sueños como estos pueden encajar en mí a pesar de mi añoranza, entonces besar a Riley tiene un destino.

Siento una oleada de gratitud por las amables palabras de Frank, expresadas de forma impecable. Cuando estoy a punto de darle las gracias, Carrie se acerca a nosotros.

—Aún quieres ver el espectáculo de esta noche, ¿verdad? —le dice a Frank.

Cada indicio de nuestra conversación huye de los rasgos de Frank, quien se levanta rápido y se alisa la camisa.

—Estoy listo cuando tú digas.

—Me cambio y ya podemos hacer la prueba de sonido —dice Carrie. Cuando ella sube las escaleras, junto con Frank hacen una suerte de baile para descubrir de qué lado va a pasar cada uno para que Carrie pueda continuar su recorrido. Frank espera, mientras la mira irse. Cuando ella está fuera del alcance de nuestros oídos, Frank vuelve su mirada hacia mí.

—Pregunta rápida. El padre de Riley, el marido de... —Hace silencio.

No puedo evitar sonreír.

—Divorciados —digo y espero que, con la información, le esté devolviendo el favor.

Él asiente un par de veces, casi como si se diera ánimo. Le doy una palmada en el hombro.

En estos últimos minutos, Riley ha abandonado la cola de fans, y, con una nueva ligereza disipando el temor, me dirijo al estadio. Encuentro el camino hacia la entrada de los artistas, la geometría de lugares como este ya me resulta intuitiva. Cada estadio es como el repertorio que tocamos cada noche: diferente, pero igual. En el interior, me saludan los habituales pasillos con iluminación cenital, y realizo los mismos movimientos familiares: reviso mis micrófonos, subo al escenario para tocar el piano antes de la prueba de sonido, y luego una ducha en los baños (a pesar de las dimensiones, el vapor es agradable). No me importa mi rutina, no esta noche, hoy me siento... competente. Experimentado, más como los músicos que conocí en Nueva York y menos como el personaje habitual del comedor de Harcourt Homes.

Cuando salgo de la ducha, me pongo la ropa que han decidido por unanimidad durante el divertido viaje de esta mañana. Mi parte favorita del conjunto no es la corbata suelta, ni toda el aura de pianista de la vieja escuela. Es el recuerdo de Riley, a centímetros de mí, cuando me puso las gafas con sus ágiles dedos.

Me dirijo a la sala de espera, satisfecho con cómo ha salido todo. Mi sonrisa arrogante muere cuando veo a Riley.

Ella... ha cambiado por completo. Sentada en el borde de un asiento con los auriculares puestos, mira fijamente a un punto de la pared.

Rara vez la he visto de esta manera: estresada, retraída, destrozada en lugar de energizada

antes del espectáculo. Por lo general, parece un rayo, pero en este momento es más bien la marca abrasadora donde una vez cayó ese rayo.

Me dirijo a Vanessa, que está parada cerca de la mesa donde los objetos de Riley permanecen intactos. Ella la está mirando, preocupada.

—¿Qué ha pasado? —pregunto en voz baja.

—Había flores para ella cuando llegamos —responde Vanessa con furia en el fondo de sus ojos—. Del... actor. Supongo que escuchó la especulación de que *Until You* no habla de él —agradezco que ella no se entrometa ni insinúe quién es la verdadera inspiración de la canción.

Mis ojos regresan a Riley, y se me hace un nudo en el estómago.

No sé qué hacer. Por supuesto que quiero ayudar, pero no tengo ni idea de cómo. Ni siquiera reconozco a la Riley que tengo delante: una estatua nerviosa y destrozada. ¿Por qué la trastornan tanto las flores de Wesley Jameson?

El motivo me golpea con fuerza. *No lo ha superado.*

Al instante me siento ridículo por suponer eso. Ella acaba de terminar una relación, un matrimonio, con él. Si su amor por mí la dejó con el dolor que puso en cada sílaba de *Until You* una década después, por supuesto que su matrimonio aún no se ha marchado del todo de su corazón.

Me siento infantil por olvidarlo, sin mencionar los celos que me atacan. En cierto sentido, es igual de raro a como lo fue cuando tocamos en el Madison Square Garden. Quiero decir, sé quién es Jameson por los titulares de las noticias cada vez que hace algo encantador, o por los títulos de reproducción automática en Netflix, o por el hecho de que a Jess le gusten sus malditas publicaciones de Instagram.

Es surrealista. Mientras tengo a Riley en mi corazón, el hombre más cercano a su corazón es... el novio de internet.

A pocos minutos de la prueba de sonido, con Riley sentada vacía en el sofá de cuero, acepto este duro recordatorio. Y creo que lo necesitaba.

Puede que haya inspirado la mejor canción de Riley, pero no soy su gran amor.



VEINTE

Riley

¿Pasarás el resto de tu vida conmigo, Riley?

Solo tengo unos minutos hasta salir de nuevo del vestuario. Los paso con los auriculares puestos, mientras escucho *Homemade Rollercoaster* y espero con desesperación poder usar mis propias palabras para ahogar el rugido de mi cabeza. Sé que a mis fans les funciona, los he visto decir por redes que los ayudo a escapar de sus propias dudas, de las peleas de sus padres o de las desagradables palabras de sus ex.

¿Pasarás el resto de tu vida conmigo, Riley?

Aunque no hubiese nota, las flores de Wesley me han despertado muchos recuerdos. Lo odio por ello, y quiero olvidarlo del mismo modo que me arrepiento de haberlo dejado entrar en mi vida.

En el vestuario me pregunto si alguna vez lo haré. En medio de todo, la gira, el reconocimiento por *The Breakup Record*, las sesiones de fotos, Max, fingí su ausencia en mi vida y mi memoria. Ahora, la sombra de mi mayor error me ha alcanzado.

Sería fácil decir que era joven, que no sabía lo que hacía. Que fue algo impulsivo e impetuoso, y que no era consciente de que el amor a toda velocidad era diferente del amor real. O acaso perseguía la fama, con los ojos brillantes, enamorada de la idea de que una imponente estrella de cine me amara.

He escuchado todas las versiones. Versiones de canciones con comentarios mediocres que explican mi condenada historia de amor en la interminable maquinaria de la opinión pública.

Nada de eso está bien. Me enamoré de mi exmarido por una razón que nunca negaré, a pesar de odiar las consecuencias.

Él es como yo. Me vi reflejada en él de maneras deseables y destructivas. Lo percibí cuando nos conocimos, en una fiesta de una revista el enero pasado, donde regalaban bolsas con iPads. Él era famoso, y su aura sombría lo había llevado a participar en suficientes películas para tener ya cierto reconocimiento. Yo estaba dentro de la lista de famosos solteros recientes y destacados, lo que me convertía en alguien «a quien mirar», «en ascenso», «a la vista», o cualquier frase que cada publicación o *podcast* quisiera lanzar. Las luces de la fiesta brillaban ante nuestros ojos, y cuando mi publicista nos presentó, él me besó la mano.

Era un gesto propio de él, algo que a futuro llegaría a entender. Era algo dramático, solo que él

tiene una asombrosa delicadeza para la ejecución de acciones extravagantes que en otros hombres serían exageradas. Sin embargo, en él... funcionan. El efecto me intrigó de una manera que no lo hacía el halago formal de un beso. Entendí, en ese momento, cómo su estatus de estrella podía seguir progresando.

Nos intercambiamos los números de teléfono y, durante los meses siguientes, descubrí su otro lado descontracturado. Al enviar mensajes, no era solo informal y entretenido, era... conversador, efusivo, incluso algo tonto. Me envió memes, y no nos vimos mucho debido a su exigente calendario de rodaje internacional para *Reckoning*, pero sentí que nos conocíamos cuando nos reunimos en París para la Semana de la Moda en marzo.

En lugar de asistir a los eventos programados, regresamos a su habitación de hotel y tuvimos horas de sexo. Su ático daba a la azotea del hotel, donde me instalé con él, con vistas (¿a dónde más?) a la maldita Torre Eiffel. Una vez más, él era ridículo y deslumbrante por su romanticismo. Era él.

Me dejé llevar, él tenía treinta y ocho años y yo veintinueve. Me resultaba casi incomprensible entender que mi vida me llevara allí.

Durante una noche en París, se acercó a la barandilla poseído por un aura imperial, y cuando empezó a hablar, no pudo parar. Lo compartió todo conmigo, cómo sentía que alcanzar sueños anhelados por tanto tiempo solo lo hacía querer más. Él lo quería todo, y él me quería. Lo miré, embelesada. El amor se sentía como en mis propios sueños, con la peligrosidad como para exigir que le diese todo. Ahí me dijo que no solo quería fama o prestigio: quería que su obra viviera para siempre.

Me miraba mientras narraba su monólogo incesante y me arrasó con su cualidad de hombre huracán. Con mis manos en las suyas, dijo que me quería en su vida. No más coqueteos por mensajes, quería ser mi pareja y amarme. Nunca olvidaré sus palabras exactas, las que se repiten ahora en mi cabeza, el horrible estribillo que las flores me arrancan.

¿Pasarás el resto de tu vida conmigo, Riley?

Dije que lo haría. Teniendo en cuenta la predilección de mi mente por la lírica, me fascinó, y a la vez pudiendo entender con exactitud cómo había logrado convertir una poética exagerada en un encanto innegable. Parte de esto es arrogancia y su inteligencia. Ha leído cientos de guiones y ha reinventado a Shakespeare en los escenarios de Londres. Él formulaba la pregunta dentro de la pregunta. *Pasar toda la vida juntos*. Vamos a ser inmortales. Entrelaza tu vida con la mía.

¿Pasarás el resto de tu vida conmigo, Riley?

Acababa de terminar escenas importantes para el piloto de *Reckoning*. Era el nuevo favorito de HBO, que yo sabía que lo hacía feliz. Y, maldición, también me hizo feliz. No solo por él; yo comenzaba a comprender el sentimiento estratosférico de la promesa creativa. Recuerdo la soledad de mis nuevas alturas, por muy alegres que fueran. Recuerdo lo bien que me sentí al

encontrar a alguien que pudiera cantar los mismos acordes de una promesa arriesgada y de esperanza ilimitada. En él encontré un espejo de mí misma.

No me di cuenta de que él nunca escuchó con el mismo entusiasmo cuando le hablaba de las reuniones con la discográfica y los resultados, o cuando conseguí mi primer estadio, o cuando empezaron a llegar las coberturas de portadas de revistas, hasta que lo hice. A partir de ese momento, me di cuenta todos los días. Intenté pasar por alto los destellos y fingí con mi maldito optimismo que no me importaba que ese hombre magnético no estuviera interesado en mi carrera en alza. Pasé varios meses a la espera de que él se sintiera tan afortunado como yo, al despertar cada día encantado de encontrar el reflejo de mi propia alegría implacable.

Excepto que él no quería una imagen reflejada, solo quería un espejo. No quería que yo igualara su estrellato, su estatus, su leyenda. Quería que lo reflejara, así que se mostró más relevante.

¿Pasarás el resto de tu vida conmigo, Riley?

Con el tiempo, su falta de elogios se transformó en desánimo. Oportunidades desperdiciadas, reconocimientos minimizados. Sus rechazos dolían como nunca lo haría el sordo rugido de las críticas en línea: cuchillos sutiles en lugar de apisonadoras psicológicas. Por supuesto que solo necesitamos unos meses para que todo se fuera a la mierda.

Me niego a arrepentirme, aprendí demasiado de nuestra relación. Buscar a alguien como tú no es amor: es narcisismo. Alguien puede vivir como tú, hablar como tú, esforzarse como tú, y no amarte ni cuidarte. Nuestro matrimonio fue como tocar las notas una al lado de la otra en el piano; no armonizan, están en conflicto. Los complementos se esperan en otra parte compatible.

Por eso ha venido a atormentarme, por eso se aferra a *Until You*, y sé que no tiene nada que ofrecerme en comparación con la compañía que anhelo en el fondo.

Wesley, sin embargo, sabe que podría darle lo que quiere. Él sabe cómo podría iluminarlo y el hecho de que no lo haga lo pone furioso. Está decidido a robarme algo convencido de que yo le he robado a él.

Quiere explotar mi canción; molestarme de todas las formas posibles, incluso con las flores. Es como si tuvieran caras burlonas que miran desde el reflejo del espejo. Blancas, con pétalos largos en forma de labios... No sé de qué clase son, ni me importa.

Es el eco, porque no es casual que me haya enviado flores justo cuando se cumple un año de nuestro viaje a París.

Enviarlas ahora no ha sido por amabilidad o por el deseo de recuperarme; ha sido un recordatorio. Él sabe cómo hablar con metáforas e imágenes de la misma manera que yo, y está utilizando un lenguaje elegante con una intención inconfundible. Puede que lo haya dejado atrás, según él, pero en realidad siempre estaré al final o al comienzo de la próxima relación. Mi ciclo de rupturas está en las flores.

Sabe que la aparición de Max en mi vida, en los titulares, es el momento perfecto para estampar su obra maestra en mí. Hacer que me acuerde de él cuando intento conocer a alguien nuevo. Es lo mismo una y otra vez, ya sea Wesley o un chico de un bar, o Max, siempre terminaré escribiendo mi dolor en una canción.

Ahora se trata de Max. El siguiente jinete en el carrusel condenado al fracaso que conduzco. Siento que me enamoro de él, o tal vez solo estoy desempolvando sentimientos que nunca había sacado del estante de los recuerdos. Ni siquiera es nuestra historia lo que me preocupa, aunque en el fondo un poco sí, tengo miedo de que vuelva a salir de mi vida. El verdadero miedo es más profundo.

No creo que el amor sea algo duradero, al menos en mi vida.

Después de haber puesto tanto de mí misma en escribir sobre el desamor, siento que me he escrito en una profecía pop autocumplida. Soy la encarnación viva de mis canciones de amor, la dirección de mi relación con mi música reversionada, y mi vida romántica reducida a la miseria del personaje principal. En lugar de escribir mis estribillos, ellos me escriben a mí.

Ojalá no fuera así. No es mi elección, no del todo. La Riley que mis fans quieren es la que les ofrece sus interminables problemas románticos. Soy su Ícaro enamorado favorito, y me elevo hacia el sol hasta caer del cielo, solo para ascender una vez más con nuevas alas hechas a mano. Todo el mundo quiere a una amante desafortunada.

Si necesito continuar de esta manera, al revivir alguna vez mis propias letras (las angustias que me mantienen cantando, las canciones que me mantienen desconsolada), lo haré.

Si el amor es el precio que debo pagar por mis sueños, estoy dispuesta a pagarlo.

Perfeccioné el uso del dolor al servicio de mis espectáculos en lugar de luchar para alejarlos. Recuerdo las increíbles y malditas actuaciones que hice de manera inmediata mientras atravesaba el dolor. La sesión de Spotify Live que hice la semana que mis padres me dijeron que se iban a divorciar, el espectáculo en Nashville donde toqué promocionando mi primer álbum la noche en que Jacob Prince (maldito sea Jacob Prince y sus horribles fans) me dejó. Canté desnuda, destrozada y honesta, y fue genial.

Esta no es una de esas noches. Al salir del camerino con las manos temblorosas y la nuca bañada de sudor, me siento estancada, atrapada en la jaula llena de arrepentimientos que he construido a lo largo del último año.

Cada noche de *The Breakup Tour* empieza conmigo acercándome al micrófono con mi vestido de novia, con Vanessa tocando la línea de batería inicial de *One Minute*, que evoca de manera intencional un reloj. Cuando me uno a los primeros acordes de mi Fender blanca, escupo una de mis letras favoritas.

De manera desafortunada, es larga y con demasiadas sílabas, lo que me obliga a adelantarme al primer compás del verso.

Entro entre bastidores con el vicioso recordatorio de Wesley, que persiste como el olor a miel rancia de las flores. Sobre el ritmo inicial, subo al escenario, adornada con el vestido con el que caminé por el pasillo hacia él, con la cabeza hecha trizas. Los focos impactan contra mis ojos, y la enormidad de la multitud es abrumadora.

Sudando sobre mi seda, confundo el verso.

—*You want...*

Las sílabas no encajan.

En lugar de compensar y cambiar la letra que años de intuición escénica deberían haberme ayudado a lograr, solo me detengo. Siento que se me cierra la garganta y las lágrimas acuden a mis ojos, lo que me moviliza al nivel que ni siquiera tengo la confianza para seguir adelante; para fingir que lo decía en serio.

Incluso en este momento sé por qué es: estoy avergonzada. De cuán alto sueño, de cuán profundo me dejé amar por el hombre que terminó infligiendo las crueldades que revivo en mis letras cada noche.

Porque si bien la canción es de Wesley, la empiezo con una descripción de mí misma.

You want a story of a lamb who led herself to slaughter.

A romance of a wayward son who met a favorite daughter.

Por supuesto, si bien mi error ha sido de aficionada, mis músicos no lo son, y con una maestría perfecta, reinician el verso.

Es incómodo; todo el mundo, y es probable que cada persona de la enorme audiencia, sabe que me he equivocado. Riley Wynn, a quien han venido a escuchar, la ha cagado a los pocos segundos de poner un pie en el escenario.

Al instante, me regaño para concentrarme. Cuando repito el verso, entro de manera perfecta en la línea. Me comprometo en silencio a tocar con precisión. Durante el resto del espectáculo, estoy en mi cabeza, y me concentro en mis propias letras, sin permitirme sentir las emociones de mis propias canciones, por miedo a que me lleven consigo.

No es la actuación que quiero dar, ni el espectáculo que mis fans esperaban. No quiero ser esta máquina de discos humana, que ofrece a mi audiencia solo la cosificación viviente de los vídeos musicales. Pero nada más sale mal, y es exacto lo que quiero. Tan solo, no soy yo. Me siento culpable al mirar a las miles de personas que han venido a ver este espectáculo, que no tendrán la oportunidad de verme el próximo fin de semana cuando haya superado este momento. Lo cual haré.

Entonces, los compenso. Añado canciones de mis álbumes anteriores a la lista. Las toco, solo yo y mi guitarra. Al querer compensar las actuaciones distraídas del repertorio principal, espero que estos extras resulten íntimos, incluso si en mi corazón se sienten desesperados. Bajo las luces, me ahogaré durante tres horas.

Cuando salgo del escenario al final de la noche, exhausta en todos los sentidos, siento que he dado todo lo que he podido. Aun así, estoy furiosa conmigo misma. Me abrumo rápido, y el interruptor se volvió a activar de repente sin que la música me distrajera.

No debería haberme forzado o subido al escenario cuando sabía que no estaba lista. Debería haberlo retrasado todo y darme el espacio mental que necesitaba. Es habitual que los conciertos empiecen con quince minutos de retraso, o cuarenta y cinco. Nadie se habría dado cuenta y les habría dado a mis fans el espectáculo que merecían.

En lugar de eso, continué distraída.

Incapaz de luchar contra la compulsión, reviso mi móvil, casi en modo de control de daños emocional. No tengo ninguna duda de que los críticos estaban entre el público, sin mencionar a los fans, que a menudo son los críticos más duros. Si bien estoy bastante segura de que un espectáculo de mierda no dañará la reputación de toda la gira, necesito saber de forma exacta la magnitud de las consecuencias a las que me enfrento.

Lo que encuentro en mi primera búsqueda es... peor. Sí, algunos titulares me reprenden por el «vergonzoso» inicio. No es de lo que habla la mayor parte de internet, sino de una historia diferente. Sobre cómo, según una fuente cercana a la pareja, Wesley me envió flores antes del espectáculo. «¿Reconciliación?», se preguntan los artículos. Elogian a mi exmarido por el elegante gesto de apoyo.

¿Fuente cercana?

Estoy furiosa. Fuente cercana, ¿de qué diablos hablan? Sin lugar a duda se trata del agente de Wesley. Aprieto el móvil, lista para aplastar el dispositivo contra el suelo.

No. Contengo el impulso, sé lo que tengo que hacer en su lugar. Mientras corro por los pasillos del estadio como si me estuvieran persiguiendo o estuviera huyendo, encuentro a Eileen, que me recibe con calma.

—No te preocupes por eso —dice—. El espectáculo ha sido magnífico.

Sacudo la cabeza con vehemencia, demostrando que no quiero que me tranquilicen, lo que quiero es eliminar el dolor y hacerlo productivo. A lo largo de mi carrera, he aprendido a apreciar cada herida. Todo el mundo tiene instintos de supervivencia, y este es el mío. Emociones como estas significan que puedo grabar con mi dolor discos de platino.

—¿Puedes conseguirme unas horas en un estudio? —pregunto sin resistir la impaciencia.

Pone unos ojos como platos.

—Nos vamos mañana...

—Lo sé, pero me refiero a ahora —digo—. Esta noche, solo por unas horas... —Mi voz entrecortada me irrita. Exhalo en el pasillo claustrofóbico, y me siento lista para salir de mi piel bajo la iluminación intransigente.

La preocupación ensombrece los rasgos de Eileen.

—Llevamos muchos días de viaje —responde ella—. Acabas de dar un espectáculo. Quizás deberías descansar.

—No puedo. Yo... —Las lágrimas me atacan una vez más—. Lo necesito...

Necesito convertir esto en algo mientras aún pueda.

Eileen, con una larga mirada llena de compasión, asiente.

—Por supuesto —dice con resolución tranquilizadora, luego repite—. Por supuesto, veré qué puedo hacer. Me imagino que encontraré algún estudio en Houston que estará encantado de que Riley Wynn grabe allí sin importar la hora. —Se esfuerza en sonreír.

Me las arreglo para devolverle el fantasma de una. La forma en que ha dicho mi nombre, después de invocar a mi yo grabado, me encanta. Quiero utilizar este dolor al servicio de Riley Wynn en lugar de sentirme atrapada con la tristeza de Riley, ese yo que firmó los papeles del divorcio.

Le doy las gracias, y cuando voy a mi camerino, me despojo de mi apariencia escénica lo más rápido que puedo. Me limpio el maquillaje frente al espejo, donde mi reflejo silencioso me devuelve la mirada.

Mientras se la sostengo, agradezco que el silencio no sea lo único que me quede por delante esta noche.



VEINTIUNO

Max

No podía pasar una noche más sin dormir.

En mi habitación de hotel, el espectáculo se cernía sobre mí. Desde el momento en que Riley puso un pie en el escenario, supe que no se había quitado de encima todo lo que sentía en su camerino. Y, para cuando se apagaron las luces, todavía no lo había hecho. Mientras el horizonte nocturno de Houston dibujaba formas inclinadas en el suelo, persistían las preguntas: ¿Había venido Wesley al espectáculo? ¿Estaba con él ahora o con alguien que esperaba que la ayudara a olvidarlo?

Desearía haber hablado de nuestro beso en su momento.

Pero, en lugar de meterme en la cama, donde no encontraría descanso, decidí enfrentarme al problema de frente. Sin perder la compostura, le envié un mensaje a Riley. Nada muy elaborado, le pregunté si estaba bien y si quería hablar.

Ella respondió con una dirección.

Que es donde estoy llegando ahora, en esta noche cálida. Dentro de un barrio residencial, el edificio es bajo, blanco y discreto, con vallas metálicas que rodean el césped.

Mientras espero fuera, adivino adónde me ha llevado Riley: es un estudio de grabación. Incluso pasadas las dos de la madrugada, hay luces encendidas en el interior.

Al fin, uno de los seguratas de Riley emerge por la puerta principal, y asiente cuando levanto la mano a modo de saludo. La puerta del estudio se abre y me lleva al interior, a pasillos donde fotografías enmarcadas de músicos reconocidos se alinean en cada pared, hasta que se detiene en una puerta. La luz que indica que la grabación está en marcha no está iluminada.

Abro la puerta, sintiendo como una fuerza tira de mí.

En la pequeña y silenciosa habitación, Riley está sola; no hay ningún técnico o productor. Está sentada en el suelo, con los auriculares puestos, absorta en una música que yo no puedo oír. Es curioso darme cuenta de que he visto esta misma expresión en su rostro en muchas ocasiones en las que no llevaba los auriculares puestos. Quizás Riley escuche música que el resto de mortales no escuchamos.

Cuando entro, abre los ojos de golpe. La distracción que la acompañó todo el concierto ha desaparecido.

No siento alivio, para ser exacto. Por un lado, me alegro de que vuelva a parecerse a ella, pero,

por otro, que esté aquí en plena noche, después del día que ha pasado, significa que algo no va bien.

—Has venido —dice mientras se levanta y se quita los auriculares.

—¿Qué haces aquí, Riley?

Ella ignora mi pregunta y, en cambio, se acerca y me pone los auriculares, sus manos permanecen en ese sitio un poco más de lo necesario.

—Escucha esto —dice.

Cuando le da al *play*, el sonido fuerte y envolvente de la música me sobresalta. Me lleva unos segundos reconocer lo que escucho. *Retracing our steps until we're letting go*. Ha acelerado la canción, le ha dado un tempo que da la impresión de que estás corriendo hacia algo, o que todo se te escapa de las manos.

No solo es estimulante, también parece peligroso.

Levanto los ojos hacia los de Riley, y hablo por encima de la música.

—¿Grabas *Heartbreak Road* en medio de tu gira?

Ante el recordatorio de su gira, parte del brillo de sus ojos se desvanece. Coge los auriculares y los sostiene a la defensiva, o como si la protegieran. Noto las sombras bajo el brillo de su expresión, que ocultan el cansancio con una emoción implacable e imprudente.

—Tengo que hacer algo, tengo que convertir esto, esta noche y todo lo que ha pasado, en algo bueno. Haré que la discográfica se entusiasme con esto y... —Mira por encima de mi hombro, su mirada se agudiza en búsqueda de una solución imaginaria a lo que siente—. Puedo lanzarlo como un *single* sorpresa. O... no lo sé.

Se sienta delante del ordenador y, con movimientos frenéticos, alcanza el teclado para hacer ajustes.

Es doloroso verla poner su sufrimiento al servicio de la música, y quiero ayudarla.

Me siento en el sofá, cerca de la puerta.

—Ya sabes que el concierto ha sido increíble —digo. Riley se detiene, pero no me mira. Un silencio peligroso invade la habitación. Aprovecho el silencio, porque ella merece todos mis esfuerzos para hacer esto de la forma correcta—. Como dijiste: a veces los errores solo mejoran un espectáculo. Son la prueba de que es en directo. Si tus fans quisieran la perfección, escucharían el álbum grabado.

Con su cara enmarcada en el monitor panorámico del estudio, la silueta de Riley está inmóvil, hasta que al fin deja escapar algo similar a un suspiro.

—Gracias por decir eso —responde, y de mala gana, retira las manos de la consola y las devuelve a su regazo; luego gira la silla para mirarme. Algo se despierta poco a poco en sus ojos, como si se diera cuenta de lo que necesita que alguien la escuche—. No es solo el concierto —dice.

—Wesley —le confirmo. Por supuesto que sí, por él está aquí, llena de tristeza. Por más kilómetros que nos alejemos de Los Ángeles, él nunca está lejos de su corazón.

—¿Celoso? —me pregunta, sin duda percibiendo el tono áspero en mi voz al nombrarlo. No parece sarcástica ni desafiante, ni siquiera insinuante; solo siente curiosidad.

Aparto la mirada, a pesar de que soy un libro abierto, con todos los sentimientos expuestos ante *The Breakup Queen*, como la llama Spin. Mi mirada se posa en el piano vertical. No puedo mentirle a Riley, no aquí, donde se abre en canal y canta de corazón, no es justo profanar el altar de su música.

—Por supuesto que estoy celoso —lo digo con rapidez, esperando que la velocidad disminuya el escozor.

Cuando me atrevo a mirarla a la cara, veo que tiene unos ojos como platos. Asiente y cataloga mis sentimientos. Es probable que se le ocurra una maldita canción al respecto. Aun sabiendo lo que está pasando Riley, no puedo ignorar la chispa de resentimiento que enciende esta idea.

Acallo la insolente indignación de mi mente; estoy aquí por Riley, debo concentrarme en ella.

—No tengas celos —me tranquiliza. Su media sonrisa irónica, como si mi emoción le resultara ridícula, es reconfortante—. Ya no siento nada por Wesley. Yo solo... —Coge su guitarra y comienza a rasguear, como si necesitara la música para desbloquear sus rincones más íntimos—. A veces siento que es mi don: arruinar las cosas.

Su mirada se queda vacía, y es como si contemplara paisajes de escombros, horizontes que ella misma niveló sin saber cómo ni por qué.

—Mi concierto. El matrimonio de mis padres. Mi propio matrimonio —prosigue, y es evidente que no es la primera vez que se repite esta lista—. Todo lo que toco se desmorona, porque para hacer lo que hago, tengo que pagar un precio. Me debo convertir en mi propia musa.

La miro de cerca, y veo la profundidad de este sentimiento. No importa cuántos kilómetros recorramos, cuántas ciudades o estadios visitemos, Riley recorre sus propios caminos desgarradores, que tejen telarañas en todas direcciones y la conectan con la desolación de la que nunca podrá regresar.

—No creo que sea así, ni por un segundo —digo.

Riley me mira con llamas en los ojos; la esperanza lucha con la frustración, como si no se decidiera entre querer que mi tranquilidad la convenza o despreciar mi ingenuidad.

—Me dejaste, Max —dice de forma acusadora—. Teníamos una buena relación y tú la rompiste sin siquiera mirar atrás.

—Miré hacia atrás —le insisto, sin control en la emoción de mi voz. Siento que mi corazón comienza a latir con fuerza, y el tambor en mi pecho suena en el momento justo—. Créeme, miré hacia atrás, pero tú ya habías seguido adelante.

Riley ríe y a la vez enuncia un reproche.

—Entonces, es mi culpa. —Ella agarra el mástil de la guitarra, deleitada con la culpa—. Supongo que debería haber esperado, ¿no? A ver si algún día te decidías a venir conmigo. Solo has tardado diez años.

Lo que acaba de decir capta las aristas afiladas del despecho que oculté incluso de mí mismo.

—Bueno, si me hubiese quedado esperando a que volvieres, lo habría hecho eternamente.

En el eco vacío de nuestras palabras, recuerdo que la pequeña sala del estudio está insonorizada. Y me recuerda un poco a la situación que estamos viviendo: las cosas que llevamos callando tanto tiempo y que por fin estamos obligando a salir a la luz. La mujer que tengo delante me recuerda a la Riley que solía conocer más de lo que había hecho nunca. Ella no es la estrella del pop que domina las listas de éxitos y yo no soy su supuesto interés romántico. Solo somos dos personas que se enamoraron para luego destrozarse el uno al otro.

Hace que me duela el pecho, lo suficiente como para tener que suspirar.

—Mira, no podemos cambiar el pasado —digo—. Pero ahora estoy aquí.

Se le escapa un susurro desesperado.

—¿Para qué?

Su pecho sube y baja. Ninguna noche en el escenario, ni el Madison Square Garden, ni Nueva Orleans, o después de nuestro beso, nada se compara con el riesgo de este momento.

—¿Qué deseas? —le pregunto.

Mira al suelo y suelta algo que llevaba guardado en lo más hondo.

—Toca el piano en *Heartbreak Road* —dice con calma—. Y déjame grabarte. Si... también acabo perdiendo esto, al menos quiero tener un recuerdo.

Tengo mis dudas, y no es solo por las repercusiones de grabar una canción con la superestrella Riley Wynn. Oigo todo lo que no dice, todas las implicaciones. *Si también acabo perdiendo esto*. Para imaginarte el final, primero debes imaginarte el principio. Significa que Riley se atreve a sugerir un nosotros nuevo y frágil.

Significa que tal vez volveremos a caminar juntos, contando cada paso, y a la espera (solo a la espera) de poder escapar del destino.

Decidido, me acerco al piano.

—¿Cómo quieres que suene?

—Como... —Riley se muerde el interior de la mejilla, esa luz familiar de artista estrella emerge en su expresión—. Como el amanecer después de las noches de insomnio —concluye.

Considero la descripción, y pongo las manos sobre las teclas, recuerdo los amaneceres que he visto este último mes a través de la ventanilla del autobús y desde las habitaciones de hotel cuando no podía quitarme el recuerdo de los focos brillando sobre su vestido de novia.

Empiezo a tocar.

Pasan las horas mientras grabamos toma tras toma, y la canción va tomando forma poco a

poco. Exploramos diferentes variaciones para la melodía del piano, distintos estilos de interpretación, en búsqueda de la sensación que Riley desea. Ella añade su voz y el resto lo adaptamos, mezclamos los instrumentos, encontramos espacios para estirar tiempos o apresurarnos.

Mientras el sol sale, escuchamos el corte final.

Nunca me he sentido tan despierto. Mientras Riley reproduce la grabación, sonrío y asiente. Verla hacer música, su música, nuestra música, no se parece a nada que haya experimentado antes. Si todas las noches sin dormir fueran así, no me importaría tanto sufrir insomnio.

El acorde final se desvanece, dejándonos en silencio. Riley deja escapar el suspiro como si se hubiera quitado un gran peso de encima, y espero que la emoción la desborde o que el cansancio la golpee. En cambio, se ríe.

—Maldición, es buenísima —declara.

Sentados en el suelo, Riley se desploma hacia atrás de forma juguetona y exagerada. Tumbada sobre la alfombra, observa la habitación.

No respondo. No puedo. Me abruma lo perfecta que es, deshecha por su propia música. Me acuesto junto a ella mientras me apoyo en un codo.

Un mechón descansa sobre su mejilla, un imprudente afluente del delta dorado de su cabello se extiende sobre sus hombros. No puedo resistirme a extender la mano para seguir su curso.

—¿Cómo puedes pensar que arruinas las cosas? —murmuro—. Conviertes en magia todo lo que tocas, Riley.

Riley solo mira hacia arriba, sus ojos sostienen una intención inconfundible. Luego, me besa.

El beso es largo, profundo, lleno de seguridad. No es una imprudencia, una colisión colateral de pasiones que no podemos controlar. Es una certeza. El contraste con nuestro último beso, en Nueva Orleans, no podría ser más evidente. Este beso es menos un deseo, y más una necesidad.

Siento cómo cedo al instante, profundizando el beso, perdido en la sensación de mis labios sobre los suyos. Cielos, es perfecta, y su aroma invade toda la habitación.

Tengo todo su cuerpo a mi alcance. Ella es la mujer de mis fantasías, es imposible que sea real. Ella es Riley...

Mi Riley.

Apenas reconozco la versión de mí mismo que la besa, me invade una emoción que me deja al borde de las lágrimas. La quiero tanto que duele, y ningún anhelo que me haya atrevido a dejar cruzar por mi corazón me ha sacudido así, porque no los he dejado. Ahora lo hago, y escucho nuestro coro en mi cabeza.

I didn't know what love is,

Until you.

Alargo la mano y se la coloco en el cuello mientras la beso. No es como revivir el pasado o

retomar las cosas donde las dejamos.

No podría ser así, porque cuando me enamoré de Riley por primera vez, todavía no sabía cómo sería vivir cada día sin ella. Cada herida que me dejó perderla se cierra, las cicatrices se borran bajo el éxtasis de su boca sobre la mía, el eco de la canción que hemos hecho juntos resuena en mis oídos.

Cuando nos separamos, Riley me mira a los ojos con seriedad, y sé al instante que ella siente lo mismo.

Se sienta, pero, de algún modo, sé que no se irá.

Estira los brazos hacia arriba para quitarse la camiseta. *Who ever made music of a mild day?*

Las palabras de Mary Oliver me saludan desde debajo del pecho izquierdo de Riley, escritas en tinta en su piel, y veo donde la memoria se encuentra con la fantasía.

Se desabrocha el sujetador.

Siento que un suspiro me estremece al ver su pecho expuesto, y la desesperación física me desgarrar por la mitad.

—Tócame, Max. —Es el eco tremendamente *sexy* de cómo dirigió mi interpretación de piano. *No pares a medio verso, mantén la expectación. Más fuerte. Más rápido.*

No necesito más valor. La aprieto contra mí, mientras la beso, y la cojo del cuello y le acaricio los pechos, mientras ella levanta las manos y las hunde en mi pelo.

Es como si algo se rompiera, algún hilo de moderación o reverencia. De repente nos sentimos furiosos, atrapados en el apasionado control de la década que pasamos el uno sin el otro. Presos de un hambre instantánea y feroz.

La deseo. Joder, la deseo tanto.

La presiono contra el suelo del estudio de grabación, exaltado de la alegría por la consumación, mientras me elevo directo a la pasión, apartando el banco del piano para ganar espacio. Nuestra respiración es superficial y nuestros corazones laten a un ritmo imposible de rastrear. Nuestras manos están por todas partes, llenas de deseo y necesidad, ansían cada centímetro del otro. No hay cuidado en nuestro éxtasis. Es agitado, son años llenos de prohibición chocando con una explosión de calor y relámpagos.

Riley cierra los ojos y se queda sin aliento. Siento su pulso acelerado, su cuerpo se curva hacia delante para encontrarme.

Sus dedos encuentran mi cinturón. Apartamos la ropa con las manos temblorosas, incapaces de esperar lo suficiente para quitárnosla (arrastro la ropa interior de Riley hasta la mitad de sus piernas) hasta que puedo tocarla por debajo de la falda. Ella cierra los ojos y yo mantengo los míos bien abiertos. No necesito más, solo sentirla aquí, viendo sus mejillas sonrojarse mientras jadea con cada movimiento que hago.

Woke up with my heart under your fingers.

No me importa cuánto tiempo me haga esperar Riley. La esperaría toda la vida.

Frunce los labios y me detiene, estirando el brazo para coger su bolso.

Cuando veo el condón, una sorpresa momentánea me invade y Riley se encoge de hombros.

—Sé lo que quiero y cuándo lo quiero —exhala.

Asiento con la cabeza. Si soy sincero, no necesito ninguna explicación. Todo mi cuerpo grita «sí».

Me siento, me quito la camisa y luego la atraigo hacia mi regazo. Me rodea la cintura con las piernas y me destroza la mente. No sé cómo hemos llegado aquí ni adónde nos llevará, pero me entregaré a ella. La tendré. Aquí, en este estudio, nuestro santuario, como si nuestro dueto nunca hubiera terminado. Como si estuviéramos tocándonos el uno al otro. La música es el alma de nuestro amor; y ahora será su escenario.

Ella me empuja hasta que quedo bocarriba, mientras deja besos por mi pecho, bajando más y más. Gracias a la moderación consigo no llegar al clímax en su mano, mientras siento los mismos dedos que usa para extraer magia de su guitarra recorriendo con suavidad todo mi cuerpo.

Cuando ya no puedo más, saca el condón. Mi estómago se flexiona mientras ella se desliza por mi cuerpo y regresa para capturar mi boca con la suya. Nos encontramos en una serie de besos hambrientos e incitantes, que mueven mis manos hacia abajo para acariciar la parte posterior de los muslos.

Con lentitud, y reverencia, ella se hunde sobre mí mientras la sostengo cerca por primera vez en diez largos, pero muy largos años.

Con un ritmo consumido y desesperado, Riley me hace el amor. Con cada embestida, la atraigo hacia mí, y mis labios se pierden por su clavícula, su cuello y su pecho. Venero cada centímetro de su cuerpo como si pudiera pasar mi vida entera en devoción a la diosa con la dulce voz del trueno.

Me encuentro partido por la mitad: quiero ver cómo se deshace, pero a la vez quiero apretarla contra mí y enterrar la cara en su pelo. Sin embargo, Riley no está desgarrada, sabe lo que quiere. Pone las manos sobre mi pecho y le tiembla todo el cuerpo. Una nota desenfundada brota de sus labios cuando alcanzamos el clímax.

Es como volver a casa, como si hubiera pasado la última década vagando en soledad, para llegar al fin.

Agitada, Riley se libera de mí, y en el suelo, se estira. Apoya la cabeza en mi pecho y sonrío de manera perezosa y satisfecha.

No puedo resistirme a besarle la cabeza, oler la dulzura de su sudor y saborearla. En el resplandor de nuestro éxtasis, el silencio es maravilloso.

Al fin, Riley habla.

—¿Nos encontramos otra vez en el camino de la ruptura, Maxwell Harcourt? —Su voz es suave.

Me alejo para mirarla. Siento que estoy soñando.

Siento que estoy más despierto que nunca.

Siento que la quiero tanto que duele.

—Tal vez, no lo sé —digo. No quiero que esto acabe con un corazón roto, porque no sé si podré sobrevivir otra vez. Pero tampoco quiero desaparecer en el silencio, en lugar de enfrentarme a nuestra situación. Al menos no todavía.

Me besa el pecho y sus ojos se encuentran con los míos.

—De todos modos —dice con la voz llena de fuego—, siempre tendremos esto. Esta noche y esta canción. No sería tan malo, ¿verdad?

La respuesta es obvia. Este sentimiento durará para siempre, sin importar a dónde nos lleve. ¿Me arrepentiré si todo esto se convierte en el siguiente *single* de Riley, sabiendo que volveré a este estudio de música cada vez que suene en la radio?

Mi voz no tiene dudas.

—No, no lo sería. Para nada.



VEINTIDÓS

Riley

En el estudio de grabación, tomamos la decisión de cómo vamos a comportarnos en público, y al final, gana la precaución. No quiero compartiros, no quiero meternos prisa, no quiero someternos a la fuerza intransigente del foco de atención cuando una parte de mí tiene miedo de que nos hagamos añicos, como ya pasó en el pasado. Ya he tenido suficientes rupturas públicas.

Ambos estamos de acuerdo en que lo que tenemos es real. No ha sido cosa de una noche, ni algo que podamos interrumpir y retomar cuando nos apetezca. Vale la pena aferrarse a ello, protegerlo, de mi discográfica y, sin dudas, de la implacable audiencia.

No se lo diremos a nadie y no dejaremos que nadie nos vea.

No es fácil, no cuando estamos de gira, con todas las horas del día ocupadas y gente de nuestro alrededor de forma constante. No cuando solo deseo poder tirar a Max al suelo para tener más sexo con él y olvidarme del mundo.

El léxico de cada canción de amor que he escuchado alguna vez no es suficiente para expresar con palabras lo que sentí al estar con él. Por fin he vuelto a casa. No sabía cuánto lo necesitaba hasta que estuve allí, bajo sus manos, bajo un placer estremecedor que las letras de canciones nunca podrían capturar.

Durante la semana, el eco de cómo me sentí con él no me abandona ni una sola vez. Se une al ritmo de mi corazón, posible de ignorar solo por su presencia regular en cada respiración que tomo. Si me paro un segundo para sentirlo, ya no puedo pensar en nada más.

Por suerte, el recorrido nos presenta numerosos obstáculos. Cuando salimos de Texas, los compromisos se duplican y exigen toda mi atención. Regreso a Nueva York en el avión de la discográfica para una sesión fotográfica de una revista, y después tomo un vuelo directo a Palm Springs. Soy la artista principal del Coachella, justo en la mitad de mi gira.

En el valle de Indio, California, el calor es sofocante, y el chófer me deja delante de la casa que he alquilado. La banda, incluido Max, llegó ayer, mientras Frank y los otros conductores pasan los próximos días llevando los autobuses a Chicago para la segunda etapa de nuestra gira. Mi madre se ha tomado la semana libre, ya que me acompañó al Coachella cuando tenía quince años y declaró que nunca volvería. Estoy sola.

Entro en casa, mi hogar durante la semana. Es impresionante, una versión de Palm Springs antigua, y a la vez llena de adornos modernos de mediados de siglo. Agotada por el vuelo, sé que

no disfruto todo lo que debería de las elegantes comodidades del diseño en medio del desierto.

Sin embargo, camino de puerta en puerta, fijándome en los detalles: los muebles bajos y geométricos, las lámparas extravagantes. A través de las amplias ventanas de la sala de estar, solo se ven colinas rocosas de color marrón cubiertas por plantas de yuca. Me desplomo en el sofá gris y disfruto de la estabilidad de la calma, aunque no de la soledad.

Solo necesito distraerme hasta la noche, cuando tengo una cena con mi sello discográfico. Mientras tanto, sé cómo quiero pasar las pocas horas que tengo hasta tener que prepararme. Le envío un mensaje de texto a Max, avisándolo de que ya he llegado.

Al encontrar mi equipaje, me pongo mi traje de baño; un bikini blanco que no he usado desde que me fui de la casa de Malibú. Me encantaba nadar cuando era niña. Cuando me mudé a Los Ángeles, pensé que pasaría todos los días en la playa, inmersa en el proceso de composición. Sin embargo, eso fue antes de que me diera cuenta de lo enorme que era Los Ángeles y que la hora que tardaba en ir y volver no se adaptaba a mis turnos en la heladería.

Abro las enormes puertas correderas de cristal que conducen al patio trasero y entro al calor abrasador. Sobre mí solo hay un cielo de color turquesa despejado, sin ningún susurro de nubes. La piscina infinita se extiende desde el patio hasta la ladera. En el sofocante clima de Palm Springs, la superficie cristalina del agua es, sin dudas, muy atractiva.

Al entrar, lanzo un involuntario suspiro de alivio.

Si bien adoro cada segundo de lo que hago, viajar es un castigo para el cuerpo. La tensión persiste en mis espinillas y rodillas, ampollas punzantes me cubren los pies, sin mencionar cómo pasa factura dormir mal cada noche cuando doy espectáculos de tres horas. El consuelo del agua fría es indescriptible.

Sumado a eso, necesito un respiro del agotamiento emocional de los últimos días. La maldita gente de Jacob Prince ha empeorado la situación, y mi antiguo candidato decidió que se divertiría exponiendo memes en los que aparecía yo. Porquerías «discretas» que puede fingir que son divertidas mientras sabe muy bien (y disfruta) qué y a quién incentiva con eso.

Me molesta cuanto odio todo esto, son personas malas y crueles que no merecen que pierda el tiempo con ellos. Sin embargo, no puedo evitarlo. Mi nueva relación me hace muy feliz, y eso es peligroso. ¿Se habrá enterado Max de los horribles apodos que me pusieron? ¿De todas las acusaciones?

¿Y mi madre? ¿Y mi padre?

Bajo el sol de Palm Springs, estoy decidida a ignorarlos a todos. Cierro los ojos y me relajo hasta que oigo las puertas correderas.

Cuando me giro para mirar por encima del hombro, encuentro la sonrisa de Max.

Solo verlo hace que el alivio de la piscina parezca escaso. Es él mismo, solo que en su versión *vintage*-desértica. Su camisa de lino de manga corta con botones combina muy bien con las gafas

de sol con montura dorada por las que ha cambiado sus habituales gafas redondas.

Me asusta cómo mi mente y mi corazón dicen *mi Max* cuando lo veo. Es demasiado pronto, todavía no me lo he ganado.

Mientras me desprendo de mis preocupaciones, le devuelvo la sonrisa. «Las dudas no me hicieron llegar desde los suburbios de St. Louis hasta el Superdomo», me recuerdo con firmeza. «Las dudas no escribieron el *single* número uno del año. Las dudas no impedirán que Riley Wynn ame a Max Harcourt».

—Esto es un poco diferente a la última vez que estuvimos en Coachella —dice.

Me río al escuchar el humor en su eufemismo. Lo cual muestra que parece que no le importan las recientes conversaciones en línea, lo que me hace feliz.

Nado hasta el borde de la piscina, donde miro hacia arriba, queriendo grabar en mi memoria cada detalle de Max rodeado por el cielo. La elegante casa acentúa sus palabras.

—¿Te refieres a cuando compartimos una habitación de hotel con demasiada gente, sufrimos un golpe de calor porque acampamos para estar cerca del escenario y evitamos por poco que nos vomitaran encima? —pregunto, recordando el festival—. Sí, esto es diferente.

No le estoy dando suficiente crédito al único Coachella de nuestra relación o, mejor dicho, a nuestro primer Coachella. Ahora estamos aquí, juntos. En nuestra última visita a Indio, California, pusimos los altavoces de mi Volkswagen al límite, y tocamos a todo volumen la lista de reproducción que hice con los artistas principales. Bailé en sus brazos en cada concierto. En el camino de vuelta, empecé una canción que nunca terminé sobre la promesa de las noches del desierto. La primera línea decía: *You make days feel like nights of stars*, y ahora resuena en mis oídos.

No es la única canción de amor que abandoné. Si soy sincera, me asusta su fragilidad. Las canciones de ruptura se centran en el pasado, en lo que pasó, y eso no se puede cambiar, por lo que sus sentimientos siguen siendo reales, haciendo más reales sus interpretaciones. Los finales nunca terminan.

Las canciones de amor, sin embargo, existen en el presente. Su premisa es la posibilidad, lo que significa que son fáciles de invalidar de por vida. Entonces, ¿qué? ¿Cómo sales a cantar sermones de una esperanza que ya no tienes? ¿Cómo se escriben al saber que la angustia tal vez robe el sentimiento de cada verso?

Nunca acepté la idea, siento que le falta coraje, parece ingenua.

O eso sentía.

La manera en que Max me mira hace que me entren ganas de terminarla. Se quita los zapatos y se sienta, con los pies en el agua.

—Aunque fue divertido.

—No hace falta que lo digas.

Aquí afuera, en las colinas de Palm Springs, todo está tranquilo, y la quietud me reconforta. El único sonido es el chapoteo del agua cuando me empujo hacia Max.

Me paro entre sus piernas, apoyo las manos en sus rodillas. Con un dedo mojado, paso agua fría por su brazo. Cuando lo beso, desearía que el momento nunca acabara.

Decido que las noches desérticas no tienen nada que ver con los días desérticos.

—Te he echado de menos —digo—. Ha pasado mucho, mucho tiempo.

Max sonrío al reconocer la referencia a la canción. Sabe que no estoy hablando de esta última semana. Este lugar resuena con ecos olvidados de hace mucho tiempo, recordatorios de los años que pasamos el uno sin el otro.

En respuesta, Max me abraza con fuerza. Aunque le empapo la parte delantera de la camisa, no parece importarle, y tararea la melodía de la canción en mi oído.

Me siento tan maravillosa y extraordinariamente feliz, que no puedo evitar entristecerme. ¿Cómo podría no sentirme así? Siento que miro desde el pináculo más alto que jamás alcanzaremos, lo mejor que tendré en mi vida. Sé que se acerca el descenso. Necesito estar lista para disfrutar del impulso cuesta abajo en lugar de temer el golpe.

—Tengo que decirte algo —dice Max en voz baja. Me pongo rígida, no estoy lista para desmoronarme tan rápido. Al ver el cambio en mi postura, Max retrocede. Lee el miedo en mis ojos de forma inmediata—. No, Riley, no es nada de eso —me tranquiliza—. Jess tiene que volar a Nueva York esta semana y Harcourt Homes tiene poco personal. Con los ingresos de la gira, puedo darme el lujo de contratar a alguien, pero tengo que entrevistarle y enseñarle mientras Jess está fuera.

Siento un sudor frío en el apremiante calor.

—Quieres volver a casa.

—La verdad es que no. —Sonríe al decirlo, como si se sorprendiera a sí mismo, y, con dedos delicados, me aparta el pelo de la frente—. Quiero quedarme contigo, pero no tenemos ensayos entre los fines de semana del Coachella. Podría volver a tiempo para nuestro segundo espectáculo. Te invitaría a venir a casa conmigo, pero...

Niego con la cabeza. Tengo ruedas de prensa que hacer y una campaña publicitaria que rodar. Son obligaciones que, en general, no me interesan demasiado. Pero, a menudo, las disfruto: el vestuario, las fotos, la oportunidad de compartir o explicar mi música.

Sin embargo, ahora solo lo veo como una fuerza que nos separa de forma inevitable. Dolorosa, pero sin crueldad.

—No puedo, al menos no esta semana —digo. Al escuchar la resignación en mi voz, aclaro—: Sin embargo, no siempre será así. La gira es algo único —digo en un intento de tranquilizarme y, a la vez, convencerme de que tengo razón.

—Lo sé. —La respuesta de Max es ligera, y flota en el viento, donde mis palabras caen como

piedras—. Son solo cinco días. Aún nos queda media gira juntos.

Me coge la cara con ambas manos y posa su suave piel contra la mía, colocando los dedos con precisión. Todo lo que hace con las manos es deliberado.

—Así es —le digo.

You make days feel like nights of stars, se repite en mi cabeza el verso inicial. Se une a otras letras que, de manera espontánea, se deshacen de mi memoria y vuelven a mí. *You make days feel like nights of stars, when the pressure ends, when the sky is warm.*

Encuentro sentido al verme de repente escribir la canción en la que estaba trabajando la última vez que estuvimos aquí; es como una memoria musical que me recuerda que no pierda la fe. Me pregunto si podríamos ser como las letras que empecé hace una década.

Que no está perdida, solo inconclusa.



VEINTITRÉS

Max

Me despierto en su cama.

Riley deslumbra cuando duerme, porque parece que incluso sueña con devoción. Muestra una maravillosa serenidad en sus rasgos iluminados por el sol, sus mejillas rosadas por el desierto, sus labios (los labios que sentí por todas partes anoche) entreabiertos como una invitación.

Sus movimientos nocturnos han esparcido su cabello sobre la almohada con un brillo dorado. Tiene calor, claro que sí, así que, por la noche, se quita las sábanas, y deja al descubierto las crestas de sus curvas y la suave piel de sus hombros, su cuello, de ella.

La quiero.

El sentimiento me golpea, emergiendo del rincón donde lo encerré todos estos años. Es revelador. Ni siquiera sé si merezco quererla; solo sé que quiero más mañanas como esta, más noches como la de ayer, quiero todo lo que pueda darme.

No tengo mucho tiempo para analizar estos sentimientos. Al sol de la mañana que se cuele por las ventanas, veo sus ojos abrirse con emoción, como si la estuviera esperando allí, incluso mientras duerme.

Me he pasado toda la semana convencido de que tal vez esto no funcionaría, al recordar nuestra conversación en el estudio de grabación. Incluso si las circunstancias o las direcciones existenciales nos separan una vez más, la pasión habrá valido la pena. Cada efímero día, siento que camino por el borde desgarrador de lo que somos hoy.

La cuestión es que se trata de uno de esos límites donde la vista es impresionante. Riley es mi Empire State, es mi río Misisipi, es mi Gran Cañón.

Aun así, el amor que siento cuando estoy con ella me hace incapaz de erradicar ciertas frágiles esperanzas. Preguntas que solo puedo susurrarme a mí mismo en la oscuridad.

¿Es todo esto posible?

¿Podré querer a Riley de la manera desesperada que deseo?

A pesar de la tranquila comodidad de su dormitorio, no podemos quedarnos. Cuando los estilistas llegan para preparar a Riley, me quedo cerca en la casa iluminada por el sol. Sé que mi presencia aquí empezará a difundir rumores, pero no me importa. Me voy a casa mañana. Quiero pasar la mayor parte del día con Riley. Cuando regresa, lleva una falda blanca con un top corto de macramé. Su estilo es llamativo y los estilistas han hecho su trabajo a la perfección: es Riley

en estado puro.

Al salir por la puerta, pone su mano en la mía durante varios segundos furtivos. Después, en un corto viaje, salimos a los terrenos polvorientos del Coachella.

Deambulamos juntos por el festival, revisamos los decorados y nos detenemos para saludar a sus fans. Como su concierto es el último, tenemos el día entero para disfrutar. No se parece en nada a la última vez que vinimos y, sin embargo, en algunos aspectos siento la misma sensación con exactitud.

Escuchar música en vivo con Riley es comparable a tocar con ella. Si bien ahora estamos en la sección VIP, en lugar de sudar solo para asegurarnos de estar en primera fila, todavía siento la forma en que su corazón se acelera con el comienzo de cada canción, todavía veo cómo no puede resistir bailar ante cada latido. Son recordatorios de cómo todo lo que Riley ganó, cada titular, cada grabación o estadio lleno, comenzó aquí, con su amor por la música.

Cuando sus asistentes nos dicen que debemos regresar al tráiler de Riley para prepararnos para su presentación, dejamos la zona de escenarios. Parece que está absorbiendo toda la energía que nos rodea, la alegría de la multitud, el encanto de la música, el resplandor del cielo del mediodía capturado dentro de ella. Cuando la toco, lo siento, me ilumina desde dentro.

Y no puedo evitar hacerme la pregunta de si pertenezco aquí. Por primera vez, empiezo a imaginarme a Harcourt Homes funcionando sin mí, solo teniendo que acudir cuando sea necesario. Quizás todos tenían razón y mi lugar esté aquí, en la carretera, en el escenario y en el estudio. Quizás he encontrado el destino de mi corazón.

Cuando nos acercamos a la caravana de Riley, ella me aprieta la mano. A diferencia de esta mañana, no me suelta; sus dedos descansan entrelazados con los míos. Me devuelve al presente, fuera del futuro que contemplo.

—No tienes que entrar si no quieres —dice Riley.

La miro y encuentro preocupación en sus rasgos. Cree que estoy callado porque tengo miedo y no por las posibilidades imprevistas que se despliegan en mi cabeza.

—¿Por qué no querría? —pregunto.

—¿No te preocupa conocer a uno de mis ex? —Riley no oculta su escepticismo.

Me río, desde antes de que me inscribiera en la gira, ya sabía que Hawk Henderson sería el invitado sorpresa en la actuación de Riley en Coachella. Su ex acudirá para cantar juntos las dos mordaces canciones que han escrito el uno sobre el otro.

—Riley, llevo meses viéndote cantar once canciones sobre otros hombres cada fin de semana. Creo que puedo soportar conocer a Hawk.

El alivio que veo en sus ojos es rápido. Sin embargo, su fugaz presencia sugiere que situaciones como esta fueron muy diferentes con Wesley. El retrato que ofrece Riley muestra a su exmarido lleno de celos mezquinos, del tipo que sonríe con la mano en la cintura y luego se

enfada en silencio en la limusina de regreso a casa.

Su reacción desaparece rápidamente, revestida de alegría. Riley levanta una ceja.

—Si estás seguro... —dice.

Entramos en su remolque, y en contraste con el calor del día, la caja climatizada nos da una bienvenida agradable. Es elegante en su conjunto, con una alfombra estampada, altavoces inalámbricos en la mesa auxiliar y refrescos cerca del espejo. Es muy parecido a las salas de espera de los estadios en los que hemos tocado. La única característica fuera de lugar está sentada en el pequeño sofá.

Hawk Henderson se ve exactamente como en las fotografías. Es larguirucho, su pelo ondulado enmarca unos ojos azules de gran profundidad. La forma en que sus tatuajes se asoman desde su camiseta blanca parece intencional, diseñada para dar la impresión de su estética distintiva.

Cuando ve a Riley, sonríe con una calidez inconfundible.

—¡*Nightmare Girl!* —la saluda al verla.

Riley encuentra su sonrisa con una propia.

—*Mr. Maybe* —responde a modo de reprimenda. La canción de Hawk en *The Breakup Record* resulta ser una de mis favoritas. Es una de las más divertidas, llena de líneas perfectas, que detalla con qué frecuencia él decía «tal vez» cuando quería decir «no».

Hawk se levanta del sofá con gracia. Él y Riley se abrazan como si fuesen viejos amigos.

Miro desde la puerta, con sorpresa, ya que esperaba que Hawk Henderson resultara ser un imbécil por la forma en que se presenta a sí mismo en su música y en el escenario. En cambio, el chico que tengo delante parece... bastante simpático y agradable.

Riley da un paso atrás y se vuelve hacia mí.

—Este es Max «Until You» Harcourt. Max, este es Hawk.

Hawk alarga la mano y, cuando nos saludamos, sonríe de oreja a oreja.

—Siento que somos hermanos separados al nacer. Compañeros de *The Breakup Record*. —Se acerca un poco más a mí—. Y nos hemos llevado las mejores canciones.

—Disculpa —interviene Riley, con la mano en la cadera—. Recuerdo que siete de ellas llegaron al Top 10 de Billboard en la primera semana.

Hawk se burla con gracia.

—No me refiero a eso, todo el álbum es genial. Quiero decir que tenemos canciones que no hacen que sus sujetos parezcan unos completos imbéciles.

Las cejas de Riley se arquean con compasión.

—¿Has escuchado *Mr. Maybe*? —No hay maldad en su voz.

—Claro que sí. —Se encoge de hombros—. Parezco inconstante, egoísta, y todo lo que sabías que era antes de que empezáramos a salir. Me haré cargo de ser, ya sabes, el chico bueno que poco a poco te destruyó. Eso me recuerda que... —Me río. No puedo evitar que me caiga un

poco bien Hawk Henderson—. Wesley viene esta noche —termina.

Observo cómo el color desaparece del rostro de Riley.

—Maldición —lo enuncia con hostilidad—. ¿Tienen un grupo de WhatsApp o qué? ¿Cómo lo sabes?

Al recordar su reacción ante las flores que le envió, me encuentro ante las garras de la preocupación. Un simple ramo en su camerino la hizo convertirse en una pieza de cerámica rota y logró que olvidara sus letras en el escenario de Houston, que no era uno de los conciertos más importantes de la gira. Que Wesley esté aquí, no augura nada bueno. La forma en que mantiene la compostura es el testimonio perverso y perfecto de lo bien que es capaz de ocultar sus emociones cuando quiere.

Hawk hace una mueca simpática.

—Estábamos en un evento de la Agencia de Artistas Creativos y me lo mencionó. Por cierto, es imbécil. De todos los pretendientes con los que te podías casar, ¿por qué lo elegiste a él? ¿Qué hay de malo conmigo o con Max aquí presente?

Tengo que apartar la mirada, porque recuerdo la primera vez que vi a Riley en el escenario con un vestido de novia, la réplica de mis fantasías.

Con agudeza, Hawk se da cuenta, y me dirige una mirada de complicidad.

Riley no muerde el anzuelo; es evidente que está acostumbrada a sus juegos. Ella mira más allá de nosotros, con la expresión fija y los ojos cargados, como si en lugar de la pared del remolque, viera multitudes a su espera.

—Si Wesley quiere un espectáculo, vamos a darle uno.

Hawk sonríe.

—Joder, que así sea.

—Tengo que cambiarme —continúa Riley—. ¿Necesitas algo?

Niega con la cabeza.

—Me relajaré con Max.

Cuando Riley se va, me siento junto al sofá.

—No existe un chat grupal, ¿verdad? —pregunto.

—Por Dios, no. —Se ríe—. Odio a la mayoría. No te ofendas.

—No es que yo sea vuestro fan precisamente.

Nos quedamos en silencio unos segundos. En el sofá, Hawk cruza un pie sobre la rodilla rota de sus vaqueros. Aunque no para de escrutarme, no veo indicios de que me esté juzgando; estoy bastante seguro de eso.

—Entonces, eres el primero con el que ha repetido —dice al fin—. Tengo que concedértelo, es valiente... O estúpido. Nunca sé cuál es cuál. —Su modesta sonrisa parece ensayada.

Sé que no tiene sentido negarlo, una vez que te has enamorado de Riley, es probable que sea

fácil reconocer los síntomas en los demás. Me encuentro bajo la mirada tranquila de la estrella de *rock*.

—¿Estás diciendo que no volverías a intentarlo si ella te diera la oportunidad?

Hawk me señala con un dedo perezoso en señal de concesión.

—Muy bien jugado. Bien, déjame pensarlo. —Hace una pausa, mientras considera todas las opciones. Por primera vez desde que entré, la seriedad se apodera de su expresión, incluso una cuota de vulnerabilidad que me sorprende. —Pensaría seriamente en hacerlo. Su creatividad es increíble y contagiosa. Pero... a esa chica le encanta el drama, se alimenta de ello.

Estoy empezando a objetar en mi interior, sé cuántos críticos confundieron la composición emocional, honesta y de escala épica de Riley con «drama», mientras Hawk sonríe con amplitud.

—El problema es que a mí también —agrega—. Nos encantaba el límite de ambos, y creo que eso realmente sacó a relucir nuestras peores versiones; las de pesadilla. Entonces no —concluye con alegría—, estoy bien. Aunque no te importa, quiero decir, sabes donde te metes.

Sin importarme si sus ojos penetrantes lo notan, aprieto los dientes. No me gusta la forma en que define a Riley, como si fuera algo que hay que tolerar. Claro, ella se inspira en su vida y siente a gran escala, sin miedo. Sí, a veces incluso persigue ideas imprudentes por la emoción que le otorgan. Pero ella no busca peleas ni empuja a la gente solo para poder crear canciones a partir de gritos.

El hecho de que Hawk crea que sí, me dice por qué Riley decidió cortar con él.

Hawk cambia de posición.

—¿He metido el dedo en la llaga?

—No, está todo bien —respondo—. Tienes razón, y sé en lo que me meto; desearía poder presumir de conocerla mejor. Desearía poder reclamar alguna supremacía secreta sobre ella porque conocí a la Riley compositora, a la chica que ninguno de los hombres famosos de su vida conoció. Quiero decir: «Yo conocí a la verdadera Riley».

Excepto que no es verdad. La famosa Riley es la verdadera Riley, yo lo sé, y creo que Hawk también lo sabe. No tengo nada más que la esperanza de haber logrado descubrir el alma de Riley como nadie más lo ha hecho.

La sonrisa que me da ahora Mr. Maybe no es magnánima.

—Lo pasas mal —comenta—. Lo entiendo, te lo prometo. Espero escuchar la próxima canción que Riley escriba sobre ti. Oye, puede que esta vez ni siquiera sea una canción de ruptura.

Sonrío con cortesía a pesar de desear haber aceptado la oferta de Riley de irme a mi propia caravana. No es que me importe la opinión de Hawk, porque lo que ha dicho no se aleja de lo que Riley y yo decidimos en el estudio de grabación. Si todo lo que obtenemos de nuestra nueva relación es *Heartbreak Road*, cuatro versos y un coro como premio de consolación, estaremos bien.

Lo que me ha silenciado es cómo sus palabras me han hecho imaginar cómo me sentiré si la pierdo por segunda vez. Si no me queda nada más que el recuerdo de la canción que grabamos cuando éramos nosotros. En este tráiler, la verdad me invade como el estridente creciente sonido de una guitarra.

No estaré bien.

Aunque no quiero ser solo su próxima canción de ruptura, me preocupa que Riley piense de forma diferente. Porque si a ella le parece bien que seamos solo una canción, entonces no lucharé por nosotros; no de verdad. Nos enfrentamos a escenarios desalentadores: su música y mi trabajo en Harcourt Homes, la presencia imposible de ignorar de la prensa y la desagradable sombra de los ex que siguen entrelazados con el legado de Riley. En medio de todo, vamos a tener que luchar por nosotros.

Es la única forma de durar, cuando doce relaciones previas (doce canciones geniales y desgarradoras), no lo hicieron.



VEINTICUATRO

Riley

El concierto ha sido una pasada.

El escenario del Coachella era todo lo que soñaba cuando tenía quince, diecinueve o veintitrés años: imaginarme en medio de esa euforia, con un trono repleto de luces en el centro del festival. La multitud se estiró hacia donde la forma icónica del recinto giraba sin cesar. El cielo nocturno cristalino se abrió como si estuviera esperando cada canción.

Entré perfecta a todas las canciones, clavé las notas altas, llevé cada acorde al escenario con perfecta precisión, y cuando invité a Hawk, la multitud perdió el control. Los gritos duraron varios minutos. Nos sumergimos en *Nightmare Girl*, luego en *Mr. Maybe*; nuestras voces son perfectas y a la vez opuestas, el teatro interpersonal de nuestra actuación conjunta me cautiva incluso a mí. No importan los defectos de mi ex, ese hombre tiene talento.

Por supuesto, él no era el ex que demandaba la mayor parte de mi atención, ni tampoco Max, cuya efusión emotiva en *Until You* me pilló por sorpresa.

No podía dejar de imaginarme a Wesley en la sección VIP. Sin embargo, no me sentí conmovida, ni insegura, ni desconsolada. Lo estaba disfrutando. Me encantaba que no tuviese ni una pizca de talento musical y que se muriese de ganas de poder unirse a mí mientras yo gobernaba este maldito escenario, bajo su deseo de poder desviar la atención hacia él como una sanguijuela.

Fue incandescente.

Mi concierto terminó a la una. Y ahí decidí que la noche había acabado porque decidí organizar mi propia fiesta posterior; le pedí a mi equipo que invitara a una lista muy selecta de participantes.

Ya habían llegado cuando el coche de mi discográfica se detuvo en la entrada de donde me hospedo. La noche en los suburbios de Palm Springs se ahoga en su oscuridad, pero los elegantes contornos de la casa destacan en la tranquila calle.

Vacilo en la puerta, y reconozco con un grado de intimidad lo que estoy sintiendo, los susurros en mi cabeza de lo fugaz que podría ser esto, de que tal vez nunca vuelva a tenerlo.

Los aplasto con resolución bajo el tacón de las botas oscuras con las que he actuado. Este es mi momento y he trabajado muy duro para llegar hasta aquí, también hice muchos sacrificios. En este instante, no es un relámpago etéreo el que huye de mis dedos, es una maldita ronda de la

victoria, una que voy a disfrutar. Entro y todos me aplauden. Me inclino en señal de agradecimiento y luego agito las manos en señal de celebración.

—Por favor —digo por encima del ruido—. Ya me habéis observado muchas horas esta noche. ¡A divertirse!

Al instante, veo a Max apoyado en la barra, con una copa en la mano. Mi oasis en el desierto, que levanta su copa para brindar por mí.

Sonrío antes de que me reclamen desde múltiples direcciones. Mis agentes quieren felicitar me o, en realidad, es probable que quieran discutir cada relevancia imaginable de la aparición de Wesley en mi espectáculo; los evito. La única periodista a la que he invitado, la joven de Soundbite cuya carrera quiero que despegue, se acerca de manera cortés. Otros músicos a los que admiro quieren conocerme.

Mi corazón se siente atraído de forma irrevocable hacia Max. Aun así... no quiero perderme ni un minuto de esto. Mientras Jodi Hitchcock, la legendaria teclista de Years, me felicita por mi actuación, no puedo evitar mirar hacia la barra.

La siguiente vez que busco a Max, lo encuentro fuera, en busca de un poco de soledad junto a la piscina.

Aunque no puedo culparlo por eso, es cierto que mi entusiasmo disminuye, porque sé que este no es su hábitat. Una casa llena de celebridades es, en resumen, lo opuesto a su zona de confort; aprecio que esté aquí a pesar de ello.

Este sí es, sin embargo, mi escenario, y me pone nerviosa palpar con claridad los límites de esta diferencia fundamental entre nosotros. Porque nunca abandonaré noches como esta, ni siquiera para él.

Apenas me da tiempo a darle vueltas al problema.

Ocurre un cambio súbito en la escena. Él entra, cargando el aire con un potencial peligroso. Susurros y miradas invaden la habitación.

Pongo la espalda recta, porque esto también es parte de mi momento.

Su caminar es lento, Wesley Jameson nunca se apresura cuando siente los ojos fijos en él. Se mueve con un encanto posesivo, dispara su sonrisa de película a cada celebridad a una distancia sorprendente. Reconozco sus movimientos, sus gestos, su magnetismo. Reconozco al hombre que me cautivó en Hollywood y en París, y que luego me partió en mil pedazos, fuera de la tranquilidad de los focos.

No me acerco a él y no tendré que hacerlo, porque sé por qué está aquí. Mientras me hago una *selfie* con el protagonista de mi serie favorita, él hace su jugada. Mientras cruza el resto de la habitación con zancadas sin esfuerzo, de repente está justo a mi lado.

—Riley —dice mi exmarido—. Maravillosa, como siempre.

Me imaginé que este momento sería como presionar varios imanes juntos, llenos de repulsión

resistente, pero no es así; es más bien como mirar hacia rincones oscuros. No importa cuán oscuros parezcan, solo se necesita luz para que se vuelvan inofensivos.

La actriz con la que estoy posando entiende la situación de inmediato, se disculpa y corre hacia el baño.

Lo miro encantada de lo tranquila que me siento.

—Me dijeron que venías al concierto, si me hubieses avisado, te habría sacado entradas —digo.

Sonríe de esa manera falsa que muchas veces logra, la que empezó a regalarme solo al final de nuestro matrimonio. Ese resurgimiento enciende el primer destello de ira en mí, porque no me importa cuán genuina sea la conversación que estoy teniendo con él ahora, no puedo controlar mi reacción residual al recuerdo de lo jodidamente pequeña que podía hacerme sentir su maldita sonrisa. Me siento indignada en nombre de mi antigua yo.

De manera desafortunada, su expresión hueca no cambia el hecho de que tiene buen aspecto. Wesley es guapo, pero tampoco tanto, tan solo se comporta como si lo fuera, lo que lo convierte en algo más valioso: intrigante. Hace que todos se den la vuelta para mirarlo cada vez que entra en una habitación.

Yo solía hacerlo, pero ahora no es así. Desafié la gravedad que alguna vez tuvo el peso de su desordenado cabello oscuro.

—No digas tonterías —dice mientras arrastra las palabras. Su magnanimidad es como el aroma de su colonia favorita: sintética y nauseabunda—. Siempre querré apoyar tu carrera.

—Qué curioso que esperaras a divorciarnos para hacerlo —respondo.

Incluso durante nuestra relación, nunca me sorprendió que pudiera mostrar arrepentimiento o una lamentable ofensa como si simplemente estuviera recitando líneas de un guion. Es por eso por lo que no me sorprende ahora.

—Riley —dice haciendo un puchero—, teníamos nuestras diferencias, pero ¿cómo puedes pensar que no apoyé tu carrera?

¿Pasarás el resto de tu vida conmigo, Riley?

Por una vez en la vida, no quiero ser el centro de un espectáculo, sino que espero una disculpa, cualquier cosa que demuestre que el amor que alguna vez compartimos proviene de algo real, algo que vale los meses que le di y el dolor que me dejó. Lucho por mantener un tono de voz agradable, o algo que se le parezca, como para no llamar la atención de los invitados.

—Odiabas cada vez que actuaba —digo.

—No lo hacía —responde con cordialidad.

Esa mentira descarada me lleva al límite. No seré su maldita compañera de escena ni un segundo más.

—Me ofrecieron la oportunidad de tocar en el Hollywood Bowl y dijiste que era un

inconveniente —le recuerdo.

Él mira de reojo, y se ríe como si hubiera hecho una broma.

—Fue el único fin de semana que estuve en casa ese mes. ¿Era un crimen que quisiera pasar la noche del sábado con mi esposa después de un mes de rodaje en Croacia?

—¿Y alguna vez pensaste que podrías pasar tiempo conmigo si venías a mi concierto? —Se la devuelvo.

Cuando su rostro se oscurece, me deleito. Conseguir que Wesley rompa el personaje que interpreta y revele su verdadero yo es poco común, y dudo que incluso sus coprotagonistas puedan hacerlo.

Decido que esto es mejor que una disculpa. No necesito saber que mi dolor valió la pena, solo necesito que se sienta tan pequeño como yo y avergonzarlo. De la misma forma en que me avergonzó cuando llamé a Eileen para rechazar el trabajo de mi vida.

Aquella pausa en la conversación de teléfono transmitió la desaprobación que ella, tan amable, no podía expresar, y me apresuré a llenar el silencio con excusas vacías para salvar a Wesley, como, por ejemplo: «No tengo ganas». «Creo que no es el momento adecuado». «No estoy preparada». Él me convirtió en una mentirosa.

—Te dije que habría otras oportunidades de tocar en el Bowl —dice Wesley, más tranquilo, con una nota de advertencia en su voz—. Y tenía razón. Llámalos mañana y podrás elegir las fechas.

Doy un paso hacia él, porque esto no ha acabado. No dejaré que suavice esto... que me suavice a mí. Él nunca se enfrentó a mis asperezas y tendrá que hacerlo ahora.

—Esa no es la cuestión, Wesley —respondo con una voz aguda como cuerdas de guitarra rotas—. Rechacé un sueño por ti. Y no es solo eso, me alejabas de manera constante cuando quería escribir...

—¡Para pasar tiempo contigo! —me interrumpe—. No me di cuenta de que se supone que los maridos no quieren pasar tiempo con sus esposas.

—No querías una esposa, y nunca lo hiciste. —Ahora tomo impulso, corro hacia la verdad que escondí en las esquinas de los versos que no pude cantar—. Querías que alguien te adorara cada minuto de su día. Querías una fan que viviera contigo de modo permanente. —Su cara se enrojece, y de repente está lejos de ser atractivo, está indignado y débil. Debería haberlo visto antes, no vale nada de lo que le di. No puedo incluirlo en un final trágico y épico cuando no era más que una farsa.

—Bueno, lo único que querías era esto, ¿verdad? —pregunta mientras apunta hacia la habitación, la noche, la gira—. Al menos uno de nosotros consiguió lo que quería. Creo que tus canciones de ruptura estaban un poco pasadas de moda antes de que decidieras que ese sería el tema de tu nuevo álbum. Pero, con el tiempo, todos los presentes se aburrirán, al igual que todos

esos ex sobre los que escribiste se aburrieron de ti. Me pregunto sobre qué cantarás entonces. ¿Algo que importe, tal vez? —Se encoge de hombros, como si ya estuviera cansado de esto. De mí.

Me duele. Por supuesto que todo lo que ha dicho es algo que internet repite hasta la saciedad. Y escuchar que esa es su forma de despedirse duele muchísimo más. Aunque no me sorprende; muchas veces una voz, si es la correcta, corta sin piedad donde otras golpean sin fuerza.

Cuando leo la victoria engreída en sus ojos, decido que no le daré la satisfacción de alejarse de mí. Mientras contengo las lágrimas, para que no vea que ha dado en el blanco, giro sobre mis talones y murmuro «con permiso» a las personas cercanas.

Me deslizo por el pasillo y me dirijo al dormitorio donde me desperté. El sonido de la fiesta está cerca, pero a la vez lejos de forma extraña, más allá de la cortina de la tristeza en la que estoy atrapada.

Al entrar a la habitación, cierro la puerta en silencio... Solo necesito un momento.

Debería haberlo sabido mejor.

Debería haber sabido que no recibiría una maldita disculpa de su parte. Pero, aun así, no esperaba esto, porque sé que él me quiso una vez. ¿Por qué no puedo escuchar ningún eco de eso en la forma en que me habla ahora? En cambio, se ha retorcido hasta convertirse en algo feo y mezquino, deformado en el aullido distorsionado de comentarios repetidos.

No puedo dejar de sentir que me lo merezco.

Hay algo malo en mí que aleja a todo el mundo; me quedo sola con canciones como mis únicos premios de consolación.

La puerta se abre, el chirrido es demasiado fuerte. Giro la cara, no quiero que algún agente o productor me vea como la caricatura que han decidido que representen mis canciones.

—Llorando en el Valle de Coachella. —Quienquiera que sea podría escribir una canción sobre mí.

—Riley, ¿estás bien?

Lloro cuando escucho la voz de Max.

Al instante, él está allí, abrazándome, me consuela mientras me acaricia el cabello. Lloro en su hombro, nunca supe que la presencia de otra persona podría significar tanto. Si la voz correcta puede dañar, tal vez el hombro correcto pueda sanar como ninguna otra cosa.

—Es un idiota —me tranquiliza Max—. Y, sea lo que sea que te haya dicho, no le hagas caso. Me alejo para mirarlo a los ojos.

—¿Alguna vez me odiaste, Max? —le pregunto.

Él parpadea.

—¿Qué?

—Cuando no viniste ese verano, cuando te diste cuenta de que había seguido adelante, ¿me

odiaste por eso? —Es la pregunta más fácil de responder y la que permanece en la periferia de cada conversación que he tenido con Max estos últimos meses, pero la más difícil de responder en voz alta.

—No. —Max responde con facilidad, como si fuera algo obvio. Solo cuando nota el miedo que se dibuja por todas partes de mi rostro, repite con fuerza—: No. ¿Me oyes? Nunca te odié.

Me concentro en él y trato de escuchar. Me esfuerzo por ignorar el pequeño coro de susurros del que nunca consigo escapar. «Todavía no», dicen. «No me odias todavía». Me levanto en un intento de quitarme las voces de encima.

—Estoy bien —insisto, con odio ante mi falta de convicción. Si me escuchara a mí misma en una grabación, tiraría la toma, despreciando mi falta de autenticidad—. No pasa nada, solo es más inspiración, ¿verdad? —Me río con tristeza, sin sentir realmente nada... Aún no.

—No hagas eso —me sorprende la suave severidad de la voz de Max—. No conviertas la crueldad de alguien en una especie de regalo.

Sé que quiere ayudar, pero me molesta la reprimenda. Viví mi propia vida, con mis propias heridas, durante diez años sin él, y me ha ido bastante bien.

—¿Por qué no? —espeto—. ¿Por qué no debería tener algo para mí?

—¿Es eso lo que haces? —responde—. ¿O solo te estás haciendo más daño?

No respondo, sin saber ya cuál es la verdad. Solía tenerlo muy claro, pero ahora es difícil incluso recordar a qué pequeños premios me imaginaba aferrándome, no cuando se me escapan entre los dedos como arena.

Max suspira.

—¿Por qué ha venido? ¿Por qué arruinar la fiesta de su exesposa? —pregunta.

—No ha sido una casualidad —digo—. Yo lo invité.

Sabía que lo necesitaría el día que recibí sus flores en Houston. Era la única esperanza que tenía de echarlo de mi vida, sin importar si en el esfuerzo me destrozaba el alma. Darle a mi discográfica la confrontación que ha exigido de manera desesperada, pero bajo mis términos. Tenía que enfrentarme a él.

Max frunce el ceño, y por primera vez, parece enfadado. El cambio me sorprende.

—¿Por qué? —exige una respuesta.

—Pensé que podría disculparse, pero supongo que me equivoqué. —Me recupero con debilidad y me siento una tonta. La contrapartida de los sueños es lo poco preparada que estoy cuando el destino me jode—. Pensé que, aunque no lo hiciera, con saber que me vio aquí, que vio lo bien que me iba, haría...

Max se levanta.

—¿Qué? ¿Darte una nueva canción? ¿Hacerte sentir mejor? ¿Cuál de todas esas cosas?

Con odio ante la creciente duda que me han dejado sus preguntas, busco un terreno más

elevado.

—Siempre voy a escribir sobre mi vida, Max, ya hemos hablado de esto. —Y me doy cuenta con pesar de lo fácil que me resulta esta actitud defensiva, como *riffs* que podría tocar mientras duermo.

—Eso no significa que tengas que ponerte en situaciones que te hagan daño —responde. Está tan cerca como para tocarme, pero, de repente, siento que diez años o miles de kilómetros no se comparan con la distancia que nos separa ahora.

Me pregunto si es una distancia que tal vez nunca cerraremos.

Me invade una ira ardiente.

—Enamorarse siempre produce dolor. ¿Por qué crees que vendo tantos discos? Todo el mundo se identifica, y es ingenuo pensar que esto no conlleva riesgos.

Voy directo al grano. Al igual que puede predecir mis improvisaciones cuando tocamos juntos, sé que Max siente el cambio en el registro de la conversación, porque no me refiero solo al amor, sino a nosotros.

—Sé que hay un riesgo, y estoy listo para tomarlo —dice Max. Su voz es baja, en represalia—. He estado aquí antes y te he querido solo para perderte. Pero no puedo darle mi corazón a alguien que no va a dudar en romperlo si eso le trae inspiración.

Siento que el tiempo se ralentiza, que el ritmo del momento se derrumba, dejando solo golpes. Los latidos de mi corazón se aceleran de forma errática. Wesley tenía razón. Maldita sea, tenía razón. Si bien durante mucho tiempo me he definido como una adivina inquebrantable, él fue el dueño de una profecía sobre Riley Wynn.

Todo el mundo se cansa de mí.

Quiero luchar contra ello, y quiero decirle a Max que no le romperé el corazón, pero no puedo. No sirve de nada resistirse, sé que es así y que cada una de mis canciones lo demuestra.

El centro de mi música no son sus melodías conmovedoras, mis canciones resuenan por su innegable conclusión. Como he repetido en escenarios desde Houston hasta Hollywood, mis relaciones siempre acaban con alguien herido. *Heartbreak Road* no es el viaje, es el destino. La canción de mi vida está escrita, y sospecho que el destino me dejará cantándola mucho después de que se hayan apagado las luces del escenario.

Entonces no digo nada, puedo escribir esta familiar canción en silencio.

Observo cómo la comprensión se apodera del rostro de Max, y sé que recordaré cada detalle de esto. Es como una fotografía impresa en mi alma.

Es mejor que se vaya ahora, antes de que estemos tan de mierda hasta el cuello que se vaya con tanto odio como Wesley; ya que no podría soportar que Max me odiara. No hay premio de consolación que alivie este dolor. Ninguna canción. Nada.

Max camina hacia la puerta y sé que hemos llegado a la misma y horrible conclusión.

Cuando habla, su voz es tranquila, pero escucho cada palabra.

—Me iré a casa antes... Supongo que sacarás dos canciones geniales de esta noche. Espero que te hagan feliz.

Se va.

Quiero acurrucarme, o implosionar como las estrellas, devorada por mi propia gravedad hasta convertirme en nada. Quiero ceder ante la angustia que pretendo dominar...

Pero no puedo, esta es mi noche.

En el baño, me retoco el maquillaje. Al mirarme en el espejo, veo a la Riley que todos esperan ver.

Pongo una sonrisa y regreso a la fiesta como si caminara hacia un escenario.



VEINTICINCO

Max

Mi antigua vida me da la bienvenida con facilidad.

Vuelvo a Harcourt Homes, directo a las cómodas rutinas que podría repetir con los ojos cerrados. Conduzco por Sunset Boulevard y, por suerte, la cartelera de Riley ya no está en pie; ahora anuncian la nueva serie de HBO. Contrato y enseño a nuevos ayudantes. Reviso las finanzas y veo cómo los nuevos residentes que se enteraron de nuestra existencia gracias a los medios de comunicación nos han proporcionado suficientes ingresos como para seguir abiertos.

Todas las noches conduzco a mi piso, siempre con la radio sintonizada en una emisora antigua. Duermo como un tronco desde que colgué las cortinas.

La vuelta es tan idílica que hace que mis meses de música a través del país parezcan un sueño. Lo rodea una sensación de improbabilidad, con detalles nítidos pero inconexos ante la sólida familiaridad del mundo en el que me he vuelto a sumergir.

Solo una parte de mi nueva/vieja vida es diferente. No toco el piano en el comedor de Harcourt Homes; de forma inevitable, relaciono la música con Riley (a quien recuerdo llegar al mismo comedor con un bis en los labios), y tengo miedo de hurgar en la herida que me ha dejado en el pecho.

Sé cómo me golpeará la realidad cuando lo haga y no podré esconderme de mí mismo. Víctima de un corazón roto que yo mismo he provocado por segunda vez.

Odio cómo acabaron las cosas entre nosotros, odio haberla dejado... otra vez. A menudo, cuando cierro los ojos, lo primero que veo es su rostro repleto de lágrimas en nuestra última conversación. Es la única parte de los últimos meses que no puedo comparar con los sueños, esa es mi peor pesadilla, y de aquí nace gran parte de la impotencia que siento. No sé cómo convencerla de que merece amor. No creo que sea algo de lo que nadie pueda convencerla excepto ella misma, y a menos que lo haga, nuestro amor será siempre como instrumentos sin tocar.

Por eso evito el piano. Dejo de lado las preguntas y los miedos por unos días antes de tener que regresar al desierto. A Riley.

El jueves ceno con mis padres. Es agradable. El comedor está vacío; todo el mundo ha cenado ya, la mayor parte del personal se ha ido a casa, y respondo a todas sus preguntas sobre la gira, sobre Riley, sobre las mejoras que podemos implementar. Con paciencia, les explico cómo ha

mejorado el panorama financiero, y cuando me piden que toque para ellos, les digo que mejor otra noche.

Mi madre se detiene en la puerta mientras los acompaño a la salida.

—Pareces... diferente.

—Las giras son agotadoras, tan solo necesito unos días para recuperarme. —Lo pospongo, no del todo, si soy sincero. Podría pasarme toda la vida recuperándome de Riley.

Me sorprende cuando mi madre niega con la cabeza.

—No, no me refiero a cansado. Mira... no lo sé. Tal vez te veo asentado. Estoy orgullosa de ti por darle otra oportunidad a la música —dice.

Capto la mirada que intercambia con mi padre, siento esa típica complicidad silenciosa de ellos.

—Ahora que la residencia va bien —continúa—, te dejamos a ti la elección. No la venderemos si no es lo que desees.

Asiento con la cabeza. Mis padres hacen una pausa, a la espera de que yo tome la decisión en este momento. En cambio, me despido con alegría, aunque no me los pueda sacar de la cabeza. No estoy seguro de cómo procesar lo que me han dicho.

Todo lo que quería hace meses era asegurarme de que Harcourt Homes sobreviviera; y lo he hecho. Mi unión en el escenario con Riley me dio todo lo que quería.

O... no del todo.

¿Qué es lo que quiero?

Me golpea con una claridad visceral, el resplandor de los focos, los gritos de la multitud y la resonancia desgarradora de nuestro dúo perfecto.

Quiero volver al lado de Riley.

Hacer lo que ella necesite que haga para convencerla de que podemos lograrlo. Lo daría todo por lograrlo.

Pero ¿debería hacerlo? Mi repentino anhelo suena contra la vieja contramelodía. Regreso por el pasillo hacia el comedor, perdido en mis pensamientos, y su vacío me recuerda a los escenarios previos a un espectáculo o a los estudios de grabación a medianoche. Lugares en los que me pregunté si se sentían como estar en casa, o si alguna vez lo harían.

Si Riley no fuera parte de la pregunta, ¿cambiaría mi respuesta? Camino hacia el piano y me siento.

Toca de la manera en que quieras besarme.

De mi memoria, me llega la voz de Riley en el destartado espacio donde a veces ensayábamos, en las pesadas capas repintadas de las paredes y las grietas en el suelo de cemento. Cuando levanté la vista del piano, encontré a Riley sentada en su amplificador, dirigiéndome una mirada de la que nunca he sabido resistirme.

Pero, cuando me puse de pie, ella negó con la cabeza.

«Toca de la manera en que quieras besarme», me dijo.

Lo hice. Y al sentir su mirada fija en mí lo di todo en el piano. Todo de mí. Solo me detuve cuando sentí a Riley sentarse a mi lado. Con sus suaves dedos tiró de mi barbilla y acercó mis labios a los de ella. Me besó con innegable entrega.

Ahora, su petición permanece conmigo, y empiezo a considerar si es lo que hice desde el principio. *Toca de la manera en que quieras besarme.*

¿Cada acorde que perseguí, cada canción que ensayé, eran solo para seguir a Riley? ¿Para alcanzarla? Tal vez sí, me doy cuenta en este momento. Cada micrófono abierto, cada espectáculo en el estadio, e incluso cada noche en Harcourt Homes.

Tal vez mantuve la música cerca para poder estar a pocos pasos de Riley.

Su voz ardiente ya no está aquí y me siento solo frente al piano. La habitación está a oscuras y nadie está escuchando. Hace meses que no toco solo para mí.

Respiro hondo, pongo las manos sobre las teclas, y cuando toco el primer acorde, siento que escucho mi propio corazón.

Empiezo con *Heartbreak Road*, la herida que aún no se ha cerrado. Sigo con *Until You*. A continuación, hago la transición a las canciones que suelo tocar en Harcourt Homes. Toco para todos. Termino con la música de mi infancia, Mozart y Beethoven, que aprendí en este mismo piano.

Cuando lo hago, toco mis pensamientos, mis sentimientos, mis arrepentimientos, mis esperanzas. Nadie los escucha excepto yo. Estoy sudando y respiro con dificultad, pero me siento cómodo. Estoy, como ha dicho mi madre, asentado.

En la voz del piano escucho la armonía que buscaba, y sé lo que quiero, pero no a quién. *Qué.*

Quiero esto, llenar de música la vida de quienes pasan por Harcourt Homes y mantener este lugar en funcionamiento. Las comparaciones con los escenarios y los estudios se desvanecen. Es algo más grande: el hogar.

Podría renunciar a este sentimiento por Riley, la mujer a la que quiero, pero no sería justo para ninguno de los dos. Riley se merece a alguien que sueñe a lo grande, como ella, que no la deje dos veces como ya he hecho yo, para volver a mi casa y tener mis propios sueños. Yo me merezco a alguien que crea en nuestro amor, que quiera luchar por nosotros. Que no termine las cosas por miedo y me deje sin nada más que la vida que solo elegí para ella.

La canción me impulsa a seguir adelante, la música lee mi mente. La sigo y escucho el mensaje de la melodía.

Mi lugar está aquí. Le di a la música la mayor oportunidad que pude, toqué en los mejores estadios, y ahora sé, sin lugar a duda, que solo viví las esperanzas de los demás. Tocar en esta sala no solo es suficiente, lo es todo.

Sé lo que tengo que hacer, y no será fácil, pero ya sobreviví una vez.

Termino de tocar y quito las manos de las teclas. Con cuidado, bajo la tapa. En la habitación vacía, escucho el eco del bis que hizo Riley hace meses.

Sin embargo, cuando vuelvo a mirar, ella ya no está allí.



VEINTISÉIS

Riley

Me siento en el borde de la piscina, con los pies en el agua y la guitarra en el regazo mientras sale el sol. El desierto está pintado de suaves colores morados y naranjas. Me he levantado pronto, con la esperanza de que el paisaje me inspirara.

Debería, esta es la clase de momento perfecto que persigo.

En cambio, rasqueo con un vacío en mí, a la espera de que las letras se levanten del desierto, que el ligero viento me susurre versos al oído. Solo me encuentro con la luz de la mañana que no me muestra nada. Llevo toda la semana en blanco, desde que Max se fue.

He trabajado todos los momentos libres para llenar su ausencia, pero no he logrado nada. Es exasperante, supongo que incluso irónico. La cantante del desamor tan desconsolada que no puede escribir. Es como una burla del destino.

Estoy atrapada y me pregunto qué estará haciendo, cómo se sentirá, dónde nos encontramos. Sin embargo, como fue él quien me dejó, no lo he llamado. Si quisiera hablar conmigo, me llamaría. Si bien mi iPhone no está exento de notificaciones, ninguna me interesa.

No estoy sorprendida y no voy a perseguirlo. Max es un desertor. Siempre lo ha sido.

Dejo mi guitarra en el suelo. El cuerpo hueco del instrumento protesta de manera torpe contra el hormigón. Con un suspiro, salgo de la piscina y mis piernas se secan rápido con el calor.

El problema es frustrante. No puedo escribir una canción sobre una ruptura cuando no sé si se ha dado. Ni siquiera sé si vendrá esta noche para nuestro segundo concierto en Coachella.

Me miento a mí misma diciendo que no me importa. Es una de esas mentiras que quiero que sea verdad. No debería encabezar Coachella preocupada por si mi novio vendrá o no.

Repetir esto me sostiene durante mis días tristes. Voy a fiestas, de espectáculo en espectáculo, y veo algunas bandas que no conozco, otras sí. Ignoro las conocidas cámaras de los móviles que me siguen a dondequiera que vaya. Cerca del momento de mi presentación, me retiro a mi tráiler, donde dejo que mi equipo me prepare para la actuación.

Llega la hora y mis asistentes me escoltan hasta el escenario. Ahí es cuando lo veo.

Max se encuentra en las amplias alas del escenario principal, con las manos en los bolsillos. Sus ojos encuentran los míos. No parecen... ni anhelantes ni resentidos. No es diferente de la forma en que me miran los demás músicos de la gira. Solo ha venido a trabajar.

Es una resolución rápida a la cuestión de su silencio durante toda la semana. No anhelaba ni

esperaba que yo me acercara.

Y, al instante, me doy cuenta de que estoy enfadada.

¿Se marchó de manera intempestiva y luego decidió que ni siquiera valía la pena mandarme un mensaje? Me doy cuenta de que solo está aquí por el espectáculo, y no por mí. Si no fuera por el concierto, no habría venido.

Supongo que muestra algo de crecimiento por su parte. La última vez que me abandonó, no vino a ninguno de los espectáculos que planeamos.

Paso junto a él, sin querer hablarle, ya que estoy lista para cantar algunas canciones de ruptura.

¿Max no quiere darme explicaciones y solucionar las cosas? Bien. Me pavoneo en el escenario con los familiares tambores iniciales de *One Minute*. Mi marcha de inicio. Toco las primeras notas llena de rencor, y, de hecho, suena genial, uno de esos raros momentos que me dan escalofríos. Si no obtengo nada del regreso de Max, excepto el fervor de mi actuación, quemaré el cielo con este rayo de esperanza.

La multitud lo siente y atraigo su energía para convertirla en mía. Por encima del coro de gritos, paso a la segunda canción con determinación. *The Breakup Record* trata sobre doce personas, pero esta noche todas las canciones son sobre Max.

Es catártico saber que él es mi audiencia cautiva. Mientras él tiene que mirar detrás del escenario, lleno cada nota con cada sentimiento que quiero decirle, e imagino que envuelvo su corazón en acordes opresores.

Cuando llego a *Until You*, me siento más ligera, como si me hubiera quitado parte del peso de mi herido corazón. Es como si volviera a la Riley que durante años tocó en escenarios como este (bueno, no exactamente), sin este nuevo dolor. Bajo las luces, puedo empezar a olvidar la sensación de perder a Max Harcourt por segunda vez.

Bebiendo agua, camino hacia el frente del escenario.

—Estoy muy emocionada de tocar la siguiente canción —le confieso al público, y ellos rugen a modo de respuesta—. Creo que esta noche de verdad necesito escucharla. ¿Y vosotros? —Hago una pausa juguetona—. ¿Necesitáis escucharla?

Por el rabillo del ojo, veo a Max subir al escenario. Me fijo en la seguridad que ha ganado durante la gira.

—Me gustaría traer a Max Harcourt para que toque conmigo —digo.

Con un modesto guiño a los fans, Max camina hacia el banco del piano. Espero a que se siente, y me preparo para que él toque la canción como lo hizo cuando le dije que desatara sus sentimientos. Cuando tocó como si la odiara, lleno de furia, cambiándole todo el significado.

En cambio, cuando comienza, toca la canción como yo pretendía que sonara: rota.

Sus acordes caen al escenario como pájaros con las alas dobladas. Sus sonidos alcanzan alturas que nunca más alcanzarán. Es horrible y perfecto. Cuando lo miro a los ojos, solo

encuentro dolor.

Le sostengo la mirada y todo el público desaparece; le canto mis letras solo a él. Ya entrada la noche, hago que el mensaje suene fuerte. Como si le recordara que puede abandonarme otra vez, pero esta canción y los sentimientos que sabe que compartimos lo seguirán para siempre.

—*Long days, fast years* —canto—. *Old hopes, new fears. Future, present, past run in reverse, feeling best when I expect the worst.*

Estoy furiosa, tengo el corazón roto, y conservo una esperanza patética. Él no se inmuta ante mis sentimientos y se enfrenta a todos, los siente conmigo. Somos el dúo más puro, donde la armonía trasciende las notas y llega a canciones no cantadas.

No necesito ver a la multitud para saber que nuestra actuación es magnética. Cuando termina, los aplausos rugen sobre nosotros y escucho el fervor a lo lejos, como si me tapara los oídos con las manos.

Con la mirada fija en Max, me doy cuenta de que estoy llorando, pero no me limpio las lágrimas, eso no cambiaría nada. Imagino que sentiré la huella de su recorrido para siempre. De cara a la multitud, hago una reverencia mientras Max hace lo mismo y luego abandona el escenario.

Bajo los efectos de esa dolorosa droga del desamor, doy el espectáculo de mi vida. Me olvido por completo de mí misma, la música me envuelve. Ni siquiera sé cuánto tiempo pasa, de un momento a otro, la lista de canciones se acaba, justo cuando yo me despojo de mi última piel. Salgo del escenario, aturdida y abrumada. No hablo con nadie.

Max espera entre bastidores. Nuestros ojos se cruzan un segundo y no necesitamos decir nada para saber qué pasará a continuación. Ya lo hemos dicho todo en el escenario.

Haciendo caso omiso de todos los que quieren felicitarme, sus voces se unen en un coro confuso, me dirijo a mi tráiler. Max me sigue. Mientras la noche me pone la piel de gallina, apenas siento el frío. Entro en mi remolque y dejo la puerta abierta, no me giro y ni siquiera oigo la cerradura. Ni siquiera cuando sus manos rodean mi cintura, o cuando sus labios encuentran mi cuello, o cuando siento su corazón latiendo contra mi espalda.

Me presiono contra él, y me deleito con su calidez. La semana que he pasado sin él ha sido como una eternidad perdida en la niebla. En cada caricia, sus labios, sus manos, escriben una línea en mi piel, que se repite sin cesar.

Esto es una mala idea.

Lo sé y sé que él lo sabe. La conversación que vamos a tener después espera de forma paciente. Lo ignoro un poco más y caigo en un hecho ineludible. *Me encantan las malas ideas.*

Giro en sus brazos, mientras capturo sus labios con los míos. Estoy llorando, o él está llorando, a fin de cuentas, es lo mismo. En este momento de colisión, somos uno. Me saca el vestido por la cabeza y alcanzo su cinturón. Nota mayor, nota menor, música y letras. Tomamos

velocidad como si estuviésemos al pie de una caída libre. *Una última vez.*

Max me empuja contra la pared mientras mis instintos anulan cualquier resto de coherencia. Le estoy quitando los pantalones, la camisa, cuando nuestros pechos se encuentran, y el contacto es eléctrico. Me destroza. Ya sin ningún tipo de control, levanto la barbilla y miro hacia arriba, donde el techo de mi remolque proporciona nuestro sustituto temporal del cielo.

Incapaz de esperar, me agacho. Max hace una pausa en respuesta involuntaria, sorprendido por un momento al detener los besos que dedicaba a cada parte expuesta de mí.

Estoy operando por puro instinto, como lo hago cuando estoy en medio de mi espectáculo, cantando canciones que he cantado cientos de veces. El recuerdo muscular no los hace menos propios, sino lo opuesto. Nada es a mi manera, ni siquiera yo.

Mientras monto esta longitud de onda imparable, siento que cojo el condón del bolso. Siento a Max, a todo su ser. Sus manos pasan de acariciarme a agarrarme y apretarme, cogen mis curvas desnudas como si nunca quisiera soltarme.

Excepto que lo hará, lo sé.

Una.

Me presiona contra la pared con un fuerte empujón. Jadeo por la sorpresa, con mi aliento aún desgastado por el espectáculo. Levanto la rodilla y poso un pie en el extremo del sofá; lo coloco a él donde yo quiero.

No duda, y poco a poco nos unimos. Presiono mis labios contra su hombro y exhalo con todo mi cuerpo. Me concentro en cada desgarrador segundo, en cómo se siente. Él dentro de mí y conmigo. Es todo lo mismo y es la culminación.

Última.

Vamos al encuentro de nuestro ritmo. Cada empujón me presiona contra la pared del remolque, que aprieta la superficie hasta la parte baja de mi espalda. Es como si todo sucediera ahora, olas de placer que llegan hasta el borde de la incomodidad. El recordatorio de que algo nos espera al otro lado de este glorioso sexo.

Algo inflexible y definitivo.

Vez.

Bajo las manos y sostengo sus caderas, para sentir cada movimiento de sus músculos con cada golpe que da dentro de mí. La fricción envía electricidad a través de todo mi cuerpo y sofoca cada pensamiento en silencio bajo la maravillosa estática.

De repente me sorprende la sensación de que estoy... terminando la canción que Max y yo hemos pasado los últimos diez años, de una forma u otra, escribiendo juntos. En canciones literales, y en la fusión de nuestra música. En los suaves estribillos de las charlas de almohada o de las conversaciones errantes. En los estribillos aniquiladores como este.

Esto, ahora mismo, es la expresión perfecta de nosotros. Nunca una armonía se sintió así.

Como si experimentara lo mismo, Max da un embestida y permanece allí. Presiona su frente a un lado de mi cara, y sus labios se arrastran sobre la esquina de los míos.

—Riley —suspira.

Por primera vez en la vida, no tengo palabras. Lo beso y espero que él lo diga todo.

Te he echado de menos. Te necesito. Te recordaré, Max.

Lo agarro con fuerza y me acerco a él con más resistencia. Cuando exploto, me enciendo como los focos de un escenario, y él hace lo mismo. Hasta que, mientras nos abrazamos, los focos se apagan. Siento que cada uno de nosotros acaba de renunciar a algo que nunca volveremos a tener. La habitación está en silencio y el frío de la noche seca nuestro sudor.

No importa la paz, el momento está teñido con la sensación del final: el eco de nosotros.



VEINTISIETE

Max

Riley se pone el suéter y la sudadera con capucha que había tirados sobre el sofá. Yo ya me he puesto mi ropa. Estamos en silencio, y tocamos nuestro bis. Lo único que queda ahora es volver a casa.

Riley se sirve un vaso de agua.

—¿Qué tal el viaje? —me pregunta.

Conversación de ascensor: rígida e impersonal. De este modo, sé que todo se ha acabado. En la última década, pasamos de las alturas de la pasión que exaltan el alma a un silencio tan enorme que se traga años. Es casi imposible recordar que sus labios estaban presionados contra mi pecho, y que yo tocaba cada rincón de su cuerpo, mientras escribía canciones de amor como garabatos frenéticos en el mapa de mi corazón.

—Estuvo bien —digo. Tomo coraje y determinación, y sigo adelante para romper el silencio—. Lamento cómo me fui.

Se deja caer en la silla que queda cerca de la puerta, la más alejada de mí. La forma en que se mueve no me resulta familiar; tiene las extremidades flácidas por el cansancio. Quiero fingir que es solo por el concierto épico que acaba de dar, pero en el fondo sé que es así.

—No fue una gran sorpresa —dice con cierto vacío en su tono—. Si soy sincera, no esperaba que regresaras para terminar la gira.

Ojalá no mereciera ese golpe.

—Bueno... —comienzo a decir, mientras muevo los pies y miro hacia abajo, determinado a dar el oscuro mensaje que decidí en el comedor de Harcourt Homes.

—Creo que sería mejor que me retirara.

Riley deja su vaso.

—Ahí lo tienes —dice. No hay ni una pizca de humor en su sarcasmo.

—Riley —escucho la tensión en mi voz.

—¿Qué? Me estás abandonando tal como hiciste hace diez años. —Está enfadada, pero puedo escuchar cómo, debajo de su ira, solo hay una chica herida que trata de ocultarlo. Lo último que quiero es hacerle daño, y me rompe el corazón haberlo hecho ya dos veces.

—¿De verdad vas a pedirme que me quede cuando dejaste claro que nunca seremos más que una canción de desamor?

Ella mira hacia delante, con la mirada apagada fija en la nada. Su silencio lo dice todo; es la única respuesta que es capaz de dar. Temía la respuesta aun cuando sabía que vendría.

Me hace indagar en mí mismo y arranca algo que está arraigado en las profundidades.

—Te quiero —le digo, algo que llevaba mucho tiempo sin decirle. No sé si suena con disonancia o con claridad absoluta.

Ella me mira.

—No —me advierte—. No digas que me quieres mientras rompes conmigo. No es justo.

Me estremezco, y me siento atormentado por la urgencia.

—¿Crees que quiero hacer esto? —le respondo. Mis palabras cobran velocidad, en un impulso único de espirales descendentes—. No, por supuesto que no. Me he pasado toda la semana intentando convencerme de no hacerlo, diciéndome que si... me entregara a ti, si dejaba que me rompieras el corazón, todavía sería feliz de tener muchos días, semanas o incluso años contigo.

Pone unos ojos como platos, porque sé que no soy alguien que comparta sus sentimientos con facilidad. Sin embargo, no puedo parar.

—Pero no sé si eso es amor de verdad —sigo, mientras apunto al centro—. Creo que tengo que vivir mi vida bajo mis propios términos. Y hasta que creas que lo que tenemos es tan fuerte como para durar, es intrascendente.

—No es intrascendente —responde Riley al instante. Su voz se rompe con una carga oscura, como si mientras yo hablaba, ella con cuidado curara el cansancio de cada rincón de su ser—. Lo que tenemos lo es todo para mí. ¿No puedes verlo? ¿No ves que el hecho de que me arriesgara a sufrir aun solo por estar contigo es una prueba de cuánto te quiero?

La declaración que se ha colado en su pregunta abre la conversación. Todo se detiene hasta que ella continúa. Su voz es diferente. Donde antes protestaba, ahora suplica.

—Te quiero, Max —me dice—. Nunca dejé de hacerlo. En cada canción, en cada maldita nota, canté para ti.

Son las palabras que he anhelado, y ahora las vuelve reales; sueños convertidos en dagas.

No sé cómo explicarle a Riley por qué, de todos modos, esto no soluciona lo que nos pasa. Al final, la pregunta no es si quieres a alguien, sino cómo lo haces.

—Entonces te doy lo que quieres, ¿verdad? —le pregunto—. Escíbeme una canción de desamor.

Herida, Riley se marchita.

—No puedo hacerlo... Eso no es lo que quería decir. Para mí, eres más que una canción.

Niego con la cabeza, y odio cómo todo lo que hay en la habitación se queda grabado en mi mente. En cierto modo, siento que nunca abandonaré del todo este tráiler. El cielo se ha transformado en purgatorio.

—No es en mí en quien no crees —respondo—, es en ti misma. No crees que mereces un amor

duradero, y siento que te cuentas la misma historia demasiadas veces como para no creerla. Eres *The Breakup Queen*. —Riley se levanta para interrumpirme cuando continúo—. Pero me gustaría que supieras que escribes canciones increíbles sobre rupturas porque eres tú —digo—, y no al revés.

Su expresión se cierra y su luminosidad parece frágil. Entiendo por qué, de verdad que lo hago. Escuchar cómo te caracterizan de forma incorrecta duele, por supuesto que sí. Y escucharte a ti mismo justo como eres, hasta en los defectos de los que no puedes escapar, duele aún más.

Por eso mantengo mi voz suave.

—Podrías escribir sobre cualquier cosa, Riley, y podrías ser cualquier cosa. Y te juro que espero que lo veas algún día. Te escucharé hasta que lo hagas.

Me quedo en silencio, ya he llegado al final; no solo de mi discurso, sino de todo. Espero, sin saber bien por o para qué.

Riley me mira con dureza en los ojos. Ese desenfreno de convicción que la convierte en quien es. No va a ceder y no va a prometer algo que no pueda cumplir.

La quiero por eso, de verdad lo hago.

Al final de la conversación, empiezo a notar sonidos fuera, como si regresara al mundo real. Todavía se oye el estrépito de la música de las fiestas del festival, el personal de seguridad y los coches que circulan por las calles de la ciudad, no muy lejos del recinto.

El surrealismo y la improbabilidad son abrumadores. Estoy teniendo la conversación más importante y dolorosa de mi vida en medio del Coachella, en el tráiler de la protagonista.

Ella se levanta y me tiende la mano. Sus labios se curvan en una pequeña sonrisa.

—Gracias por tocar conmigo, Max Harcourt.

Le cojo la mano, y sé que podría ser la última vez que la toque, lo que me parte el corazón en pedazos. Pero escucharé su voz en la radio o en mi tocadiscos cuando quiera. Eso es algo. Una tortura que disfrutaré por siempre.

La idea de que me suelte la mano, dando fin a la conexión, es insoportable. No la puedo dejar, todavía no... Y en lugar de eso, le doy un último abrazo, mientras aplasto el sollozo de mi pecho contra su cuerpo.

Ella me acaricia la espalda.

—Vas a tener una vida más feliz —dice. El suave susurro es casi irreconocible por parte de la mujer cuya voz podría llenar el mundo—. Te lo mereces. Encontrarás a alguien que es todo lo que yo no soy, todo lo que necesitas que sea, y estarás bien.

Mi cuerpo se estremece, porque son palabras que sé que se dice a sí misma en la profundidad de otras noches, que escribió como nadie más podría hacerlo. Ella no se limita a decir adiós, me está cantando la canción más pura que conoce.

Su voz se ahoga cuando continúa.

—Ha sido un honor que me rompas el corazón.

Me río con los ojos nublados. Es extraño el sentimiento de buscar las últimas cosas que quiero decirle, pero encuentro una.

—Tú también me enseñaste qué es el amor, ¿sabes? Por eso no pude escuchar *Until You*. No quería recordarlo —lo confieso—, y no lo olvidaré.

Riley sonríe con tristeza.

—¿Preferirías que te hubiera escrito algo poco memorable?

Ya sea a sabiendas o no, ella ha dado con la pregunta con la que lucho desde el día en que descubrí que yo era la inspiración de la canción. ¿Preferiría que no hubiera convertido nuestro fugaz amor en el mayor éxito desgarrador de las listas de éxitos?

—No —digo con la más profunda honestidad—. Es perfecta. —Siento su alivio en el más mínimo movimiento de su cuerpo. Rompo la distancia entre nosotros—. Cuídate, Riley. —Cada palabra, cada segundo, es con esfuerzo.

Cuando camino hacia la puerta, siento como si me arrancaran de ella. Si no lo hicieran, nunca me iría. Ella es mi sirena, incluso cuando no canta.

Tengo que concentrarme en cada movimiento que hacen mis piernas mientras me acerco a la puerta. Con solo la noche por delante, a mi espera, salgo de la vida de Riley por última vez.



VEINTIOCHO

Riley

Vivo mis canciones una vez más.

Las semanas transcurren en la olvidable bruma de lo que se ha convertido mi vida. Vuelo de Coachella a Chicago para continuar con la gira sin Max. En cada asiento del Soldier Field, con anillos de luz que me rodean desde el suelo hasta el cielo, veo a alguien que quizá sienta, o haya sentido alguna vez, lo mismo que yo. Pongo todo mi dolor en mis actuaciones, sin permitirme olvidar la oportunidad que tengo de aprovechar la herida que me dejó, por donde los sentimientos se derraman.

Lleno estadios. Toco *Until You* a guitarra. Muchas veces me sorprendo y me pregunto si acabo de ver el rostro de Max entre el público, en los pasillos del estadio o en la sala de espera, pero enseguida ahuyento esa esperanza culpable. Cada vez que mi madre me pregunta, digo que estoy bien.

Por supuesto, no lo estoy.

La especulación está por las nubes. En internet y en las revistas, todo el mundo declara que estoy atravesando otra ruptura, y en lugar de esforzarme por ignorarlo como de costumbre, me flagelo con los comentarios desagradables. Cuando un extraño se pregunta si se trata de alguna *performance*, yo misma me lo cuestiono.

Voy a un *late show* y la primera pregunta que me hacen es si estoy soltera. Yo sonrío y digo que no recuerdo la última vez que no estuve enamorada. Toco mi música bajo las luces del estudio, canto el dolor como si formara parte de mi naturaleza. Vuelvo al hotel, donde hago lo mismo de otras formas. En cierto sentido, empiezo a sentir que lo hago cada minuto de cada día.

Me quedo despierta en el autobús, intentando olvidar como Max solía dormir a pocos metros de mí. Cuando fracaso, busco consuelo en ese espacio vital, donde me llega una canción tras otra. Nunca deja de suceder, y nunca he dormido tan poco en mi vida, ni me he sentido tan miserable y atrapada por la inspiración. Escribo letras por todas partes: en tazas de café, recibos de compras, servilletas, e incluso mi mano.

Pienso tanto en Max que las asperezas del recuerdo se liman. El dolor nunca desaparece, pero me he quedado sin lágrimas.

Sigo de ciudad en ciudad. En St. Louis, pongo excusas para no ir a casa de mis padres, ya que sé que en el fondo no estoy preparada para combinar la pérdida de Max con lo que sé que

encontraré: cajas de cartón con las posesiones de mi madre, a la espera de un nuevo hogar.

En este momento, en mitad de mi gira y pocas horas antes de un concierto, no puedo preocuparme por la situación actual de mi familia. En cambio, me refugio en el hotel, donde no hago nada.

Espero que mi madre haga lo mismo, llevamos tiempo sin hablar de los cambios de su vida. De todos modos, supongo que aprovecha el trayecto para conseguir algo de espacio tras el colapso de su matrimonio.

Quedo a comer con mi padre. Es agradable todo el tiempo, incluso cuando ve más allá de mi máscara optimista. Por supuesto que ha leído las noticias. Sabe cómo, apenas unos meses después de que finalizara mi divorcio, mi siguiente relación fracasó. Sin embargo, aquí estoy, actuando cada noche como si fuera la misma Riley de siempre.

Dice que le preocupo y me río.

Lo doy todo en mi espectáculo de St. Louis, como la ciudad me lo ha dado todo a mí. Pero a la mañana siguiente, ya me he ido.

El estadio Lucas Oil de Indianápolis es una de mis paradas favoritas. Dentro de los majestuosos muros del estadio, supongo que, por primera vez, siento que todos están contentos de verme en lugar de sentir curiosidad. Después del primer concierto, decido no volver al hotel porque allí me cuesta más escribir. Las habitaciones están diseñadas para ser pizarras en blanco.

No necesito pizarras en blanco, necesito texturas, necesito el lugar donde Max daba forma a las notas del piano con las manos sobre la mesa en algún momento de la noche, donde nos hacía reír y nos sorprendía con los disfraces que elegí para él. Necesito el que ha sido mi hogar estos últimos meses, el más duro y feliz de mi vida.

En medio de la noche, la temperatura es agradable. El autobús espera en el aparcamiento trasero del hotel. Tarareo la línea melódica que tengo grabada en la cabeza, y mientras me acerco, la emoción que me generan las ideas acelera mis pasos.

Sin embargo, cuando llego a las puertas, encuentro... cinta adhesiva en la ventana.

Me detengo, confundida, y recuerdo la conversación que tuve con Max sobre cómo íbamos a indicar que teníamos compañía. Pero Max ya no está... solo mi madre.

Me quedo completamente en blanco, en sentido figurado y literal. Con lentitud y delicadeza, me retiro como si el aparcamiento estuviera lleno de minas.

Es muy tarde, pero la puerta se abre de golpe, revelando a Frank.

Entro en cortocircuito. ¿Cómo se enteró Frank de nuestro sistema? ¿Recuerdo mal los detalles sobre la discusión de la cinta adhesiva? ¿Estaba allí? ¿Ha traído a alguien al autobús?

Mientras asimilo lo que veo, mi madre aparece en la puerta, con las mejillas del color de los claveles rosados.

No hay manera de ocultar la forma en que se me abre la boca.

—Estábamos, eh... quiero decir, saliendo. Nos íbamos. —Frank dice con torpeza y con esfuerzo fingido ante algo parecido a la indiferencia—. ¿Qué haces aquí, Riley?

La verdad, está tan nervioso que resulta adorable para ser un conductor corpulento y tatuado. Se reclina en la puerta y presiona el hombro contra el marco de metal.

Me llevo una mano a la cadera a modo de broma, y mi mortificación va disminuyendo bajo la fuerza de la de ellos.

Sí, es un poco extraño saber algo sobre la vida sexual de mi madre, y más extraño todavía que ya no se trate de mi padre. Aun así, me alegro de que siga adelante con su vida. Sé mejor que nadie lo importante que es. La recuperación es un ritual propio, con sus alegrías y oportunidades. El amanecer tiene maravillas que no incluyen el sol.

—¿Cuánto lleváis así? —pregunto con genuina curiosidad. Por la forma en que mi madre se acerca con naturalidad a Frank, tengo la sensación de que no es la primera vez. Me impresiona cómo han logrado mantener la discreción. Mi madre pone una mueca.

—Desde que te fuiste a Coachella —confiesa.

Sonrío cuando todas las piezas encajan en su sitio.

—Dijiste que no querías venir porque hacía, cito, demasiado calor, demasiado ruido, y no había suficientes baños —la reprendo, y disfruto repitiendo las excusas que escuché muchas veces en las semanas previas al festival—. Podrías haber dicho que querías pasar tiempo con Frank.

—Riley, lo siento, y estoy segura de que esto es incómodo —dice Frank mientras se frota la cabeza—. Es probable que me haya pasado de la raya.

—Oh, cállate —digo sin dudarlo—. Te quiero, Frank, y si alguien se merece salir con mi madre, ese eres tú.

Frank asiente, todavía tenso, pero logra sonreír.

—Vale, bien. Os respeto demasiado.

De la manera más divertida, recuerdo cómo giras como esta no solo vienen acompañadas de las evidentes alegrías de los protagonistas en el escenario. Están llenas de regalos secretos, ofrendas inesperadas del universo. Comidas perfectas, sesiones improvisadas y gente que de otro modo nunca se habría conocido. Frank es uno de ellos. Sin estas noches en el autobús, no hubiera conocido a uno de los hombres más leales y amables de este mundillo. Mucho menos mi madre.

—Puedes irte si quieres —lo animo con gentileza.

—Gracias a Dios —dice con énfasis.

Me río e intercambio una mirada con mi madre, que lucha por no sonreír. Muevo el brazo y hago salir a Frank del autobús, pero cuando pasa a mi lado, se detiene y mira a mi madre.

—Te llamaré más tarde —le promete. Es agradable escuchar el regreso de su imperturbable franqueza.

Mi madre pierde la pelea con su sonrisa, y no necesita responder. La forma en que se ilumina muestra que le gustaría mucho que lo hiciera.

Ella se retira de la puerta y la sigo al interior, donde se desploma en la cabina. Está oscuro en el pequeño espacio habitable, el escenario familiar de muchos momentos que nunca olvidaré. Este es sin duda uno de ellos.

—Ahora sé cómo se sintió cuando lo pillamos. ¿Cómo se llamaba? ¿Nick algo? Lo encontramos en tu habitación cuando aún ibas al instituto —dice con debilidad.

—Nick Lynn —aclaro—. Y no he sido ni la mitad de dura que fuisteis vosotros.

Ella asiente, sabe que tengo razón. Me castigaron durante semanas, incluso me perdí el espectáculo de Yeah Yeah Yeahs que esperaba con ansias. La verdad, la visita nocturna de Nick no valió la pena.

Mi madre me mira a los ojos, su expresión es más seria.

—Dime, ¿estás de acuerdo con esto? —pregunta.

No lo dudo.

—Sí, sé que papá está viendo a otras personas, y debes hacer lo mismo. Es raro, pero raro en el buen sentido. Con el tiempo me acostumbraré.

Mi madre me estudia para determinar si estoy siendo sincera. Llega a una conclusión y asiente.

—Hiciste bien en traerme de gira —dice—, me alegro de haber venido.

Noto la atracción de ritmos desconocidos en sus palabras. Sin duda, pillar a mi madre con alguien en la cama es algo nuevo. Una conversación como esta es reveladora en otros aspectos más profundos. Aquí no soy su hija, la estudiante de secundaria o la estrella del pop, ni ella la madre llena de sabiduría. Somos iguales y compartimos la vida.

—Yo también me alegro —digo.

Se endereza y mira a su alrededor como si se hubiera dado cuenta de algo.

—¿Qué haces aquí? —pregunta—. ¿Por qué no estás en tu habitación?

Miro a lo lejos, a la funda de mi guitarra. Evalúo todo lo que puedo decir. «No puedo dormir. No puedo dejar de escribir. No puedo parar».

—Aquí escribo mejor —me conformo con decir. Frunce el ceño, puede leer volúmenes en mis frases cortas sin importar lo que suceda.

Dado que sé hacia dónde va esto, me levanto y agarro la guitarra, y con eso espero indicar que no quiero tener esta conversación.

—Riley... —Su voz denota paciencia y firmeza.

—Estoy bien, de verdad —me adelanto—, no es la primera vez que me abandonan. Lo superaré, como siempre.

—Pero conmigo no tienes que ponerte tu máscara de valentía. Sé lo que Max ha significado

para ti.

Abro la funda de la guitarra. El instrumento que contiene es uno de mis amigos más antiguos. Saco la Taylor y me fijo en su cuerpo brillante, las cuerdas plateadas a la luz de la luna.

—Todas las noches entrego el corazón en una canción —le recuerdo—, no estoy poniéndole buena cara al mal tiempo.

Ella niega con la cabeza.

—No me refiero a entonces, sino a ahora, cuando solo estamos nosotras, sin música.

Solo con mis dedos en las cuerdas puedo luchar contra la frustración que me dejan sus palabras. Ella no lo entiende, y me resiento por esa frustración.

Dejo escapar un suspiro.

—No puedo —le explico con paciencia—. No puedo permitir que un momento de tristeza arruine todo esto. Llevo toda la vida trabajando para llegar aquí, y si dejo que cortar con mi novio lo arruine todo, seré exactamente lo que todos mis enemigos dicen que soy: demasiado dramática y poco profunda. Además... —Mis siguientes palabras no salen con facilidad, porque necesito que mi madre me entienda y así me deje ir. Mientras me hundo, me concentro como lo hago en medio de la noche, cuando siento el coro perfecto más allá del alcance de mis dedos—. No creo que tenga derecho a estar molesta. Quiero decir, esta es mi carrera y se la debo a mis rupturas, debería estar agradecida —digo, mientras repito lo que he llegado a creerme después de tanto repetírmelo—. Y no sé si habría conseguido todo esto si Max y yo hubiéramos vivido felices para siempre hace diez años.

La verdad es que hay detalles que nunca me atreví a escribir en una canción. Me rendía a los dolores, las alegrías, las esperanzas, los miedos, pero nunca escribí sobre lo que podría haber pasado. Tengo esas imágenes grabadas ante la frecuencia con la que las imaginé. *Nos vamos de gira juntos. Nos graduamos. Nos mudamos a algún lugar cerca de Harcourt Homes. Mientras Max ayuda a su familia, yo nunca dejo de perseguir mi sueño. Y todo lo hacemos juntos.*

Es lo único que me da miedo escribir.

—Eso es... —empieza a decir mi madre... Luego se detiene y mira por la ventana, hacia la oscuridad del aparcamiento, y reconsidera sus palabras—. Lo entiendo.

Pongo unos ojos como platos, porque de verdad no es la respuesta que esperaba a mi dilema personal más secreto. No sé si estoy más sorprendida o aliviada.

—Cuando tu vida va sobre ruedas, cuando consigues tus objetivos, cuando tienes motivos para esperar el mañana —prosigue con cautela, como si estuviera encajando las piezas del rompecabezas—, es fácil justificar todo lo demás. Todo lo malo parece un sacrificio necesario o el precio a pagar. Lo que la vida quiere que pongas al otro lado de la balanza. —La miro, mis manos nerviosas se quedan quietas en mi guitarra. Si bien me doy cuenta de dónde viene parte de mi poética, esta revelación no es lo que me silencia—. Yo... Bueno, nunca lo he dicho en voz

alta, pero hacía tiempo que no era feliz con tu padre. Me decía a mí misma que la infelicidad no importaba, y era algo pequeño en comparación con todo lo que mi matrimonio me había aportado: todo lo que quería. Tú, la familia y nuestro hogar. Pero sabía que faltaba algo en la forma en que interactuábamos tu padre y yo. Solo me convencí de que no importaba.

Nunca había sido testigo de la tristeza en los ojos de mi madre como en este momento. Una emoción que lleva años ocultando, como si nunca hubiera abierto la puerta donde se escondía ese sentimiento. La veo cerrarla ahora, mientras sonrío con suavidad.

—Fue necesario que tu padre tomara la decisión por mí, y me alegro mucho de que lo hiciera. —El ánimo en su voz es autoconsciente. Sabe que *alegrarse* no es la forma exacta en que su hija describiría las angustiosas conversaciones que compartimos en el suelo de mi nueva casa, o cómo sabía que yo me daba cuenta de cómo pasaban las semanas sin el sonido de su risa.

Sin embargo, escribir me llevó a sentir cada significado en cada palabra. A veces «alegre» significa «cálido», sin significar «luz».

Ella continúa, mientras la escucho.

—No debería haber sufrido por lo que una vez me dio. Tú tampoco debes hacerlo. No necesitas vivir con dolor, Riley. No hay que fingir que es algo bueno, porque una vez que dejas ir lo que te hace daño, puedes encontrar mucho más. —Me coge la mano, y es curioso notar los diferentes callos que tenemos. Los míos, por las cuerdas de la guitarra; los suyos, por la jardinería. Sin embargo, las manos son muy parecidas—. Nunca hubiera venido a esta gira. Nunca hubiera conocido a Frank. Nunca hubiera considerado vivir en otro sitio. —Tiene la voz entrecortada, como en nuestras conversaciones de recién divorciadas, excepto que con la emoción exactamente opuesta. El mismo sonido, pero sujeto a las revisiones del universo—. Me alegro de tener esta oportunidad porque creo que me esperan grandes cosas por delante. —Le aprieto la mano. Sonríe—. Las hay para ti también.

Me he permitido escuchar sus palabras sinceras. Se me corta la respiración, no sé si en un sollozo o en un suspiro de alivio. No sé qué decir, solo sé cuánto la necesito. Incluso ahora, con mi nombre escrito al revés en las ventanas desde las que miro, en un estadio que he llenado (y cuyo sonido sigue resonando en mis oídos). En especial ahora, tal vez.

—Te dejo con tu música —dice mientras se levanta—. Pero no te quedes hasta demasiado tarde esta noche, ¿vale?

—Está bien, está bien. —Me río, nostálgica de las noches en que me decía esto porque a la mañana siguiente tenía clase, de las canciones que apenas aprendía a escribir, de los sueños cuyo precio aún no había descubierto.

Satisfecha, sonrío. Baja del autobús y se dirige al hotel.

Con solo mi guitarra como compañía, me siento en la quietud de la noche. Pongo el instrumento en mi regazo y me toco los callos con los dedos de la mano izquierda, he puesto

mucho dolor en todo esto. Convertí el desamor en arte, en éxito, en fama. Lo convertí en la piedra angular de los monumentos que envié al cielo, incapaces de ser ignorados. Me deleité con el esplendor de mi reino de dolor... pero, joder, duele muchísimo.

Empiezo a creer que mi madre tiene razón. ¿Qué pasa si me abstuve de algo aún mayor? Siempre intenté creer que mis sacrificios valieron la pena.

Ahora, sin Max, ya no estoy tan segura.

Con las piernas temblorosas, vuelvo a donde está la funda de la guitarra. Lucho contra mí misma, abro los pestillos y dejo al descubierto el interior de terciopelo. Coloco mi guitarra dentro y luego cierro la tapa.

A la luz de la luna, me largo a llorar.



VEINTINUEVE

Max

La música del piano llena la habitación. Ocupa el espacio como la luz del sol que se filtra por las ventanas, por todas partes y a la vez en ninguna. Toco la gentil y enigmática *Für Elise*. No es perfecta, porque, aunque casi todas las notas están en su lugar, se tocan de forma entrecortada. No puedo evitar recordar lo que me dijo Riley: la música no necesita ser perfecta. Y, a veces, es más humana cuando no lo es.

Linda toca la pieza en el teclado que le regaló su nieta cuando cumplió 89 años. Marco el ritmo con el pie, relajado. Estamos en su habitación de Harcourt Homes, donde he retomado las lecciones que le daba antes de irme de gira.

Mentiría si dijera que me alegro de haber dejado *The Breakup Tour*. Me rompió el corazón, aunque sienta que debo estar aquí. Sé sin lugar a duda dónde debo estar.

Aun así, me hubiera gustado poder arreglar las cosas con Riley. Ojalá ella creyera que nuestro amor no tenía que terminar de una manera determinada.

La echo de menos... O echo de menos estar con ella, porque es ineludible en todos los otros aspectos. Su voz, su rostro, los titulares con su nombre. Está en todas partes, como en los últimos años, un viejo laberinto donde las paredes solo continúan el proceso de enaltecerse.

Aplaudo a Linda cuando termina la canción, admito que reacciono tarde.

Ella se gira hacia mí con ojos acusatorios.

—¿Te estoy aburriendo? —pregunta.

Me enderezo, avergonzado.

—No —respondo con seriedad—, ha sido encantador. Esta semana, vamos a trabajar en el tempo y dejaremos de enfatizar cada compás. Piensa en cada medida como una oración, solo algunas palabras deben tener énfasis.

Linda rechaza mis instrucciones, pero ya sabía que lo haría. Una vez que la provocas, su imperiosidad no es fácil de reprimir.

—Si vas a perderte en tus pensamientos durante las lecciones por las que te pago —responde altiva—, al menos vas a compartir conmigo esos pensamientos.

No puedo evitar reírme.

—Pensaba en que me alegro de estar en casa —digo con sinceridad. Linda entrecierra los ojos—. Te lo prometo, me alegro de estar aquí —insisto, sin estar del todo seguro de por qué me

siento obligado a convencerla—. Probé el mundo de la música, pero preferí volver. —Asiento hacia el teclado de Linda—. Harcourt Homes es mi lugar.

—Bueno, por supuesto —responde con impaciencia—. Pero ¿de verdad era a la música a quien le estabas dando una oportunidad?

Me levanto, no discutiré sobre esto, ni siquiera con mi residente favorita.

—Eso no importa —digo.

Mientras que algunas decisiones miden su acierto en función del confort, otras lo pesan en función a sus dificultades. Sé que la decisión de dejar ir a Riley fue la correcta porque no dudé a pesar de cuánto me duele; este dolor es la prueba de ello.

—Esta noche vendrás a la fiesta de despedida de Jess, ¿verdad?

Esta es la última semana de mi hermana en Harcourt Homes. Llevo semanas organizando una fiesta sorpresa con el personal. Me ayudó a distraerme de la realidad de la partida de Jess. Primero todo lo que pasó con Riley, y ahora, la partida de mi hermana a Nueva York; estoy decidido a hacer cambios en mi vida en un futuro próximo. Por supuesto, no puedo pasar por alto la ironía de que yo me quedo mientras Jess se va.

—Claro que iré. —Linda parece indignada, lo que no me sorprende.

Le sonrío y, cuando me dirijo hacia la puerta, se mete la mano en el bolsillo.

Cuando las notas iniciales de *Heartbreak Road* llenan la habitación, me pregunto si estoy en un sueño. Una vez encontré la presencia inesperada de Riley en el comedor de abajo, como un espejismo, y ahora siento lo mismo, al escuchar nuestra creación, el legado de nuestro amor. Uno de los ecos de la vida que resuena en el presente.

Proviene de los altavoces del teléfono de Linda, y el sonido es pequeño, incluso frágil.

Riley lanzó la canción hace un par de semanas. Me llamó y pidió permiso para hacerlo, y se lo concedí; solo pedí aparecer en los créditos con un pseudónimo. Lo encontré la mejor opción. Al escuchar la grabación, sentí como si la persona que tocaba el piano en el estudio de Houston fuera otra y no yo.

Es otro temazo, en duelo con *Until You* en las listas de éxitos. Por supuesto que lo es, ya que la canción es fantástica, sin importar qué versiones de nosotros, ahora desaparecidas, tocaron sus acordes.

No quiero oírla, y eso que el dinero que estoy ganando con ella me ha llevado a considerar comprar el solar vacío que queda detrás de Harcourt Homes para expandir el negocio. Me gusta la sensación de este nuevo sueño. Es lo que quiero, no lo que podría querer algún día.

Es así como sigo agradecido por *Heartbreak Road* sin tener que escuchar la canción. No puedo, me haría extrañar de forma insoportable a Riley. Y no solo por escuchar su voz, con esta canción. Sé qué lugares y rincones exactos de su corazón despedazó. Recordaría cada detalle de la noche que la escribimos, que tal vez fue una de las más grandes de mi vida.

—Esta canción es preciosa —destaca Linda—. En especial, me gustan las partes del piano. Quien lo grabó pensó en cada compás como si fuera una frase. —Sus ojos casi brillan ante la luz tenue de la tarde.

Me río.

—Entonces sí la estabas escuchando. Me alegra saber que sacas algo de provecho de nuestras lecciones.

Se despide con una sonrisa.

—Trabajaré en ello esta semana. —Alcanzo la puerta y, de alguna manera, me siento mejor. Quizás haya algo en esto: compartir tu música con la gente, que te ayude a soportar las emociones dentro de las notas. Darme cuenta solo me hace sentir más cerca de Riley.

—Max —la voz de Linda me detiene camino a la puerta—, creo de corazón que te quiere.

No soy capaz de mirarla.

—Sí. —Asiento con la cabeza—. Yo también lo creo.

Cierro la puerta detrás de mí y salgo al pasillo. Los sábados por la tarde todo está tranquilo, pero no silencioso. Algunos residentes tienen las puertas abiertas, y capto fragmentos de conversaciones con sus familias. Es una de mis partes favoritas de este lugar. Cuántas historias independientes, vivas en su infinita complejidad, están contenidas detrás de cada puerta. Podría compararlos con las habitaciones de hospitales u hoteles; creo que, de hecho, tiene un poco de ambos.

Sin embargo, sin ningún motivo excepto Riley, la comparación que hace mi mente es con las cabinas de sonido de los estudios de grabación.

Con la necesidad de tomarme un momento para mí, me dirijo a mi oficina. En el camino, me fijo en partes que necesitan una buena renovación. El bamboleo de la barandilla, el daño causado por el agua por una fuga que reparamos en el techo del solárium hace años.

Ya no me estresan, me gusta poder hacer las mejoras, y se lo agradezco a Riley.

La sensación general es agradable, menos en un sentido. En cada reparación, encuentro nuevos recuerdos de ella, nuevos anhelos. Desearía no tener que sentir la pérdida mezclada con la alegría en las piezas cambiantes de este lugar. No sé cuándo dejará de doler cada recuerdo de Riley. ¿Habrá un día en el que no piense en ella a menos que pase junto a sus carteles publicitarios o escuche su voz en la radio?

Ahora mismo soy incapaz de imaginarlo. Su falta es constante.

Cierro la puerta de mi oficina y me dejo caer en la silla. Aunque me he sentado aquí incontables días, en todas las circunstancias, la imagen que con mayor claridad me recuerda este lugar es el día que ella estuvo aquí, cuando me preguntó por *Until You*. Es como si todavía pudiera verla, como si su aroma aún permaneciera en la habitación. Es la forma imposible en que Riley es, que me deja siempre bajo una esperanza o una tormenta.

Dejar de tocar no fue difícil porque no era mi sueño, pero Riley sí lo era.

Haría cualquier cosa para no tener que renunciar a ella.

En la profundidad de momentos como este, sé que no sirve de nada luchar contra el dolor, que bien podría autoinfligirme. Quiero y necesito escuchar su voz. No hay forma de sentirme peor.

Encuentro *Heartbreak Road* en Spotify, y cuando le doy al *play*, la introducción que escuché en la habitación de Linda llena la oficina con una fuerza asfixiante. Su ritmo me lleva a carreteras pavimentadas con pasión, llenas de paradas que ahora rara vez visito. La oscuridad del autobús, donde creamos música juntos. El sonido de su respiración cuando me despertaba por la noche. El beso que compartimos en el piano.

Ahora, los momentos más pequeños, no los que compartimos en el escenario, parecen fugaces, incluso robados.

Estoy tan perdido en la música que no escucho a nadie acercarse hasta que mi puerta se abre de golpe. Me apresuro a cerrar el ordenador, pero ya es demasiado tarde.

Jess está en el marco.

—Dios mío, Max —me reprende en broma—. Me siento como si estuviera en el instituto otra vez, te he vuelto a encontrar deprimido mientras escuchabas una de las canciones que hacías a dúo con Riley.

—Se supone que no deberías estar aquí. Ya no eres una empleada de Harcourt Homes —le recuerdo, dado que ella tiene razón. Compararme conmigo mismo en la universidad es, en verdad, tener caridad. Mi corazón roto actual es mucho peor.

—No quería llegar tarde a mi fiesta sorpresa —dice poniendo los ojos en blanco.

No me molesto en reprenderla por saber que le haríamos una sorpresa; Jess siempre ha tenido una habilidad especial para obtener información privilegiada de nuestros padres. Ella conoce el contenido de cada regalo de cumpleaños y Navidad desde que éramos niños.

Se sienta en la silla que solía ser suya, frente al escritorio que limpió hace días.

—De verdad, hermano. ¿Estás bien? —pregunta con preocupación en los ojos.

Sé que Jess siente que me abandona al mudarse mientras estoy angustiado. Pero también sé que no puedo mentirle, ella vería a través de mí. Como vio a través del truco de mis padres de pasar por casa esta noche antes de cenar con ella para coger un jersey que mi madre se había dejado.

—¿Cómo supero a alguien como ella? —No puedo ocultar la tensión en la pregunta. Es agradable decirlo en voz alta en lugar de solo repetirlo en mi cabeza—. Quiero decir, ¿cómo podría alguien olvidarla? Todo el país la adora, y está en todas partes excepto aquí, conmigo. —Incluso mientras lo digo, escucho lo vana que suena mi súplica. No tengo derecho a aferrarme a mi sueño solo porque la tuve una vez—. La echo de menos —admito con debilidad.

Jess asiente con simpatía, y entonces sus ojos se iluminan.

—Sí, tienes razón —suelta como si estuviera resolviendo algo—. Ella está en todas partes. Y, si la extrañas... —dice mientras eleva los hombros como si la conclusión fuera obvia—. Ve a verla.

Caigo de espaldas sobre mi silla.

—Nos hemos dicho todo lo que teníamos que decirnos.

—No, no me refiero a hablar con ella —responde Jess con énfasis—. Quiero decir, ve a verla. De la misma manera que hará toda la ciudad de Los Ángeles.

Miro hacia arriba, y mi corazón salta de emoción.

Por supuesto. He visto a los fieles acudir en masa al santuario de la música de Riley Wynn durante meses. Así puedo estar cerca de ella de la misma manera y puedo estar ahí para ella sin estarlo. No tengo que cerrarme por completo a su existencia. Rompí mi promesa de tocar en su gira, pero aún puedo estar para el concierto final.

Al leer la emoción en mi cara, Jess sonrío.

En un arrebato de urgencia, abro el ordenador. Es surrealista sentir que el anhelo comienza a disminuir. Y con el corazón más ligero, hago lo que debería haber hecho la primera vez que vi que Riley estaba de gira.

Compro entradas para su concierto.



TREINTA

Riley

Me alegro de estar en casa.

Los Ángeles me da la bienvenida de una forma que no esperaba. Aunque he disfrutado de estar de gira, regresar aquí conlleva la satisfacción del alma de terminar algo. A pesar de todos los traspies personales, estoy orgullosa de cómo ha salido todo en general. Si bien no fue todo lo que pretendía, pude darles todo lo que quería a los fans.

A pesar del cansancio, así es como me encuentro en el camerino la noche del último concierto de *The Breakup Tour* en Estados Unidos. Toco en el Rose Bowl, el famoso estadio de la ciudad. Es un sueño más que ahora está a mi alcance; aún no me acostumbro a la magia de las esperanzas realizadas; espero no hacerlo nunca.

En unos meses comenzaré la etapa internacional de la gira. Mientras tanto, tengo ganas de pasar unos días tranquilos aquí. Estoy lista para volver a mi casa vacía y hacerla mía. Para escribir nueva música y saber cuál será mi próximo capítulo.

Primero, sin embargo, voy a despedirme de *The Breakup Record* (aunque solo sea momentáneo), y lo voy a hacer con todo mi corazón.

Me puse mi vestido de novia, que ya no se siente como el de Wesley, sino como dieciséis ciudades de todo Estados Unidos: terrenos de mi memoria, escenarios donde abro el caleidoscopio de mí misma en otras noches como esta. Relaciono el vestido con mis fans, con el amor que comparto con ellos. Aunque alguna vez representó mi historia de amor, ahora es una relación diferente, la que me alegro de tener con esas personas a las que he llegado con la música.

En la hora previa al espectáculo, me dirijo a la sala de espera. Todos sienten lo mismo que yo. Capto de inmediato el orgullo combinado con la melancolía, es casi como caminar por una neblina eléctrica. La banda no me acompañará en la gira internacional, por lo que la sensación de final es aún mayor. Les doy la mano a todos y les doy las gracias con sinceridad a cada uno. Kev, concentrado con su clásica solemnidad. Hamid, nervioso por la emoción o la cafeína. Savannah, con los auriculares puestos hasta que yo me acerco. Vanessa, y sus dedos golpeando ritmos interminables en cada superficie a su alcance.

Y al fin, es hora del espectáculo.

Camino hacia el escenario y escucho la cuenta regresiva previa y la música. Dejo que se me

acelere el pulso, como si los tambores impulsaran mi corazón. Cuando las luces me iluminan, sonrío hacia el estadio, hacia las personas que estuvieron ahí para mí, que hicieron todo lo posible para asistir.

El Rose Bowl está radiante y la vista es, sin duda, la de Los Ángeles: las montañas de color rosa oscuro más allá del borde blanco del estadio, y en los límites de la pista se distingue el verde de la hierba.

Un sinfín de luces intermitentes me saludan. Solo me permito un momento de dolor al pensar que Max no es uno de ellas.

Comienzo el espectáculo, decidida a disfrutar de cada segundo; lo cual hago. Corro por las empinadas laderas de *One Minute*, me deleito con el dulce *swing* de *Sacramento*, y me pierdo en la tranquilidad de *Novembers*.

Cuando llego a *Until You*, que desde la partida de Max es difícil de tocar, me recuerdo a mí misma que la canción ya no es solo nuestra. Encontró su camino hacia otros corazones, y se entrelazó con pérdidas que nunca conoceré, sustentando destellos de esperanza en rincones privados de otras vidas.

Toco los acordes iniciales, todavía sin querer tocarla a piano. Sin Max, mi propia habilidad con las teclas no está a la altura de la interpretación que quiero dar, lo que me dejó con la alternativa de que alguien más tocara la parte del piano, pero, por supuesto, no acepté. No me imagino tocar esta canción con nadie excepto con Max. Si bien *Until You* encontró su sitio en un sinfín de corazones, la forma en que la escucho en el mío está conectada a él de manera intricable.

Me lo imagino en Harcourt Homes mientras toca algo viejo en su piano. Quizás piensa en mí. ¿Es orgullo o narcisismo imaginar que podría hacerlo? Lo siento más como un atisbo de paz, la idea de que su canción sonará en otro lugar, incluso si es una que ya no escucharé.

Espero que sea feliz.

Mientras mis acordes llenan el estadio, decido que ser feliz no lo es todo. Espero que sepa que siempre lo querré, al igual que amo mi primera canción favorita, y que permanece en mi corazón incluso cuando mi léxico musical se amplía. El amor cambia de forma; con nostalgia, gracia y gratitud se transforma en algo que va más allá de la pura pasión. Quiero que sepa que ahora es parte de mí.

En lugar de continuar con la introducción de *Until You*, rasqueo los acordes mientras camino hacia el frente del escenario, donde me dirijo al público. Si bien los vítores son incesantes, siento la pausa colectiva, algo imperceptible que se mueve en la noche. Es como si todo el estadio sintiera el límite al que me estoy acercando.

—Solía pensar que todas mis angustias valían la pena siempre y cuando tuviera una nueva canción para cantar —digo—. Adoro mi arte, y me encanta escribir canciones de ruptura. Pienso

que necesitamos canciones de ruptura... creo que yo las necesito.

Hago una pausa, y les sonrío a mis fans, en complicidad con ellos ante la broma. Es la magia con la que trabajo en cada escenario, la maravilla de crear intimidad en lugares como este. Me encanta, y quiero que todos los que están aquí, rodeados de extraños, sientan que tienen un pase privado a los pasillos de mi corazón.

Esta mañana me desperté con ganas de hacer de este espectáculo algo especial. Con una actuación, puedo poner fin a una era de mi carrera y abrir la puerta a otra.

Muevo las cuerdas bajo mis dedos.

Until You no suena en mi guitarra. En cambio, lo que se forma es decisivo y dulce. Con la repetición, la melodía comienza a sonar como una estructura, como oraciones en una poesía. Ya no es un rasgueo, es una canción.

Al sentir el cambio, la multitud comienza a gritar.

—Nunca dejaré de escribir canciones de ruptura —digo—. Pero creo que debo admitir que estoy un poco cansada de que me rompan el corazón.

Escucho a alguien gritar tan fuerte como para ser escuchado.

—¡Estarás bien, Riley!

Sonrío mientras toco.

—Creo que la próxima vez que me enamore, escribiré más canciones como esta... Canciones de amor —digo—. Esta se llama *Unsung*.

Es la canción que comencé en el desierto hace una década. La terminé ayer, en la sala de música de mi casa, en mi privado exorcismo emocional. Me sentía mal cada vez que ponía un pie en mi antigua habitación favorita porque uno de los únicos recuerdos que tengo de ella es cuando Max tocaba *Until You* para mí. Sentí que todavía estaba allí, o que debería haber estado.

Así que ayer lo dejé entrar. Al terminar la canción que inspiró con la luz del sol brillando en el piano, fue como si pudiera sentirlo de nuevo allí.

Canto las primeras líneas.

—*You make days feel like nights of stars, when the pressure ends, when the sky is warm.* —Mi voz flota sobre la multitud, que se ha perdido al escuchar algo nuevo—. *You wrote with me in the dead of dark. Held me in your words, let me feel the spark.*

Es difícil tocar esta pieza que no he practicado como debía. No tengo ninguno de los apoyos habituales que uso para tener confianza en mí misma. Nadie ha escuchado la canción, ni Eileen ni mi madre. Tiene la fragilidad de algo recién nacido, y es doloroso. Duele pensar en los sentimientos de amor que no se desvanecieron de mi corazón, recordar escribir algo de esto cuando aún estábamos juntos.

Duele como ya sabía que las canciones de amor podían hacerlo. Ahora, experimento la razón por la que temía escribirlas. Las rupturas permanecen para siempre, pero el amor puede

desaparecer. Estoy en uno de los escenarios más grandes de mi vida, mientras canto una canción que debería ser feliz, llena de tristeza.

No, me corrijo.

La tristeza no es el único sentimiento que encuentro en esta canción, porque no se trata solo de Max. Se trata de mí, de la Riley que se atrevió a escribirla, de la Riley que se atrevió a amar. Es por eso por lo que, durante los siguientes minutos, soy ella, y aunque duela, no es un castigo, es solo un regalo intrincado.

Parece correcto. Parece esperanza.

Esperanza de que algún día, con alguien, el amor dure. Porque me lo merezco.



TREINTA Y UNO

Max

A cientos de metros, veo a Riley cantar una canción de amor en una pantalla gigante.

El público que me rodea está en silencio, unido gracias al éxtasis. En la oscuridad de la noche, el Rose Bowl, el escenario donde Riley toca su guitarra, es un deslumbrante centro de luz, como si la luna descendiera entre nosotros. Mientras Riley desentraña el primer verso, todos escuchan con atención.

Ninguno con tanto cuidado como yo.

—*Past the studio door, shaken to the floor. You gave me everything, then you gave me more*—canta con el ritmo ondulante de la canción—, *when I reach into songs I never knew I could finish true, in the name of you.* —Con un rasgueo como puntuación, toca el estribillo—. *You make me sing songs I would've left unsung.*

Reconozco la letra. Es... sobre mí.

Y es una canción de amor.

Riley me ha escrito una canción de amor.

The studio door. Shaken to the floor.

Con *Until You*, Riley revivió de manera inolvidable uno de los días más difíciles de mi vida. Con *Unsung*, recuerda mi noche más maravillosa. Nuestra noche.

La miro, fascinado, y las pantallas lo muestran todo con un detalle apasionante. La forma en que se mueven sus labios, en que se balancea con el ritmo de la canción, en que le sube y baja el pecho con cada respiración.

Solo el poder de la canción me distrae de lo preciosa que está. Es despampanante. Todavía veo su tristeza, la melancolía que Riley escribe tan bien, pero es amorosa, sincera y esperanzadora.

La forma en que Riley canta, en que se compromete con su música mientras se conecta con la multitud, es como si nos cantara a todos una canción de amor. Me agarro al reposabrazos hasta que los nudillos se me ponen blancos. El amor de mi vida me está cantando una canción de amor, y ni siquiera lo sabe.

Quiero levantarme, agitar los brazos, gritarle y decirle que estoy aquí.

«Estoy aquí. Te estoy escuchando».

«Yo también te quiero».

No se trata solo de la canción, es que encima la ha escrito ella. Me escuchó cuando le dije que

necesito que intente creer en nosotros. Y que vale la pena escribir una canción de amor.

Ahora que lo hace, no quiero pasar ni un segundo más sin ella. Me doy cuenta, con una dolorosa ironía, de que podría estar en el escenario con ella en este momento. Ella podría estar cantándome esta canción a mí y solo a mí. Estoy celoso. Desearía ser la única persona en este escenario. Quiero estar a su lado y volver a casa con ella, para despertar juntos cada mañana, para que me cante durante el desayuno, o en la ducha, cuando su voz aún no ha entrado en calor y las notas se rompen. En cambio, estoy atrapado a cientos de metros de distancia, viéndola de lejos, sin nadie más que yo a quien culpar.

Siento que Jess me da un codazo, y cuando aparto los ojos de Riley, veo que mi hermana me mira con lágrimas en los ojos. Sonríe y me dice que está conmigo; comprende lo que estoy atravesando. Agradecido por su presencia, me apoyo en su brazo mientras Riley termina su declaración de amor ante una audiencia de ochenta mil personas de la que no sabe que soy parte. Quiero creer con desesperación que no lo arruiné y que no destruí nuestra última oportunidad de ser felices juntos. Eso hace que la actuación de Riley sea maravillosa y desgarradora a partes iguales.

Cuando termina la canción, aplaudo junto a todos los demás. Solo soy otra cara sin nombre entre la audiencia que adora a Riley Wynn.

En la pantalla, ella me sonríe a mí (a todos) con timidez. Sus ojos recorren el estadio. «¿Me está buscando?», se pregunta mi corazón maltrecho. Lo más probable es que solo esté disfrutando del momento. Entrega la guitarra y luego levanta el micrófono del soporte.

Cuando habla, está sin aliento.

—Gracias por dejarme hacer esto. Nunca olvidaré que he tocado esta canción aquí, en mi propia ciudad. —Espera mientras todo Los Ángeles aplaude—. Ahora —continúa, con la voz más fuerte y el guiño de su sonrisa regresando—, volvamos a las canciones de siempre.

Me aferro a sus palabras, perdido bajo su hechizo. Parece más libre, y durante todo el espectáculo, da lo mejor de sí en cada canción, con diversión. Es cautivadora, como siempre; es solo que nunca había tenido la oportunidad de sentir su resplandor desde la audiencia. Verla es un regalo, incluso mejor que tocar con ella. Me deja asombrado.

—Quiero hacer algo diferente con la próxima canción —prosigue—. No es ningún secreto que conté con un pianista increíble durante la mayor parte de esta gira. Sin él, toqué *Until You* a guitarra, porque no soy la pianista más hábil, y yo... —Mira hacia abajo, tragando saliva, como si las lágrimas la amenazaran.

Los latidos de mi corazón podrían llenar el estadio; podrían llenar el mundo. No sé si estoy listo para escuchar *Until You* para mí, pero sin mí. No solo sonará con los recuerdos que compartimos en la gira; resonará en aquellos lugares en los que pasé gran parte de mi vida mientras la escribía.

—Solo la quiero tocar con Max —admite. Escuchar mi nombre por los altavoces del Rose Bowl es desgarrador, así de sencillo. Riley juguetea con el micrófono en la mano—. Pero en la última noche de esta gira, quiero tocar esta canción como debe tocarse —dice—. Por favor, no juzguéis mi manera de tocar el piano.

El público responde con rugidos mientras ella camina, temblorosa por primera vez en el escenario, hacia el piano que debería ser mío. No sé si el momento parece robado o si está en las manos de quien está destinada a tocar.

Riley se sienta, ajusta el micrófono y coloca los dedos sobre las teclas. La música que produce es vacilante, como si no estuviera segura de darle la bienvenida a su nuevo maestro. Toca algunos acordes en el tono de la canción para entrar en calor, luego toca una nota equivocada. Frente a los imponentes anillos del estadio, cuyas filas brillan con las luces de las cámaras, pone una mueca dramática. Es inconsciente, una pequeña forma en la que nos permite al resto sentirnos parte del mundo que evoca en el escenario.

Recupera la compostura y comienza de nuevo con una introducción simplificada. El elegante esqueleto de *Until You* se representa en su ordenada estructura.

Me deja hambriento de cada nota, porque si bien Riley no tiene tanta confianza en el piano, es una música increíble. Las decisiones que toma para reducir la canción a sus capacidades son inteligentes: a pesar de sus limitaciones, entiende el piano. Ninguna destreza podría igualar la intuición en su forma de tocar, la forma en que guía los golpes emocionales de la canción con delicadeza improvisada, como el boceto de la melodía.

Y eso... puedo ver que le hace daño.

En un instante veo lo que el resto de la multitud no puede ver, la lucha en sus ojos ante las pantallas gigantes. Sabe que no le está dando a la canción todo lo que se merece y no le gusta.

Su habilidad con el piano tampoco es la única dificultad. Al conocerla tan bien como para leer cada inflexión de su rostro, me doy cuenta de que lucha con el cambio de una canción a otra. Puso su corazón en la canción de amor, en nuestra canción de amor, y ahora debe cantar nuestra ruptura. De votos matrimoniales a nuestro funeral. *Until You* pesa sobre ella de una manera que no lo ha hecho en otras noches o en otras ciudades.

Enseguida sé lo que tengo que hacer.

No me importa si es imposible, Riley hace que lo imposible me parezca posible todos los días. Imposible como escuchar a otra persona escribir las canciones que están en tu corazón. Imposible como transformarse en doce versiones de sí misma bajo los focos de estadios. Con Riley, puedo encontrar en mí a alguien que no reconoce el miedo ni los límites. Solo necesito...

Necesito tocar esta canción con ella.

Me giro hacia Jess y abro la boca para explicárselo. Ella me interrumpe.

—Sube ahí —dice.

Me levanto de mi asiento y me muevo por puro impulso. Me deslizo por la fila hasta llegar al pasillo, mientras me saco el móvil del bolsillo. Improviso sobre la marcha, es como poner los dedos en las teclas, a la espera de que mis instintos encuentren la melodía. Sé lo que quiero y a dónde voy. La forma en que sucede se desarrolla segundo a segundo frente a mí.

Sigo improvisando, y mientras bajo las escaleras de mi sección del estadio, llamo a Eileen.

Mientras el teléfono suena, y suena, y suena, subo más escaleras. Cuando me envían al buzón de voz, empiezo a sudar mientras observo lo lejos que aún está el escenario. La oscura espiral de la desesperación comienza a arrastrarme.

Cuando llego al pie de las escaleras, la sección de suelo se abre frente a mí. Cerca, pero fuera de mi alcance. Si corriera hacia allí, podría llegar al último piso, pero si lo hiciera, me detendrían antes de subir al escenario.

«No», me censuro, yo no me doy por vencido. Esto es todo. El amor, la música.

Con fuerzas renovadas, sigo adelante. Paso entre la gente y, cuando nadie me mira, salto al suelo. El impacto me hace temblar las rodillas.

La banda sonora de mi vuelo ha salido de lo más profundo de mis sueños. En el escenario, Riley toca el coro. Los acordes caen como una lluvia intensa bajo el impulso de sus dedos. Su voz se tensa por la emoción. Recuerdo encontrarla en plena noche mientras escribía *Heartbreak Road*, lo vulnerable que sonaba entonces. No era nada comparado con el dolor puro de cada palabra que pronuncia ahora.

Entiendo por qué. Escribió *Heartbreak Road* para afrontar el presente y lo que sentía entonces, y *Until You* para afrontar el pasado.

Ahora, el pasado de *Until You* se hizo presente, rebota en su vida en devastadoras repeticiones. No tiene dificultades para revivir la letra, su lucha es por vivirlas... Y una vez más, por mi culpa.

Quiero de forma desesperada describir sus nuevos sonidos. Quiero, siguiendo las figuras retóricas de Riley, cantar hasta sus partes más tristes. No quiero que lo único que me quede de Riley sean recuerdos compartidos.

Por suerte, de la improvisación surge la inspiración. Frenético, llamo a Frank.

El alivio me invade cuando me responde.

—Frank —digo con la voz entrecortada.

—Max, ¿qué pasa? —No parece que mi llamada lo impaciente—. Ya no estás en mi autobús —me recuerda.

—Estoy en el concierto —le explico. Apuro cada palabra, ya que siento que la totalidad de mi vida se reduce al lapso de una canción—. Necesito subir al escenario y tocar con Riley.

Con el ruido que me rodea es difícil oírlo a través del auricular, pero la voz de Frank es clara cuando responde.

—Joder, por fin. —Al otro lado de la línea, escucho más conversaciones confusas y... ¿es la

voz de Riley? Ella suena más fuerte—. Yo también estoy aquí, con Carrie —dice Frank.

A continuación, escucho la voz de la madre de Riley. Frank le ha dado el móvil. Es curioso que estén juntos, ¿hay alguien más con ellos?

—Max, date prisa —me ordena—. Le pediré a Eileen que le diga a seguridad que te dejen subir al escenario. ¿Podrás llegar a primera fila?

Al escuchar su franqueza y sentido práctico, me embarga una gratitud como nunca he sentido. Si esto funciona, se lo deberé todo.

—Lo haré —le digo.

La pausa al otro lado de la línea es apenas perceptible.

—Espero que esto signifique lo que creo que significa —comenta Carrie con una indiferencia de clase mundial.

Empujo a la gente y me gano miradas de enfado, pero no me importa. El ritmo acelerado de los latidos de mi corazón me consume por completo.

—Espero que así sea también —digo.

—Bien —responde Carrie—. ¡Ve!

Cuelgo. El escenario se acerca como si caminara hacia un espejismo. Riley va por el segundo verso y llora en el escenario, lo que la lleva a equivocarse de notas y a atragantarse. Sigue adelante a pesar de todo, solo su maestría musical hace que suene como una canción a pesar de lo que de verdad es: una peregrinación sobre cristales rotos.

Estoy desesperado por abrazarla, pero nadie me deja pasar. No puedo seguir adelante sin arriesgarme a derribar a alguien, lo cual, por supuesto, no haré. Estoy atrapado a unos metros de distancia, mientras mi reloj de arena musical se vacía. Todo lo que puedo hacer es ver cómo Riley se rompe en el escenario.

—Maldición —dice alguien de repente, que interrumpe el control que el canto de Riley tiene sobre la multitud.

—¿Es ese Max Harcourt? —contesta otra voz.

—¡Por Dios!

—Es él.

—¡Max!

—Esta canción es sobre él.

La multitud se mueve, rostros llenos de curiosidad me observan. Esto es lo último que necesito... hasta que me doy cuenta de que podría ser justo lo que necesito.

Les hablo a mis nuevos espectadores, sin contener mi desesperación.

—Necesito subir al escenario.

Una chica golpea el brazo de su amiga.

—Lo sabía, todavía la quiere. Ay, Dios mío.

Espero, sin saber cómo manejar este tipo de atención, mientras cuento cada nota de *Until You*, que continúa en el escenario. Me estoy quedando sin tiempo. La chica con quien hablo, mi nueva campeona, se encarga de mí.

—¡Liberad el camino! —le dice a la gente que la rodea.

Su urgencia es inspiradora, mientras los rumores empiezan a extenderse. Algunos fans me miran con los ojos muy abiertos, otros con las manos sobre el corazón; sea como sea, funciona. Veo que se abre un camino hacia el escenario, la multitud se separa como por arte de magia, o como si un magnetismo los atrajera. Con el escenario al fin a mi alcance, no me permito sentir esperanzas: aún no. No sería la primera vez que se desmoronan cuando ya las daba por sentadas.

Encuentro el camino hacia el frente, donde un guarda de seguridad observa el alboroto entre la multitud. Me acerco dubitativo, porque si la información no ha llegado a Eileen, mi esperanza termina aquí.

—¿Tú eres Max? —pregunta el guarda como si supiera quién soy.

Asiento con la cabeza, porque no puedo hablar. Mis nervios han anulado mis cuerdas vocales y la voz de Riley llena mis oídos.

Sin previo aviso, el guarda de seguridad me hace pasar la valla. Me acompaña, casi tirando de mí hasta las escaleras que conducen al escenario, y me arrastra de manera precipitada hacia mis sueños. Se me va a salir el corazón del pecho. Estaba tan concentrado en llegar al escenario que no he pensado en lo que haría cuando llegara. ¿De verdad voy a pedirle a Riley que me deje tocar frente a un estadio entero?

Sin duda, lo haré.

La decisión lo agudiza todo y esta vez no tropiezo. Si bien he tocado con ella en otras ocasiones, nunca me había sentido así. No solo porque mi futuro depende de esto; cada dos noches, una parte de mi alma sabía que en realidad no estaba viviendo mi sueño más profundo. En este momento, estoy presente en cuerpo y alma.

Riley no se da cuenta de mi llegada, se equivoca de acorde en el puente y eso la desconcierta. Sé que está perdida y su corazón está demasiado apesadumbrado para poder encontrar el camino de vuelta.

La miro y, de repente, estoy en mi dormitorio, con partituras por todos lados. Mi teclado en el escritorio, y Riley, concentrada, busca con paciencia los acordes de *Songbird*. El Rose Bowl se descontrola como si el mundo se desmoronara. Solo somos nosotros, perdidos juntos ante la música.

No llevo ningún micrófono, así que mi voz no pasará del escenario. Al saber esto, hablo solo con Riley.

—Re menor, luego C. Lo tienes, solo tienes que relantizar el ritmo. —Llevo los acordes de *Until You* grabados en el corazón.

Ella levanta la vista cuando escucha mi voz, la esperanza se refleja en sus ojos. Toca las notas como si buscara excusas para frenar su descenso hacia la oscuridad.

Funciona, y su voz suena más segura mientras canta el puente.

—*Will I ever hear the songs we would play* —repite los interminables y familiares versos—, *without wondering why we ended this way? Will I be okay with losing everything now? Will I ever feel free without remembering how...* —Su mirada se cruza con la mía—. *I'll spend my life pretending you're a verse without an ending.*

Al entregarme a la canción, hago algo que no había hecho desde nuestros primeros duetos en el dormitorio, cuando no teníamos ni idea de hacia dónde nos llevarían nuestros caminos.

Canto con ella, y termino la oración. No soy cantante como Riley, así como ella no es pianista, pero cuando nuestras voces se unen, es el mejor sonido que he escuchado en la vida.

Con los ojos arrugados de alegría, se ríe mientras escucha la letra. Es fascinante, Riley parece brillar de alegría, lo que hace que la canción se convierta en algo de otro mundo.

Cuando termina la oración, me mira, atónita y deslumbrada.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta por el micrófono, su voz resuena en el estadio.

Podría llenar discos con las confesiones de amor que aguardan en mi corazón, pero, en cambio, me conformo con la respuesta más simple.

—Si no te molesta, he venido a tocar contigo —digo.

Riley asiente y yo me acerco al piano para sentarme a su lado. En mi cabeza, recuerdo el interminable alcance de los fans que nos observan y memorizan cada momento. Pero, para mí, somos solo nosotros dos. Mientras toca, Riley levanta la mano izquierda y me entrega la clave de fa. Rápido, entro en la nota y observo sus dedos sobre las teclas.

En el siguiente compás, compartimos el piano como si fuésemos cogidos de la mano sobre el espacio de ébano y marfil.

Cuando Riley retira su mano derecha, nuestros dedos se rozan en un beso rápido antes de que complete los acordes. Ella se apoya en mí y continuamos *Until You* de esta manera.

A pesar del desaliento de la canción, cada nota es luminosa. Es una versión de *Until You* que nunca habíamos escuchado. Es la culminación de cada momento perfecto que he compartido con Riley, mientras experimento lo que siento ahora en una conmoción extática de reconocimiento. Cada canción es una canción de amor si la tocas con la persona adecuada.

En el último verso, el esperanzador, Riley canta hacia mí. Tengo el micrófono justo delante, y ella no lo levanta, sino que se inclina y, con su mirada en la mía, profundiza en la letra y acerca nuestras caras. Su voz, cansada de llorar, es dulce, cargada de una nueva esperanza.

Sostengo su mirada todo el tiempo, y pongo todo el amor que siento por ella en la melodía. Sin prisas, sube al estribillo, confesión, súplica y promesa: todo en uno.

—*I won't know what love is* —canta con el corazón en la mano—, *until you... come back to*

me.

La canción termina demasiado pronto, y mientras miro a Riley a los ojos, dudo en luchar con la enormidad del deseo que llevo conmigo desde que subí al escenario. Espero que el final de la música sea el comienzo de algo nuevo. Me he quedado abrumado por los nervios y la emoción, y una parte de mí desea poder vivir para siempre en el dulce refugio de las letras con Riley.

En cambio, mientras la multitud brama, ella cubre con suavidad el micrófono con la mano, a punto de desbordar de emoción.

—Has venido a mi concierto —dice.

Sonrío, porque todo lo que hemos vivido nos ha traído hasta aquí, y quizás este largo camino al fin nos ha llevado a casa.

—He venido para esto —digo.

Pongo mi pulgar en su barbilla y acerco su rostro al mío, y delante de todo el mundo, la beso.

Cuando ella me devuelve el beso con fuerza, siento como si volara sobre el Rose Bowl, sobre la ciudad, sobre cada ciudad que he compartido con Riley, y sobre la vida misma. Ignoramos a las miles de personas que nos animan. Las luces que nos rodean envuelven nuestro beso en un resplandor infinito. Llevo mi otra mano a su cintura.

Me equivoqué cuando comparé abrazarla con atrapar un rayo, porque sostener a Riley Wynn es como sostener una canción de amor.

Cuando al fin nos separamos, está radiante. Se levanta y coge el micrófono del soporte.

—Gracias, Los Ángeles —dice con la voz entrecortada por la emoción—. Este ha sido un espectáculo que nunca olvidaré. Os quiero. ¡Buenas noches!

Con las luces cada vez más bajas, regresa hacia mí y me coge la mano. Me lleva fuera del escenario, hacia la oscuridad de entre bastidores, me arrastra hacia las sombras, donde de inmediato me besa. El beso es profundo, desesperado, alegre, como las grandes canciones de amor. Lo es todo. Me deleito con ella, la sensación de su boca sobre la mía, y me dejo llevar al borde del llanto.

«Riley». No sé si susurro la exhalación en sus labios o si siento la inquietud en mi pecho. «Ay, Riley».

La abrazo con fuerza y ella hace lo mismo, mientras se aprieta contra mí como si no pudiera soportar ni siquiera unos centímetros de distancia.

—Me alegro de verte —susurra con sus labios cerca de los míos. Si bien no puedo verle toda la cara por lo entrelazados que estamos el uno con el otro, siento su sonrisa en el contorno de sus mejillas, y la escucho en el tono de su voz.

—Me gustó la canción de amor —digo.

—A mí también —responde.

—Volvamos, Riley, por favor. Volvamos a estar juntos —le imploro. Las palabras salen

volando, imposibles de contenerse. No sé si he esperado diez años, diez meses o diez minutos para decirlas, y tampoco importa, porque necesito decirlas ahora—. Prometo que nunca más te dejaré y te daré todo lo que tengo.

El público continúa el aplauso, a la espera del bis. Los miembros de la banda se apresuran en todas direcciones a nuestro alrededor. Nada de eso me interesa; todo mi mundo es la mujer que tengo delante en este momento.

—Te querré toda la vida —digo—, siempre lo he hecho.

Riley no se apresura, presiona su frente contra la mía. Luego, me coge las manos entre las suyas y entrelaza nuestros dedos. Todo se ralentiza, todo está tranquilo.

—Me vas a sacar para siempre del negocio de las canciones de ruptura —dice con suavidad, sin que su reproche oculte la frágil alegría de su voz, la esperanza vacilante de que los sueños cobren vida—. Pero creo que crearemos más que una canción sobre esto.

La esperanza llena mi sonrisa.

—¿Un disco completo, tal vez? —me atrevo a decir. Riley niega con la cabeza.

—No —dice—. Podemos conseguirlo todo. —Y cuando ella me besa, sé que ya lo hemos hecho.



EPÍLOGO

Riley

Me despierto en medio de la noche y descubro que la música que sonaba en mis sueños todavía se reproduce.

A la luz de la luna, sonrío y salgo de la cama. El suelo está frío, así que corro por el pasillo para deshacer las cajas que llevo tanto tiempo apilando. Mi casa por fin es un hogar, llena de señales de vida vividas no solo en la carretera: fotos de la gira, el tocadiscos antiguo en el aparador, y los libros de cocina de los que elegimos algo nuevo para cocinar cada fin de semana.

Esto último todavía me hace reír, ahora tengo libros de cocina. A mi madre también la fascina esta parte.

Cuando llego a las escaleras, la melodía se hace más fuerte. No es algo que haya escuchado antes. Tiene un toque soñador, melancólico y romántico. El pianista la toca con habilidad y amplios recorridos a lo largo de las teclas del piano.

No sé cuándo terminará la música nocturna, solo sé que no quiero que pase. Acelero el paso escaleras abajo, mientras tiemblo en la fría noche... o en el frío de las colinas de Hollywood. Con solo la tenue luz natural iluminando el camino, navego por los ahora familiares pasillos de mi casa.

Me detengo en la puerta de la sala de música.

Está sentado, con las gafas torcidas y el pelo revuelto, con la camiseta que llevaba en la cama.

Al mirarlo, siento el *déjà vu* de la noche en que lo vi por primera vez. Es como nuestro coro, la vida se repite en este estribillo para hundirse en nuestros corazones. Cuando me desperté en la sala común de nuestra universidad y encontré a Max Harcourt en el piano, no podía saber que una noche me despertaría en la casa que compartimos y lo encontraría abajo, justo en la misma escena.

Entonces, sin embargo, no pude oír la melodía que tocaba, pero esta noche puedo; ahora lo escucho todo con Max.

Mientras toca la canción, perdido en su propia música, yo me quedo en silencio, y disfruto. Las letras empiezan a venir a mí, algo que abarque los recuerdos y conecte los coros. Algo que nos recuerde dónde empezamos cada vez que recordemos dónde hemos acabado.

I want to play your favorite piano, the one in your family's home, escucho en mi cabeza.

No canto porque no quiero interrumpirlo. Escucharlo es una de mis partes favoritas de nuestra

nueva vida juntos. Lleva varias semanas haciendo lo mismo, escribe cuando regresa de Harcourt Homes. A veces toca sus composiciones para sus residentes, y a veces, solo para mí. Aunque su pasión es la residencia de ancianos, no ha abandonado la música.

Me he dado cuenta de que renuncia a muy poco. Cuando Max ama algo, lo ama por siempre.

Toca el acorde final y sus hombros se relajan, como si ahora pudiera dormir. Yo sonrío porque conozco bien esa sensación. Aunque amamos la música cada uno a nuestra manera, la profundidad de nuestra devoción es la misma. Es nuestra armonía oculta, nuestro recordatorio de que, a pesar de los años, esto nunca cambia.

En voz baja, desde la puerta, lo aplaudo. Se da la vuelta, sobresaltado hasta que ve que soy yo.

—¡Otra! —digo con la voz ronca por el sueño. Es otro de los estribillos repetidos de nuestras vidas.

Él sonrío y me tiende los brazos. Es una segunda naturaleza cruzar la habitación, sentarme en su regazo y darle un beso en los labios mientras inclina la cabeza hacia mí.

—Perdón por despertarte —dice.

—¿Qué dices? —susurro de todo corazón—. Toca otra vez.

Empiezo a levantarme, ansiosa por escuchar la canción una vez más, pero Max me sostiene en su regazo. Ahora, estoy frente a las teclas.

—Quédate —dice con cierta urgencia mientras me besa el cuello.

Apoya su cabeza en mi hombro y se acerca a las teclas.

Mientras me niego a dejarlo tocar todavía, acaricio el anillo en su mano izquierda. El que puse allí hace apenas unas horas, en una ceremonia privada: nuestra boda. La idea misma parece irreal e incluso mágica. Solo estaban allí nuestros padres, Frank, Eileen, Jess y April. Nos quedamos en el patio que queda justo al otro lado de esta ventana mientras el sol se ponía sobre las colinas.

Fui yo quien le propuso matrimonio hace una semana y él quien fijó la fecha: esperamos diez años y él no quería esperar ni un día más de lo necesario.

Por mí, ni siquiera habría elegido un vestido de novia, ya que no me importaba lo que llevara puesto mientras me casara con Max. Excepto que cuando se lo mencioné, sonrío y se quedó en silencio. Ahí me di cuenta... Por supuesto. Me vio actuar con un vestido de novia durante meses, uno que llevé para otro hombre.

No podía permitir que fuera el único vestido de novia con el que me viera en su vida. Así que necesitaba un vestido para Max.

Lo sorprendí cuando salí del baño antes de que llegaran nuestros invitados. No se parecía en nada al vestido que llevaba en el escenario, mi vestido para Max era (es) todo de encaje, suave y romántico. Se colmó de lágrimas y le sequé los ojos antes de darle la bienvenida a nuestra familia y amigos.

Mi madre revoloteaba con el típico nerviosismo previo a la boda que no logró ocultar. Ahora

vive en Nueva Orleans, cuando no está de gira con Frank. Mi padre llegó desde St. Louis con el pelo recién cortado. Se saludaron con calidez.

No pretendo que se alegren de verse (conozco muy bien la dolorosa distancia que existe entre los ex), pero ese día eran más que eso, eran los padres de la novia. Cuando mi padre vio a Frank, se dieron la mano, ya que se conocieron de manera previa en mi primera gira.

Hizo que el día se volviera viejo y nuevo, diferente excepto en el sentido en que no lo era tanto.

Lloré. Mi madre lloró. Mi padre lloró. Me acompañó de un extremo al otro de nuestro jardín, donde Max estaba bajo el naranjo. Aparte solo vino Jess, que me abrazó unas ocho veces, y Eileen. Mientras nuestros invitados bebían champán, leí los votos que escribí como poesía, letras para el resto de nuestras vidas.

En la primera parte de mi vida, agoté entradas para estadios, me acosté con estrellas de cine y compuse discos de platino. Nunca me había sentido tan afortunada como al casarme por segunda vez, rodeada de todas las personas a las que quiero en mi patio trasero.

El día era nuestro y solo nuestro. Sin redes sociales, declaraciones a la prensa, ni una notificación a mi sello discográfico, a quien Eileen juró no decirle nada. Sé que odiarán que tenga la intención de estar feliz y casada para siempre, pero les enviaré canciones nuevas y mejores. El resto del mundo no sabrá que *The Breakup Queen* vive felizmente casada, no por ahora, a menos que lo escuchen en la música que escribo.

Esa noche...

La noche fue nuestra en otros aspectos maravillosos de formas inexpresables. Nuestra propia cama, en lugar de las solitarias literas. La neblina gloriosa del momento más feliz de nuestras vidas aún en nuestras mejillas. Besos como sueños y el amor como una promesa eterna. Nada nos separa, mientras nos perdemos en el sentido de lo dulce que es el para siempre.

Por supuesto, no todos los días serán como este. Dentro de unas semanas comienza la gira europea. Estoy feliz de haberme casado antes de irme. Max se quedará aquí, mientras administra Harcourt Homes, durante la mayor parte de los meses que yo esté en Europa. Sin embargo, decidimos convertir una semana en Italia en nuestra luna de miel. E incluso se unirá a mí en el escenario en Roma.

Estamos logrando encajar nuestras vidas por separado en una sola, mientras descubrimos cómo resuenan. Melodía y contramelodía. No es lo mismo, pero tiene armonía.

Vivimos día a día. Si Max quiere quedarse en Los Ángeles mientras yo estoy de gira, está bien. Si quiere unirse a mí en la gira, también está bien. Si quiere tocar o escribir conmigo, o no... todo es una conversación abierta. Podemos tocar nuestra canción de amor como infinitas variaciones sobre un mismo tema.

Los dedos de Max se mueven sobre las teclas, su anillo brilla a la luz de la luna. Toca más

lento conmigo en su regazo. Es encantador.

—¿Qué título le has puesto? —pregunto.

—Tú decides —responde. Me giro en su regazo, y busco su respuesta en las líneas pacíficas de su rostro—. Es mi regalo de bodas para ti —explica—. Puedes escribirle la letra. Si quieres, es tuya.

Mi cara se sonroja de felicidad. Encuentro con facilidad mi voz al cantar las palabras con suavidad sobre el estribillo que toca.

—*I want to play your favorite piano, the one in your family's home. I want sing our endless love songs, in melodies our own.*

Detrás de mí, oigo la sonrisa de Max en el sonido de su voz.

—La gente sabrá que no estás soltera cuando escuchen esto.

Me encojo de hombros.

—No me importa. Quiero que seamos solo nosotros un poco más de tiempo —digo—. Después de todo, es para siempre.

Max vuelve a tocar, es su forma de decir que sí en su idioma favorito. Escucho, y sé que lo escucharé así solo una vez. Como todo en el amor, cada interpretación de una melodía es única, cada una es el reflejo armonioso de las personas que la componen.

Sin nosotros para apreciar las complejidades, para infundir vida, para hacerlas nuestras, se desvanecen en el silencio.

Entonces, cuando encuentras una canción que sientes que llena cada rincón de tu alma, te subes al escenario y la cantas de corazón.

Mientras Max me besa el cuello, miro hacia el jardín, donde el cielo al fin comienza a aclararse.

Después de tanto tiempo, ha llegado el amanecer.

Until You

Riley Eleanora Wynn, compositora (Riley Wynn)

Stereosonic Records, 2024

*Late nights, new homes
Your hands on the piano
Woke up with my heart under your fingers
Played me slowly so the notes would linger*

*Little lights, close hearts
I felt the end in the start
Words I didn't know you didn't mean
"I" and "love" and "you" would make me see*

*I didn't know what love is
I don't know what love is
I won't know what love is
until you
Opened the door*

*The day of, I want you
High roads, see us through
You look like you're hoping I'll be fine
I know I'm helpless even when I try*

*We know it isn't true
when you say you'll see me soon
Cut me cleanly with your gemstone eyes
which is when I realize*

*I didn't know what love is
I don't know what love is
I won't know what love is*

*until you
Say it's this*

*Will I ever hear the songs we would play
Without wondering why we ended this way?
Will I be ok with losing everything now
Will I ever feel free without remembering how
I'll spend my life pretending
You're a verse without an ending*

*Long days, fast years
Old hopes, new fears
Future present past run in reverse
Feeling best when I expect the worst*

*I'll change, you'll stay
Love won't obey
I'll wait, wish, wander, wonder until I
Learn to think of you and not to cry*

*I didn't know what love is
I don't know what love is
I won't know what love is
until you
Come back to me.*

Heartbreak Road

Riley Eleanora Wynn y Joseph Nash

(pseudónimo para Maxwell Joseph Harcourt), compositora (Riley Wynn)

Stereosonic Records, 2024

*Once upon a highway, you were with me
picking up distance with hair flying free
Fast lane running with nothing in the mirror
The skyline closer and never getting clearer and*

*I wish I couldn't guess where this pavement ends
With heart-shattered passengers who started out friends
Holding out hope or knowing what we know
Retracing my steps until we're letting go*

*I walk heartbreak road
Feel your hand in mine on
Heartbreak road
Traveling for ten years on
Heartbreak road
Kissing you is fine on
Heartbreak road
Leading us to nowhere*

*Map unopened cause I've been here before
Pain in my chest with the pedal to the floor
With lanes wide open, nothing slowing us down,
We're driving,
driving,
driving*

*Hands on the wheel like I'm holding onto you and I
Foot on the gas cause it helps me not to wonder why*

*Red lights green and even with you
Same old road can lead somewhere new*

*I walk heartbreak road
Feel your hand in mine on
Heartbreak road
Traveling for ten years on
Heartbreak road
Kissing you is fine on
Heartbreak road
Leading us to somewhere*

*I pass stop signs screaming and
lonely hearts leaving and
Parking lots full of lovers dreaming
with you*

*Where does the road go?
I hope one day I'll know*

*I walk heartbreak road
Feel your hand in mine on
Heartbreak road
Traveling for ten years on
Heartbreak road
Kissing you is fine on
Heartbreak road
Leading us, leading us, leading us*

Unsung

Riley Eleanora Wynn, compositora (Riley Wynn)

Stereosonic Records, 2025

*You make days
feel like nights of stars,
when the pressure ends
When the night is warm*

*You wrote with me
in the dead of dark
Held me in your words
Made me feel the spark*

*Past the studio door,
shaken to the floor
You gave me everything
Then you gave me more*

*I reach into
songs I never knew
I could finish only
in the name of you*

*You make me sing songs I would've left unsung
You make me feel like I'm the only one
You make me sing songs I won't leave unsung
You fill my voice, my forever only one*

*On the road,
Cities come and gone,
Played with love hard won
Like a secret song*

*You left me lonely
You found me home, we
Heard notes our own, we
Refused so long*

*We were never meant
To have stayed content
With the days unspent
Fine and not okay*

*Now I wait for you
Like a song off stage
Hope in every phrase
Like a nameless grace*

*You make me sing songs I would've left unsung
You make me feel like I'm the only one
You make me sing songs I won't leave unsung
You fill my voice, my forever only one*

*I wish I hadn't
wasted years
when everything I
need is right here, reaching out with chords of endless love
Right here with you*

*You hold me close
When the chorus stops*

*Cause in the end
Every song I write
Every line I live
Every reckless night
Every lullaby
Every faded rhyme*

*Is the sound of you,
like an echo only my heart can hear,
when the darkness closes everywhere,
I hold onto the light you remain inside my life
You free the songs I would once have left
Unsung*

Agradecimientos

Como muchas grandes canciones, *The Breakup Tour* es producto de la colaboración, la inspiración y el apoyo de otras personas cuyas contribuciones agradecemos de manera infinita. Gracias por cantar nuestras armonías.

Katie Shea Boutillier, después de nueve libros publicados, no podríamos sentirnos más honrados por el continuo apoyo a nuestro trabajo ni más felices de llamarte una de nuestras amigas más sincera y duradera en el mundo editorial. Sabes muy bien lo que significas para nosotros. Por nunca aconsejarnos mal, por luchar por nosotros, por hacernos soñar a lo grande, te queremos. Eres una superestrella en todos los sentidos.

Kristine Swartz, todavía nos sentimos honrados y agradecidos por tu perspicaz, elegante e increíble guía editorial... incluso en los plazos más ajustados. Nuestro más profundo agradecimiento por animarnos a seguir esta historia. Recordamos cuando conversamos sobre posibles ideas para este libro y nos dijiste que querías leerlo (un libro de amor inspirado en Taylor Swift). Mira lo que nos hiciste hacer. ¡No podríamos estar más contentos por tu apoyo!

Vi-An Nguyen, cada versión de esta cubierta fue más bonita que la anterior y nos dejó sin palabras. Estamos agradecidos por tu notable capacidad de visualizar con exactitud la imagen correcta, en colores vívidos, para esta historia. Con tres libros de Berkley, nos fascina ver cómo te superas a ti mismo, y estamos muy, muy contentos de que así sea. Un diseño como este nunca pasa de moda. Gracias a Andressa Meissner por la impresionante ilustración.

Trabajar con el equipo de Berkley fue un verdadero sueño hecho realidad. Este libro debe su magnificencia a Katy Riegel, quien dio vida a la historia (y a la letra). Gracias a Caitlin Lonning, Kayley Hoffman y Claire Sullivan por los valiosos arreglos (y por ayudarnos a aprender algunas nuevas reglas de estilo, ¡que nos parecieron fascinantes!), y a Megha Jain, Christine Legon y Mary Baker por armonizar todo en su conjunto, como las notas de un acorde. Jessica Plummer y Hillary Tacuri, nuestro profundo agradecimiento por vuestro maravilloso trabajo en la difusión y el alcance de esta historia. Kristin Cipolla y Tina Joell, nuestras publicistas, ¡estamos encantados de que nos ayudéis a que los lectores conozcan a Riley y Max!

A nuestros queridos amigos Bridget Morrissey, Maura Milan, Gabrielle Gold, Gretchen Schreiber, Rebekah Faubion, Derek Milman, Brian Murray Williams, Farrah Penn, Lindsay Grossman, Kalie Holford... por su amor del bueno. Por las charlas con un café, las

celebraciones, llenáis de luz nuestro viaje editorial y nuestras vidas. La comunidad romántica sigue siendo un hogar acogedor e inspirador para nuestro trabajo, y siempre estaremos agradecidos a los lectores y autores que nos animan en los momentos más duros. Jodi Picoult, te ganaste con creces al famoso teclista al que le prestamos tu nombre con anuncios publicitarios excepcionales y una amistad incomparable.

Finalmente, gracias a nuestra familia, sin la cual nada de esto sería posible.

Índice

Prólogo. Riley
Uno. Max
Dos. Riley
Tres. Max
Cuatro. Riley
Cinco. Max
Seis. Riley
Siete. Max
Ocho. Riley
Nueve. Max
Diez. Riley
Once. Max
Doce. Riley
Trece. Max
Catorce. Riley
Quince. Max
Dieciséis. Riley
Diecisiete. Max
Dieciocho. Riley
Diecinueve. Max
Veinte. Riley
Veintiuno. Max
Veintidós. Riley
Veintitrés. Max
Veinticuatro. Riley

Veinticinco. Max
Veintiséis. Riley
Veintisiete. Max
Veintiocho. Riley
Veintinueve. Max
Treinta. Riley
Treinta y uno. Max
Epílogo. Riley
Until You
Heartbreak Road
Unsung
Agradecimientos

Título original: *The breakup tour*

Traducción del inglés: Mara Scoufalos

Maquetación: Estudio Olifant

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Edición revisada y adaptada

Primera edición: mayo de 2024

© 2024, Emily Wibberley & Austin Siegemund-Broka

© 2024, VR Europa, un sello de Editorial Entremares, S.L.

Balmes 188, 08006 Barcelona - www.vreuropa.es

Esta edición se publicó mediante acuerdo con Berkley, un sello de Penguin Publishing Group, una división de Penguin Random House.

Todos los derechos reservados, incluidos los derechos de reproducción parcial o total en cualquier forma.

ISBN: 978-84-19873-45-3



EUROPA

Seguinos



VReuropa



Wink, Poppy, Midnight

Tucholke, April Genevieve

9788412214857

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

En todas las historias hay un HÉROE.

En todas las historias hay un VILLANO

En todas las historias hay un MISTERIO.

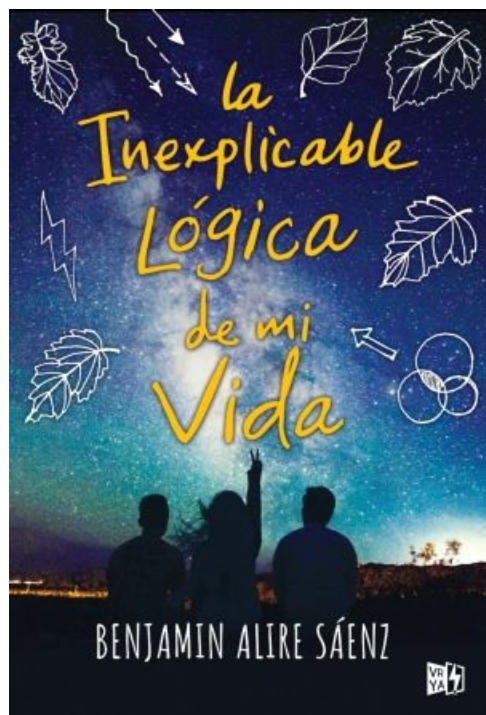
Wink es la chica rara y enigmática del vecindario. La chica que lee demasiado.

Poppy es la rubia arrogante y manipuladora que consigue todo lo que se propone. La chica que se quiere demasiado.

Midnight es el chico dulce y sensible que duda demasiado. Está atrapado entre las dos.

Deja que las voces de los tres protagonistas te sumerjan en una trama que, como todas las historias, gira en torno al amor, la justicia y la venganza. Deja que la tentadora prosa de April Genevieve Tucholke despierte tus sentidos y te acune ahí donde se cruzan verdad, mentira, magia y realidad.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



La inexplicable lógica de mi vida

Sáinz, Benjamin Alire

9788412214840

456 Páginas

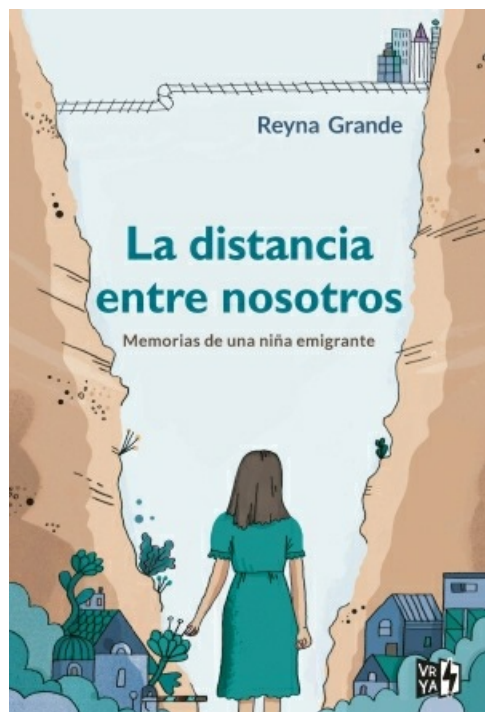
[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Sáenz explora las relaciones de un estudiante de bachillerato a punto de graduarse, en una historia de aprendizaje y crecimiento llena de calidez y compasión.

Ha llegado el otoño y, con él, el último año de instituto. Según su inseparable Sam, para Salvador y ella empieza la vida. La universidad y la madurez son promesas a punto de cumplirse. Salvador sabe que todo va a cambiar, pero no sospecha hasta qué punto. Ya el primer día de clase se descubre pegando a un chico que ha insultado a su padre. Jamás había sentido esa violencia. ¿Habrán aflorado los genes del desconocido padre biológico?

A golpe de desilusiones, conflictos y pérdidas, el mundo de Salvador y sus amigos se transforma vertiginosamente. Él desea reconstruirlo, en busca de una nueva lógica que explique su vida. En el camino dejará mucho atrás, pero también ganará. Aprenderá a identificar y vencer los miedos, y dará con una reconfortante certeza: el amor incondicional existe.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



La distancia entre nosotros

Grande, Reyna

9788412214826

336 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Hay libros que nos transforman.

Hay libros que ayudan a mejorar el mundo.

Este es uno de ellos.

Reyna tiene cuatro años y vive con su madre y sus dos hermanos en Guerrero, el segundo estado más pobre de México. Ya no recuerda a su padre, que emigró en busca de trabajo a Estados Unidos, El Otro Lado. Un día, su madre decide arriesgarse a cruzar la frontera para reunirse con él. Promete volver pronto con dinero suficiente para construir la casa de sus sueños y deja a los niños con la abuela paterna, una mujer cruel, endurecida por la vida.

Sin embargo, pasan los años y la promesa del regreso no se cumple. ¿Se han olvidado de ellos? ¿Ya no los quieren? La distancia resulta insoportable, hasta que por fin reaparece el padre y logra llevarlos clandestinamente hasta El Otro Lado. Pero ahí las cosas no son como Reyna esperaba: entre ella y su entorno se abre una terrible distancia emocional. Por suerte, halla consuelo en sus hermanos, la literatura y su imaginación.

Con una autenticidad y una fuerza irresistibles, Reyna Grande nos ofrece una extraordinaria historia de superación y da voz a los cientos de miles de niños que, con sus miedos y sus ilusiones, se ven obligados a abandonarlo todo para llegar a su Otro Lado.

"Una obra esencial de la historia de los inmigrantes a Estados Unidos." **BookPage**

"Este libro debería ser de lectura obligatoria en las universidades, o mejor aún, para los miembros del Congreso de Estados Unidos." **The Washington Independent Review of Books**

"Una autobiografía cautivadora e inspiradora [...] Cuenta sin victimismo y con elegancia el dolor de una familia golpeada por continuas separaciones y traumas." ***Publishers Weekly***, reseña destacada

"Una obra esencial de la historia de los inmigrantes a Estados Unidos." ***BookPage***

"Una historia profunda que ensalza el poder de la determinación y el amor por los libros." ***Los Angeles Review of Books***

"Un libro de una sinceridad brutal [...] *Las cenizas de Ángela* de la experiencia del inmigrante mexicano." ***Los Angeles Times***

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Creo en una cosa llamada amor

Goo, Maurene

9788412095098

320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Puedes lograr cualquier cosa si sigues un plan. Incluso enamorarte.

Desi es una chica equilibrada, casi perfecta, un ejemplo a seguir, que sobresale en todos los ámbitos de la vida excepto uno. ¿Lo adivinas? Sí, el amor: ella cree firmemente en él, pero a la práctica es torpe, incluso catastrófica, un eficaz imán para las situaciones humillantes.

Cuando conoce a Luca, siente un flechazo de película. ¿Qué hacer? No podría soportar otro fracaso. Entonces llega la gran revelación: la clave está en las series coreanas que su padre devora. ¡Es una cuestión de método, y ese es su mayor talento! Así, analizado minuciosamente lo que ocurre en los doramas, prepara un plan infalible para conquistar el corazón de su amado. Al fin y al cabo, su poder de organización nunca le ha fallado, y todas las series tienen un final feliz, ¿verdad?

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Una luna sin miel

Hobbs, Christina

9788412622423

336 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Olive está acostumbrada a tener mala suerte. Ya sea en el amor, el trabajo o cualquier otro aspecto de su vida, esta siempre está al acecho. En cambio, Ami, su gemela, tiene tanta suerte que ha conseguido organizar su boda a base de sorteos. Pero lo que es un sueño para su hermana es sinónimo de pesadilla para Olive, que tendrá que pasar toda la ceremonia con el detestable Ethan Thomas, el hermano y padrino del novio. Lo que nunca hubiese podido imaginar es que el enlace acabaría con una intoxicación alimentaria que afectaría a todos los invitados salvo a ellos. Animada por Ami y decidida a evitar que Ethan disfrute solo de unas vacaciones gratis, Olive está dispuesta a olvidar las diferencias que los separan y zarpar hacia el paraíso. Después de todo, no puede ser tan difícil ignorarse durante diez días mientras fingien ser dos enamorados en una idílica luna de miel en Hawái, ¿no?

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)